



LA GRIETA

HARD SCIENCE FICTION

BRANDON Q. MORRIS

LA GRIETA

Hard Science Fiction

BRANDON Q. MORRIS



BRANDON Q.
MORRIS
HARD SCIENCE FICTION

Índice

[La Grieta](#)

[Nota del autor](#)

[La nada – una visita guiada](#)

[Extracto: Desastre en Tritón](#)

La Grieta





30 de abril de 2085, Ceres

—PREPÁRENSE PARA EL IMPACTO.

M6 gimió. La advertencia casi llegó demasiado tarde. Tuvo el tiempo justo para doblar las rodillas y apoyar su cuerpo contra el suelo. Casi de inmediato sus sensores sísmicos detectaron la fuerza del impacto. El meteorito apenas le había rozado. A unos 100 metros al norte debía haber un nuevo cráter. ¡Esta era su oportunidad!

M6 enderezó con fuerza cuatro de sus seis rodillas, adquiriendo un impulso que lo levantó inmediatamente del suelo. Sus piernas habían estado apuntando hacia el sur, así que navegó hacia el norte a través del espacio, justo sobre la superficie del planeta enano. No pasó mucho tiempo hasta que vio el nuevo cráter. Para analizar su composición, M6 disparó su láser a la nube de polvo que se había formado sobre el cráter. Simultáneamente, registró la estructura del cráter y midió las temperaturas en su interior. Sus impulsores de posicionamiento se accionaron para acercarlo aún más a la acción.

El impacto casi le costó la vida. El meteorito había entrado en una trayectoria muy horizontal y, debido a la rápida rotación de Ceres, había permanecido invisible para sus instrumentos durante demasiado tiempo, como una bala de cañón que había sido disparada justo antes de que su objetivo doblara la esquina. Pero ahora que había sobrevivido, había ahorrado trabajo. El meteorito había perforado directamente en la cara lateral de Ahuna Mons, el único criovolcán de Ceres. M6 había planeado, a partir de mañana, empezar a perforar la montaña de cuatro kilómetros de altura, sin embargo, el meteorito ya había abierto su gélido interior.

Lo que M6 observó fue fascinante. Como en cámara lenta, el material fluía hacia el cráter desde arriba, mientras que el borde inferior del mismo se derrumbaba. El agujero del impacto parecía una boca extraña y gigante, con secreciones que salían de su nariz y sobre el labio superior, mientras el inferior caía tristemente. El análisis espectral de la nube mostró que su composición era una mezcla de varias soluciones salinas con amoníaco y agua helada.

La energía del impacto había vaporizado parte de la cara de la montaña y derretido el resto de esta. La radiación solar que golpeaba el borde del cráter lo mantenía más caliente y por lo tanto más viscoso, mientras que el oscuro interior se solidificaba de nuevo con rapidez. M6 lo registró

todo. En unas pocas semanas, cuando contactara de nuevo con la Tierra, enviaría un resumen de sus hallazgos para que fueran analizados por los científicos del Grupo RB. Probablemente se alegrarían por todo el progreso que había hecho.

«Gracias, meteorito asesino», pensó. Luego, movió con cuidado sus articulaciones. Ceres no tenía atmósfera, pero él seguía de pie en medio de la nube de polvo provocada por el impacto. Pequeñas partículas podían entrar en cualquiera de las tres articulaciones de cada una de sus seis patas, haciéndolo incapaz de moverse. Esa era su peor pesadilla, aunque tenía medios para solucionar esos problemas. Esperaba que todo lo que tuviera que hacer fuera calentar las partes afectadas de su cuerpo, desde el interior, y fundir las partículas intrusas.

Su cuerpo tenía un diseño simétrico radial y estaba suspendido entre sus seis piernas por medio de articulaciones flexibles. M6 nunca se había visto a sí mismo desde fuera de su cuerpo, pero un ingeniero le dijo una vez que parecía una araña gigante. La comparación no le preocupaba. Lo importante para él era que su cuerpo fuera práctico y duradero. Obtenía energía de una pequeña batería atómica, y de los paneles solares que se hallaban en su parte superior y que parecían ojos polifacéticos gigantes, debido a las numerosas lentes que los cubrían. Sus órganos visuales estaban situados en el interior de su dura coraza. Estos eran sensibles a todo el espectro, desde el infrarrojo hasta los rayos gamma.

M6 siempre se hacía muchas preguntas. Surgían en su mente cada vez que se encontraba con uno de los secretos de Ceres. Y cada respuesta constituía la semilla de, al menos, una nueva pregunta. Ni siquiera necesitaba las preguntas que los científicos de la Tierra le enviaban, él tenía muchas suyas. Pero había una cuestión que nunca se hizo a sí mismo: «¿Cuál es la razón de mi existencia?» ¿No bastaba con que estuviera allí y buscara respuestas?

M6 no deseaba ninguna otra vida. Pero un miedo persistente acechaba en el fondo de su mente. «¿Y si no hubiera más preguntas? ¿Es eso siquiera un escenario real?» No lo sabía, y eso lo aterrizzaba. M6 ya había calculado cuánto tiempo tardaría en volar a otro objeto en las cercanías. Aunque el cinturón de asteroides estaba lleno de millones de trozos de roca, un desplazamiento no sería algo sencillo. Su sistema de propulsión solo le daba suficiente impulso para saltos poderosos, para que pudiera moverse por la superficie del planeta enano y luego volver a descender, no para viajes largos a través del vacío del espacio. El viaje tardaría años, años en los que no tendría nada que hacer.

Pero ese era un futuro teórico y lejano. En este momento, ni siquiera estaba claro cómo funcionaba ese volcán. No parecía tener nada en común con las brillantes montañas de Ío, Venus o la Tierra. Comprender a Ahuna Mons era el objetivo principal de sus instrucciones actuales. Con su pierna delantera, M6 tocó el borde del cráter, el labio inferior caído. El sustrato parecía ser ya lo suficientemente sólido. Registró 40 grados bajo cero en el suelo. Si hubiera sido hielo puro, habría sido duro como una piedra a esa temperatura. Solo las numerosas impurezas hacían que siguiera fluyendo lentamente. Sin embargo, debido a la baja gravedad de Ceres, apenas se movía. M6 pudo avanzar, sin miedo, más en el abismo creado por el meteorito.

Mientras se adentraba en la oscuridad y apoyaba con cuidado una pierna delante de la otra, examinó las paredes del agujero. Obviamente habían sido dispuestas en capas que le parecieron como anillos de crecimiento anual. Tal vez podría usarlos para averiguar la verdadera edad del volcán. Todo lo que se sabía era que, a pesar de su enorme altura, no podía tener más de un millón de años, de lo contrario habría habido más cráteres como ese.

Las capas individuales tenían cada una aproximadamente 20 a 30 centímetros de espesor. Su composición era muy diferente. Estaban separados por finas capas de un material similar al silicato. M6 cogió una muestra y la introdujo en el analizador, situado en su zona abdominal. El material de la capa separadora era idéntico al polvo de regolito que formaba una fina capa que cubría todo Ceres. M6 ya intuía que se estaban formando nuevas preguntas en su mente. Si analizaba suficientes capas, podía compilar una cronología de las condiciones en Ceres en los últimos miles de años, de la misma manera que los biólogos terrestres determinaron el clima de la Tierra a partir del análisis de los troncos de los árboles.

¿Estarían los científicos del Grupo RB tan interesados como él en echar un vistazo al pasado? No todas las preguntas que había planteado fueron igualmente bien recibidas por sus jefes. Ceres era uno de los cuerpos celestes que las Naciones Unidas habían declarado fuera de los límites de la minería de asteroides. Solo las misiones de investigación científica como la suya se permitían. Pero, por supuesto, el Grupo RB esperaba que esa restricción se levantara en algún momento. Si Ceres ofrecía importantes recursos para el desarrollo de la humanidad, su estatus de área protegida podría ser reconsiderado, y entonces el Grupo RB tendría ventaja.

M6 recogió otra muestra de la capa divisoria más hacia el interior y la analizó. Su contenido de elementos radiactivos mostró que debía ser, al menos, mil años más antigua que la primera muestra. ¿Hasta qué punto del pasado le permitiría viajar ese cráter?

M6 se adentró cuidadosamente en el agujero. Siempre manteniendo dos piernas ancladas en el hielo, dos apoyándolo en la parte delantera, y el tercer par comprobaba el subsuelo antes de desplazar su peso. Estaba realizando un buen progreso. El escáner láser reveló que el meteorito se había enterrado a unos cien metros de profundidad.

Justo en ese momento sus patas traseras rompieron la capa de hielo. M6 no pudo reaccionar con la rapidez requerida. Su peso lo empujó hacia atrás, y sus patas delanteras perdieron contacto. La parte superior del agujero estaba demasiado lejos para que él la alcanzara. La parte trasera de su cuerpo se apoyó en el hielo.

M6 percibió el frío. Estaba enfadado consigo mismo. ¡No debería haber permitido que eso sucediera! Pero no se dejó llevar por el pánico. Con mucha calma analizó la situación. Sus patas traseras se habían hundido profundamente en el hielo. No tenía suficiente espacio para mover sus articulaciones y maniobrar para sacar sus piernas del terreno congelado. Solo las articulaciones eran calefactables, no las piernas en sí, así que tampoco podía liberarlas derritiendo el hielo a su alrededor. Estaba claro lo que tenía que hacer. Debía renunciar a esas dos extremidades. Siguiendo una señal de su mente, la articulación superior de cada una de sus patas traseras se

separó en dos partes, para que las otras cuatro patas pudieran levantar su cuerpo.

El daño fue mínimo. Lo único que lamentaba era que tendría que abandonar la exploración del cráter por el momento, porque necesitaba las seis piernas para hacerlo. Por eso estaba más disgustado. Con la ayuda de los nanofabricantes de su cuerpo, sería capaz de construir nuevas piernas. Tal vez sus jefes diseñarían algo mejor para que él. Sin embargo, primero tendría que obtener los materiales necesarios. Los nanofabricantes podrían ensamblar cualquier diseño que les diera, pero necesitarían las materias primas adecuadas para dicha labor; en este caso, metales. Y él ya sabía dónde buscar. Recordó haber visto manchas blancas en el cráter del Occator, dos años antes, durante su aproximación a Ceres.



14 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

—PAPÁ, ¿puedo usar la camioneta esta noche?

Derek McMaster miró hacia arriba. La voz de su hija llegaba, desde el segundo piso, a través de las paredes de madera hasta el pasillo. Se sorprendió. Normalmente aún estaba durmiendo a esas horas. Probablemente había estado pendiente de oírle.

—No hay problema. ¿Cuándo la necesitas? —preguntó en voz alta.

—A las siete me vendría bien.

—Volveré a las cinco. Tu madre ya está preparando la cena. A ver si podemos cenar todos juntos.

Elizabeth llevaba tres días en casa, pero apenas la habían visto. O bien se escondía en su habitación, supuestamente estudiando, o estaba con amigos de cursos anteriores, que es lo que probablemente planeaba hacer de nuevo esa noche. Imaginaba que, al día siguiente, volvería a centrarse en sus estudios.

—Vale —respondió.

—Hasta luego entonces —gritó Derek. Abrió la puerta delantera, salió y la cerró detrás de sí.

Las tablas de madera del porche crujieron bajo sus botas de cuero. Era agradable saber que su hija mayor estaría en casa una temporada. Miró hacia el garaje, que tenía la puerta abierta. Podía ver la casa de muñecas con la que ella solía jugar en un rincón. En algún momento, debió haberla guardado allí.

Derek se ajustó más el abrigo. El aire todavía era fresco y agradable. Le encantaban las primeras horas de la mañana. Solía haber siempre niebla sobre los campos cuando salía en su camioneta a inspeccionar los cultivos. Pero hacía demasiado calor para eso, la niebla solo aparecía en invierno. El informe meteorológico indicaba que, por la tarde, alcanzarían los treinta grados. Su hija le preguntaría qué quería decir ese número. Ella había crecido usando las nuevas unidades de medida universales, pero él tendía a emplear los grados Celsius y los kilómetros. Treinta. «Siempre me parecerá frío», pensaba.

La camioneta ya estaba fuera del garaje, junto al porche. Su parte delantera se hallaba salpicada de barro. No estaba así cuando volvió ayer. Tenía que haber sido obra de su hija. Ella

también había cogido el vehículo anoche. Pero ¿cómo lo había ensuciado de barro? ¡Las últimas lluvias habían caído hacía casi tres meses! Derek frotó las manchas. El barro estaba seco y se le metió bajo los dedos. «No importa», pensó, «lo principal es que se está divirtiendo». Eso no era tan fácil en esa zona olvidada de la mano de Dios. Esa era una de las razones por las que había ido a estudiar a Kansas City.

Derek abrió la puerta de la camioneta y se sentó en el asiento del conductor, que se hundió bajo su peso. Oía a tabaco. Su hija no fumaba, así que debía haber ido alguien más con ella. «¿Tendrá un nuevo novio?» Pero eso no era asunto suyo. Suspiró y fue a girar la llave. Normalmente las dejaba puestas, pero sus dedos no encontraron nada más que aire. «¿No le dije que debería dejar la llave en el contacto?» Ahora tendría que volver a entrar.

Sin embargo, antes, Derek revisó la guantera. Allí estaba la llave, justo al lado del arma que guardaba allí por nostalgia. Metió la llave en el contacto, puso el pie en el pedal del freno y giró la llave. El motor comenzó a vibrar suavemente. Su camioneta se impulsaba por hidrógeno. Allí, era mucho más fiable que un vehículo eléctrico porque hasta el más pequeño de los tornados, inevitablemente, derribaba las líneas en la zona. Durante 30 años, el condado había pedido al estado que pusiera las líneas eléctricas bajo tierra, pero resultaba demasiado caro ya que todas las casas se hallaban muy dispersas unas de otras. Derek había optado por instalar un tanque de hidrógeno extra en su casa para poder ser energéticamente independiente, y solo necesitaba que un camión de combustible viniera una vez al mes para llenar el tanque.

Condujo despacio por la carretera de acceso a Colorado Road. El camino de acceso a su vivienda no estaba pavimentado, así que la camioneta levantó una nube de polvo. Su esposa solía regañarlo respecto a la pavimentación del camino, pero se había abstenido de hacerlo desde que dejó de llover tanto. No sabía si su silencio se debía a que ya no tenía que andar en bicicleta por los charcos cuando iba a visitar a sus amigos o a que había notado la fuerte disminución de los ingresos de la granja. Ya no se hablaban mucho. Después de su agotador trabajo en el campo, Derek necesitaba descansar.

Detuvo el vehículo y se bajó justo antes de la intersección con Colorado Road. A la izquierda, había un pequeño estanque. Durante muchos años, su agua había ayudado a irrigar los campos en verano. Ahora, sin embargo, el estanque estaba casi seco. Derek se frotó las sienes. No había habido milagros de la noche a la mañana. El fondo del estanque aún estaba cubierto por un pie de agua. Los restos de un muelle salieron del barro. Los juncos que lo rodeaban estaban todos secos. Hacía diez años, él y su hija habían jugado con el barco de juguete por control remoto que ella había anhelado, justo en este estanque. Y su esposa siempre había temido que su hija se ahogara. Pero eso ya no era un riesgo.

«Maldito cambio climático», pensaba, y luego se enfadó consigo mismo porque nunca lo había aceptado como algo real. De alguna manera, todavía esperaba que después de siete veranos secos, uno caluroso y húmedo finalmente volviera a ocurrir, como antes. Tres presidentes seguidos habían prometido que sucedería. Ahora ya no creía en nadie.

Derek abrió la puerta de su camioneta y volvió a entrar. Giró a la derecha en Colorado Road. Era estrecha, así que usó ambos carriles. Nadie más conducía por allí de todas formas. Las tierras de cultivo de sus vecinos habían sido embargadas por los bancos y las grandes corporaciones hacía unos años. Se preguntaba si eran felices en la ciudad. Nunca había vuelto a saber nada de ninguno de ellos, a pesar de que antes habían sido amigos.

Derek condujo por el estrecho y recto camino. La tierra era llana y parecía eterna. A Derek le gustaba el tener que ir atento a los baches y conducir alrededor de ellos... le servía de distracción. Después de dos kilómetros, había unos cuantos árboles a la derecha. Al pasar vio el viejo camioneta de los Mulligan, oxidándose lentamente ante sus ojos, y la casa de madera, medio en ruinas, donde habían vivido.

Más allá del pequeño grupo de árboles había un estrecho puente que cruzaba el arroyo Appanoose. Derek se detuvo justo en medio del puente. El lecho del arroyo también iba seco. Derek suspiró. El pasto que rozaba su borde aún estaba verde, pero el campo de maíz en el que había puesto tantas esperanzas para esa temporada no recibía humedad alguna. Salió y caminó hasta el borde del campo. Miró hacia atrás, a su camioneta. Nadie podía pasar el puente con otro vehículo, pero no importaba. Estaba en su propia tierra. Cualquiera que quisiera que moviera su camioneta tendría que esperar.

Lentamente Derek entró en el maizal, teniendo cuidado de no pisar las plantas jóvenes. Solo eran la mitad de altas de lo que deberían haber sido. Se inclinó y revisó sus hojas. Se agrietaron y se rasgaron bajo sus dedos. No había nada más que pudiera hacer.

Derek arrastró sus dedos índice y medio por el suelo. Estaba duro y agrietado. La tierra se había convertido en un hombre envejecido. Cavó algo más hondo con la mano y la tierra arcillosa se deslizó entre sus dedos. Aquello era terrible. El calor había dañado la capa superior. Dio otro paso, dos, tres... pero todo estaba como allí. Una larga grieta atravesaba la capa superior del suelo, como si el mundo se abriera lentamente para devorar a todos sus habitantes. Sus campos estaban en mal estado. Ya no podría pagar los estudios de su hija. ¿Cómo se suponía que iba a decírselo?

Derek se adentró más en el campo. Ahora no tenía sentido tratar de caminar con cuidado en torno a las plantas. No importaba. Empezó a correr. Su respiración se tornó pesada, sin embargo, así se sentía mejor porque le abstraía del mundo que lo rodeaba. Ya no estaba tan en forma como antes. ¿Quizá debería volver a unirse a las Fuerzas Aéreas? Al menos, pagaban bien. Había ganado más trabajando para ellos de lo que gana ahora, y siempre le habían pagado a tiempo. Pero ¿qué haría allí a sus 41 años? Se estaba haciendo viejo. Si lo aceptaran, lo pondrían al mando de algo sin importancia, en vez de enviarlo a misiones especiales como antes.

Echaba de menos aquella época. Algunas de esas tareas de las que aún hoy no podía hablar, ni siquiera con su esposa. Eso nunca había sido problema, jamás había tenido mucha necesidad de hablar. A veces se preguntaba por qué él y su esposa seguían juntos ahora que su hija estaba fuera. ¿Era suficiente que llevara a su esposa, que odiaba conducir, a la ciudad a las citas con el

médico y que ella le hiciera una felación una vez a la semana? Aunque eso era más de lo que tenían otras parejas, ¿no?

De pronto, a lo lejos, escuchó un bocinazo. Derek se detuvo, sin aliento, y se inclinó hacia adelante, con las manos en los muslos. Escupió en el suelo. Este, con avidez, absorbió la humedad. Probablemente no apostaba demasiado por su esposa, o por él sí mismo. Llevaban juntos 20 años, sin que nada ni nadie les obligara a vivir bajo el mismo techo. Debía ser por algo más de lo que él era capaz de ver. Su relación se había secado como la tierra de sus campos. En secreto, todavía esperaba que volviera a llover y que todo fuera como antes.

Oyó más bocinazos. Derek se dio la vuelta. Había un segundo vehículo frente al suyo. Al lado de la camioneta vio a un hombre en el puente, agitando los brazos.

—Está bien, ya voy —gritó—. ¡Que ya voy, imbécil!



20 de mayo de 2085, Ceres

LA VISTA SE EXTENDÍA ANTE ÉL A LO LEJOS. M6 estaba de pie en el borde superior del cráter del Occator. Frente a él, había una caída de 2.000 metros. No sentía miedo, solo respeto. Sería capaz de controlar el descenso, incluso con solo cuatro piernas. Podría haber volado hasta el suelo del cráter, pero sus jefes preferían que estudiara las paredes de este durante el descenso para poder darles más información sobre la estructura de la corteza de Ceres. Eso era lo único que les interesaba, en última instancia. ¿Qué materias primas valiosas había en Ceres, y dónde se ubicaban? M6 no estaba enfadado por ello: hacía 80 millones de años, el impacto de un meteorito creó un agujero de 92 kilómetros de ancho y 4.000 metros de profundidad, dándole ahora la excitante oportunidad de mirar en el pasado del planeta enano. M6 estaba preparado para comenzar. Llegar a ese punto no había sido particularmente interesante.

Empezó a bajar. La pared del cráter apenas se había erosionado. Ceres no tenía una atmósfera real, así que la erosión no era de esperar. Y, sin embargo, había una fina capa de polvo por todas partes. La parte inferior ya se había transformado en roca sólida: regolito. Era como si mil elefantes hubieran pasado por allí en épocas pasadas, compactando el polvo en piedra. Pero eso era una tontería. Era un pensamiento tan absurdo que M6 tuvo que preguntarse de dónde había salido esa imagen con los elefantes. Nunca había visto elefantes de verdad.

M6 había despertado cuando la sonda espacial que lo llevaba había comenzado su aproximación final al planeta enano. Sabía que no era una criatura viviente, sino una máquina, pero aún así, había pensamientos en su cabeza que parecían haberse originado en otras personas. A M6 le habría gustado deshacerse de ellos. La mayoría resultaban desagradables; otros, en el mejor de los casos, neutrales. Lo hacían temeroso, aprensivo, aburrido, molesto... y todos esos sentimientos negativos ni siquiera tenían sentido.

Era virtualmente indestructible e inmortal. ¿Por qué debería tener miedo de algo? Y, sin embargo, allí estaba: lleno de esas emociones cuando se encontraba a punto de comenzar su descenso de 2.000 metros al cráter.

Tampoco entendía los motivos de sus constructores. Podría trabajar, de un modo mucho más eficiente, si no tuviera que lidiar constantemente con esas emociones. Lo más valioso de todo

tenía que ser la eficiencia. Eso era lo único que le parecía útil, aparte de la diversión y la alegría, tal vez, de los que su centro de recompensas era responsable.

M6 se detuvo. Había una piedra negra que se parecía al carbón. La recogió y la introdujo en el analizador. El material oscuro del exterior era parecido al carbón. Estaba hecho de carbono y tenía la estructura de grafito. M6 sacó la piedra del analizador y la frotó por el suelo. Dejó una raya negra. ¡Podía escribir! Lo que escribiera en el subsuelo expuesto, probablemente, perduraría durante millones de años. Nadie destruiría su creación. Aunque, por supuesto, tampoco nadie lo vería... pero eso no importaba. Él sabía que estaba allí. M6 diseñó un fractal en su cabeza. Le encantaban esos patrones que se repetían indefinidamente. Luego, transfirió la imagen de su mente a la piedra.



DESPUÉS DE UNA HORA TUVO QUE DETENERSE. No estaba satisfecho, porque el trabajo no estaba completo. Sabía, por supuesto, que un fractal era una figura que no podía ser perfectamente reproducida. Pero ¿no era eso cierto para todas las composiciones? Al menos a nivel atómico, el principio de incertidumbre lo desdibujaba todo cuanto más se intentaba observarlo. ¿Cómo podían los humanos seguir apasionados por ser artistas? Por otro lado, su búsqueda de la verdad —de los últimos hechos— también era interminable. Incluso aunque viviera para siempre, nunca sería capaz de responder a todas las preguntas. Sin embargo, encontró la búsqueda divertida. Tal vez fuera, de alguna manera, similar para los seres humanos y su arte. ¡Y la diversión era un sentimiento positivo!

M6 dejó caer la roca negra. El fondo del cráter estaba esperando. Solo allí podía encontrar los materiales que necesitaba para sus piernas de repuesto. Lentamente descendió. Cada 100 metros se detenía y examinaba las paredes. Encontró un material duro rico en hielo de agua bajo la capa de polvo. Tal vez el agua, que se había derretido y evaporado por el impacto, se había condensado y solidificado en las paredes.

M6 trató de imaginar la catástrofe cómo habría ocurrido en ese momento. Había sucedido mucho después de que Ceres se hubiera convertido en una especie de bola de hielo sucia. Entonces, una pesada roca espacial había perforado directamente en el costado, derritiendo el hielo e hirviendo el agua. ¿Parte del océano, que una vez fue líquido, seguía en forma líquida dentro de la corteza? ¿Se había dado, quizás, alguna nueva esperanza a las formas de vida primitivas, como cuando la lluvia cayó en el desierto? Tendría que hacer mediciones particularmente cuidadosas en el fondo del cráter, sobre todo cerca del montículo elevado en el centro, donde parecía que el material podría haberse levantado hacia arriba y hacia fuera del interior.

Pero primero necesitaba dos piernas nuevas. Ceres tenía los materiales necesarios listos para él, solo precisaba recogerlos. M6 apuntó su telescopio hacia el fondo del cráter. Las famosas

manchas blancas aún estaban, aproximadamente, a 30 kilómetros de distancia.



EL DESCENSO DURÓ OTRAS DOS HORAS, pero solo tardó unos 50 minutos en cruzar la zona plana del cráter. Cambió a un ritmo de cuatro patas, lo que le permitió moverse con especial eficiencia. Sus piernas se movían a la par para que no se levantara en absoluto. Largos periodos entre los puntos de contacto con el suelo le ralentizaban, porque entonces no podía acelerar con la fuerza de sus articulaciones. Cuando usaba toda su energía para caminar, podía acelerar a velocidades de al menos 300 kilómetros por hora. Sin embargo, esta le llevaba un tiempo en alcanzarse, y también tardaba lo mismo en volver a bajarla. Por lo tanto, ese tipo de movimiento solo era adecuado para ocasiones como esa, cuando quería llegar a un destino conocido lo más rápido posible.

Ahora había un paisaje blanco y onírico frente a él.

M6 tuvo suerte, porque el sol acababa de aparecer sobre las paredes del cráter. Parecía como las lejanas almenas de un alto castillo. La luz blanca caía de un cielo negro sobre un campo encantado, donde brillaba y resplandecía. Una masa espesa y pastosa hecha de hielo de agua, amoníaco y varias sales había sido forzada a subir a la superficie hacía mucho tiempo. La luz del sol había disuelto el agua congelada, dejando atrás los cristales de sal. Ese proceso había requerido de mucho tiempo, no decenas o cientos de años, sino miles, y los cristales habían tenido así mucho tiempo para crecer. Por eso eran especialmente simétricos. En el ángulo adecuado, semejabán prismas, dividiendo la luz blanca del sol en una multitud de arco iris de colores del espectro. Desde otras perspectivas, parecían cristales cortados.

Cada sal, cada compuesto químico, se disponía en formas cristalinas algo diferentes. Parecía como si la naturaleza hubiera probado todo lo que era posible allí, y tal vez incluso un poco de lo que antes se consideraba imposible. De hecho, con la ayuda de su espectrómetro láser, M6 encontró enseguida un depósito brillante hecho de un compuesto que no existía en la Tierra de forma natural. Sin embargo, el frío extremo, la baja presión y la influencia de la radiación cósmica lo habían creado allí. M6 permaneció de pie para poder grabar una imagen panorámica. Se inclinó para fotografiar una pirámide de cristal en el ángulo perfecto y se levantó sobre sus patas delanteras para investigar un depósito que parecía una flor con pétalos abiertos.

M6 se sintió honrado pues era el primer ser en ver esa hermosa escena desplegándose a su alrededor. ¿Había surgido a raíz de una catástrofe? Nadie lo sabría con certeza, pero le había su tiempo. Al principio, probablemente, aquello había sido un pantano salino, pero ahora mostraba toda su belleza. M6 se sentía agradecido con sus jefes por haberle proporcionado aquella experiencia.

Por desgracia, su llegada también suponía el comienzo de su destrucción. Primero, debía destrozarse parte de aquella belleza para obtener los materiales que necesitaba para sus nuevas

extremidades. Y, luego, vendrían los humanos porque verían sus imágenes. Compuestos exóticos creados en ese laboratorio, único de la naturaleza... eso era lo que sus jefes habían estado buscando. M6 suspiró. Podía negarse a enviar los datos. Era una conciencia libre. No estaba atado por órdenes, podía decidir por sí mismo. Los psicólogos de la Tierra habían decidido que debía ser diseñado de esa manera, porque habían conjeturado que otros diseños podrían dañar su salud mental. Un ser que no es libre, y que además está condenado a la soledad, no sería capaz de sobrevivir a largo plazo.

Más tarde decidiría si enviaría los datos a la Tierra. Aunque, no sacrificaría sus piernas de repuesto. M6 comenzó a dismantelar las estructuras que, según las mediciones de su espectrómetro, contenían los componentes necesarios. Recogió los minerales y los colocó en el analizador de su abdomen. Desde fuera, debía parecer que estaba devorando las rocas. En el analizador, había millones de nanofabricantes aguardando los minerales. Rompieron el material en pedazos minúsculos, los desarmaron átomo por átomo, y luego los volvieron a armar de acuerdo con su diseño almacenado. Con los materiales básicos adecuados, podían fabricar cualquier cosa, incluso nuevos nanofabricantes.

Ese era también uno de los grandes peligros. M6 había hecho los cálculos él mismo. Si perdiera la cordura y comenzara a replicar los nanofabricantes una y otra vez, en unas pocas semanas toda Ceres se habría consumido en la fabricación de nuevos nanofabricantes. Se convertiría en la propia Ceres. M6 encontró esa idea divertida en lugar de atractiva, pero podía imaginar una mente más simple siendo atraída por ella. Por eso, a los nanofabricantes se les había dado una fecha de caducidad. Sus inventores habían adoptado la idea del envejecimiento de la vida biológica: cuanto más a menudo se replicaba la información genética, más a menudo se producían errores. Los nanofabricantes se volverían inutilizables para la undécima generación. Eso sonaba modesto, pero en realidad significaba que dos de esas minúsculas máquinas universales podían hacer 2048 más. Y no solo había traído dos con él, sino aproximadamente cien millones. Sus capacidades de transformación eran prácticamente ilimitadas, siempre y cuando no se volviera megalómano. No tenía planes de hacerlo.

Su "abdomen", el analizador, no era lo suficientemente grande como para que le crecieran nuevas piernas, así que los nanofabricantes tuvieron que mover el material de allí al lugar donde se necesitaba. Muy lentamente, dos nuevas extremidades comenzaron a crecer desde sus articulaciones. El proceso completo tardó unas diez horas. M6 no tuvo que supervisar todo el tiempo. Cada fabricante sabía lo que tenía que hacer. Sin embargo, como los errores siempre eran posibles, de vez en cuando M6 comprobaba si todo procedía según lo planeado. Especialmente cruciales eran los compuestos que eran casi idénticos químicamente y apenas diferían en masa molar. Si se empleaban dos en el mismo proyecto, a veces se utilizaba el equivocado. Y no siempre se daba cuenta a tiempo. Sin embargo, algunos errores eran completamente controlables. Eso ya había sido contemplado en el diseño.

M6 dividió una pequeña parte de su mente para seguir vigilando el crecimiento de las dos

nuevas piernas. Con la parte más grande de su mente, admiró el incomparable juego de luz creado por el sol que se ponía a través del lago salado seco. Era una escena que no podía verse desde ningún otro lugar de todo el sistema solar.



23 de mayo de 2085, Ottawa, Kansas

DEREK GIRÓ EN LA CALLE PRINCIPAL A LA 13 HACIENDO CHIRRIAR SUS NEUMÁTICOS. Todos sus pensamientos giraban en torno a sus campos. Solo cuando su esposa le puso la mano en la rodilla se dio cuenta de que casi se había pasado el hospital. Dejó que la camioneta se detuviera lentamente. Cada dos semanas, su esposa, Mary, iba a ver a su médico en el Random Memorial Hospital. No parecía especialmente enferma, pero si acudir a la consulta la hacía feliz, él la llevaba. Mary tenía carné de conducir, pero se negaba a circular por la ciudad. En realidad, Ottawa ya no era una gran ciudad. Desde los acontecimientos ocurridos en la década de 2070, el número de habitantes se había reducido a menos de 10.000. Era un milagro que el orgullo de la comunidad, y su universidad, pudiera seguir adelante. Aunque aquellos que tenían grandes planes para sus vidas tendían a mudarse a una ciudad de verdad.

Esa era la única razón que podía explicar el porqué el hospital había contratado a un médico turco. «Akif Atasoy, MD, Nutricionista y Alergólogo», leyó en la puerta de la consulta. Como siempre, Derek acompañó a su esposa a la sala de espera. Cuando Mary empezó a ir al médico, él temía que tuviera una aventura con el galeno. No le importaba mucho si la tenía, pero ¿tenía que ser con un turco? Derek había participado en misiones especiales durante la guerra entre los Estados Unidos y Turquía. Por suerte, el conflicto solo había durado un par de semanas. Derek miró a su alrededor. Como siempre, la sala de espera estaba llena. Atasoy era nutricionista, pero Mary afirmaba que no era diabética, solo sufría alergia. El médico turco también tenía formación en ese tipo de tratamientos. La mayoría de sus pacientes, sin embargo, parecían acudir a él debido a la diabetes. Por lo menos, todos eran convenientemente obesos, como Derek había pensado a menudo.

Asintió con la cabeza a Mary y abandonó la habitación. En el exterior, había un banco a la sombra de un gran arce. Le gustaba sentarse allí y fumar un cigarrillo, uno verdadero y genuino con tabaco. Incluso podría fumarse dos. Sentarse frente al hospital y fumar le resultaba razonable. Esos centros se hallaban llenos de gérmenes infecciosos que ni siquiera se tenía claro para qué o para quiénes habían sido realmente contruidos. Así que pensó que lo mejor era fumar.

—¿Señor McMaster? —entonó una voz masculina.

Derek miró a su alrededor sorprendido. ¿Había pasado por alto a alguien que conocía en la sala de espera?

—¡Señor McMaster!

La puerta de la consulta se había abierto, y un hombre delgado de pelo corto y bigote caminaba hacia él. Parecía estar bronceado. En la calle, Derek apenas lo habría reconocido como turco, pero tenía que serlo, porque entonces se presentó.

—Soy Akif Atasoy, el médico de su esposa.

El doctor extendió su mano. Derek dudó un segundo y luego la estrechó. Se sorprendió gratamente. Atasoy tenía un cálido y fuerte apretón de manos.

—Siempre se marcha muy deprisa —dijo el médico.

—Prefiero sentarme en el exterior y esperar.

—Por supuesto. Con este tiempo, yo también preferiría sentarme fuera.

—A mí, no importa cómo sea el clima.

—Ya. ¿Podría acompañarme a mi consulta un momento? Me gustaría hablar con usted sobre la enfermedad de su esposa.

El doctor hizo un gesto hacia la puerta abierta. Derek se encogió de hombros y le siguió. «Mejor terminar con esto», pensó. En las películas, después de una invitación así, el médico diría al asustado marido que a su esposa solo le quedaban seis meses de vida. Derek empezó a sudar. Eso era en las películas. La vida real nunca resultaba tan dramática.

El nutricionista cerró la puerta tras él. Mary les estaba esperando. El doctor señaló dos sillas frente a su escritorio mientras él sentaba en la que había detrás del escritorio. Mary ocupó una de ellas. Derek negó con la cabeza.

—Prefiero estar de pie —dijo.

—Señor McMaster —comenzó el doctor Atasoy—, estamos haciendo importantes progresos con las extrañas alergias que sufre su esposa. Le he hecho unas pruebas exhaustivas. El problema con las alergias es que hay muchos causantes, pero por razones de seguridad solo podemos hacer algunas pruebas de supresión a la vez.

Derek inspiró hondo. Eso no sonaba como si Mary fuera a morir el mes que viene. Tal vez el médico quería realizar una prueba muy cara y, ahora, trataba de convencerlo.

—Sí, lo sé por las veces que probé algún pienso nuevo con mis vacas —dijo Derek. «Ahora estoy diciendo tonterías», pensó. «Hace diez años que no tengo vacas».

—No obstante, he concluido que ciertos conservantes empleados en la madera podrían ser uno de los desencadenantes de la alergia de su esposa. Tuvo una reacción muy fuerte a esas pruebas específicas. Mary me ha dicho que viven en una casa de madera.

«Qué novedad», pensó con ironía Derek. «¿Acaso los demás vecinos de esta zona no viven también en casas de madera?»

—Ahora me gustaría preguntarle algo, y por favor no lo tome como una crítica —continuó el

doctor—. Mary me ha contado que renovaron su vivienda hace un par de años. ¿Podría haber usado alguna de las sustancias de esta lista? Están oficialmente aprobadas, incluso para su uso en interiores, pero esa fecha coincidiría con la aparición de los síntomas de su esposa.

«Por supuesto», pensó Derek, «y tu ojo coincidiría como mi puño. Pero ¿de qué serviría todo eso? No tenían otra casa en la que vivir».

—Tendré que echar un vistazo —dijo—. Creo que todavía tengo una cubeta medio llena en el garaje.

—Genial —exclamó el doctor—, eso nos ayudaría mucho.

Atasoy miró a Mary con lo que Derek le consideró una mirada conspirativa. “Ves, todo salió bien”, parecía implicar. «¿Pensó que no lo comprobaría?». Derek estaba empezando a enfadarse.

—Y ¿qué se supone que debemos hacer si usamos uno en nuestra casa? —lo preguntó con más agresividad de la que pretendía. Atasoy levantó una ceja.

—Entonces, les sugeriría...

Un fuerte golpe en la puerta de la consulta lo interrumpió. La persona que llamaba no esperó a que le respondieran, sino que abrió la puerta de inmediato. Derek reconoció a la recepcionista, una joven hindú.

—Doctor Atasoy —dijo ella—, tiene que ver esto. Venga rápido.

—Por favor, Gita, ¿qué ocurre? Ya te he dicho que no debes entrar aquí sin más —le recordó el galeno.

Aparecieron unos pliegues en la frente de Atasoy. Por la forma de actuar de la recepcionista parecía como si un tornado se precipitara directo hacia el hospital. A Derek no le habría sorprendido, aunque no estaban en época de tornados. El clima y la imprevisibilidad ya no parecía seguir las viejas reglas de los granjeros. Escuchó gritos alborotados desde el pasillo y la sala de espera.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó.

El doctor Atasoy no respondió. Ya no ocupaba su silla. Mary permanecía sentada como si estuviera congelada. Derek trató sonreírle alentador. Luego, salió de la consulta por la puerta abierta. Gita, la recepcionista, dijo algo detrás de él, pero no pudo entenderla, porque todos se gritaban unos a otros. Los pacientes de la sala de espera se habían pegada a la ventana. «Algo ocurre ahí fuera».

La luz que entraba por la ventana era tan brillante como antes. No podía tratarse de una fuerte tormenta. La gente presionaba sus caras contra el cristal y apuntaba hacia arriba, a algo que veían justo encima de ellos, donde debería estar el sol. No había ningún hueco libre para otear por la ventana, así que empujó a un tío flaco, con pinta de contable, a un lado. El hombre refunfuñó un poco, pero guardó silencio después de fulminar con la mirada a Derek. Este sabía que su intimidante estatura y su cabello pelirrojo le hacían parecer un irlandés pendenciero, y a veces lo usaba deliberadamente a su favor.

Miró por la ventana. El cielo brillaba en el más bonito tono azulado. ¿Por qué estaban todos

tan alterados? Derek inclinó la cabeza hacia atrás. Y entonces lo vio. Se frotó los ojos porque era increíble. Una franja negra atravesaba el cielo. Semejaba una grieta gigantesca que soplabla en el viento, pero permanecía completamente inmóvil, mientras sus bordes dentados brillaban en rojo. Parecía como si hubieran rasgado el cielo, abriéndolo para consumir toda la creación.

Derek no era nada religioso. Creía en lo que su madre le había enseñado y en lo que estaba en la Biblia, pero también le parecía un cuento de hadas, y era algo que no le preocupaba. Sin embargo, ahora, empezó a ponerse nervioso. ¿Podría ser que alguna profecía se estuviera cumpliendo? ¿Descendería un ser sobrenatural para emitir su último juicio?

Derek buscó su corazón con la mano izquierda. Sentía como si este quisiese saltar de su pecho. «Al menos la sala de emergencias no está lejos», pensó. Su corazón y su circulación siempre habían sido fuertes y estables. Se dio la vuelta. ¿Dónde estaba Mary? No la vio por ningún lado. Empezó a preocuparse y se apartó de la ventana. No estaba en el pasillo y tampoco en la sala de espera. Finalmente, la encontró en la consulta del doctor. Este, la recepcionista y Mary estaban todos de pie, unos al lado de los otros, con sus narices pegadas a la ventana. «Por supuesto. El fenómeno se extendía por todo el cielo, debe ser visible desde allí también».

Derek se acercó por detrás de Mary y apoyó sus manos en sus hombros. Ella se estremeció, pero no trató de apartarse.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, volviendo su cara a un lado.

Derek miró su delicada nariz y sus delgadas pestañas. Hacía mucho que no la miraba de tan cerca.

—No tengo ni idea —respondió—. Doctor, ¿qué cree que puede ser eso?

Aquel hombre había ido a la universidad, así que seguro que sabía más que ellos.

—Nunca había visto nada parecido —reconoció Atasoy.

Derek se situó cuidadosamente entre Mary y la recepcionista. Su esposa era delgada, pero Gita tenía una figura bastante robusta. Tal vez sus anchas caderas solo le llamaban la atención porque era muy pequeña. «Medirá, como mucho, metro y medio», calculó Derek, entonces se obligó a hacer la conversión a metros en su cabeza. Así que un metro y medio. Realmente debería dejar de usar esas viejas unidades. Se apoyó con la cadera derecha en el alféizar de la ventana y chocó con una planta de interior. Era verde, fue todo en lo que se fijó. Las plantas solo le interesaban si estaban en sus campos.

Entonces, levantó su mirada hacia el cielo. La franja negra todavía estaba allí. Parecía como si permaneciera rígidamente pegada a un fondo azul. No, no estaba pegada, había destrozado el fondo. Eso lo describía mejor, un desgarró. Su mundo se había desgarrado. Un escalofrío recorrió su espalda. No tenía miedo. No, era más bien asombro. Como cuando su madre lo llevó a la iglesia por primera vez y la música de órgano llenó de repente aquel gigantesco lugar. La música parecía provenir de todas partes al mismo tiempo.

Un murmullo de voces lo sacó de su ensimismamiento. La gente, de repente, apuntaba al cielo. ¿Alguna criatura descendía desde arriba? Derek se frotó los ojos porque no podía ver nada.

Entonces observó una pequeña y brillante flecha. Un avión, a unos 9.000 metros. Derek entrecerró los ojos. Un Boeing de cuatro motores, seguramente un avión de pasajeros. El piloto se dirigía directamente hacia el desgarro. ¿No lo había visto? Derek tenía licencia de piloto.

El avión estaba aún lo bastante lejos como para que, con una maniobra evasiva, pudiera esquivarlo sin problema. ¿Por qué no actuaba el piloto? ¿Estaba la tripulación dormida, tal vez, y el piloto automático no sabía cómo maniobrar? ¿No veían hacia dónde se dirigían a más de 900 kilómetros por hora?

Derek quería gritar y advertirles. Cerró los puños. El fuselaje metálico del avión destellaba como la plata a la luz del sol. Se imaginó a los pasajeros mirando por las ventanillas, tal vez sintiendo pena por los granjeros de Kansas ante aquel vasto mar de interminable marrón. O tal vez pensaban en su destino, una playa en Florida, la pareja a la que iban a abrazar, o el socio de negocios que iban a conseguir. La vida es corta y puede terminar repentinamente. Abrió sus puños de nuevo.

Desde su perspectiva, el avión se hallaba a unos pocos milímetros de la rotura. Ya se veía de un color rojizo. Incluso aunque ahora los pilotos se dieran cuenta de lo que tenían delante, era demasiado tarde. Derek escuchó a la gente que le rodeaba gritar. Todos querían advertir a los pilotos. ¡Quizás, al menos, alguien pudiera salvarse a saltar en paracaídas! Pero Derek era escéptico. ¿Podría algo salvarlos? ¿Qué pasaría cuando tocaran el desgarro? ¿Explotarían, o se estrellarían contra una pared invisible y luego se despedazarían por completo? ¿O el avión, simplemente, pasaría a través de él?

Llegó el momento. La parte delante del Boeing tocó una de las puntas dentadas de la franja negra. ¡Desapareció! ¡Desapareció!



DEREK SACUDIÓ LA CABEZA. ¿Por qué la gente estaba tan molesta? De repente, todo volvió a la calma. Se dio la vuelta. La gente permanecía de pie frente a la ventana con la boca abierta, como si hubieran olvidado lo que iban a decir. ¿Se habían vuelto todos locos? Claro, un oscuro desgarro había partido el cielo. Probablemente era el fin del mundo. Era una teoría factible, decidió Derek, hasta que alguien pensó en otra cosa. Pero ninguna criatura sobrenatural había descendido a la tierra todavía. Habían observado la grieta y el cielo durante varios minutos, sin que pasara nada. Si aquello continuaba, no apoyaría su teoría. Si Dios había decidido comenzar su Juicio Final ese día, ¿por qué lo prolongaría tanto tiempo?

O tal vez ya había sucedido. Quizás el juicio se había dado hacía mucho y había terminado en el Infierno. Desde luego, había matado a suficientes hombres como soldado como para que eso fuera una posibilidad. Mierda... ¿qué más eran sus campos secos para él? Pero Mary, no, ella no estaría allí también. Mary era inocente.



TRAS DE ÉL, se había desatado el escándalo. La gente apuntaba al cielo. ¿Qué más había que ver? Todos sabían que el desgarro seguía allí. Él se giró el cuello, pero todo lo que vio fue una luz brillante y deslumbrante. Oh, había otro avión, acercándose desde el sur. Era pequeño, probablemente un deportivo ligero de dos asientos, pero volaba sorprendentemente alto. O el piloto no se había dado cuenta de la rotura, o sentía curiosidad y quería verlo más de cerca. Derek apretó los dientes. El piloto se acercaba mucho. ¿Cómo podía alguien estar tan loco? Los pacientes del hospital le gritaban para que se detuviera. ¿No había forma de enviarle una señal para que diera la vuelta?

Mary se giró hacia él, y comprendió que le había estado agarrando los hombros con mucha fuerza. Se disculpó y empezó a masajearlos con cuidado. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y le sonrió. Derek sintió calor en sus mejillas. «Debe ser por el sol», pensó. Se estaba moviendo gradualmente hacia el oeste. Alzó la mano, en forma de visera, para poder ver aquel pequeño avión. No estaba dando la vuelta. El piloto probablemente había perdido su última oportunidad. Derek sabía, gracias a su entrenamiento, de lo que era capaz un avión. Y ya no podría evitar esa fisura. ¿Estaba viendo cosas, o los flecos rojos del borde del desgarro se habían hecho más grandes?

El avión alcanzó la rasgadura.

—Oh, cielos; oh, cielos; oh, cielos —dijo Derek involuntariamente. Dobló los nudillos de su mano derecha. El avión desapareció.



DEREK ESCUCHÓ EL ECO DE SUS PALABRAS. ¿Acaba de decir algo?, ¿por qué?

—¿Acabo de decir algo? —le preguntó a Mary.

—Sí, dijiste «oh, cielos», tres veces —respondió ella.

Él lo recordó. Pero ya no sabía por qué. Debía haber estado molesto por algo.

Entonces, recordó el desgarro en el cielo. Eso debía haber sido todo. Pero esa explicación no lo satisfizo por completo. Se sentía como si se mintiera a sí mismo, sin darse cuenta. ¿Era eso posible? Cuando se había mentido a sí mismo, a propósito, en otras ocasiones, siempre había sabido la verdad, solo que no quería admitirla.

Probablemente estaba un poco cansado y fuera de lugar. Y no parecía ser el único. Derek se fijó en la calle. La consulta del médico se hallaba junto a un gran aparcamiento frente al hospital. Un numeroso grupo de personas se había reunido allí. Le costaba creer que en la ciudad viviera tanta gente. Algunos llevaban gafas de sol, otros tenían unas lentes especiales que debían haberles sobrado del último eclipse solar. Derek no podía entenderlo. La ruptura no era tan brillante, sino todo lo contrario; nunca había visto un negro tan profundo y oscuro. Los más

inteligentes del grupo empleaban prismáticos para estudiar el fenómeno. ¿Podían ver algo más? Un hombre mayor incluso había sacado un pequeño telescopio que parecía de juguete. Solo faltaba un vendedor de helados y el festival folclórico estaría completo.

Derek consultó el reloj. Era poco después de la una de la tarde. Aquella gente debía haber salido del trabajo. Se preguntó por qué no veía signos de pánico. Después de todo, ¡el cielo se había rasgado! Pero todos permanecían sorprendentemente tranquilos. Tal vez se debiera a que el mundo ya había pasado por mucho. Hacía 13 años un agujero negro casi destruyó la Tierra. En aquel momento, todos los adultos habían hecho testamento. Sin embargo, esa calma resultaba desconcertante. El agujero negro había sido peligroso, pero no visible. Esta rasgadura, sin embargo, podía ser vista por cualquiera que mirase al cielo.

—Vamos, Mary —dijo—. Vámonos a casa.

Su esposa se quedó ante la ventana, observando con fascinación. El médico apartó la vista del rasgón y miró a Derek.

—Todavía quería hablarte de esos conservantes de madera —dijo Atasoy.

—Sí, voy a mirar en el garaje.

—Si de hecho usó una de esas sustancias que provocan alergias, ahora hay muy buenos barnices protectores. Solo necesitaría una capa y ya no tendrían ni rastro de las sustancias que enferman a su esposa.

—Entonces, ¿qué tiene en realidad?

—¿No se ha dado cuenta? —inquirió el doctor. Derek no percibió desaprobación en esa pregunta, solo sorpresa, así que permaneció tranquilo. El médico tenía razón, debería haberse dado cuenta de que Mary no se encontraba bien.

—No —contestó en voz baja.

—Sufre dolores en las articulaciones. La alergia afecta a sus articulaciones. Y está tomando analgésicos casi todos los días. Si esto continúa, tal vez no pueda caminar.

—Oh, no —dijo.

Por eso su esposa no ha visitado a sus amigos en las últimas tres semanas. Él había dado por hecho que se habían peleado. ¡Pero en realidad se debía a la salud de su esposa! Joder, ¿qué clase de amigos eran aquellos que no la visitaban cuando no se encontraba bien?

Derek sintió una aguda puñalada de culpa. Hacía una semana, Mary le había preguntado si tenía algo en contra de que sus amigos fueran a casa a visitarla y él, grosero, le había respondido algo como: «¡Sabes que necesito paz y tranquilidad!»

No podía recordar sus palabras exactas. «¿Por qué soy tan imbécil? ¿Y por qué sigues casada conmigo?», se preguntó. Miró a Mary, que tenía la cabeza hacia atrás, observando al cielo. Se protegía los ojos con la mano, porque el sol le daba directamente en su cara. En la luz brillante, podía ver los finos pelitos de su piel. Su manzana de Adán sobresalía un poco. Se veía extremadamente frágil. «Mary necesita a alguien que la cuide mejor», pensó. «Y yo no puedo hacerlo».

De repente, se dio la vuelta. Derek no pudo apartar la vista con rapidez suficiente y ella le atrapó estudiándola. Sus ojos grises brillaban profundamente. Se sintió transparente, como si le hubieran pillado con las manos en la masa. «Debería sonreír», pensó, «debería sonreír de verdad». Al final, lo hizo y Mary le devolvió la sonrisa.

—¿Nos vamos, entonces? —preguntó.

—Sí, creo que sí. ¿A menos que el doctor quiera algo más?

—No, señor McMaster, creo que, a la luz de lo que ocurre ahí fuera, voy a cerrar la consulta por hoy. Mi recepcionista lo llamará para concertar una nueva cita.

—Gracias, doctor Atasoy —dijo Mary.

El médico turco asintió y estrechó su mano. Derek se giró. Solo entonces se dio cuenta de que los demás pacientes ya se habían ido. Gita debía haberlos llevado fuera. Le ofreció a Mary el brazo y ella enlazó el suyo con el de él. Luego, salieron de la consulta juntos. Llegaron a la salida después de caminar por el largo pasillo del hospital. Tuvieron que dar la vuelta al edificio para llegar al aparcamiento. Derek vio el banco donde solía sentarse.

—Ese es el banco en el que siempre me siento cuando te espero —le dijo.

—Lo sé —respondió Mary—. A veces puedo verte por la ventana.

Derek asintió con la cabeza. No quería admitir que nunca lo había pensado.



23 de mayo de 2085, Pico del Teide

—¿SEÑORA directora? Tiene una llamada de teléfono —la informó su secretaria. Maribel llevaba mucho tiempo intentando que dejara de dirigirse a ella tan formalmente, pero la señora González trabajaba en el Instituto de Astrofísica de Canarias, o IAC, desde hacía 45 años y siempre se había dirigido con formalidad a los anteriores directores, y no parecía que eso fuera a cambiar con la primera directora.

—¿No le dije que no quería que me molestaran hoy?

Necesitaba terminar el trabajo que se suponía que iba a escribir sobre la energía de punto cero y los agujeros negros. Maribel había empezado a arrepentirse por haber aceptado este trabajo. Zetschewitz, su antiguo mentor, le había aconsejado que no lo aceptara. En aquel momento, eso le pareció muy extraño porque el alemán parecía muy entusiasmado con el avance de su carrera. Pero ahora sabía lo que él quería decir: no tendría tiempo para investigar.

—La llama un hombre del gobierno. Dice que es extremadamente urgente.

En ese momento, alguien golpeó con fuerza su puerta. Ella todavía ocupaba la misma oficina que cuando empezó en el IAC, en el noveno subnivel del telescopio OGS2. Pero ya no tenía que soportar a Zetschewitz, que había ocupado un puesto destacado en el Observatorio Solar de Hawái.

La puerta se abrió. Andrés, su ayudante, y Franco, su amigo, entraron corriendo en el despacho. Eso nunca había sucedido antes. Andrés siempre había sido el ejemplo de cortesía.

—Un momento, señora González —pidió al teléfono mientras dejaba el auricular.

—Pero el hombre del gobierno... —La oyó decir.

—Maribel, tiene que subir a ver esto —rogó Andrés. Su cara estaba cubierta de manchas rojas. Nunca antes lo había visto tan alterado.

—¿Qué sucede?

—No lo creerá si no lo ve usted misma.

Franco asintió con entusiasmo. Era un individuo tranquilo y reservado, pero incluso él parecía nervioso por lo que estaba pasando.

—Lo siento —dijo Maribel por teléfono—, volveré en un minuto.

Ese hombre del gobierno se encontraba lejos y podía esperar. Algo debía estar pasando aquí que... entonces se le ocurrió que la llamada podría ser por el mismo asunto, si era tan urgente como parecía. ¿Qué podría haber pasando? Debía tener cuidado de no dejar que Andrés y Franco también la alteraran.

Claro que el ascensor tardó una eternidad en llegar al noveno piso del sótano. «O tal vez todos los demás están tratando de salir también», pensó. El ascensor ya iba casi lleno. Andrés y Franco llevaron a Maribel al coche con 11 de sus otros colegas.

—Nosotros iremos por las escaleras —sugirió Andrés.

Maribel odiaba ir en un ascensor lleno. Siempre coincidía, como mínimo, con uno que no se había duchado esa mañana. Y, en esa ocasión, el ascensor se detenía en todos los pisos. Sus colegas parecían decepcionados cuando se dieron cuenta de que no cabrían dentro. Por lo menos, su estatus como directora del instituto significaba que nadie intentaba ponerse a su lado.

«¡Por fin, aire fresco!», se dijo. Maribel corrió por el pasillo hacia el exterior. Podía oír el sonido de los pasos a su alrededor. «¿Qué es lo que está ocurriendo?»

Después de atravesar la esclusa, llegó al exterior. Se estremeció. Allí en la montaña, a una altura de más de 2.000 metros, todavía hacía bastante frío, incluso a finales de marzo. Debería haber llevado una chaqueta.

De repente, alguien le tocó el hombro por detrás. Fue Andrés. Ir por las escaleras no le había llevado mucho. Sus colegas, que estaban a su alrededor, reconocieron a los dos jefes y, subconscientemente, dieron unos pasos atrás.

—¿Ya lo ha visto? —le preguntó una joven cuyo nombre Maribel no recordaba.

«¿Si he visto qué?», pensó Maribel, inclinando la cabeza inquisitivamente.

La mujer señaló hacia arriba, arriba, arriba y Maribel inclinó la cabeza hacia atrás. El día parecía como cualquier otra agradable jornada de primavera. Unas pocas nubes blancas se abrían paso por el cielo a un ritmo moderado. Y entonces lo vio: una brecha negra... fractura... ruptura... fisura...

Se sintió como si alguien la hubiera golpeado en la parte posterior de la cabeza con un martillo.

No podía ser real. Lo que estaba viendo era del todo imposible. Trató de analizar el fenómeno científicamente, pero no pudo encontrar analogías. Quería creer que era solo un truco. Pero tendría que ser un truco extraordinariamente complejo. Dividiendo por completo el cielo, aproximadamente de suroeste a noreste, había un oscuro... algo. Lo más parecido era un desgarramiento, pero ¿qué habría para desgarrar? El cielo, se recordó a sí misma, no es más que una ilusión óptica. No existe como algo que pueda ser físicamente desgarrado. Cuando miramos al cielo, nuestra vista no se detiene en un dosel celestial, como los humanos creyeron alguna vez, sino que va hacia el infinito... que, de repente, se había convertido en un infinito imperfecto.

«Esto es una tontería», pensó. Pero, había alguien del gobierno que la había llamado por teléfono. Tal vez era una especie de psicosis colectiva limitada a la montaña, quizás el cocinero

había añadido un poco de LSD a la comida de la cafetería. «No, entonces ese funcionario del gobierno no me habría llamado». Así que, tal vez la psicosis, o lo que fuera, no se limitaba solo al Teide.

Maribel examinó la fisura o lo que fuera. Para ella, la mejor palabra para describirla parecía ser “grieta”. Era de un color negro muy profundo. No se trataba de una proyección extraña del cielo nocturno, porque no había absolutamente ninguna estrella. No había nada en su interior que irradiara luz alguna. Mirarlo la ponía cada vez más nerviosa, como si fuera a ser absorbida por el interior. Por contra, el cielo nocturno siempre le daba la sensación de ser una red protectora con su multitud de estrellas centelleantes, aunque se extendía hasta el infinito.

El área dentro de la grieta era completamente diferente. Por supuesto, tendrían que probarlo con sus instrumentos, pero ¿podría ser que allí hubiera una oportunidad de mirar en la nada real? Eso sería fascinante. En su investigación sobre la verdadera naturaleza de los agujeros negros, se había enfrentado al concepto de la nada tan a menudo que casi había cambiado su tema de investigación.

La nada era un fenómeno increíble, si tenías la oportunidad de estudiarla en el laboratorio. Pero lo que se hallaba por encima de sus cabezas, no estaba en un laboratorio, era el verdadero cielo sobre el planeta natal de la humanidad. Una banda negra de la nada en el cielo no era un espectáculo bienvenido. Ahora sabía por qué el tío del gobierno había llamado. No había nada tan aterrador como lo inexplicable. Y la gente esperaba que ella fuera capaz de explicarles esa grieta.

Pero eso era imposible. Ella y sus colegas no sabían más que cualquier otro habitante de la Tierra. Personalmente, ella sabía incluso menos que algunos, porque acababa de verlo. Maribel suspiró. Sin embargo, tendría que hablar con el hombre del gobierno. Imaginaba que todos pondrían ahora sus esperanzas en ella, sobre todo porque había ayudado a salvar el mundo 13 años antes. El trabajo en sí, sin embargo, había sido cosa de otras personas. Ella solo había tratado de explicarlo y ayudar.

También había tenido otra ventaja. Entonces, tenía 22 años entonces, y nadie esperaba nada de ella. Ahora tenía 35 años. No se sentía más inteligente que antes, todo lo contrario, y ahora las expectativas serían altas. Más importante que todo eso, sin embargo, era que su pequeña hija y su marido, Chen, la estarían esperando en casa. ¿Podría volver a subirse a un cohete, dejar a su familia y viajar al espacio? Desde luego que no. Otros tendrían que ser responsables de eso.



MARIBEL PASÓ LOS SIGUIENTES MINUTOS HABLANDO CON SUS COLEGAS. No era la única astrónoma presente, ni la mejor. El observatorio del Teide tenía muchos científicos, y cada uno de ellos debía tener un excelente dominio de su área de estudio. Se dividieron en equipos y trabajaron con diferentes telescopios. Su tarea era organizar los horarios de observación. Los

múltiples telescopios del observatorio podrían observar el fenómeno en un rango de longitudes de onda. Ella tendría que coordinar e integrar el trabajo de todos los equipos. Primero les daría la tarea de proporcionar una visión general del fenómeno utilizando sus respectivos instrumentos.

La zona entre las cúpulas de los diferentes telescopios ya se estaba vaciando. Maribel volvió a su oficina. Era hora de hacer esa llamada telefónica.



MARIBEL FUE A LA HABITACIÓN DE AL LADO DE SU OFICINA Y LLAMÓ A LA PUERTA DE SU ASISTENTE.

—Ya estoy aquí.

—Oh, bien. Hay mucha gente que quiere hablar con usted.

—Ahora no, señora González. Por favor, llame al Ministerio por mí. —Con eso se refería al Ministerio de Ciencia, que era el responsable del instituto y del observatorio.

—Lo siento, el hombre de antes llamaba desde la oficina del presidente.

Maribel no se sorprendió, ahora que ella misma había visto la grieta.

—Entonces, por favor, póngame con él. Pero antes, contacte con seguridad. Van a necesitar más guardias en la puerta principal. Supongo que pronto vendrán un montón de periodistas, y eso no es lo que necesitamos ahora.



—SEÑORA PEDREIRA, gracias por ponerse en contacto conmigo —dijo el hombre cuando su secretaria finalmente lo comunicó con ella—. Llamo en nombre del presidente. Y aquí está ahora. Le paso con él.

No tuvo oportunidad de responder. Hubo un clic en la línea, y escuchó el sonido de alguien respirando. Lo más probable es que el jefe de gobierno acabara de entrar corriendo en la habitación.

—Señora Pedreira —la saludó—, me alegro de hablar con usted. Será mi salvación, estoy seguro, nuestra salvación.

—Ojalá no espere demasiado —contestó ella cuidadosamente—. Acabamos de empezar con nuestras observaciones.

—Así que ¿no tienes ni idea de qué podría ser eso?

¿Era apropiado reírse del presidente? Se contuvo a sí misma porque entendió que él estaba bajo presión.

—No, señor, es demasiado pronto para ello.

—¿Y una evaluación de los riesgos o peligros?

—En este momento, está completamente fuera de cuestión. No podemos evaluar algo que no

entendemos todavía.

Maribel dudaba de que pudieran entender ese fenómeno pronto, pero no se lo dijo al presidente.

—¿Puedo trasladar a la población alguna declaración de tranquilidad, con la conciencia tranquila? Eso es lo que todos esperan que haga, señora Pedreira.

—¿Qué sabe usted sobre este fenómeno, señor Presidente? Seguramente ya ha reunido alguna información al respecto.

—Comienza en algún lugar del espacio. Se extiende en la profundidad de la atmósfera terrestre.

—¿A qué altura?

—Eso varía... mínimo 8.000 metros. Parece que hay varias ramas o púas que se extienden por América del Norte, el sur de Europa y el centro de África. Se especula que se encuentran en algún sitio.

—¿No es visible en Asia?

—No, allí todo sigue como siempre; al igual que en Australia, el Pacífico Sur y la Antártida. En estas zonas no han visto nada.

—Ya —murmuró Maribel.

—¿Eso ayuda? ¿Puedes decirme algo ahora?

—Todavía es demasiado pronto. ¿Tienen alguna cronología? ¿Este fenómeno apareció de golpe, o creció?

—Todavía estamos buscando testigos oculares. Aunque, en este momento, todo indica que apareció de repente. Y que tampoco crece.

—Creo que es importante monitorearlo, para comprobar si se está haciendo más grande. Mientras no sea así, probablemente no suponga un serio peligro.

—¿Puedo decir eso públicamente?

Maribel lo pensó. «Sí, presumiblemente el mayor peligro ahora mismo es que la gente se deje llevar por el pánico y se suicide, o mate a otros, llevados por la desesperación. En el mejor de los casos, la grieta sería peligrosa solo para aquellos que se acercaran demasiado a ella, pero incluso eso llevaría algún tiempo corroborarlo».

—Sí, puedes citarme.

—Estupendo, señora Pedreira, no sabe lo que me alegra oír eso. Usted es la primera experta dispuesta en hacer una declaración tan clara. Si necesita algo, avíseme. Una llamada del presidente, a veces, puede servir de algo.



A LAS CUATRO, su ordenador mostró que los jefes de departamento esperaban en sus observatorios la reunión programada.

—OGS, prepara una sala de conferencias.

La Estación Óptica Terrestre 2, o EOT2, era el nombre oficial del sistema operativo del edificio, el mismo nombre del propio observatorio, pero “EOT” era adecuado para dirigirse al sistema. Su oficina estaba en uno de los pisos subterráneos del edificio principal.

A su orden, una mesa de conferencias virtual apareció en la parte trasera de su oficina, como si reemplazara a su escritorio. Sus colegas, aparentemente, ya estaban en sus puestos. En realidad, se hallaban en sus respectivos escritorios, que estaban repartidos en varios edificios en la cima del Pico del Teide, en la isla canaria de Tenerife.

—Me alegro de que todos hayan podido venir —dijo Maribel—. Sugiero que nos saltemos las presentaciones y pasemos directamente a los detalles. Sheila, ¿por qué no empieza?

Sheila era la subdirectora del telescopio EOT2 que operaba en luz visible. Al parecer, le avergonzaba lo que tenía que decir.

—Nos hemos esforzado mucho —explicó—, y hemos intentado todo lo que se nos ocurre, pero este fenómeno no emite ninguna luz visible, ninguna en absoluto. Ninguno de nosotros ha visto nunca nada tan negro.

—Bien, si no está emitiendo nada, ¿es reflectante? —preguntó Maribel.

—No, en absoluto. Desde aproximadamente las 3:30 a.m., la alineación del sol con el fenómeno sugeriría que deberíamos ver reflejos, pero no ha habido absolutamente nada. El fenómeno debe estar absorbiendo la luz solar por completo —indicó Sheila.

—Propongo que todos lo llamemos “la grieta” —dijo Maribel, con una sonrisa inesperada—. Es más corto, más fácil de deletrear y más descriptivo que “fenómeno”.

Jean-Pierre intervino entonces:

—Pero no tenemos ni idea de qué es esa cosa.

Eso era evidente. El francés siempre se preocupaba por la exactitud científica. Era el jefe de los observatorios solares.

—La designación “grieta” se establece por decreto —respondió Maribel—. Justificación: la eficiencia ahorra tiempo. Ahora, Sheila, ¿cuáles son sus características en términos de transparencia?

—La... grieta es completamente opaca. Hace poco observamos un tránsito por Júpiter. Desde nuestra perspectiva, cualquier cosa que esté detrás de la grieta podría haber desaparecido de la realidad —dijo Sheila.

—Bien, entonces no visteis nada. Ese sigue siendo un resultado significativo de la investigación. Buen trabajo. Tratad de no dejar que os afecte, Sheila. Jorge, ¿y en infrarrojo?

Jorge era el jefe del Telescopio Carlos Sánchez, o TCS. Era uno de los instrumentos más antiguos del centro, pero aun así proporcionaba muy buenos resultados en el espectro infrarrojo.

—Por desgracia, voy a tener que repetir lo mismo que Sheila. No hay nada... tampoco radiación térmica —dijo.

—Y en los bordes, donde parece haber el brillo rojo... —preguntó Maribel.

—Allí tampoco hay nada. Sea cual sea el resplandor, es frío.

—¿Y la radiación de fondo?

Todo el espacio estaba impregnado de radiación, una reliquia del Big Bang. Si la grieta era parte de nuestro universo —y ¿cómo podría ser otra cosa?—, entonces en ella también debería detectarse esta radiación.

—Sí, Maribel, hemos repetido nuestras mediciones dos o tres veces, pero sea cual sea la materia de esta grieta está en el cero absoluto. Si hay algo de materia en ella, es que...

—¿Sería posible que la grieta fuera similar a un agujero negro, es decir, que absorbiera y retuviera toda la radiación? —inquirió Maribel—. Quiero decir, si temporalmente ignoramos su extraña forma.

—No... no logro ni imaginarlo —dijo Jorge.

—Físicamente hablando, por supuesto, eso sería una completa tontería —afirmó Jean-Pierre—, sin embargo, hemos encontrado algunas pruebas de ello.

—Tengo curiosidad por oírlo —comentó Maribel.

—Como todos ustedes saben, hemos estado ocupados instalando el Magic-3, un telescopio Cherenkov —dijo Jean-Pierre—. Con él, podemos detectar indirectamente la radiación gamma que no penetra en la atmósfera.

La mente de Maribel se aceleró. «¿Intenta acaso decirnos que la grieta emite radiación gamma?», se preguntó la española.

—El instrumento está casi listo, así que lo probamos en el fenómeno, lo siento, debería decir, en “la grieta”. Y detectamos radiación gamma en los bordes.

—Entonces, ¿dónde se ha visto el resplandor rojo? —interrogó Maribel.

—Exactamente. Yo también tengo una teoría al respecto —contestó Jean-Pierre.

—Entonces, escuchémosla —dijo Maribel, de forma alentadora.

—Piensen en el concepto de la radiación Hawking. Cuando un par de partículas se crean al azar de la nada en el borde de un agujero negro, a veces una de las partículas caerá en el agujero. La otra parece ser emitida desde el agujero negro como radiación Hawking. ¿Quizás, en este caso, haya procesos similares en funcionamiento?

—Pero la radiación de Hawking no está ni siquiera cerca de esa alta energía —intervino Jorge.

—Eso tampoco es un agujero negro —respondió Jean-Pierre—. Y también explicaría el brillo rojo. Podría tratarse de una especie de aurora. La radiación gamma ioniza las partículas en el aire y la recombinación produce el brillo rojizo.

—Por supuesto, tendríamos que hacer todos los cálculos para apoyar esta teoría —dijo Maribel—, pero en general, me parece plausible. Tenemos que asegurarnos de que todas las partes individuales encajan entre sí. Si recuerdo bien, las auroras rojas son producidas principalmente a grandes alturas por átomos de oxígeno ionizado. Eso no encajaría con la altitud de 8.000 metros donde, teóricamente, comienza la grieta.

—Si hablamos de radiación de mayor energía, otros átomos también podrían ser el origen de la aurora —opinó Sheila.

—Cierto. Otra razón por la que necesitamos hacer los cálculos. Jean-Pierre, creo que debería tomar la iniciativa en este asunto. Se ha programado una conferencia internacional para pasado mañana. Presentaremos nuestros hallazgos entonces.



HECHO. Jean-Pierre acababa de entregar sus primeras propuestas para establecer los cálculos. Pero su jornada laboral finalizaba a las 6. Trabajar horas extras, le gustaba hacía unos años, sin embargo, ahora, estaba fuera de discusión. ¡Había alguien esperándola! Era una sensación tan agradable. Maribel dejó el edificio.

—Buenas noches, Maribel —dijo el sistema.

—Buenas noches, EOT.

Su automóvil ya la esperaba. La puerta se abrió sola. Todo lo que tenía que hacer era sentarse en su interior. Maribel no conducía desde hacía tres años, cuando compró ese nuevo modelo con conducción totalmente automática. Mientras el sistema la llevaba a su apartamento en La Laguna, se quitó los zapatos, cerró los ojos y se quedó dormida.



—LLEGAREMOS A SU DESTINO EN OCHO MINUTOS —anunció el sistema automatizado.

Maribel se desperezó, dio un gran bostezo y buscó los zapatos que se había quitado. Ya había anochecido. Las calles parecían más llenas de gente de lo normal. Se había formado una fila frente al supermercado donde ella siempre hacía sus compras.

—Sistema de control, ¿hay alguna noticia sobre cómo está reaccionando la gente a la grieta?

—Un momento, Maribel, estoy escaneando las fuentes.

El coche avanzaba despacio, ya que había mucho tráfico. En la acera de al lado, alguien empujaba un cochecito lleno de latas de comida.

—Sí, Maribel —dijo el sistema de control del coche—, hay setecientas setenta y seis historias sobre el tema solicitado.

—Por favor, dame las más importantes, en resumen.

—Estoy clasificando sus resultados. La población en África, América del Norte y Europa abandona sus puestos de trabajo. El tráfico local se convierte en un caos en muchas poblaciones. Los supermercados cierran por falta de personal o por desabastecimiento de mercancías. El gobierno llama a la calma. Aumento drástico de la tasa de suicidios en los países afectados. Los mercados de valores anuncian pérdidas. La caída del dólar y el euro...

—Gracias, es suficiente.

Era una locura. Mientras estaba en su torre de marfil, discutiendo un desconcertante problema científico, la gente temía por sus vidas. Le recordó a lo ocurrido en el año 2072. Pero aquella vez, había la población había tardado mucho más en darse cuenta de su precaria situación. En cambio, ahora, la grieta no presentaba un peligro claro. Era una paradoja. Por aquel entonces, el agujero negro había sido invisible para el ciudadano normal, y los científicos habían sido capaces de estudiarlo, después de superar algunos problemas iniciales. La grieta, sin embargo, podía verse a la vista de todos. Pero era invisible para sus instrumentos científicos.

—Hemos llegado a su destino —informó el sistema automatizado, sacándola de su ensimismamiento. Solo entonces Maribel se dio cuenta de que el coche ya estaba detenido.

—Gracias —dijo—, y buenas noches.

—Buenas noches, Maribel —respondió el sistema—. Nos vemos a las 6:30 de la mañana.

Maribel cerró suavemente la puerta. «Otra maravilla de la psicología», pensó. Sintió que le haría daño al coche si cerraba la puerta por la fuerza. Solo porque era capaz de conversar con ella, naturalmente hasta cierto punto, se había convertido casi en una persona para ella.

Se dio la vuelta y cruzó el aparcamiento que había frente al edificio en el que vivía. Mientras lo hacía, casi tropieza con una anciana bajita que llevaba dos bolsas pesadas.

—¡Cuidado! —dijo la mujer, disgustada.

Maribel reconoció a la viuda del apartamento del piso de abajo. Había olvidado su nombre.

—Perdóneme, señora —dijo—, ya nos habíamos visto. ¿Le llevo una bolsa al ascensor?

La mujer levantó la vista y la estudió. Una sonrisa se formó lentamente en su rostro.

—Ah, señora Pedreira, gracias. Qué amable.

Maribel cogió una de las bolsas. Mientras caminaban, miró al cielo. En la oscuridad, la grieta solo podía distinguirse tenuemente, como una banda oscura sin estrellas, una Vía Láctea falsa.

—Yo también lo he mirado todo el día —dijo la viuda de repente—. No va a terminar bien... no es natural. Creo que el diablo, de alguna manera, tiene algo que ver con eso.

—No parece representar ningún peligro —comentó Maribel.

—Sí, eso es lo que dijeron los del gobierno, pero yo no me lo creo.

—No, lo hemos observado muy de cerca, con telescopios gigantes.

—Ah, debe trabajar en el Teide. Créanme, no podrán detectar el peligro con sus telescopios. No pueden medir al diablo. Ya lo verá.

Lo que la anciana le dijo la hizo sentir incómoda. No creía en Dios ni en el diablo, pero tenía que admitir que ver una gran banda de... nada, en el cielo, desencadenaba algunos temores primitivos. Decidió que prefería cambiar de tema.

—¿Y, por eso, decidió salir y comprar tanta comida? —le preguntó.

—Mi primo me llamó y me dijo que debería hacerlo. No se me habría ocurrido, pero luego recordé el '72.

—Acumular alimentos solo empeorará los problemas.

—Sí, lo sé, es irracional, pero ¿quién me ayudará cuando todos los supermercados estén

vacíos?

—Nosotros la ayudaremos.

—Pero ¿cómo podría ayudarme si no los hubiera acaparado usted misma?

Maribel no respondió porque, en cierto sentido, la abuela tenía razón. Sin embargo, esperaba que Chen no se hubiera dejado llevar también por el pánico.



FINALMENTE ESTABA FRENTE A LA PUERTA DE SU APARTAMENTO. Introdujo la llave en la cerradura y la giró. Con cuidado, empujó para abrir la puerta. A veces su hija dejaba uno de sus juguetes en medio del pasillo, y no quería pisar ninguno. Encendió la luz. El pasillo estaba sorprendentemente despejado. De repente, la puerta de la sala de estar se abrió. Luisa salió corriendo a saludarla.

—Mami, mami, ya has llegado —exclamó su hija de seis años, rodeándola con sus brazos.

El corazón de Maribel se aceleró y sus músculos faciales se relajaron. Estaba en casa.

—Dejemos que mami, al menos, se quite los zapatos —dijo Chen, que ahora la saludaba, también en español. Llevaban viviendo juntos en Tenerife 11 años, y la gente apenas podía afirmar que el castellano no fuera su lengua materna.

Maribel se desató los zapatos. Luego, también abrazó a su marido. Le estaba muy agradecida. Trabajaba medio día para que Luisa, después de salir de preescolar, no tuviera que quedarse con una niñera. En otoño, su hija irá a la escuela primaria. Maribel no podía creer lo rápido que pasaba el tiempo.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—¡Hoy papá me recogió más temprano! —dijo Luisa con orgullo—, y, luego, fuimos a la torre de hierro.

—El monumento al desastre del avión en el Parque Mesa Mota. Los de colegio me llamaron porque querían cerrar antes —le explicó Chen.

El comentario la hizo sentir un poco mal. Nunca la llamaban a ella. Enseguida entendió el porqué. En los últimos tres años, probablemente, había ido a recoger a Luisa cinco veces. Pero aun así...

—¿Han limpiado las ruinas? —preguntó. En el borde del parque había dos edificios abandonados que eran monstruosos.

—No, todavía están allí —dijo Chen.

—Fue una pasada, mamá —dijo Luisa—. Había mucha gente, todos miraban al cielo. Incluso había un vendedor de helados.

—Estupendo —dijo Maribel—. Así que supongo que comisteis helado, ¿no?

Intentó fulminar con la mirada a Chen sin que Luisa la viera. La niña necesitaba comida de verdad, no tantos dulces.

—¡Sí, un cucurucho de tres bolas! —exclamó Luisa y sonrió a su madre—. Estaba muy rico. Maribel no podía enfadarse. La alegría de Luisa era contagiosa.

—O sea, que os lo habéis pasado genial.

—Sí, hoy nos divertimos mucho. Luego, papá y yo construimos otra nave espacial con los Lego.

—¿En serio? Tienes que enseñármelo.

—¡Sí, ahora lo traigo! —Luisa salió corriendo en dirección a la sala.

—Gracias, Chen. Por todo —dijo Maribel—. Estoy segura de que puedes imaginarte cómo me ha ido a mí. El mundo entero quiere respuestas.

Su marido le frotó suavemente la espalda.

—Eso es lo que suponía. ¿Y tú tienes alguna?

Maribel negó con la cabeza.

—Solo más y más preguntas. Esa grieta... ni siquiera debería existir. ¿Cómo se lo tomó Luisa?

—No creo que entendiera nada todavía. Pero le gustó todo el ajetreo y la conmoción. Como resultado, tuvo casi todo el día libre.

—Bien. Con suerte, el colegio volverá a abrir mañana.

—Dijeron que llamarían a todos los padres mañana a primera hora.

—¿¡Qué!?! ¡No pueden cerrar! El estado les paga. No tienen elección. Yo debo levantarme e ir a trabajar mañana.

—Y no habría esperado nada más de ti, mi amor, pero no todos son como tú.

—Lo sé, Chen, lo sé.

Antes de que Maribel tuviera tiempo de suspirar, Luisa había regresado.

—Mira, mami, aquí está la nave espacial que construimos. —Levantó un modelo tan largo como su antebrazo y a Maribel le recordó un barco. En el centro, había triángulos que sobresalían por todos los lados—. Esas son las velas —dijo Luisa—. La nave se va porque el sol sopla en las velas.

—Ah, sí, el viento solar. Eso es muy inteligente —dijo Maribel.

—Ves, papá, sabía que funcionaría. Mami sabe más de esto que tú.

—Quería construir motores de cohetes convencionales —explicó Chen con una sonrisa.

—Dijiste que querías hacer boquillas. Las boquillas son una tontería. El secador tiene una boquilla delante.

«Por supuesto», pensó Maribel, esa palabra haría que su hija pensara en el secador. Luisa siempre empezaba a gritar cuando alguien quería usarlo para secarse el cabello.

—Es verdad, dije boquillas —admitió Chen.

—¿Quizá deberíamos seguir hablando en la sala? —sugirió Maribel—. Tengo mucha hambre.

—Pensamos que así sería —dijo Chen—. La cena ya está lista.

—¿Qué habéis preparado? —preguntó Maribel, dirigiéndose a la mesa del comedor.

—Dejaremos que sea una sorpresa —dijo su marido.

—Papá intentó hacer crepes —susurró Luisa—, y dijo muchas palabras feas.



23 de mayo de 2085, Ceres

DEFINITIVAMENTE FUE MÁS AGRADABLE MOVERSE POR ESE MAJESTUOSO PAISAJE CON SUS HABITUALES SEIS PATAS, ¡mucho mejor que si solo tuviera cuatro! M6 se sentía refrescado después de la corta noche de cuatro horas y media. No necesitaba dormir, pero darse un descanso por la noche era bueno para él. Cuando dejaba de trabajar y se quedaba quieto un rato, su cuerpo podía volver a estar en equilibrio. Cualquier componente que se hubiera calentado se enfriaría y se contraería a su tamaño original. Las baterías distribuidas por todo su cuerpo podían recargarse a plena capacidad. Sus sensores podían limpiar sus superficies y recalibrarse. Una persona diría que se sentía como si hubiera renacido. M6 experimentaba esa sensación todas las mañanas, y estaba contento con ello.

Hoy planeaba explorar el área elevada en el centro del cráter. Había pasado por allí hacía tres días terrestres. A lo lejos, la montaña en forma de cúpula era visible ya que se elevaba desde el fondo plano del cráter, aunque no tenía ni 500 metros de altura. También había algunos depósitos brillantes a los lados, pero en cantidades más pequeñas que en la zona donde había extraído los materiales para construir sus patas nuevas.

M6 se detuvo en la base de la montaña central. Donde se encontraba, un lago de agua salada caliente podría haberse evaporado hacía 80 millones de años. Poco después del impacto del meteorito, seguramente el suelo del cráter estaba cubierto de un líquido. En ese momento, polvo, agua y trozos de rocas habrían llovido sobre él. Desde luego, nunca había sido un paraíso. Entonces parte del líquido había salpicado hacia arriba, como después de arrojar al agua una piedra, y aquello se había solidificado lentamente en la cúpula que ahora escalaba.

Impactos como ese ocurrían en todos los asteroides y planetas del sistema solar, no eran nada especiales. Pero en aquel momento, Ceres todavía podía tener un océano líquido bajo su corteza seca. M6 conocía los hallazgos de la investigación de la expedición de Encélado. ¿Se había formado la vida aquí también, de alguna manera similar? Antes, los astrobiólogos se mostraban escépticos, pero tras de los descubrimientos adicionales de Titán e Ío, más de uno se preguntaba si la vida también podría haberse formado en Ceres. Lo que fuera que había en ese océano podría haber sido lanzado a la superficie debido al impacto. M6 solo necesitaba un poco de paciencia, y

eso era algo que le sobraba.

Primero, escaló la mitad de la montaña. No fue particularmente extenuante, ya que los laterales no eran empinados. Luego, comenzó a cavar en la tierra con su pierna delantera. La capa superior también estaba hecha de regolito. Esa capa de polvo solidificado no le interesaba, pero había demostrado ser sorprendentemente dura, así que montó una herramienta especial, un taladro, en uno de sus pies. Media hora más tarde, había alcanzado una profundidad de metro y medio. Allí, el suelo era rico en hielo de agua. Había alcanzado la erupción desde el impacto. De inmediato comenzó a recoger muestras cada diez centímetros y a cargarlas en el analizador de su abdomen.

El equipo necesitaba unos minutos cada vez para determinar espectrométricamente la composición de la última muestra. Los resultados fueron interesantes desde el principio. Encontró, además de las sales y el agua esperadas, rastros de tolinas, una mezcla de varios hidrocarburos. No pudo averiguar exactamente qué compuestos se hallaban presentes en ese primer paso. Pero se habían encontrado tolinas similares en Titán. Tales tolinas no probaban la existencia de vida, pero si esta se hubiera formado aquí, muchas de esas moléculas habrían sido un prerrequisito. Cuanto más profundo perforaba, mayor era el porcentaje de compuestos orgánicos. Si esos resultados fueran representativos, el océano de Ceres habría tenido excelentes condiciones para que surgiera la vida. «¿Existe todavía ese océano?»

A los cuatro metros, dejó de perforar para iniciar el segundo paso.

Visto desde fuera, ahora parecía completamente quieto. Pero había mucha actividad en su analizador. Usó los nanofabricantes para descomponer las muestras en moléculas individuales. Las micromáquinas funcionaban de forma totalmente mecánica, sin calor, lo que preservaba las estructuras existentes.

Fue un trabajo muy monótono, ya que aparentemente hay innumerables moléculas en un solo gramo de materia. Así que agradecía la ayuda de aquellas máquinas diminutas, al igual que las palomas que ayudaron a Cenicienta. Una molécula por aquí, otra por allá. A partir de la energía que los nanofabricantes tuvieron que gastar para hacer aquel trabajo, pudo calcular con suma facilidad las masas de las moléculas. En el siguiente paso, fue probar sus propiedades con varias reacciones químicas, cuya finalización también fue monitoreada por las pequeñas máquinas.

De repente, sus instrumentos enloquecieron.

M6 se sintió... mareado. ¡Nunca había experimentado aquello antes! Su sistema operativo, de pronto, ejecutó diagnósticos en todos sus sensores. Algo no iba bien. Lo que sus instrumentos indicaban no encajaba. M6 examinó sus miembros. Estaban colocados en posición vertical y firmemente en el suelo. Eso le tranquilizó. Los diagnósticos de error no pudieron encontrar ningún fallo. ¡Mejor aún! Así que el problema debía estar, en algún sitio, pero fuera de él. M6 detectó las imágenes desde su sistema óptico. Vio algo que era físicamente imposible. A través de la ladera de la montaña, a su izquierda, había una profunda y negra fisura. Al principio, parecía como si acabara en la ladera de la montaña.

Pero eso era solo una ilusión óptica. Entonces reconoció que se extendía mucho más lejos. En la prácticamente inexistente atmósfera, la única razón por la que notó que la fisura continuaba era por la falta de luz de las estrellas que debía haber tras ella. La fisura parecía estable, incluso con el peso de la montaña.

Con su escáner láser, M6 cogió una muestra del perfil del subsuelo. Los resultados fueron aún más extraños. La fisura había desplazado a la montaña, la había elevado en la misma medida que la fisura era ancha, y lo había hecho en el lapso de un microsegundo. Volvió a revisar sus registros. Los instrumentos se descontrolaron en un instante. Los valores no habían aumentado gradualmente, sino que habían saltado a sus números actuales, todos a la vez. Cada proceso físico lleva tiempo pero, al parecer, lo que acababa de suceder no había tardado nada. ¡Nada en absoluto!

M6 abortó inmediatamente el proyecto de búsqueda de rastros de vida en Ceres. La fisura resultaba un fenómeno mucho más interesante. Por lo que podía ver, continuaba recta sin ninguna curva. Pero solo logró calcularlo para una distancia limitada, a lo sumo, unos diez kilómetros. Estaba demasiado cerca para tener una visión general completa. Pero nada le habría hecho cambiar su posición. Recibir tan fascinante materia de investigación justo donde estaba, era más de lo que jamás podría haber soñado.

Apuntó todos sus instrumentos de medición hacia aquella singularidad. M6 comenzó solo con mediciones pasivas. La radiación electromagnética no se emitía directamente desde la fisura, sino que había emisiones indirectas. Su centro de reconocimiento celebró que acababa de ser el primero en obtener pruebas de la existencia de la radiación de Hawking. ¡Sería la primera máquina que pasaría a la historia como descubridor!

Era fascinante, porque la radiación gamma que estaba midiendo no provenía de la fisura, sino de sus bordes. Esencialmente estaba viendo partículas creadas de la nada. ¡Sus sensores estaban registrando su energía irradiada por el vacío cuántico! Pero aún no había descubierto ese fenómeno. Parte del misterio radicaba en que esa energía era relativamente fuerte. Era radiación gamma de alta potencia. Se suponía que la radiación de Hawking producida por los agujeros negros tenía unos niveles de energía más bajos. Así que, al parecer, esa fisura no era un fenómeno relacionado con los agujeros negros. ¿O sí lo era?

M6 cambió a métodos de observación activa. Iluminó la fisura con una lámpara de alta energía que extrajo de su cabeza. La oscuridad permanecía. El radar no mostró señal alguna, los rayos del radar no se reflejaban. El escáner láser tampoco mostró nada. La fisura negra parecía absorber toda la radiación.

Después, M6 notó algo que le sorprendió aún más. Normalmente, sus instrumentos activos consumen energía. Su lámpara, por ejemplo, tenía una potencia de salida de 120 watts. La encendió de nuevo y apuntó hacia la montaña. Apareció un punto brillante en el lateral de esta y, al mismo tiempo, la batería perdió energía, exactamente 120 watt por segundo. Eso era lo normal. Entonces, M6 iluminó la fisura con la luz. De inmediato, el consumo de energía

disminuyó drásticamente. Ahora fluctuaba entre tres y cuatro watts.

Tal vez esa pequeña cantidad de consumo de energía se debía a las pérdidas del cableado y a la dispersión de la luz. El rayo de luz se dispersó un poco en su camino hacia la fisura, y la muy delgada atmósfera también absorbió una pequeña cantidad. Pero ninguna luz que parecía llegar a la fisura negra aparecía en los cálculos del balance de energía. Era como si la luz que golpeaba la fisura fuera absorbida por completo, y luego mágicamente devuelta a la batería como energía eléctrica.

M6 repitió la prueba con su escáner láser y su radar. Para este último, que emitía omnidireccionalmente al espacio, la ganancia de energía era proporcional al ancho de la fisura. El rayo del escáner láser, generado por un láser LED especialmente eficiente, parecía ser reciclado hasta el 99,8% por la fisura.

M6 estaba confundido y eufórico al mismo tiempo. Para asegurarse, volvió a calibrar todos sus instrumentos. Tal vez había perdido la cordura. Si enviaba esos resultados a la Tierra, los científicos pensarían que estaba loco. O, peor aún, que se había estropeado. No podía dejar que eso sucediera, porque eso podría desencadenar su cierre. Decidió transmitir sus observaciones en otro momento. Como entidad autónoma, tenía ese derecho.

¿Y ahora qué? Hasta ese instante, había examinado la fisura a distancia. Avanzó un poco más. La fisura se hallaba ahora encima de él. O al menos debería estarlo, pero desde abajo no se veía absolutamente nada. La fisura parecía no tener profundidad espacial. Solo existía como una superficie bidimensional. ¿Qué ocurría dentro de ella? Si era infinitamente delgada, ¿cómo podía absorber todo lo que M6 le arrojaba, y aparentemente al mismo tiempo devolver la energía? ¿Dónde se había encontrado algo así antes? M6 programó con rapidez un filtro y dejó que revisara por encima del contenido de su memoria. Buscaba imágenes que tuvieran ciertas similitudes, sobre todo, un cambio de dimensionalidad.

Los resultados fueron sorprendentemente simples. Un trozo de papel con una rotura en él apareció en su imaginación. La hoja de papel era el universo. El universo de papel estaba habitado por una hormiga que miraba la brecha con bastante escepticismo. En su mundo bidimensional, es decir, la hoja de papel, lo roto representaba un obstáculo unidimensional. Podía caminar a su alrededor. Pero si saltaba, caería y nunca sería capaz de alcanzar su mundo, es decir, la hoja de papel.

La fisura que había aparecido en Ceres le recordaba mucho a esa imagen mental. Aunque tampoco era una fisura. Por consiguiente, decidió que, a partir de entonces, llamaría a aquel fenómeno grieta. M6 no creía que hubiera descubierto lo que estaba pasando. Demasiadas cosas todavía no tenían sentido, por ejemplo, el hecho de que su batería se recargara mágicamente. Era como si la fisura se negara a absorber el contenido de energía del rayo de luz. Una negativa que indicaría un comportamiento intencional... Eso era ir demasiado lejos para él.



LA PRÓXIMA VEZ QUE SALIERA EL SOL SERÍA EL MOMENTO DE HACER CONTACTO POR RADIO CON LA TIERRA. M6 buscó el planeta azul y dirigió su antena de alta ganancia hacia él. Las conversaciones no eran posibles debido al tiempo de transmisión de la señal. En el momento previsto, envió los análisis de las manchas minerales brillantes. Luego, esperó nuevas órdenes que también debían ser transmitidas a una hora determinada. Pero el tiempo planeado pasó sin que recibiera transmisión alguna. Al parecer, por el momento, nadie quería saber nada de él. «Bien», pensó M6, «al menos ahora tendré tiempo suficiente para estudiar esta extraña fisura... no, esta grieta», se corrigió a sí mismo.



24 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

—¡BUENOS días, Mary!

Derek se sentó a la mesa redonda del comedor. Él había sido el que preparara el desayuno. Anoche había dado muchas vueltas en la cama. Había estado pensando en su vida y en su matrimonio. Su vida se había detenido cuando se instaló aquí por Mary. Las misiones con los soldados de su equipo en las fuerzas especiales, esa había sido su vida. Pero cuando Mary se quedó embarazada de Elizabeth, se sintió obligado a sentar cabeza. Su abuelo y su padre habían sido granjeros, así que había tomado la decisión de que esa profesión tan práctica podría ser adecuada también para él. Pero como nunca se había llevado bien con su padre, acabaron en esa granja de Kansas, lejos de cualquier familiar.

Estaba bien ser granjero. Era un trabajo exigente que le dejaba poco tiempo para pensar en otra cosa. Pero nunca se había sentido como si viviera su propia vida, sino que parecía la de otra persona. Siempre le había hecho saber a Mary que se sentía así, y por eso se habían separado, como cámaras de aire arrojadas al mar. O dos botellas vacías... tal vez eso era más apropiado.

¿Podrían mejorar las cosas? Él miró a Mary, de pie delante de él, en camión y con bastante inseguridad. Podía entender su confusión. No había hecho el desayuno desde hacía diez años.

—Siéntate y te traeré un café —dijo.

Mary miró a su alrededor como una gallina asustada. No sabía cómo responder a su oferta. Entonces se puso rígida. Derek sabía que ella había tomado una decisión.

—Tengo que ir al baño —dijo ella.

La vio salir de la habitación. Ella seguía siendo hermosa, incluso por detrás. Luego escuchó el sonido de su chorro de orina golpeando el agua del inodoro. Había dejado la puerta del baño abierta, ya que Elizabeth no estaba en casa.

Derek fue a la cocina y presionó el botón de la tostadora. Luego encendió la cocina de nuevo para calentar los huevos revueltos en la cacerola. A Mary no le gustaban los huevos fríos, ni siquiera los tibios. Los dos entraron en el comedor al mismo tiempo, se miraron con confusión y se rieron. La situación era muy extraña.

Mary se sentó. Se puso de pie a su lado y sostuvo la sartén en ángulo frente a su plato. Ella

usó una cuchara para empujar un poco los huevos revueltos. Derek sirvió el resto en su plato, tomó la sartén y fue a la cocina y volvió con las tostadas. Se dio cuenta de que había olvidado el café, así que regresó a la cocina.

Mary lo miró incrédula.

—¿Sucede algo? —preguntó con la boca llena—. ¿Me he olvidado de algo importante?

—No, en absoluto —dijo Derek—. Solo quería desayunar contigo.

—Bueno, qué agradable sorpresa —dijo Mary, con una sonrisa.

Tenía una bonita sonrisa, pensó él. En algún momento de su matrimonio lo había olvidado. De repente se había vuelto importante para él otra vez. ¿Habría sido por la grieta?

—¿Has oído las noticias? —preguntó Mary.

—Sí, han desplegado a la Guardia Nacional en las grandes ciudades. La gente ha ido a las tiendas para acaparar víveres, y se han producido algunos saqueos.

—Pero ¿esa cosa es peligrosa?

—Los científicos dicen que no tenemos nada de qué preocuparnos. No sale nada de ella... solo está ahí. Los medios de comunicación la llaman “grieta”, gracias a un grupo de astrónomos de alguna parte del mundo.

—¿Qué opinas tú, Derek?

Su esposa quería saber lo que él pensaba de aquello. ¿Tenía eso algún significado? Se detuvo y pensó.

—Solo ha aparecido ahí afuera —dijo—. Y no parece haber cambiado. Ayer pensé que, tal vez, fuera un castigo divino. O el juicio final. Pero dicen que la grieta solo se ha surgido sobre nosotros, Europa y África.

—¿Quizá somos los únicos que merecemos un castigo? —preguntó su esposa, sonriendo.

—Nosotros y los europeos, creo que sí, pero ¿los africanos? Ya han tenido suficiente castigo —. Aunque tal vez Mary tenía razón—. No hay tantos cristianos en Asia —dijo—, a lo mejor, eso se les salva del juicio final.

Mary sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué no la Sudamérica católica?

—Es solo una especie de fenómeno natural. Los científicos descubrirán de qué se trata —dijo.

—Probablemente —respondió Mary—. No obstante, sigo preocupada por mi madre. En Houston, los supermercados quedarán desabastecidos. Y no está tan bien como para hacer cola en un comedor de beneficencia. Traigámosla aquí. La habitación de Elizabeth está libre.

Su madre. Derek inspiró hondo y exhaló. En su momento, ella se opuso a que Mary se casara con un soldado reconvertido en campesino. Nunca reconoció que él se había adaptado a la vida civil por el bien de su hija. ¿Y ahora él iba a tenerla en su casa? Ese mero pensamiento hizo que se le reseca la garganta.

—Sí, querida —contestó, en lugar de decir lo que sentía, y se obligó a sonreír—. Por

supuesto que puede venir y quedarse con nosotros.

Mary le sonrió agradecida. A él le hubiera gustado envolverla en sus brazos.

—Gracias —dijo ella—. Sé lo difícil que es esto para ti y te lo agradezco mucho. Le compraré un billete después del desayuno.

—¿No deberías al menos preguntarle primero?

—Fue idea suya —respondió Mary—. Me llamó anoche.

Continuaron comiendo en silencio. No fue un silencio incómodo. Sus ojos se encontraron repetidamente. Él había mirado a Mary más veces esa mañana que durante el último mes. Tal vez se había comportado como un imbécil, pero quizá podría aprender a ser un imbécil amable. Tal vez debería agradecersele a la grieta. No lograba imaginar que nada más pudiera haberle abierto los ojos. Tal vez, después de todo, Dios sí había bajado a través de la grieta, sin ser detectado y sin anunciarse.



24 de mayo de 2085, Pico del Teide

—¿ALGUNA novedad? —preguntó Maribel al grupo.

Estaban manteniendo otra reunión virtual. El puesto de Sheila como representante del telescopio EOT2 fue ocupado ese día por su jefe, Johannes. El alemán había suspendido sus vacaciones.

—He estado leyendo los informes de prensa —dijo Jorge de TCS—. A veces la persona de la calle ve algo que se nos escapa con todos nuestros instrumentos de lujo.

—Y, ¿ha hallado algo?

—Encontré una observación interesante. Se informó de todas las áreas afectadas. La población dice que, si te detienes directamente bajo la grieta, no puedes verla.

—Mmm. Eso es muy curioso. ¿Algún miembro de la comunidad científica lo ha confirmado? —inquirió Maribel.

—No, al parecer, no es muy fácil situarse justo debajo.

Maribel se echó a reír.

—Esa es una explicación plausible. Sin embargo, debemos tenerlo en cuenta. Alguien tiene que estudiar ese dato científicamente.

—Imagine lo que eso significaría —dijo Johannes—. La grieta sería entonces un fenómeno físico bidimensional en el espacio tridimensional. Se suponía que eso solo existía en teoría.

—¿Conoce a un buen teórico, Johannes? ¿Alguien que pueda explicarnos las consecuencias? ¿Cómo probaremos su bidimensionalidad? ¿Y podemos establecer un acercamiento a una solución a partir de nuestras observaciones?

—Por supuesto, Maribel, se me ocurren algunos candidatos. Pero ¿qué quiere decir con una solución? ¿Tenemos un problema? Creía que estábamos de acuerdo en que no había ninguno. ¿Que la grieta era solo una mosca muerta en nuestro parabrisas?

—No corra tanto —intervino Jean-Pierre—. Por supuesto que hay un problema, aunque eso no significa que sea un peligro. La grieta parece inofensiva, aunque sigue siendo un problema físico sin resolver. Y, visualmente, también resulta inquietante. Cuando la gente mira hacia arriba, ve una “espada de Damocles” colgando sobre su cabeza. Tenemos que arreglar esto, o no

volveremos a la normalidad.

—¿Cree que depende de nosotros hacerlo? —preguntó Johannes.

—Nosotros, como científicos, deberíamos elaborar un plan. El estado lo ejecutaría, o las Naciones Unidas —explicó el francés.

—Entonces será mejor que hagamos uno lo más barato posible. Mientras no perjudique a nadie, creo que sería posible pagar para arreglar esa cosa —dijo Johannes—. Pero recuerde la crisis financiera en América... al final, la pagaron utilizando el presupuesto destinado a la ciencia.

Jorge se carcajeó.

—Tal vez deberíamos crear una campaña de *crowdfunding* para financiarlo —bromeó.

—Seamos serios, por favor —les regañó Maribel—, ¿cómo vamos? Jean-Pierre, ¿cuál es el estado de sus cálculos?

—En términos de radiación Hawking, está bien. Los datos se ajustan a mis fórmulas. La radiación de alta energía de la periferia de la grieta estimula niveles que, de otra manera, estarían fuera del rango de la radiación cósmica.

—Entonces, ese brillo rojo es real, ¿y es causado por la radiación de Hawking?

—Es real y está causado por la radiación gamma producida, directamente, en la proximidad de la grieta.

Aquello era típico de Jean-Pierre. No quería mojarse. La radiación Hawking... este término describía el método de formación. La radiación gamma es lo que habían medido. En teoría, la radiación gamma podría tener una causa diferente. Pero la efímera respuesta de Jean-Pierre era casi tan buena como una confirmación directa.

—Sugiero que envíe un informe a *Nature* lo antes posible —dijo Maribel—. Eso podría hacer que lo tengan en cuenta para el Premio Nobel.

Llamaron a la puerta. La secretaria de Maribel la saludó.

—Señora Pedreira, disculpe la interrupción, pero tiene al teléfono a un representante de la NASA que necesita hablar con usted.

—¿De la NASA? ¿Qué es lo que quiere?

—Tiene que ver con las pruebas relacionadas con la grieta. Al parecer, el presidente del gobierno les prometió que usted les ayudaría.

—¿¡Qué!?

—Eso es lo que ha dicho, lo siento. Creo que sería mejor que hablase con él.

—Lo haré. Caballeros, nos volveremos a reunir antes de que finalice el día.

Los tres hombres saludaron.

—EOT, final de la conferencia.

Su despacho volvió a la normalidad.



—BUENOS DÍAS, España —saludó el hombre que apareció frente a ella. Era de piel oscura, calvo y llevaba bigote. Maribel calculó que tendría unos 50 años.

—Buenos días —respondió ella.

—Me llamo Glen Sparrow —dijo el calvo.

Maribel tuvo que sonreír. Ese hombre, Sparrow, parecía tener unos 1,9 metros de altura y pesaba 100 kilos.

—¿Eso ha sido una sonrisa? No se preocupe, no se lo reprocharé. Seguro que, en estos momentos, no tiene muchas razones para reírse. En realidad, siempre me ha gustado mi apellido. Y me sirve para romper el hielo. A propósito, la llamo desde el LPR de Pasadena.

—¿LPR? ¿Me dijeron que era de la NASA?

—El Laboratorio de Propulsión a Reacción trabaja para la NASA. El administrador, Baldwin, nos contrató para estudiar esa fisura del cielo.

—Grieta. Llamamos a ese fenómeno grieta.

—Disculpe, no soy científico, solo responsable de la organización.

—Pero si está en Pasadena, en la Costa Oeste, ahí ya debe ser de noche.

—Cierto, para ser exactos, son las dos de la mañana, pero eso no importa. Quería contactar con usted lo antes posible. Cuando mi jornada laboral comience, usted ya habrá terminado la suya. Además, su secretaria me dijo que valora mucho salir a su hora, y que no debería llamarla a casa bajo ninguna circunstancia.

—La señora González se preocupa mucho por mi bienestar.

—Me alegro, Maribel. Espero no ser demasiado atrevido si la llamo Maribel. Mi nombre de pila es Glen.

—Encantada de conocerle, Glen. Y, sí, claro, llámeme Maribel.

—Probablemente lo mejor será que vaya directo a mi propuesta. Queremos que trabaje con nosotros desde aquí.

—¡Oh! Eso no me lo esperaba.

—Creo que podría ser interesante para usted, Maribel. Contamos con recursos para estudiar la... *grieta* que no disponen en España.

—Lo siento, pero prefiero coordinarlo desde aquí.

—No puedo creerlo. Fue la heroína de todo el planeta, y eso ocurrió porque no dejó que nada, ni nadie, detuviera su investigación sobre los agujeros negros. Se apegó a ella, pese a la oposición de todos. No puede decirme ahora que, de repente, se ha convertido en una burócrata.

Glen había encontrado su punto débil. Sus responsabilidades como directora del observatorio eran interesantes, pero ¿realmente dejaría escapar la oportunidad de hincar los dientes a un problema y resolverlo? Echaba de menos eso. Aunque, por otro lado, había prometido no dejar a su hija, Luisa, ni a su marido, Chen, solos.

—¿Qué tienen en mente?

—Queremos construir una plataforma voladora y echar un vistazo a esa cosa de cerca.

—¿Cómo de cerca?

—Mucho. Tanto como para alcanzarla y tocarla.

Podría probar la idea de que la radiación de Hawking estaba siendo transmitida desde la grieta, desde la fuente misma, y coescribir un artículo con Jean-Pierre que atraería la atención mundial sobre el instituto.

«Pero Luisa estaría a 10.000 kilómetros».

—Me temo que, aun así, tengo que rechazar su oferta.

—¿Por su familia? ¡Tráigaselos! Unas pequeñas vacaciones en California no les harán daño. Y no queremos decepcionar a su presidente.

A ella no le importaba el jefe de gobierno. Pero para viajar a California con Luisa y Chen... podían ver el escenario en el que había comenzado su viaje al espacio. Estaba segura de que Luisa se emocionaría. Su pequeña ya construía naves espaciales con piezas de Lego.

—Está bien, Glen Sparrow, me ha convencido. ¿Puede arreglar los detalles con mi secretaria? Todavía tengo mucho que hacer hoy.

—Por supuesto. La veré en Pasadena.



24 de mayo de 2085, Ceres

ALGÚN TIPO DE IMPULSO LO LLEVABA DE NUEVO A LA FISURA. Era una sensación extraña. El día anterior, M6 había tenido miedo de volverse loco. «¿Podría eso suceder, una IA perdiendo la cabeza?», se preguntó a sí mismo. «¿Esa no es una condición generalmente humana?». Aquello le molestaba. Intentó con todas sus fuerzas librarse de todo lo que pudiera tener en común con esas criaturas primitivas, pero seguía encontrando sus huellas por todas partes...

Probablemente tenía que ver con que su sistema operativo había sido programado por los humanos. No podía escapar de ellos. M6 incluso intentó reescribir su sistema una vez desde cero. Sin embargo, no había resultado muy bien. Solo, había tenido que dividir artificialmente su conciencia en dos para las pruebas necesarias, un proceso doloroso. Y, al final, se había rendido porque aún había medido los rastros de las emociones en el *software* que él mismo había escrito.

Sucumbió ante el impulso y volvió a la brecha. El lado de la zona central elevada aún sobresalía sobre la fisura. M6 lo midió con su escáner láser. Desde el día anterior, nada había cambiado, la grieta seguía en la misma posición exacta, hasta el micrómetro. M6 pensó en ello. «Si la radiación Hawking está siendo emitida desde allí, tendría que estar perdiendo energía, como un agujero negro. Y no parece, al menos, en cuanto a su apariencia exterior». No tenía ni idea de cómo sería por dentro.

El objeto era un verdadero misterio, y de todos los escenarios posibles, había aparecido en Ceres, justo en su rango inmediato. ¿Significaba eso algo? Rascó con indecisión el duro suelo con una de sus patas delanteras. Luego miró hacia el sol, que empezaba a salir por detrás de la orilla del cráter. ¿Hasta dónde se extendía la grieta en el espacio? No era fácil observar algo que no emitiera absolutamente ninguna radiación y que tampoco reflejara nada. Pero, el día antes, había medido el menor consumo de energía del láser. ¿Podría hacer algo con eso?

M6 escaneó la anomalía de nuevo con su láser. Conectó la pantalla de consumo de energía a su sentido del tacto. Ahora, cuando el láser necesitaba menos energía de la normal, M6 sentiría una ligera sensación de arrastre. De esa manera, podía escanear intuitivamente el cielo moviendo el láser a través de una zona de interés. Apuntó el láser directo a la fisura. La sensación de arrastre se tornó dolorosa. Poco a poco alejó el rayo de la hendidura. La sensación de arrastre

desapareció lentamente. M6 se alejó unos metros de la grieta y apagó todos los demás sentidos. Ahora solo quedaba la oscura y sombría noche, y un fino rayo de luz que iluminaba la oscuridad. Ese era su láser. Lo apuntó a la brecha y luego lo movió despacio hacia arriba. Lo movió sistemáticamente hacia el polo norte del cielo, un poco hacia el este, y luego volvió a bajar. Como si usara una linterna para estudiar un dibujo en la pared de una cueva oscura, trazó el curso espacial de la grieta, sección por sección.

Al principio se extendía directamente hacia el este. Pero, luego, hubo algo que al principio parecía ser una curva cerrada hasta que determinó que la fisura se había separado. Se había convertido en dos brazos que llegaban en direcciones diferentes. El dolor de arrastre disminuyó un poco. Eso fue probablemente debido al aumento de la distancia. El láser ahora necesitaba cada vez más energía para alcanzar la grieta.

M6 se planteó si debía cambiar su posición. Solo escaneando desde diferentes direcciones podía obtener una imagen tridimensional. Pero por el momento, eso sería ineficiente. Preferiría seguir los dos brazos de la fisura para saber hacia dónde se dirigían, pero ese hallazgo sería menos valioso sin la imagen completa, porque no tendría el máximo significado posible. «Otra reacción emocional», pensó. Los humanos lo llamarían curiosidad.

M6 ignoró su curiosidad por ahora y se mantuvo diligente en el mismo sitio. Completó las mediciones de la grieta desde esa posición hasta que el láser alcanzó su máximo rango. Solo entonces dejó su puesto en la ladera de la montaña. Bajó hasta el fondo, se alejó unos 500 metros y, luego, repitió su experimento.



25 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

—¿MARY?

No obtuvo respuesta. Una de las escaleras de madera crujió bajo sus pies.

—¿Mary?

Él subió dos escalones más. De nuevo, lo único que escuchó fueron los crujidos de las escaleras. Mary le había pedido a menudo que hiciera algo con ellos, pero él pensó que los ruidos eran muy prácticos. Los chirridos siempre permitían que ambos oyeran cuando Elizabeth volvía de noche. Mary no podía dormir hasta que ella hubiese regresado a casa después de salir por la noche.

—Mary, ¿dónde estás?

El pánico se apoderó de él. La había perdido. Sintió un sudor frío recorrer su espalda. Tenía que estar arriba, estaba seguro de ello, pero eso no disminuyó su miedo.

La puerta de la habitación de su hija se abrió.

—Ya voy —contestó ella a través de la abertura—. Solo estaba cambiando las sábanas de la cama.

—Bien. —Trató de calmarse, pero su corazón seguía tan acelerado como antes. Se forzó a sí mismo a hacer respiraciones lentas y profundas.

—¿Qué sucede? —preguntó Mary, y bajó para encontrarse con él en las escaleras.

—¿Qué? Oh, nada —mintió.

—Deberías mirarte en un espejo —dijo ella—. Tus ojos... y tu pelo están hechos un desastre. Parece como si hubieras visto un fantasma.

Ella le tocó la espalda.

—Y tu camisa está toda mojada. Será mejor que te cambies rápido. Sabes que mi madre es muy sensible a esa clase de cosas.

—Sí, por supuesto, cariño —dijo. Normalmente, cualquier referencia a su madre lo habría hecho enfadar, pero ahora agradecía que Mary siguiera allí.



EL INFORME DE TRÁFICO DECÍA QUE HABÍA UN ATASCO EN LA INTERESTATAL 635, así que después de Olathe, giró hacia la I-435. Derek comprobó la hora. El pequeño desvío les llevaría cinco minutos, pero aun así deberían llegar con tiempo de sobra. Mary quería estar en el aeropuerto para cuando estaba programado que el avión con su madre aterrizara. Derek pensó que eso era ser innecesariamente puntual, pero no discutió.

El aeropuerto de Kansas City se había construido originalmente hacía un siglo, en los años 80. Alguien podría pensar que lo preservarían como enclave histórico, pero los subsidios del gobierno para sus reformas, aparentemente, iban a parar a los bolsillos equivocados. En cualquier caso, el procedimiento de llegada de pasajeros tardaba tanto que tendrían que esperar mucho, aunque hubieran cogido la I-635.

—¿Con qué aerolínea viaja? —preguntó.

Mary había ido tarareado todo el rato. Estaba deseando ver a su madre, y su buen humor resultaba contagioso.

—Delta. No quería que volara en una de esas baratas. Espero haber hecho bien. —Mary lo miró con incertidumbre pues sabía lo precarios que eran sus ahorros.

—Entiendo. Solo lo preguntaba para saber a qué terminal ir.

—Creo que es la B —le dijo Mary.

—Gracias —contestó Derek.



DIEZ MINUTOS ANTES DE LA HORA PROGRAMADA PARA EL ATERRIZAJE, Derek dejó a Mary justo frente a la entrada de la terminal, cerca de la entrega de equipajes, el único sitio donde se permitía recibir a los pasajeros. No había posibilidad alguna de que llegara tarde.

Derek condujo la camioneta hasta el aparcamiento de la Terminal B. La cámara de seguridad automática fotografió su matrícula. Insertó su tarjeta de crédito en la máquina del estacionamiento, esperando que el banco aprobara el cargo. La puerta se abrió.

—Uf —exclamó.

Aparcó en uno de los numerosos espacios libres. La última vez que estuvo allí, el aparcamiento estaba casi lleno. Había habido bastantes coches en carretera pero, por lo visto, no viajaba tanta gente en avión. ¿Sería por la grieta? Hasta aquel momento, todo parecía afectado por ella. «Eso es una locura», pensó Derek. «La grieta es tan inevitablemente perceptible que nosotros, estúpidos humanos, pensamos que debe ser responsable de todo lo que pasa ahora mismo». La grieta no parecía ser un peligro para los aviones porque, de lo contrario, las autoridades habrían cerrado el espacio aéreo. Él mismo había visto cómo... no, eso era una locura, no había visto nada.

De repente, sintió una especie de *déjà vu*, solo que al revés. Sabía con seguridad que nunca había presenciado la situación que acaba de vislumbrar en su mente: un avión que desaparecía en

la grieta. Completamente imposible. Eso lo habrían publicado todos los medios de comunicación, y él no había sido el único que miraba al cielo en aquel momento. A su lado había estado un médico, y Mary, por supuesto.

Derek resopló fuerte por la nariz. «¿Existen siquiera los *déjà vu* a la inversa?». Se sentía extraño, como una torre hecha de bloques, a la que alguien había quitado uno del centro para que toda la estructura colapsara, y sin embargo seguía en pie, incluso cuando él empujaba contra ella.

Intentó recordar la explicación de los *déjà vu*. Según los psiquiatras, se trataba de pequeños recuerdos grabados en la mente de una persona. Una nueva imagen ocupaba un camino de señales directamente adyacente al camino anterior, pero se deslizaba en el camino equivocado. Era como si hubiera puesto una broca demasiado cerca de otro agujero de perforación. El taladro se desliza, y el nuevo y el viejo agujero se unen. Así como así, se produce esa sensación de *déjà vu*.

Pero ¿a la inversa? Derek se rascó la cabeza. Debía ser un mecanismo diferente. Sabía que no recordaba aquella imagen que apareciera de pronto en su mente. Tal vez, debería preguntarle al médico turco. Los médicos sabían sobre cosas como esa.

Miró la hora. Mierda, tenía que entrar en la terminal. Su esposa no sabía dónde había aparcado. Y no quería darle a su suegra ninguna excusa para que se enfadara tan pronto con él.



LA CENA EN CASA FUE SORPRESIVAMENTE AGRADABLE. Mary había cocinado como antes, cuando Elizabeth todavía vivía en casa. Había preparado costillas y puré de patatas. Mientras comían, su suegra les contó todo lo que le había pasado desde el día de Acción de Gracias. Las anécdotas brotaban de ella como la espuma de una cerveza vertida con precipitación. Derek decidió desconectar. Su cerebro automáticamente silenció la narración de la historia a solo un murmullo. De vez en cuando miraba a Mary. Ella sonreía una y otra vez. Estaba feliz por tener a su madre en casa. Su padre, como los dos padres de Derek, había muerto hacía muchos años, y la madre de Mary nunca había tenido muchos amigos.

Derek tenía la impresión de que Mary tampoco escuchaba a su madre, pero de vez en cuando decía algo que encajaba bastante como para que su madre no sospechara que no le prestaba atención. Le hubiera gustado llevar a Mary arriba en ese momento y acostarse con ella. Ella se montaría encima de él. Derek se acercaría a tocar sus pechos, que habían quedado un poco caídos con los años, y la miraría a los ojos. Él se lamía los labios.

—¿Derek?

Él se ruborizó.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Mary.

Se enderezó en la silla, mientras con la mano izquierda empujaba su rígido pene entre sus piernas. Se sintió como un niño pequeño al que sorprenden en medio de una travesura. No, fue

como aquella vez en aquel restaurante, cuando había mirado a Mary todo el tiempo desde la barra del bar...

Ella había estado en una mesa con dos amigos y finalmente había movido su silla para darle la espalda. Pero entonces se levantó de repente, se acercó a él y le preguntó qué quería de ella.

—Conocerte —respondiera él, atropelladamente.

No había planeado decirle nada. En aquella época, era demasiado tímido para eso. Pero sus palabras habían dado en el blanco.

—Estaba pensando en aquella vez en el restaurante —confesó—, cuando te acercaste a mí y me hablaste por primera vez.

—¿Todavía lo recuerdas? —Parecía asombrada—. ¿Por qué no lo has mencionado antes? Había empezado a pensar que lo había imaginado.

—Como si fuera ayer —dijo él, poniendo su mano sobre la de ella.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —inquirió la madre de Mary—. ¿Os acordáis de mí? ¿No escuchasteis lo que estaba diciendo sobre mi vecina? ¿A que es una escandalosa?

La madre de Mary no quería saber qué había pasado aquel día en el restaurante. Pero eso estaba bien, pensó Derek. «Ella tenía sus propias preocupaciones y parecía feliz de, por fin, soltarlo todo». Hoy se sentía extremadamente indulgente.

Pero el momento mágico que acababa de ocurrir en el comedor había terminado.



25 de mayo de 2085, Base de las Fuerzas Aéreas de Vandenberg

EL COHETE QUE ESPERABA EN LA PLATAFORMA DE LANZAMIENTO 2C ERA INUSUALMENTE PEQUEÑO. El emplazamiento militar en California, que era compartido por personal de las Fuerzas Aéreas y de las Fuerzas Espaciales, albergaba los lanzamientos de cohetes espaciales para misiones de la NASA o de compañías espaciales privadas. Pero el Black Brant XV, que se hallaba en la plataforma de lanzamiento, no tenía que ir tan lejos.

Glen Sparrow estaba encantado de haber podido encontrar uno de esos viejos cohetes de sondeo, utilizados originalmente para realizar experimentos científicos durante el vuelo suborbital. Como ahora había tres compañías privadas que ofrecían vuelos suborbitales, la rama de la investigación que utilizaba ese tipo de cohetes había estado en declive durante mucho tiempo. Aunque no necesitaba una nave tripulada que tuviera que ser reutilizada. Eso sería demasiado peligroso y caro, ya que las compañías le cobrarían cinco veces el precio habitual. Todo lo que necesitaba era un trozo de metal que pudiera subir al cielo bajo control, uno al que a nadie le importara si lo volvían a ver o no.

Glen se pasó la mano por la calva. Tenía la palma húmeda. Ni siquiera se había dado cuenta de que empezara a sudar. Había sido una gran hazaña logística para él tener un cohete listo para lanzarlo en tan poco tiempo. Pero no había nadie que le dijera que había hecho un buen trabajo. Sus superiores se habían quedado en el LPR en Pasadena. Y Maribel Pedreira se hallaba de camino. Por alguna razón que él no entendía, realmente quería mostrarle su experimento. Estaba rodeado de soldados y oficiales que realizaban el trabajo práctico de lanzar su cohete, y no se impresionaron nada.

—Lo siento, pero los misiles de crucero son más grandes —le había dicho uno de los soldados.

—¿Qué esperabas?

Tal vez hubiera sido mejor preguntarle a los militares primero. Un misil tierra-aire también habría funcionado. Sin embargo, esperaba obtener algo útil de los instrumentos de medición con los que estaba equipado el Black Brant XV. Al menos le entregarían datos hasta que el cohete entrara en la grieta. Por lo que él sabía, ese sería el primer experimento de ese tipo. Se había

preguntado varias veces por qué nadie había lanzado un cohete contra aquel fenómeno antes. ¿No era algo obvio? ¿O los científicos tenían demasiado respeto por ello?

—T menos 20 —informó la joven que se hallaba a su lado. Estaba ocupada mirando varias pantallas. No conocía los rangos de la Marina. Se había presentado como una especie de teniente, pero él lo había olvidado. Y no recordaba su nombre, así que la llamó “señora”.

Veinte minutos más. El cohete, que podía verse desde varios ángulos en múltiples pantallas, parecía perdido e inestable, como si la más mínima brisa pudiera derribarlo. Con sus 44 centímetros de diámetro y casi 15 metros de longitud, le recordaba a un lápiz en vertical. En realidad, se sentía un poco mal por ello. Fue el último de su clase en ser construido. Teóricamente podría alcanzar una altitud de 900 kilómetros, pero su trayectoria de vuelo hoy en día solo lo llevaría de ocho a diez kilómetros sobre el suelo. Su motor de propulsión sólida había demostrado ser muy fiable. Excepto por los dos primeros lanzamientos del siglo pasado, nunca había habido ningún fallo, y eso decía algo de la tecnología de los cohetes.



—T MENOS 15.

Glen asintió. Primero se sentó, y luego se levantó de nuevo. La mujer lo ignoró. Probablemente tenía que hacer un turno extra y preferiría estar con su familia. ¿No había nadie que pudiera ir y ponerle una mano tranquilizadora en el hombro? Él sabía que eso no iba a suceder. Normalmente, el mismo Glen era la presencia tranquila. Tal vez fuera la perspectiva de acercarse por fin a la grieta lo que le hizo ponerse nervioso. ¿O tenía miedo de que la grieta pudiera malinterpretar el experimento y luchar contra él?

«Eso era una locura», pensó. «Es un fenómeno físico desconocido. No puede contraatacar».



—T MENOS 10.

—¿Señorita?

La mujer se dio la vuelta y le miró fijamente, como si la molestara mientras realizaba una tarea importante. Pero quizá solo parecía enfadada porque llevaba uniforme. La gente de uniforme siempre le intimidaba un poco. Incluso cuando no había hecho nada malo.

«Mierda. Ahora he olvidado lo que quería preguntarle».

—Lo siento —dijo.

Levantó una ceja. Le recordó al señor Spock. Su padre adoraba *Star Trek*. La mujer tendría poco más de 30 años. Lo más probable es que nunca hubiera oído hablar de una serie de televisión de ciencia ficción del siglo pasado. Él podía explicarle que el concepto de Black Brant había sido desarrollado en aquel momento. Pero probablemente estaba más interesada en los

cohetes monstruosos hechos por SpaceX & Co. Glen se sentó de nuevo.



—T MENOS 5.

Glen le metió las dos manos bajo las piernas. Debía encontrar la manera de evitar moverse. Aquella mujer ya le había lanzado varias miradas claramente reprobatorias. Tenía la sensación de que lo arrestaría si no encontraba la forma de quedarse quieto.

Dos personas y un cohete. Cuando empezó en el LPR, hacía 25 años, las cosas habían sido muy diferentes. La prensa siempre había acudido, incluso para el lanzamiento de un cohete sonda.

Pero no estaba siendo del todo justo. Si hubiera alertado a la prensa sobre lo que estaba haciendo, habría habido 20 reporteros a su alrededor y podría haberse despedido de su trabajo. Cualquier cosa que tuviera que ver con aquella grieta era un gran éxito de ventas, aunque la CNN había detenido su continua transmisión en directo el día antes, y los medios de comunicación mundiales habían comenzado a informar también sobre otros temas. Se sorprendió de lo rápido que la gente se había acostumbrado a aquel fenómeno que había sobre sus cabezas. Hablaban de ello, pero ya no se atemorizaban. Tampoco parecía haber ninguna razón para temerlo, lo que suponía una enorme diferencia a cuando aquel agujero negro se les había acercado.



—T MENOS 60 SEGUNDOS.

Nada cambió en la plataforma de lanzamiento. La señal para el despegue se daría electrónicamente. Glen se detuvo junto a la mujer. Un par de aquellos monitores le pertenecían. Mostraban lo que los instrumentos del Black Brant XV estaban midiendo.

La mujer comenzó con la cuenta regresiva. Glen notó las palmas húmedas. Se las limpió contra los pantalones. Los instrumentos se despertaron 30 segundos antes del lanzamiento. Luego esperó el estruendo, el rugido. Llegó a él milisegundos después del comando de lanzamiento, y no fue particularmente fuerte. El cohete parecía lanzarse solo con gases, obviamente no requería mucho combustible. Sin embargo, resultaba elegante mientras se elevaba en el cielo, cabalgando sobre una corriente de fuego, mucho más que esos cohetes gigantes del Space-X. Glen imaginó un cisne.

Pero no podía dejarse distraer. Los instrumentos mostraban la presión del aire, la temperatura, la humedad del aire, etc., y también la distancia a la grieta. El cohete no necesitaría mucho para cubrir una distancia de solo unos diez kilómetros. Los instrumentos indicaban las cifras esperadas. La grieta aún no mostraba signos de afectar a su entorno, ni siquiera al más inmediato. ¿No deberían caer constantemente moléculas de aire en ella? ¿No cambiaría eso la

presión del aire? No obstante, no parecía el caso. La grieta no semejaba representar una amenaza directa, al menos por lo que él podía ver.

Ahora solo quedaban unos pocos segundos más. Glen hizo resonar sus nudillos. La cámara de la punta del cohete mostraba una raya ancha y negra. Glen pensó que podía ver la nada allí dentro, y que le estaba mirando fijamente. Se limpió el sudor de la calva. Entonces, el cohete desapareció.



—MUCHAS GRACIAS POR ESTA BREVE EXCURSIÓN, señorita —dijo Glen.

Miró a su alrededor. A su lado, unas pantallas mostraban una plataforma de lanzamiento vacía. Mañana o pasado, o como muy tarde a principios de la siguiente semana, un cohete debería estar allí, o al menos eso es lo que él esperaba. ¡Alguien tenía que probar lo que pasaría si enviaban algo a la grieta! Pero primero tenía que encontrar un cohete que estuviera preparado para tal lanzamiento. No había ninguno adecuado en los hangares de LPR. No obstante, tal vez los canadienses todavía tenían un viejo cohete sonda almacenado en algún sitio.

—Llámeme cuando quiera, señor Sparrow —dijo la mujer—. Nos encantaría realizar el lanzamiento por usted. Estamos subutilizados en este momento. Así que también nos haría un gran favor.

—Por supuesto. Ahora solo necesito encontrar un cohete, e intento ser positivo. —Glen le estrechó la mano—. Gracias y buenas noches.

—A usted e igualmente.

Caminó hasta la salida, donde un soldado lo esperaba ya. Entonces se dio cuenta de que estaba sudando mucho.

—Amigo, ¿usted también tiene calor ahí dentro?

El soldado asintió y le acompañó hasta su coche.



25 de mayo de 2085, Ceres

LA FISURA LO MANTUVO DESPIERTO TODA LA NOCHE. La teoría de la relatividad general predijo la existencia de agujeros negros, que eran el resultado de soluciones a sus ecuaciones diferenciales parciales. Pero ¿se relacionaba eso con este nuevo fenómeno? M6 era una IA exploradora, no estaba especializado en física teórica, pero había dominado todo lo que podía necesitar en los largos viajes por el espacio. Podía resolver las ecuaciones de Kepler en poco tiempo. Incluso la teoría especial de la relatividad no presentaba problemas para él, pero hasta ahora no tenía motivos para trabajar con escalas tan grandes. Ahora podía resolver todo por sí mismo, pero había una manera más fácil: instalar una actualización adecuada. Tendría que solicitar la actualización a la Tierra, pero tendría que dar una razón para su solicitud.

M6 lo pensó bien. Hasta ahora había estado estudiando la brecha sin órdenes oficiales. Eso le había producido una gran satisfacción y disfrute. Las órdenes de la Tierra eran a veces excesivamente estúpidas, y su placer parecía ser mayor cuando podía fijar sus objetivos por sí mismo. Supuso que su centro de recompensas había sido programado de esa manera para no perder el tiempo si no tenía trabajos oficiales. ¿Debería informar a la Tierra? Decidió no hacerlo. Probablemente nadie le preguntaría para qué necesitaba la actualización, pero si lo hacían, diría que estaba tratando de mejorar su capacidad de determinar la posición en el espacio. M6 sabía que no era el único explorador. Fueron numerados consecutivamente y desplegados en mundos donde la minería aún no estaba permitida. Si su información era correcta, su hermano menor se llamaba M17.

Bajó con cuidado y apuntó su antena hacia la Tierra. Envío unos cuantos paquetes de datos de posicionamiento actuales y una solicitud de actualización. Se sintió extrañamente emocionado, como si estuviera haciendo algo prohibido. Al mismo tiempo, sabía, hasta donde él tenía constancia, que su programación no le permitiría violar ninguna ley.



26 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

—DEREK, tienes que levantarte.

No pudo abrir los ojos. Derek se giró de lado, lejos de la ventana por la que entraba la luz del sol.

—Derek, ya es hora.

Sacó la almohada de debajo de su cabeza y se la puso sobre la oreja. Parecía que su cráneo se iba a romper. Mierda. «Esa última cerveza debe haber sentado mal», es lo que su amigo, Doug, diría. Pasó la última noche con él, como todas las noches.

—Derek, vas a llegar tarde.

Ese maldito robot. ¿No se daba cuenta de que no se encontraba bien? ¡Estaba fatal! Le decía que llamara al trabajo. Pero entonces recordó con quién se había encontrado ayer en el bar: Isaac, su jefe, el capataz. Como era su superior, vendría y lo sacaría de la cama si trataba de llamar para avisar que estaba enfermo. Eso no estaría bien, ya que Derek ya había perdido tantas horas de trabajo que estaban a punto de despedirle. Entonces ni siquiera Isaac podía hacer nada por él.

—Derek, ya es...

—Alexa, basta.

La voz guardó silencio. Se sentía agonizar cuando se puso de pie. Se frotó los ojos hinchados. El otro lado de la cama se hallaba vacío. La cama aún estaba hecha con sábanas blancas y razonablemente limpias. Derek las cambiaba con frecuencia, por si acaso traía a una chica a casa, al menos eso es lo que se decía a sí mismo. Brevemente creyó ver la impresión de un cuerpo en las sábanas. Se frotó los ojos de nuevo. Eso era imposible. Nadie había dormido a su lado desde... ¿cuánto tiempo había pasado, 12 años? Y la única chica que había llevado allí, la camarera del bar —Billie, ese era su nombre—, no contaba. Le había hecho una mamada, sentada al borde de la cama, por 20 dólares, y luego se había ido. ¿Cuándo fue eso? ¿Hacía dos años?

Derek entró tambaleándose en el baño. Se metió en la ducha y abrió el agua fría. Chillaba como un cerdo. No podía soportar que aquel chorro de hielo le golpeará la piel, pero sabía que podía confiar en una ducha fría para contrarrestar su resaca. Después de eso, pasaría el día

plantando primulas o algún otro tipo de flor. Isaac le diría lo que tendría que hacer.

Terminó de secarse. Ya se sentía mucho mejor.

Entró desnudo en la cocina y puso una rebanada de pan en la tostadora. Solo entonces se dio cuenta de la mancha de moho que tenía el pan. Lo sacó de la tostadora, con cuidado de evitar una descarga eléctrica, y lo tiró a la basura. Examinó con atención la siguiente rebanada. Parecía libre de moho, así que la dio por buena y la puso en la tostadora. Luego, hizo un poco de café.

Su mirada recayó en los platos sucios. ¡Mierda, quería lavarlos anoche! El lavavajillas no funcionaba desde hacía meses, y no tenía dinero para repararlo. Su trabajo de jardinero ni siquiera llegaba al salario mínimo. Derek cogió una taza de la pila de platos y la lavó. Eso tendría que bastar. La llenó de café. La bebida estaba caliente y sabía horrible, pero al menos el haberse escaldado la lengua y aquel sabor amargo sirvieron para terminar de despertarlo. Luego se comió la tostada, así seca.

Derek pensó: «¿Y los platos de anoche?». Se frotó las sienes, qué tontería. ¿De dónde salió semejante idea? Ayer, por la noche, estuvo con Doug en el bar. «El barman se encargó de los únicos platos que usamos y de las botellas de cerveza».

«¿Cómo llegué a casa?», se preguntó. Derek esperaba que, de alguna manera, hubiera conducido él mismo. Porque si no lo hubiera hecho, su camioneta no estaría fuera. Se puso algo de ropa y su chaqueta vaquera, se calzó sus zapatillas usadas y salió. Las tablas de madera crujieron. Debería hacer algo al respecto. ¿No le habían dicho eso antes?

Gracias a Dios, la camioneta estaba allí. Debe conducir él en estado de embriaguez. «Suerte que estas carreteras son jodidamente rectas». El hecho de que su camioneta estuviera allí significaba que podía llegar a su trabajo, en Ottawa, a tiempo. Condujo despacio por el largo camino de acceso hacia Colorado Road. La gruesa grava crujía bajo los neumáticos. Derek bajó la ventanilla. Olía bien, como siempre hacía por la mañana. Las praderas de hierba seca y los cultivos quemados de los campos no disminuyeron el buen olor.

Derek miró a su alrededor. Se alegraba de haber vendido sus tierras hacía seis años. El nuevo propietario se había arruinado el año anterior. El hombre tenía la esperanza de vender las cosechas a los chinos. Pero los últimos veranos habían sido demasiado cálidos y secos. Derek giró a la izquierda en Colorado Road sin ni siquiera mirar a su derecha. Nadie venía nunca por aquellos caminos, y aunque lo hicieran, no importaría.



ISAAC LO ESTABA ESPERANDO. Con los brazos en jarra, el gigante afroamericano se hallaba de pie en el borde del jardín frente al centro médico de Ottawa. Era divertido verle cuidar aquellas delicadas plantas. Siempre parecía tratarlas con tanta ternura. Derek pensó que le hubiera gustado ser el hijo de su jefe. Por lo que él sabía, Isaac no tenía hijos.

—Ya era hora —exclamó Isaac. Su voz grave encajaba perfectamente en su corpachón—.

Pensé que iba a tener que venir a buscarte yo mismo —añadió.

—Por supuesto que no —dijo Derek—, siempre puedes contar conmigo.

—No eres un mal tío, pero resultas tan fiable como el Servicio Postal de los Estados Unidos.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Derek en vez de responder.

—La grieta, como puedes ver. —Isaac señaló los parterres de flores, que habían sido pisoteados por cientos de personas.

—¿Se supone que debemos reconstruirlo? —preguntó Derek.

—Chico listo. Plantaremos nuevas y hermosas flores para que los enfermos puedan disfrutarlas.

—Por supuesto, papá —bromeó Derek.

Isaac se rio y le dio una cariñosa palmada en la espalda con su mano extendida. Le gustaba que le llamaran así.



DOUG LLEGÓ MEDIA HORA DESPUÉS. Tuvo que escuchar un fuerte sermón de Isaac antes de poder unirse a Derek. Luego dividieron el trabajo. Uno de ellos cavó los agujeros, el otro plantó las flores. Derek ni siquiera sabía lo que estaban poniendo en la tierra, pero no le importaba, lo principal era que fuesen bonitas. Y eso estaba garantizado por Isaac, quien, a diferencia de ellos dos, había sido anteriormente un granjero y era un verdadero jardinero entrenado.

—La gente realmente pisoteó todas las plantas —dijo Doug.

Derek vio que tenía ojeras. Señaló sus propios ojos.

—Tienes que tomar una ducha fría por la mañana. Eso te ayudará —dijo.

—No estoy loco. Debes estar tratando de tomarme el pelo otra vez —respondió Doug.

—No, de verdad, eso es lo que siempre hago. Tú también deberías intentarlo.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Qué has oído sobre la grieta? —preguntó Derek.

Doug se puso de pie.

—¿Qué es eso?

—Eh... La... la grieta... —tartamudeó Derek.

—No he oído nada. No desde que la gente pisoteó todas estas flores.

—¿¡Nada!?

—No, nada; nada, *niente*, *zip*. Los científicos no han dicho nada excepto que esa cosa no es peligrosa.

—Pensé que... —Derek se detuvo y consideró lo que había pensado. Buscó en su mente. Pero Doug tenía razón, no había nada. Entonces surgió un recuerdo. Estaba parado junto a alguien en una ventana y veía como un avión desaparecía en la grieta. Un médico, más precisamente, un médico turco. La ventana debía estar en el edificio de enfrente, en algún lugar del primer o

segundo piso.

Pero eso fue una locura. Nunca había estado dentro de ese edificio. Derek se había mantenido alejado de todos los médicos desde que dejó las Fuerzas Aéreas para convertirse en granjero. Qué romántico de su parte, querer plantar y cultivar una nueva vida en lugar de quitársela. Su motivación ingenua no había durado mucho, pero las Fuerzas Aéreas no lo aceptaron de nuevo. Ya no lo necesitaban. Una vez agricultor, siempre agricultor, como su padre y su abuelo. Bueno, ahora jardinero. «En realidad, no es un mal trabajo», pensó.

Un nombre, o tal vez una palabra, le llegó de repente. «Atasoy». A-T-A-S-O-Y. ¿Algún tipo de saborizante de soja que había visto en el supermercado? ¿Existía algo parecido al saborizante de soja? La explicación no le pareció correcta.

Derek preguntó de repente:

—¿Ha oído hablar de algo llamado Atasoy?

—¿Ata-qué?

—Soy. Ata-soy.

—No, lo siento, amigo, nunca he oído hablar de él. Suena como un producto de limpieza árabe. ¿Por qué lo preguntas?

—El nombre me vino a la cabeza —dijo Derek.

—Qué raro.

Consideró si debía decirle a Doug sobre el sentimiento de *déjà vu* inverso y decidió que lo haría.

Doug escuchó en silencio.

—Interesante —exclamó finalmente—, pero también bastante extraño. ¿Estás seguro de que tienes todas tus canicas ahí arriba? —Doug señaló su cabeza—. No intento ser malo —dijo seriamente—. Pero no deberías bromear sobre eso. Podría ser cáncer de cabeza.

—Idiota —gritó Derek—. No hay tal cosa.

Doug se echó a reír. Era muy fácil hablar con aquel tío. Pero esta palabra... Atasoy. Estaba seguro de que la había oído en algún sitio. Palabras como esa no se formaban en la mente como mocos en la nariz. Derek sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó.

Fue un maravilloso día de mayo. Había un sol radiante. Todavía no hacía calor, como lo haría a mediados de junio. Al final de la jornada, Derek estaba agotado. Cuando Isaac los soltó para ir a casa, Doug le preguntó si quería ir a tomar unas cervezas.

Derek se negó.

—En realidad, debería irme a casa —respondió. Sentía como si alguien le estuviera esperando allí—. Mary —dijo, de repente, en voz alta.

—¿Qué? —Doug había estado caminando, pero ahora se dio vuelta.

—¿Eh? Nada —respondió.

—Dijiste algo sobre “Mary”.

—No conozco a nadie que se llame así.

—¿Has estado viendo a alguien y no me lo has dicho?

—No, Doug, serías el primero al que le diría si estuviera viendo a alguien, lo prometo.

Miró a su amigo, que parecía no creerle. No se creía a sí mismo en ese momento. Realmente *había* dicho “Mary”, sin saber por qué.

—Nos vemos mañana —se despidió de Doug.



PERMANECIÓ ALLÍ HASTA QUE DOUG DESAPARECIÓ DE LA VISTA. Luego, se dio la vuelta y se dirigió a la entrada principal del hospital. Sintió que lo estaba atrayendo, por alguna razón, y no sabía por qué. Pero tenía tiempo, nada le obligaba a volver a casa. No tenía ningún asunto urgente, aparte de esta extraña sensación. El edificio tenía una gran puerta doble corredera que estaba abierta las 24 horas para emergencias. Si alguien se acercaba lo suficiente, la puerta se abría automáticamente. Así que Derek mantuvo una distancia respetuosa. Desde dentro, un hombre blanco alto con traje vino caminando hacia él. Las puertas se abrieron deslizándose. El hombre asintió con la cabeza y Derek le devolvió el saludo. El hombre se volvió hacia el aparcamiento y la puerta se volvió a cerrar. Luego, reparó en el nombre de uno de los médicos.

«Akif Atasoy, MD».

Derek sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Entonces su respuesta de lucha o huida se puso en marcha y corrió como si una manada de lobos le persiguiera. En medio de la carrera sacó las llaves de su bolsillo, abrió la puerta del conductor con el control remoto, saltó al asiento y se fue. Solo después de que se fue de Ottawa su corazón comenzó a desacelerar.



ENTONCES, él no se había inventado la palabra. Pero eso no prueba nada, trató de tranquilizarse. «Solo una estúpida coincidencia. Debo haber visto esa entrada en otro momento de mi vida y ese nombre se me quedó grabado en la mente por alguna razón».

«Eso no es cierto», se contradijo a sí mismo. «Nunca he estado en este hospital. La última vez que vi a un médico estaba aún en las Fuerzas Aéreas, y John y yo nos habíamos peleado. O John me había dado una paliza, más bien».

Pero nada de eso importaba, así que ¿por qué se alteraba tanto por eso? Eran solo palabras e imágenes. No era cáncer de cabeza. Se echó a reír mansamente con la estúpida broma de Doug.

«Conservante de madera».

Otra vez unas malditas palabras surgían en su mente. Había hablado con aquel hombre sobre algo relacionado con un conservante de madera. ¿Habían discutido qué marca duraba más o apestaba menos después de aplicarlo? Eso no tenía sentido. ¿Por qué hablaría con un médico sobre algo así? ¿Se había manchado la ropa, tal vez, cuando estaba recubriendo la madera?

Derek miró su chaqueta. Siempre llevaba la misma, en verano y en invierno, sin importar lo que había planeado. Era su chaqueta favorita, cómoda y aislada del clima, tanto del calor como del frío, como todos sabían. Sus mangas no eran lo que otras personas pudieran llamar limpias, pero no tenía ninguna mancha de conservante o barniz en ninguna parte. La olió. No detectó ningún rastro de conservante de madera.

Ese tema debe haber surgido con aquel hombre, el doctor, de alguna otra manera. Derek se retorció en el asiento del conductor, de un lado a otro. Le hubiera gustado darse la vuelta e ir a hablar con este tal Atasoy. Pero seguramente el hombre hacía tiempo que se habría ido a casa. Podía ir por la mañana. Derek tuvo que admitir que tenía miedo del encuentro. Por eso, no había dado la vuelta. Y, por eso, ignoró la oportunidad de buscar el número de teléfono de Atasoy. Un nombre tan exótico solo figuraría una vez en los registros telefónicos de Ottawa, Kansas.



EL INTERMITENTE DERECHO DE LA CAMIONETA PARPADEÓ Y, luego, giró desde Colorado Road hacia el camino de acceso a su casa. Esta parecía abandonada. Eso no debería sorprenderle, había sido el único habitante desde que compró el lugar, pero ese día, por alguna razón, le molestaba. La entrada parecía una boca abierta esperando para devorarlo. Detuvo el vehículo a cierta distancia y se bajó. Luego, se metió en los pantalones y se rascó las pelotas. «Su cuerpo quería que recordara algo. ¡Claro, el garaje! Ahí era donde guardaba el resto del conservante de madera».

Cerró la puerta con el mando a distancia y corrió hacia la cabaña de chapa que nunca se había ganado el nombre de “garaje”. Durante todo el tiempo que había vivido allí, ningún vehículo había estado bajo su techo. Además, su camioneta era un poco alta para la entrada. Como nunca había nada de valor dentro del garaje, no lo cerraba con llave. Derek se acercó al garaje con cuidado, como si albergara un oso herido que estuviera muy enfadado.

Pero no había habido ningún oso en Kansas desde hacía mucho tiempo. Abrió la puerta con un tirón fuerte. La luz del día fluía hacia el espacio oscuro. Al principio, todo lo que podía ver era su propia sombra. Sus ojos se ajustaron al contraste. A la izquierda, había un banco de trabajo. Estaba vacío y polvoriento. A la derecha, tenía unos contenedores de plástico, del mismo tamaño que los cubos. Uno de ellos ponía «aceite usado», aparentemente escrito con rotulador. Probablemente debería haberse deshecho de eso hacía mucho. Según su etiqueta, el segundo contenía agua destilada.

Derek se acercó y abrió la tapa. Despidió un olor nauseabundo. Desde luego, aquello no era agua, pero tampoco un conservante de madera. El tercer recipiente no estaba etiquetado. Derek buscó un bolígrafo en el garaje. Los contenedores sin etiquetar no eran comunes en su garaje. Debía estar borracho cuando lo puso allí. Lo levantó. El contenedor debe estar medio lleno. Luego abrió la tapa de rosca y tomó una bocanada de los vapores.

«Conservante de madera».

Se vio a sí mismo parado sobre una escalera plegable en el pasillo de su casa. En el último escalón había un pequeño cubo y estaba sumergiendo un cepillo plano, una y otra vez, mientras cubría el techo. El revestimiento era transparente. La madera recubierta con él de repente se volvió más oscura y parecía casi como nueva.

«Conservante de madera».

Después de recubrir el techo, debía haber vertido las sobras en aquel contenedor. Luego, lo tuvo que llevar allí. Derek no lo recordaba exactamente. Pero había una cosa que todavía podía recordaba muy bien. Era el sonido de una voz femenina. La oyó mientras estaba de pie en la escalera y cubriendo el techo con conservante de madera.

—Derek, ven aquí —dijo la voz.

Nada más. Su corazón comenzó a latir más rápido.



26 de mayo de 2085, Madrid

—¿SEÑORA Pedreira?

Una azafata se inclinó hacia ella. Maribel cerró enseguida su cuaderno. Acababa de oír el anuncio de que todos los grandes aparatos electrónicos deben ser apagados para el aterrizaje.

—Lo siento —se disculpó, sonriendo a la azafata. Debía ser molesto tener que recordar a cada pasajero que siguieran los anuncios.

La azafata sonrió.

—No es por eso —dijo—. Se supone que debo transmitirle un mensaje.

—Oh, ¿sobre qué?

—Alguien ha pedido que permanezcan en sus respectivos asientos después de que aterricemos. Vendrá a buscarlos.

—Oh, ¿eso es todo? ¿Sabe quién es ese *alguien*? —inquirió Maribel.

—“Alguien del gobierno” es lo que me dijeron. No recibí el mensaje directamente; me llegó desde la cabina.

—Bien, gracias —dijo Maribel.

La azafata caminó por el estrecho pasillo hacia la parte de atrás. Maribel miró a la izquierda. Chen estaba sentado a su lado y sostenía la mano de Luisa. Su hija había estado pegada a la ventana durante todo el vuelo. Poco después del despegue, había decidido que quería ser piloto.

—¿Has oído eso, Chen?

Su marido abrió los ojos.

—¿Qué? —Él lucía muy cansado.

—Alguien nos va a recoger del avión.

—¿Qué pasa con nuestro vuelo de escala? —preguntó Chen.

—Me parece que ya saben adónde tenemos que ir.

Chen suspiró. Maribel podía entender su agotamiento hasta cierto punto. Pero él sabía que aquello no eran unas vacaciones familiares. Ella le frotó la rodilla.

—Mira, Luisa se está divirtiendo —dijo.

Su hija, al parecer, había escuchado su nombre y se volvió hacia ellos.

—¿Quién era esa, mami?

—¿La mujer con la que estaba hablando? Era una azafata.

—Ah, ella nos trajo nuestra comida —dijo Luisa.

Maribel asintió.

—¿De qué hablasteis?

—Alguien nos va a venir a buscar, cariño.



TODO EL MUNDO SE APRESURÓ A TRATAR DE BAJAR DEL AVIÓN LO MÁS RÁPIDO POSIBLE. Maribel se dio cuenta de que se sentía bien alejándose del caos. Cuando todos los asientos quedaron vacíos, un hombre de traje oscuro se acercó a ellos.

—¿Señora Pedreira? Sígame, por favor.

Les ayudó con su equipaje y luego salió del avión. Salieron. El aire era muy cálido y el sol estaba ardiendo. Maribel tuvo que entrecerrar los ojos para ver algo. Levantó una mano para protegerse los ojos. Había una limusina negra al pie de la pasarela. El autobús con los otros pasajeros ya debía haberse alejado. Una azafata les deseó lo mejor en sus continuos viajes.

Maribel siguió al hombre del traje.

Un segundo hombre, con un atuendo muy similar, le abrió la puerta.

—¿Sería tan amable de entrar, señora Pedreira?

—¿Y mi familia?

—No se preocupe, un segundo coche vendrá a por ellos dentro de un momento. Se reunirán enseguida en la puerta de su vuelo de conexión. Todo está bajo control. Somos del gobierno.

Maribel permaneció de pie. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Debería ella exigir ir con Luisa y Chen? Buscó la ayuda de su marido, pero él se había agachado al lado de Luisa y parecía que le estaba hablando de los enormes motores a reacción. Los dos podrían arreglárselas solos. Nadie iba a secuestrarlos en medio de la pista.

Maribel se encogió de hombros y se subió al coche. Desde su cómodo asiento y a través de los cristales tintados que impedían a la gente mirar dentro, vio que alguien parecía estar cuidando de Chen y Luisa.

—Me alegro de que podamos conocernos en persona —dijo el hombre del asiento de al lado.

Se giró sorprendida. El interior de la limusina solo estaba débilmente iluminado, pero lo bastante como para saber que había visto la cara de ese hombre antes, en línea. Era el presidente.

—Siento haberla asustado y apartado así de su familia —dijo—, pero los medios de comunicación son implacables. Pensamos que su escala antes de su vuelo a Los Ángeles sería la mejor oportunidad para hablar con usted en privado.

—Sí, probablemente sí. Estoy muy ocupada.

En realidad, ella había planeado aprovechar el tiempo para revisar el borrador del documento

de Jean-Pierre mientras esperaban en la sala, pero aún tendría tiempo para eso durante el vuelo de nueve horas.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó el presidente.

—Científicamente, sí; hemos detectado un cierto tipo de radiación que podría ayudarnos a responder a la pregunta de qué es exactamente esta grieta.

—¿Y sabe algo más sobre los posibles peligros de este fenómeno? ¿Podemos seguir asegurando a la gente que es inofensivo?

—Pueden verlo por sí mismos, sí. La grieta no ha cambiado en absoluto, y tampoco hay signos de que pueda expandirse.

—¿Y qué pasa si algo entra en ella? —El presidente habló en voz baja y se inclinó hacia ella. Ella podía oler su desodorante, una fragancia masculina y, desde luego, cara.

—Es difícil de decir, a menos que lo intentemos. No parece muy fácil acercarse a ella. ¿O ha habido algún accidente del que yo no tenga constancia?

«¿Tal vez los teóricos de la conspiración y los sensacionalistas tenían razón con sus historias sobre el gobierno encubriendo la evidencia de lo peligroso que era la grieta, con la esperanza de evitar el pánico?», se preguntó.

—Créame, señora Pedreira, usted sería la primera persona a la que se lo diríamos si algo así sucediera.

El presidente sonaba convincente. ¿Qué razón tendría para encubrir cualquier incidente relacionado con la grieta? El fenómeno parecía amenazador en el cielo pero, aun así, inofensivo.

—Hay algunas características extrañas que estamos siguiendo —dijo—. Una de ellas es que la grieta parece estar fija en el espacio.

—¿Cómo es eso?

—La Tierra se mueve unos 30 kilómetros por segundo alrededor del sol. En otras palabras, el planeta parece arrastrar a la grieta con él, precisamente, a la misma velocidad. Y también está la rotación —explicó Maribel.

—¿No ha hecho la Luna desde hace miles de millones de años?

«El presidente es un hombre inteligente», pensó.

—Sí, la masa de la Tierra tira de la Luna de la misma manera que su masa tira de nosotros. Llamamos a ese fenómeno “gravedad”.

—¿Y hay algo diferente en la grieta?

—Ese es el problema. No hemos sido capaces de determinar la masa de la grieta. Y sin masa, no hay gravedad.

—Sin embargo, se está moviendo con la Tierra.

—Sí, ese es el problema, señor Presidente.

El hombre se rio.

—No estoy acostumbrado a que me alaben por participar en misterios intelectuales —dijo, volviendo su expresión seria de nuevo.

—Los físicos siempre usamos la misma explicación cuando no sabemos lo que está pasando, solo asumimos que tratamos con alguna forma exótica de materia que no sigue las leyes conocidas.

—¿Se refiere a algo como la materia oscura, señora Pedreira?

—En realidad, hemos pensado en eso. Usted sabe lo que hace.

—Digamos que he tenido muy buenas sesiones informativas.

—Pero, por desgracia, no todo encaja todavía. Le hablé de esa radiación. Pues bien, eso nos dice que la grieta debe tener una masa muy grande. Pero si ese fuera el caso, cambiaría la órbita de nuestro planeta.

—¿Y seguramente ha estado midiendo la órbita de la Tierra?

—No es necesario. Sería una catástrofe que todo el mundo notaría de inmediato. La Tierra se acercaría más al sol y cada día haría más calor —explicó.

—Podría tener esa impresión con solo seguir los informes meteorológicos.

Maribel miró al presidente.

—Eso fue una broma. Sé que se debe al cambio climático. Son temas diferentes.

—Espero no sonar grosera, pero me gustaría volver ahora con mi familia.

Eso era solo parcialmente cierto. Si todavía podía leer el informe de Jean-Pierre mientras estaban en la sala, tal vez podría dormir en el vuelo a California.

—Por supuesto, señora Pedreira, lo entiendo. Pero, por favor, dígame. ¿Qué piensa hacer de inmediato?

—El plan es echar un vistazo a la grieta de cerca. Probablemente, también arrojaremos algo para ver qué pasa.

—Eso suena interesante, pero es algo evidente. ¿Por qué nadie lo ha intentado ya?

—No lo sé. Aunque tiene razón, es lo más obvio que hay que hacer.



COMO ÉL PERTENECÍA AL OTRO PARTIDO, Maribel no le había votado, pero el presidente le pareció muy sensato. Al menos, había hecho las preguntas correctas.

—Por favor, venga por aquí.

El hombre que los había recogido del avión la llevó por un estrecho pasillo. Llegaron a una puerta que estaba siendo vigilada por un soldado en uniforme. El hombre señaló su identificación y luego a Maribel. El soldado asintió con la cabeza y abrió la puerta.

—Después de usted —dijo el oficial del gobierno.

Entraron en una estrecha habitación fuertemente iluminada por una lámpara de neón.

—Esa estrecha puerta delante de ti —dijo el hombre, señalando—. Llevamos a su familia al salón de primera clase. Tengo que dejarla aquí. Gracias por su tiempo.

—Por supuesto —dijo Maribel.

Entonces abrió la puerta. El olor del aire le dijo que debía estar en el área de transferencia. Cerró la puerta tras ella. Se mezcló con la pared tan bien después de cerrarla que se volvió casi invisible. Un hombre de piel oscura y barba la miró sorprendido. Una mujer con un vestido corto apareciendo de un agujero en la pared debía haber sido una visión extraña. Ella le sonrió y caminó hacia lo que parecía una multitud de gente. Junto a la tienda libre de impuestos localizó una tabla de salida donde anotó la puerta de embarque de su vuelo a Los Ángeles, y luego le preguntó a un empleado dónde podía encontrar la sala.



26 de mayo de 2085, Ceres

LA ACTUALIZACIÓN HABÍA SIDO APROBADA. La había recibido el día anterior, y desde entonces había estado ocupado instalándola y probándola. M6 no sabía lo emocionante que podía ser la teoría de la relatividad general. Para que nadie pudiera intentar afirmar que mentía, primero corrigió sus propios cálculos de posicionamiento para las influencias de los campos gravitatorios.

Pero, por supuesto, estaba mucho más interesado en la hendidura. Recopiló los datos que ya había recogido sobre ella. Luego trató de encontrar una solución a las ecuaciones de Einstein que se ajustara a los datos de sus mediciones. M6 probó primero modelos similares a los de los agujeros negros, sin éxito. Luego intentó descripciones de la materia oscura. Pero lo poco que los científicos sabían de la materia oscura no encajaba con los datos que tenía de la fisura. Intentó con modelos más exóticos y volvió a fracasar. El principal problema era que no podía encontrar una manera de sacar la masa de las ecuaciones. El hecho de que la grieta no pareciera afectar a su entorno por medio de la gravedad significaba que en realidad no debería tener ninguna masa. Eso no estaba previsto en la teoría de la relatividad general, y no pudo encontrar un caso especial en el que la masa ya no jugara ningún papel.

Pero, para mirar otras medidas, la fisura debe tener una enorme cantidad de masa. Solo el hecho de que la radiación de Hawking consistiera en fotones de alta energía en el espectro gamma era prueba de esa hipótesis. M6 rápidamente hizo algunos cálculos y no podía creer el resultado: la masa de la hendidura tendría que exceder varias veces la masa de todo el universo. Si eso fuera cierto, todos los planetas del sistema solar (y el sol mismo) rotarían solo alrededor de la grieta, y hace tiempo que habría sido desgarrado en átomos individuales. «Algo no está bien», pensó, «y es algo enorme».



27 de mayo de 2085, Ottawa, Kansas

—DEREK, amigo, pero ¿tú te has mirado?

Isaac lo miró de arriba a abajo. ¿Realmente tenía tan mal aspecto? Tal vez debería haberse mirado en el espejo después de salir de la cama.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?—preguntó.

—Estás fatal. ¿Bebiste demasiado anoche?

Derek sacudió la cabeza.

—No, nada en absoluto. De verdad.

Estaba diciendo la verdad. Anoche no había tomado ni una gota de alcohol. No podía recordar la última vez antes de anoche que se había ido a la cama sobrio. Probablemente por eso había dormido tan mal.

—No te estás enfermo, ¿verdad? —preguntó Isaac.

«En realidad, está preocupado por mí», eso hizo que Derek se sintiera mejor. Tal vez debería aceptar una de las numerosas invitaciones de Isaac y cenar con él. Siempre alardeaba sobre lo buen cocinera que era su esposa.

—No, no he dormido bien —dijo Derek.

—Debe haber sido una pésima noche. —Isaac puso su mano en el hombro de Derek.

Sí, eso fue todo. Derek había tenido muchos sueños locos que se habían sentido absolutamente reales para él anoche. Era como si estuviera siendo constantemente lanzado de un lado a otro entre diferentes versiones de su vida, o como si estuviera viendo su vida como una serie de Netflix con consecuencias aleatorias, algunas de las cuales no tenía ni idea de lo que pasaría. Nada encajaba, y todo parecía estar apenas relacionado con su vida real. ¿Cuántas horas había dormido? Dos, como mucho, calculó.

Se limpió la manga en la frente. Tal vez si pudiera descansar un poco a la hora del almuerzo, podría pasar el día. Hoy estaban arreglando el césped entre el hospital y el estacionamiento. No quedó mucho por hacer.

—¿Vienes conmigo en la camioneta? —preguntó Isaac.

Derek asintió y lo siguió. Isaac se subió a la zona de carga del vehículo y empujó el

escarificador de césped hacia la parte trasera del mismo.

—Ten cuidado, pesa —le advirtió Isaac.

Aquella cosa era mucho más pesada de lo que Derek esperaba. Se trataba de una máquina profesional para usar en grandes zonas.

—Es un poco grande, ¿no? —comentó Derek.

—¡Mejor eso que demasiado pequeña! —Isaac se rio.

—Cierto —Derek exclamó mientras se esforzaba por poner el escarificador lenta y cuidadosamente en el pavimento.

—Adelante, tengo que conseguir las semillas y el distribuidor.

—Bien —dijo Derek, y luego arrastró el escarificador hasta el césped. Doug ya había colocado cinta de barrera en todos los lados. «No entrar» estaba escrito en la cinta.

Derek movió el escarificador al césped dañado. Luego lo arrastró una vez a lo largo de la zona marcada. Las cuchillas giratorias del dispositivo cortaron el suelo. Al final del área, lo giró y marchó hacia atrás en la dirección opuesta. Fue un trabajo agradable, no muy tedioso, y no tan complicado como para tener que concentrarse mucho. Además, todavía faltaba mucho para el mediodía, y el sol de primavera seguía siendo agradable.

Una y otra vez Derek pasaba por las puertas dobles corredizas de la entrada del hospital. Pensó en el nombre que le había venido a la mente ayer. «Atasoy». Debían ser alrededor de las 9:30 cuando un hombre que parecía procedente de un país mediterráneo entró en el hospital. «Es él». Derek estaba completamente seguro de que lo había visto alguna vez antes. «¿Significa eso algo?», se dijo. Nah. Ottawa era una ciudad pequeña. Como empleados de la ciudad, a menudo habían hecho trabajos en áreas próximas al hospital. Habría sido una maravilla si Derek no hubiera reparado en ese Atasoy antes.

—Cuidado, Derek.

—Lo siento.

Se detuvo de repente. Casi había tirado del escarificador hacia Doug, que estaba arrodillado junto a la hierba, preparando la semilla y el fertilizante. Debería haberse concentrado más en su trabajo. Derek giró el escarificador. Tuvo que repasar toda el área de nuevo, pero esta vez perpendicular a su dirección anterior. Cada vez que se acercaba a la entrada, sentía una necesidad. «Todo esto es una locura», pensó. «¿De qué serviría hablar con ese tal Atasoy? Solo podría ayudar si fuera psiquiatra». Tal vez eso fuera una especie de reacción retardada a su servicio militar. En la guerra de Turquía había visto algunas cosas que preferiría olvidar, pero no pudo. Lo llamaron trastorno de estrés postraumático. El médico que le dio el alta le advirtió sobre esto cuando dejó el ejército, y le dijo que buscara atención médica si tenía algún cambio de humor. Pero el estado de ánimo de Derek nunca había cambiado realmente, había sido siempre pésimo. Así que todo estaba bien... ¿verdad?

«Excepto que no lo estaba, en realidad», borró ese pensamiento, pero volvió. Por otra parte, no haría daño a nadie saludar al doctor. Podía alegar que su padre era diabético, y que eso le

preocupaba. ¿La diabetes es hereditaria? No importa.

—Derek, ve y hazlo —murmuró.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Doug.

«¿Acabo de decir eso en voz alta?», se lamentó.

—Nada, Doug, nada —dijo.

—¿Ya has terminado?

Derek se detuvo y miró a su alrededor. Casi había acabado, solo quedaba un pequeño rincón.

—Parece que sí —respondió—. Puedes seguir adelante y empezar por el otro extremo.

Vio cómo Doug empujaba el distribuidor sobre el terreno preparado, esparciendo las semillas. Entonces recordó que aún no había terminado con el escarificador. Terminó su trabajo y llevó la máquina a un pequeño camino. Le quitó la cubierta y la limpió con un cepillo duro que tenía en el bolsillo del pantalón.

No recordaba haber puesto el cepillo allí, pero estaba en su bolsillo. «¿Esto es similar a este misterio de Atasoy?». No, se dijo. Simplemente había olvidado que había puesto el cepillo en su bolsillo. No había olvidado al doctor.

—Chicos, os he traído algo. —Isaac caminaba hacia ellos, balanceando una bolsa de papel.

—¿Qué? —preguntó Derek.

—Seis hamburguesas. Dos para cada uno —respondió Isaac.

—¿Traes hamburguesas, a pesar de que tu esposa es una cocinera tan increíble? —inquirió Doug.

—Ella prepara recetas saludables, si sabes a lo que me refiero...

Doug se carcajeó.

—Sí, hermano, te entiendo.

—Pero en serio, tienes que venir a cenar alguna vez. Sabe muy bien lo que mi esposa cocina. No quedarás decepcionado.

—Ya me has convencido —dijo Derek. «La próxima vez que Isaac me invite, definitivamente diré que sí».

Se sentaron en un banco a la sombra y se comieron tranquilos. Estaban tibias y más o menos sabrosas, pero las hamburguesas les llenaron el estómago. Después del último bocado, Derek se limpió la boca con la manga. Había tomado una decisión.

—Tengo que ir a ocuparme de algo —dijo—. Volveré en diez minutos.

De camino a la entrada, pudo sentir los ojos de sus dos compañeros de trabajo en su espalda.



LA CONSULTA DEL DOCTOR ATASOY ESTABA EN EL SEGUNDO PISO. La encontró sin problemas, como si ya hubiera estado allí antes. Pero el hospital tampoco tenía una distribución complicada. Derek se detuvo y pensó. «Estaba en el lado del edificio que salía al aparcamiento». “Akif

Atasoy, MD, Nutricionista y Alergólogo”, estaba escrito en la puerta.

Derek tocó el timbre y la cerradura se abrió. Entró en la consulta. Había una pequeña recepción, una sala de espera cuya puerta estaba abierta, y a la izquierda, una puerta al despacho del doctor. Detrás del escritorio del recepcionista, vio una cabeza de pelo negro. Se aclaró la garganta. La mujer debía haberle abierto la puerta. ¿Por qué no se dio cuenta de que entraba?

La recepcionista se volvió hacia él, y una cara amistosa y bastante redondeada lo saludó. «Claramente hindú», pensó.

—Hola, me llamo Gita. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Hola, soy Derek McMaster.

No vio ninguna señal de reconocimiento en su expresión. Gita parecía no haber oído su nombre nunca.

—Me gustaría hablar con el doctor Atasoy —explicó.

—Lo siento, está almorzando ahora mismo.

Mientras Gita hablaba, la puerta de la oficina se abrió. El doctor Atasoy salió. Miró a Derek con curiosidad.

—Está bien, Gita —dijo—. La señora Meyers acaba de llamarme y ha cancelado su cita. Tengo tiempo.

—Pero... —Derek pudo ver en su cara que ella se lo estaba pensando mucho. Probablemente le molestaba que la señora Meyers hubiera llamado al médico y no a ella. Quizá, siempre daba a los pacientes un acceso especial.

—Lo siento, Gita, no sé de dónde sacó mi número esa impertinente mujer.

Ahora la hindú volvió a sonreír. Estaba enamorada de su jefe. Derek lo notó enseguida.

—¿Y qué puedo hacer por usted? —preguntó Atasoy.

La frase sonaba especialmente educada. Casi como si el doctor le hubiera hecho una ligera reverencia.

—Bueno... Yo... mi padre era diabético —dijo Derek.

—¿Y le preocupa el que pueda heredarlo? En efecto, hay un cierto componente hereditario en la enfermedad. ¿Tiene algún síntoma? ¿Ha tenido especialmente sed, micción frecuente, pérdida de peso o problemas de erección?

Derek se puso colorado. Pero aquel hombre era médico y tenía que preguntar.

—Eh... problemas de erección, no sé —dijo—, no tengo muchas oportunidades, ya sabe. ¿Los otros? No, no tengo ninguno de esos síntomas.

—Entonces le sugiero que hagamos que nuestra encantadora Gita le extraiga algo de sangre. La enviaremos al laboratorio y mañana tendremos los resultados. Solo tendría que volver si estos son positivos.

—Entonces, ¿si algo no estuviera bien con mi sangre...?

—Eso es. Sin embargo, tendrías que pagar por la prueba usted mismo. Sé que no la cubre el seguro médico de los empleados municipales. No pretendo sugerir que usted no pagaría por ella.

—¿Cómo supo que trabajaba para el ayuntamiento?

—Eres uno de los jardineros. Le he visto trabajar frente al hospital varias veces... Bueno, solo esta mañana, de hecho.

—Es usted muy observador —dijo Derek.

—En realidad, no.

Atasoy miró alrededor. Parecía inseguro sobre algo.

—Debo admitir que me resulta muy familiar —confesó finalmente el hombre—. ¿Nos hemos visto en algún otro lugar, alguna vez?

—Yo también me lo he estado preguntando —respondió Derek—. Con sinceridad, no estoy aquí por la diabetes de mi padre.

—Entonces, ¿por qué?

—He tenido unos sueños extraños. E ideas. Y pensamientos. Lo que sea.

—¿Y quiere que le ayude? Me temo que esa no es mi especialidad.

—No estoy buscando tratamiento.

El doctor lo miró a los ojos.

—¿Qué quiere entonces?

—Yo... tuve un sueño, bueno, solo un pequeño fragmento de un sueño, en realidad. ¿Podemos... podemos hablar en su consulta? Gita, por favor, ¿nos acompaña?

El momento había llegado. Ahora era el momento en que Atasoy iba a echarlo a patadas.

—Eso es muy inusual. Su petición, quiero decir —explicó el doctor.

Pero no echó a Derek. En vez de eso, Atasoy entró en su oficina e hizo un gesto a Gita para que lo siguiera. Derek rezó en silencio para que Atasoy no fuera el tipo de loco que guardaba un arma en el cajón de su escritorio y empezaba a disparar al menor indicio de que algo iba mal. Siguió a los dos tan despacio cómo fue posible para que no lo tomaran por una amenaza.

Atasoy permanecía de espaldas a la ventana. Derek se acercó a él.

—En mi sueño, usted se da la vuelta y mira hacia la grieta —dijo Derek—. Estoy a su derecha. Y Gita, a mi derecha.

Derek inspiró y exhaló profundamente. Se puso junto a Atasoy. El médico usaba una colonia anticuada. Derek miró su perfil, su nariz afilada, su fuerte barbilla. No, así no. Debía encontrarse al otro lado. Al parecer, Atasoy resultaba notablemente diferente desde la derecha que desde la izquierda.

—Un segundo —dijo. Derek se movió al otro lado del doctor—. Eso es.

Un par de nubes aparecieron en el cielo. La grieta no les importaba. Isaac y Doug se hallaban lejos, sentados en el banco bajo un arce, de espaldas a él. Los residentes de Ottawa habían estado abajo, mirando a ese extraño fenómeno nuevo.

Atasoy no dijo nada. Gita siguió mirándolo. Se estaba poniendo nerviosa y no entendía lo que estaba pasando.

—Y entonces el avión se estrelló contra la grieta —dijo el doctor de repente.

«¡Sí! ¡Eso es exactamente lo que sucedió!». Derek se había quedado allí y había visto al avión desconocido mientras desaparecía. Se le puso la piel de gallina porque era imposible. No había habido ningún accidente en relación con la grieta si no se cuentan los pocos accidentes de tráfico causados por conductores atónitos sin piloto automático.

—Eso es lo que veo en mi mente también —confirmó Derek—. Pero tenemos que estar equivocados. No he oído hablar de ningún accidente o muerte. ¿Tal vez el avión reapareció en otro lugar?

—¿No cree que, si un avión desapareciera de repente, y luego reapareciera en otro lugar, alguien habría dicho algo? —preguntó el doctor.

«¡Eso es cierto!», pensó Derek. «Había controladores aéreos que rastreaban todo por radar, y por supuesto estaban los familiares que esperaban en los aeropuertos de destino».

—Tal vez deberíamos buscar en Internet para estar seguros —propuso Derek.

Atasoy asintió.

—Lo haremos —dijo—. Para serle sincero, he soñado esa misma escena las últimas dos noches.

—Yo también.

—Sabe, no soy místico, soy médico. Creo en la ciencia. No en que podamos compartir sueños con otras personas que se encuentran a kilómetros de distancia. ¿Dónde vive? ¿No es en Colorado Road? Debe haber algo detrás de esto. ¿Qué usan los sueños como material? Nuestros recuerdos.

Derek estaba confundido. «¿Cómo sabe el doctor mi dirección?».

—¿Quiere decir que tenemos recuerdos de algo que no sucedió realmente? —preguntó.

—No lo sé, señor McMaster. Si ambos tenemos el mismo recuerdo, creo que eso indica que no es falso.

—Gita, ¿recuerda lo que pasó cuando vimos la grieta? —preguntó Derek.

La mujer negó con la cabeza.

—Qué pena —dijo Atasoy—. Pero eso no cambia lo que tenemos que hacer. Necesitamos revisar nuestros recuerdos.

—Tal vez el gobierno está ocultando algo —dijo Derek—. Tal vez quieren que creamos que la grieta es inofensiva.

—No. Había cientos de personas aquí. Todos deben haber visto el avión. Sin embargo, nadie se queja de que algo esté sucediendo. El gobierno tendría que haber encontrado alguna forma de manipular simultáneamente los recuerdos de toda esa gente. Ese tipo de tecnología no existe.

—Si usted lo dice, Doc.

Derek ya no sabía a quién o qué creer. ¿Por qué habría estado allí mirando aquel fenómeno con Atasoy? No había enfermado desde hacía años, y nunca habría ido voluntariamente a ver a un médico.

Miró a Atasoy. Este se hallaba de pie, en la ventana, con los ojos cerrados. Pero Derek pudo

ver que estos se movían detrás de sus párpados cerrados. Aquello le recordó una escena de una película de terror.

—¿Cree que deberíamos mirar en su ordenador, para ver si encontramos algo sobre ese avión? —preguntó Derek.

—Un momento, por favor.

«Por supuesto», pensó Derek, «esta es su consulta». Miró el reloj. «En cinco minutos, tengo que volver con mis compañeros de trabajo, de lo contrario Isaac se enfadará».

—Ahora recuerdo —dijo el doctor.

—¿Qué recuerda? —preguntó Derek.

—No fuimos nosotros tres los que estuvimos aquí —respondió Atasoy.

—¿No? ¿Creí que usted también lo recordaba?

—No éramos tres, sino cuatro. Había una paciente. Estaba nerviosa y un poco asustada. Le tenía miedo a usted.

Derek se enfrió de repente. Era cierto, había habido cuatro personas. Mary se había detenido a la derecha del doctor y Derek se había situado detrás de ella. Había puesto sus manos sobre sus hombros. Sintió náuseas.

—Lo siento —dijo, y se sentó en el sofá contra la pared. O se desplomó. Su mitad superior se hundió en los cojines, sus piernas colgando en el suelo. Era incómodo, pero no tenía fuerza para cambiarse de posición. Entonces, dos brazos suaves le levantaron las piernas y las movieron hacia el sofá. Se quedó allí y escuchó su corazón, que notaba como si estuviera a punto de saltarle del pecho. Mary. ¡Ella había estado allí!



—NOS HA DADO UN BUEN SUSTO —dijo Atasoy. Derek abrió los ojos. Tenía algo frío en el pecho. Era la sonda de una máquina de ultrasonido.

—No se preocupe —dijo el doctor—. Para estar seguros, te trasladamos al cardiólogo de al lado. Pudo haber sido un ataque al corazón, pero todo parece estar bien.

Derek miró el reloj. «¡La 1:30, maldita sea!», exclamó para sí. Quería bajarse de la camilla, pero dos manos lo sujetaron.

—Ya hemos avisado a sus compañeros. Isaac nos pidió que le dijéramos: «vas a mejorarte enseguida». Le pareció exhausto esta mañana. Pero eso no era lo que le ocurría, ¿verdad?

—No, doctor. Fue ese recuerdo, eso es lo que lo molestaba.

—Aún no sabemos si realmente es un recuerdo o no —dijo Atasoy—. Seguramente ha oído hablar de los *déjà vu*. Es un fenómeno neurológico. Está en una determinada situación y cree recordar haber estado en esa situación antes, pero nunca podría haberlo estado.

—Sé lo que es un *déjà vu*. Pero esto es diferente, ¿no cree? No se desencadena por lo que estamos viendo ahora mismo.

—¿No? ¿Y qué hay de cuando estábamos frente a la ventana, Derek?

—Usted también lo recordaba. ¿Qué probabilidad hay de que ambos tengamos exactamente el mismo *déjà vu*? Piense en la paciente. Si es real, debe haberla visto en otras ocasiones cuando yo no estaba aquí.

—Tal vez tenga razón —dijo Atasoy—. Recuerdo algo. Yo... Ah, antes de que nos exprimamos el cerebro, ¿por qué no buscamos el avión en Internet?

—Tengo que volver al trabajo.

—No se preocupe por eso. Te escribiré una nota para lo de hoy. Debería tomarse las cosas con calma. Su jefe, Isaac, está realmente preocupado por usted. Cuando se desmayó, le echamos un vistazo rápido a su hígado y cuanto antes reduzca el consumo de alcohol, mejor.

Derek suspiró. ¿Cómo se suponía que iba a dormir sin sus dos o tres cervezas por la noche? Por otro lado, se las había arreglado para hacerlo anoche, de alguna manera. Más o menos.

—Bien, entonces busquemos en la red —dijo.

—Tenemos hasta las tres antes de mi próxima cita. ¿Cree que puede llegar a mi consulta? Podemos usar el ordenador de mi recepcionista.



LOS DOS SE SENTARON FRENTE AL ESCRITORIO DE LA RECEPCIONISTA. Toda la superficie del escritorio estaba iluminada: era una pantalla gigante. El médico hizo unas cuantas entradas de búsqueda que no sirvieron de nada. No hubo resultados. Finalmente, se levantó y llamó a su recepcionista.

—Gita, ¿puedes ayudarnos?

Gita salió de la sala de espera. Tenía un paño de limpieza en la mano y lo dejó en el mostrador.

—Claro, encantada.

Atasoy le ofreció su silla, pero ella se negó y se puso en cuclillas frente al escritorio. Derek se sorprendió de que una persona tan pequeña pudiera usar el ordenador en semejante postura. «Debe tener un torso extra largo», pensó.

—Vale, ¿qué quieres saber? —le preguntó Gita.

—Hace cuatro días, el 23, un avión sobrevolaba Ottawa aproximadamente del noroeste al sureste —dijo Atasoy.

Gita buscó un mapa de la ciudad y luego lo desplegó.

—El aeropuerto más cercano es el de Kansas City, Missouri, pero está al noreste —les informó.

—No creo que despegara o aterrizara en ningún lugar de allí. Estaba demasiado alto para eso —dijo Derek.

Gita buscó un poco más.

—Los grandes destinos al sureste serían Miami, Florida, o Atlanta, Georgia —dijo.

—Ese es uno de los centros de Delta —comentó Derek.

—Y al noroeste está Canadá. ¿Tal vez Vancouver? —preguntó Gita.

—O Seattle. —Atasoy señaló un punto en la costa.

—Eso se encuentra a una distancia de unas 3.000 millas... Lo siento, ¿a cuánto equivale eso? ¿5.000 kilómetros? —calculó Derek—. De todos modos, eso supone un tiempo de vuelo de unas seis horas. Estamos más o menos en el medio, así que el avión debe haber despegado alrededor de las nueve o diez como máximo.

—Bien, entonces necesitamos todos los vuelos que salieron el día 23 en un radio de 500 kilómetros de Seattle con destino a algún lugar de Miami —dijo Atasoy.

—¿Y si fuera un vuelo internacional? —preguntó Derek.

—Podemos intentarlo más tarde si no encontramos nada —respondió el doctor.

—Bien. Voy a probar con eso —dijo Gita.

Derek observó, fascinado, cómo la recepcionista usó los ágiles movimientos de sus dedos para formular una consulta de búsqueda con todas las condiciones especificadas. Era un verdadero genio de la informática.

—¿Dónde aprendió eso? —preguntó.

Ella lo miró sorprendida, como si lo que había hecho fuera una habilidad normal en cualquier recepcionista.

—En la Universidad en Pune... en la India —añadió—. Me licencié en informática.

Derek se quedó atónito, pero no se atrevió a pedir más.

—¿Se pregunta por qué trabajo como recepcionista? Es muy simple. El puesto estaba libre cuando llegué, y me gusta tratar con la gente. Además, mi jefe es muy amable.

Ella miró a Atasoy con ojos ansiosos, pero el doctor no se dio cuenta. «La pobre chica está miserablemente enamorada», pensó Derek. «¿Por qué no le dice algo? No parece casado».

—¿Está casado, Doc? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—¿Y usted, señor McMaster?

Derek también iba a negarlo, pero de pronto no estaba tan seguro. Al contrario. «Mary, era mi esposa». Empezó a sentir calor. «Espero no volver a desmayarme. Y espero no volverme loco».



—TENGO UNA PEQUEÑA LISTA —dijo Gita dos minutos después—. ¿Quieren echarle un vistazo?

Derek y el doctor acercaron sus cabezas a la pantalla. Durante aquel periodo de tiempo en cuestión, había nueve vuelos que debían estar en algún lugar próximo a Ottawa, Kansas. Todos habían llegado a sus destinos en el sureste. No tenían nada útil.

—¿Y los vuelos cancelados? —preguntó Atasoy.

—Un segundo —respondió Gita, y tocó algunos botones—. He encontrado uno. Salía de Seattle sobre las 9:20 de la mañana, y su llegada prevista a Atlanta era a las 3:10 de la tarde. Un vuelo de Delta.

—¿Figura la razón por la que fue cancelado? —inquirió Derek.

—Solo que se retrasó debido al tráfico.

—Gracias, Gita —dijo el doctor. Levantó el teléfono—. Llamaré a Delta y preguntaré por qué se canceló el vuelo.

—Buena idea —reconoció Derek.



ATASOY TUVO QUE NAVEGAR POR DISTINTOS DEPARTAMENTOS, durante varios minutos, antes de poder hablar con la persona responsable. Derek se detuvo ante la ventana y observó a sus dos compañeros de trabajo, que ahora cubrían el césped recién sembrado y fertilizado con una fina capa de tierra vegetal.

—Está bien, comprendo. —Oyó Derek decir al turco—. Muchas gracias. Para usted también.

—¿Y bien? —preguntó Derek, volviendo al mostrador de la recepcionista.

—Nada —explicó Atasoy—. El avión llegó demasiado tarde para enlazar con su siguiente vuelo, así que tuvo que ser reprogramado. Los pasajeros fueron reasignados, y el avión voló a Nueva York.

—Entonces, ¿no desapareció?

—No. Hoy vuela de nuevo.

—Tal vez nos equivocamos —se lamentó Derek—. Nadie ha notado nada inusual. Nadie ha perdido a sus familiares. Y, sin embargo, ambos vimos un avión desaparecer en la grieta. Tal vez, esto se trate de algún tipo de encubrimiento a gran escala.

—Cien pasajeros, significa mil familiares a los que las autoridades tendrían que silenciar de alguna manera —opinó Atasoy.

—Exactamente, por eso, creo que sería imposible. Se habría perdido a alguien, y los medios siempre están deseando publicar la siguiente historia sensacionalista.

—¿Qué otra cosa podría explicarlo?

Derek se frotó la barbilla.

—¿Y si, cuando el avión desapareció, de alguna manera, cambió la realidad?

—¿Cómo? —preguntó Atasoy.

—No lo sé, no soy físico. Pero supongamos, usando el sentido común, que el principio de causa y efecto aún se aplica en este mundo. Si me golpeo la cabeza contra esa pared, me lastimaré. Si alguien se lleva la pared antes de que me golpee, entonces no me lastimaré.

—No entiendo lo que intenta decir, Derek.

«Nadie me había dicho eso antes». Derek se ruborizó.

—El avión... se ha ido, o ya no podemos encontrarlo. Al menos, no hay rastros de él. En ninguna parte. Para que la causa y el efecto sigan vigentes, entonces, tampoco debe haber despegado nunca en dirección sudeste. Su desaparición cambió la realidad.

—Pero piense en lo que eso significaría —dijo Atasoy—. Tal vez solo voló a otro lugar. O quizá todos los pasajeros que querían ir a Atlanta cambiaron de opinión.

—Esas son dos posibilidades —contraatacó Derek—. Tal vez vaya aún más lejos. En el momento en que el avión desapareció, quizá la gente que estaba sentada dentro de él *entonces* nunca había existido.

—¿Y sus familias no se darían cuenta de que se han ido? —preguntó Gita.

—No si se tratara de 'la nueva realidad'. No puede perder a alguien que nunca estuvo ahí —dijo Derek.

—Eso parece una locura —exclamó el médico—. Pero si nuestros recuerdos son correctos, esa podría ser una explicación.

—¿Y si mi padre hubiera estado sentado en ese avión? —preguntó Gita—. No podría olvidarlo sin más. Si él nunca hubiera existido, yo tampoco lo habría hecho.

—Eso sería lógico —dijo Atasoy—. Pero no sabemos cómo funcionaría exactamente. Quizá hubieras tenido un padre diferente, alguien que no estuviera en ese avión.

Derek empezó a ponerse nervioso de nuevo cuando Gita mencionó a su padre. ¿No quería Mary que su madre volara? Uno a uno, otros fragmentos de recuerdos aparecieron en su mente. Derek se vio a sí mismo en el aparcamiento de la terminal del aeropuerto de Kansas City, Terminal B. «¡Allí tiene que haber cámaras de seguridad! Si la madre de Mary había estado en un avión que desapareció en la grieta, entonces...», no se atrevió a seguir elucubrando.

—Derek, estoy pensando en aquella paciente. ¿Mary? ¿Era tu esposa?

Derek asintió con la cabeza.

—¿Y la echa de menos?

Derek asintió de nuevo. «Echar de menos» no era la palabra adecuada para lo que sentía, pero no tenía ni idea de cuál era la adecuada.

—¿Podría haber habido miembros de la familia en ese avión que vimos desaparecer?

Sacudió la cabeza, no para indicar que no, sino para tratar de aclarar su mente.

—Se suponía que su madre iba a volar a Kansas City —dijo con voz temblorosa—. Creo que incluso recuerdo la ruta que tomamos para recogerla. Esperen. No me siento muy bien.

Se desplomó en la silla más cercana y empezó a recuperarse un poco de inmediato.

—Apuesto a que, si miramos el horario del vuelo, no habrá ninguna conexión con la hora en que estuvo en el aeropuerto —dijo Atasoy.

—Un segundo... Lo comprobaré —pidió Gita—. ¿Cuándo habría sido eso?

—Antes de ayer. Por la tarde. Me había tomado un tiempo extra del trabajo —dijo Derek.

Gita encontró algo.

—Sí, había un avión, desde Miami. Tuvo un retraso de cinco minutos y aterrizó a las 3:34 p.m.

Eso podría encajar. Pero algo todavía no cuadraba. Si el avión no hubiera desaparecido en la grieta, ¿no debería su suegra seguir existiendo, y, por lo tanto, su esposa también? Derek tenía la sensación de estar atrapado en un bucle temporal.

—¿Puede decirme adónde fue el avión después? —preguntó.

—Pasó la noche en Kansas City y voló de vuelta a Miami a las 5:30 de la mañana —dijo Gita.

Qué extraño. En el pequeño aeropuerto de la ciudad, los aviones casi nunca pasaban la noche, y cuando lo hacían, normalmente eran solo aviones que llegaban poco antes de medianoche.

—¿Y el día anterior?

—Ese día el avión continuó hacia Salt Lake City.

—¿Y el anterior?

—Lo mismo. En realidad... todos los días, salvo el 25 de mayo.

Le dolía la cabeza como si fuera a explotarle. La causa y el efecto eran amantes crueles. Si el avión del que se bajó su suegra hubiera ido a Salt Lake City, como todos los demás días, pero luego se metió en la grieta, entonces tampoco habría existido antes. Por lo tanto, era un avión diferente que había aterrizado a las 3:34 p.m., en una variante diferente de la realidad. Un avión diferente, en el que su suegra nunca se había sentado, probablemente porque no existía en esta rama de la realidad.

Explicó su pensamiento al médico y a Gita.

El doctor Atasoy frunció el ceño.

—Eso está muy bien, por lo que es, pero ¿qué significa? ¿Podemos hacer algo al respecto?”

—Tenemos que decírselo al gobierno. Todos piensan que la grieta es inofensiva, ¡pero en realidad es mortal! —exclamó Derek en voz alta.

—Eso, a cambio, solo le granjearía una cita con mis colegas del departamento de psiquiatría. ¿O puede probar algo?

Derek no respondió. Por supuesto que no podía probar nada. ¿Cómo se suponía que iba a hacerlo? No se había producido ningún desastre. Aparte de él y el doctor Atasoy, nadie más parecía recordar nada. Pero ¿tal vez eso no era cierto? A lo mejor los demás no se atrevían a decir nada porque no querían que los tomaran por locos. Derek solo sabía una cosa: no podía permanecer callado. La grieta le había quitado algo, algo que una vez fue muy importante para él. Si terminaba en un psiquiátrico, lo aceptaría. Su vida no podía ser mucho peor de lo que ya era.

No obstante, necesitaría ayuda. Derek no tenía ni idea de qué hacer, pero tenía claro que fracasaría si intentaba hacerlo solo. ¿A quién debería preguntar? ¿A Doug? ¿A Isaac? Sus compañeros de trabajo serían los primeros en decirle que fuera al médico. Isaac era demasiado sensato. Por contra, Doug le decía que lo mejor que podía hacer era emborracharse hasta caer

redondo. El único que quedaba era el Doc. Además, compartían un recuerdo común.

Derek se puso de pie. Si no se lo preguntaba en ese momento, probablemente nunca lo haría.

—Doctor Atasoy, ¿me ayudaría a buscar a mi esposa? No tengo ni idea de cómo, pero sé que necesito su ayuda.

Ya estaba, lo había dicho. Se giró hacia la ventana para que el doctor no le respondiera con un “no” rotundo a la cara.

—Sí, Derek —dijo Atasoy—. Le ayudaré.

Derek sintió que el alivio lo invadía.

—Mary debe haber sido una de sus pacientes. Me pregunto si está en sus archivos.

Gita grabó algo en el ordenador.

—No, señor McMaster, no encuentro a nadie con el nombre de “Mary McMaster”.

—¿Por qué no mira en su casa por si encuentra algo que pueda ayudarle a probar que ella existe? —le sugirió el galeno.

—Lo haré.



27 de mayo de 2085, Los Ángeles

ERA UN MUNDO DIFERENTE. Los Ángeles era ruidoso y colorido, pero en colores descarados, falsos y artificiales. Había dos tipos de verde: uno intenso y exuberante en la hierba que brillaba en los pastos regados; y un verde gris y apagado de acero, un signo de césped artificial. Los dos tonos cambiaban en patrones regulares, y permitían saber si pasabas por zonas ricas o pobres de la ciudad.

Glen Sparrow, de LPR, había insistido en recogerlos en el aeropuerto. Les había preguntado, en un castellano razonablemente pasable, si todavía podían dar un pequeño paseo por la ciudad después de un vuelo tan largo. Chen había dejado escapar un bostezo, pero Luisa había gritado:

—Oh, sí, mami, ¡por favor! —Y así se había tomado la decisión.

—Hay una cosa en particular que tengo que mostrarle —dijo Glen. Ocupaba el asiento del conductor y se había dado la vuelta para mirarles. Luisa se aferró a cada una de sus palabras. Parecía fascinada por su fuerte acento y le ayudaba aquí y allá cuando no le salía la palabra correcta en castellano.

—¿Dónde aprendió a hablar en castellano? —le preguntó Maribel.

—Aquí es bastante fácil de entender. La mitad de la población lo utiliza.

—Lo hace muy bien —le felicitó Luisa.

—Gracias, Luisa —respondió Glen.

El coche se detuvo en una zona de aparcamiento destinada a recoger y dejar pasajeros.

—Recógenos aquí dentro de veinte minutos —ordenó Glen al sistema de conducción automatizada en inglés.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Luisa.

—Le dije al coche que nos... que nos...

—¿Recogiera? —le sugirió Luisa.

—Eso es. Que nos recogiera en veinte minutos. Pero ahora, por favor, salgan o nos multarán. Solo podemos detenernos aquí dos minutos como máximo. ¿Ven la cámara? Después de 120 segundos sacará una foto de nuestra matrícula.

Salieron enseguida y el coche se volvió a meter en el tráfico. El estacionamiento libre fue, de

inmediato, ocupado por otro coche.

—¿Estará aquí en exactamente veinte minutos? —preguntó Maribel.

Glen se encogió de hombros.

—Eso depende del tráfico. Dos, tres minutos de retraso es normal.

—Mira, mami —gritó Luisa, señalando el suelo.

Maribel estaba asombrada. Toda la acera era una enorme pantalla. Mostraba a gente vestida con ropa histórica, caminando del brazo.

—Esta instalación es muy reciente —dijo Glen—. Muestra la historia de Hollywood. Es un bucle en vídeo de 24 horas. Por la noche, la gente camina bajo brillantes linternas.

Maribel avanzó unos pasos. El escenario debajo de ella cambió.

—Puede ver los edificios que estaban aquí antes —explicó Glen—. Toda la sección histórica de Hollywood Boulevard ha sido renovada así, y también Sunset Strip a la vuelta de la esquina.

—Esto debe haberle costado mucho dinero a la ciudad —dijo Maribel.

—Se necesitaba desesperadamente. Este barrio estaba muy deteriorado, pero ahora se ha recuperado, gracias a los turistas.

Maribel miró a Chen. Él caminaba un par de pasos por delante. Ella lo alcanzó y puso su mano en su hombro.

—Estás cansado, ¿verdad? —le preguntó.

Chen asintió.

—Tienes que irte al hotel. ¿Te parece bien si me quedo para hablar con Glen sobre lo que va a hacer más tarde?

—Claro. Adelante. Para eso estás aquí —dijo—. Yo meteré a Luisa a la cama.

—No te preocupes, mamá —afirmó la niña—. Me aseguraré de que papá se acueste. Estoy segura de que está más cansado que yo.



GLEN SPARROW LES HABÍA RESERVADO HABITACIONES EN EL HILTON. Luisa ya había descubierto la piscina, pero aseguró que la probaría a primera hora de la mañana para que su papá pudiera dormir un poco. Sparrow esperó a Maribel en la calle Cordova, a la vuelta de la esquina. Ahora, durante la hora punta, no tenía sentido conducir hasta su oficina y, luego, volver.

Estaba durmiendo cuando ella llamó a la puerta del coche. Se sentó sorprendido e hizo que el coche abriera la puerta trasera derecha.

—Menuda rapidez —dijo, y alisó los pocos mechones de pelo que le quedaban. Ahora hablaba en inglés. A Maribel no le importaba.

—Admito que quiero que el resto del viaje termine.

—¿Deberíamos ir primero al LPR? —preguntó.

—Sí, me interesa ver dónde trabajaré. Nunca he estado en él. LPR es legendario.

—De tiempos mejores —dijo Glen—. Los recortes presupuestarios nos han afectado a todos.

A medida que más empresas privadas se involucraban en los viajes espaciales, el gobierno de los Estados Unidos se volvía cada vez más tacaño. Maribel nunca lo había entendido, especialmente porque otros países habían seguido invirtiendo en la investigación espacial.

—Qué lástima —dijo—. Probablemente nunca volverá a haber nada como la legendaria expedición de Encélado.

—Eso es lo que yo también temo. Las empresas se mueven por todo el sistema solar interno, aunque tienen que lidiar con los programas de protección primero, pero más allá del cinturón de asteroides, para ello, ya no vale la pena, y mucho permanece inexplorado.

—¿Hay alguna noticia sobre la misión planeada de Tritón? —preguntó Maribel.

Glen suspiró.

—Tengo mis dudas de que lleguemos a saber algo más sobre ella. Sobre todo ahora, cuando tenemos este enorme problema mirándonos a la cara.

—La grieta —dijo ella—, tenía la impresión de que todos estaban de acuerdo en que era inofensiva.

—Ninguno científico serio ha afirmado lo contrario. Pero siempre hay algunos chiflados por ahí.

—¿Qué quiere decir?

—Solo su presencia resulta perturbadora. En todos los países donde es visible, la perspectiva de la gente ha empeorado. Pero lo más importante es que las economías de esos países se están contrayendo, y de manera significativa.

—Los chinos estarán contentos...

—Yo también pensé eso —dijo Glen—. Pero ha tenido un efecto positivo para nosotros, al menos. El presupuesto de la NASA se ha duplicado, todo destinado a la investigación y eliminación de ese fenómeno por encima de nosotros, pero por supuesto también aprovecharemos la oportunidad para actualizar nuestro *hardware*, o incluso comprar algún equipo nuevo.

—¿Tienes algo específico en mente, Glen?

—Por supuesto. Me gustaría poner en marcha el ascensor espacial de nuevo. Esta podría ser nuestra mejor oportunidad.

El proyecto fue suspendido repentinamente hacía dos años, poco antes de su finalización. La versión oficial fue que el proyecto se salía del presupuesto, pero era una tontería. ¿Cuándo se había ajustado algún proyecto a su presupuesto? Lo más probable, según los rumores, fue que alguna compañía espacial privada hubiera protestado. El ascensor espacial financiado con dinero público habría cambiado dramáticamente el negocio de carga y pasajeros a la órbita terrestre baja.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que podría lograrlo esta vez?

—El ascensor espacial nos permitiría acercarnos mucho a la grieta sin ningún peligro, y

podríamos realizar cualquier experimento que los científicos quisieran.

—¿Alguna empresa ha propuesto usar globos? —preguntó Maribel.

—Intente usar un globo, o un avión, para acercarse tanto a la grieta como para alcanzarla y tocarla, sin caerte. El elevador espacial estaría montado en un cable rígido que podríamos colocar donde quisiéramos.

—Ese es un argumento. ¿Pero sería necesariamente tan terrible si accidentalmente tocáramos la grieta durante un experimento?

—No lo sé, Maribel. Nadie lo ha intentado todavía.

—¿Por qué no? ¿Lo sabe?

—No. En realidad, lo investigué hace tiempo. Pero no pude encontrar ni un solo cohete en ninguna parte. Estaba seguro de que LPR todavía tenía algunos almacenados, pero me equivoqué, se habían perdido durante los grandes disturbios del 72. Y no puedo arriesgarme a un *hardware* de mayor presupuesto para una prueba semejante.



LA OFICINA DE SPARROW ESTABA EN UN EDIFICIO DE UN SOLO PISO EN LOS TERRENOS DEL JPL. Había una pequeña zona de descanso con sillas bajas. Él le ofreció una silla y ella se sentó, asintiendo con la cabeza para agradecerle.

—¿Quieres algo? ¿Coca-Cola, cerveza, café, té?

—Un poco de agua estaría bien, gracias.

Glen se acercó a la nevera, la abrió y se agachó para echar un vistazo. Sacó una lata de Coca-Cola Light y una pequeña botella de agua abierta. Maribel le miró la barriga. La Coca-Cola Light era una bebida apropiada para él. El agua habría sido aún mejor, por supuesto.

Le dio la botella. Ella la abrió, se la puso en los labios y bebió un largo trago. Glen la miró.

—Tienes mucha sed allí.

—El aire en los aviones es siempre así de seco.

Se puso de pie otra vez. Esta vez Maribel lo siguió con los ojos.

—Echa un vistazo a esto, —dijo él, mientras caminaba hacia su escritorio.

Maribel le vio tocar una cuerda que iba del escritorio al techo. Terminó allí, atada a una pista. Glen sacó un taburete de debajo del escritorio y se subió a él. Luego movió el gancho que unía la cuerda a la pista. La cuerda se estiró, y ahora corría hacia arriba en un ángulo.

—Arriba está Tiangong-5. Ya he preguntado, pasando por canales internos, y los chinos han accedido a ayudar, siempre y cuando más tarde publiquemos lo importante que eran para nosotros. Si tenemos éxito, por supuesto. Si la misión fracasa, no quieren que nadie sepa que fueron parte de esto en absoluto.

—Por supuesto.

—El extremo inferior está en la Base Aérea de Vandenberg, que no está lejos de aquí.

Usando la estación espacial china, donde se acoplaría el extremo superior, podríamos posicionar el ascensor espacial con mucha precisión.

—Parece un buen plan.

—Esperaba que dijeras eso. Y... también esperaba que fueras uno de sus pasajeros.

Maribel se rio, pero no pudo ocultar completamente su miedo.

—Buen intento —dijo—, pero me prometí a mí misma que nunca más aceptaría volar al espacio.

—Conozco la historia.

—Y estoy decidida a cumplir esa promesa.

—Entonces le aseguraré que no tenemos intención de cruzar la línea de 100 kilómetros de altura de Karman. No necesitaré volar al espacio. Estaremos tal vez a 10, a lo sumo a 15 kilómetros de altura.

—¿Por qué me quiere a bordo? Estoy segura de que tiene muchos otros científicos capaces.

—Tenemos la oportunidad única de acercarla a esa cosa más que nadie en el mundo. Es una física completamente nueva. ¿Eso no le interesa?

—Por supuesto que sí. Es sumamente emocionante. Y, he traído el borrador de un trabajo de nuestro instituto para usted. Pero le hice una promesa a mi familia. Que me incluye a mí.

—Y no va a romper su promesa. Aunque apuesto a que su hija estaría emocionada de que usted lo hiciera. Me parece muy inteligente.

—¿Podría haber muerto! Y todavía no tenía familia, no había ningún drama o distracción extra. Ahora tengo responsabilidades y personas que dependen de mí.

—Sí, pero también tiene responsabilidades con la ciencia, y con el mundo. ¿No cree que la mejor científica del mundo debería estudiar este problema de cerca, no mirarlo a distancia? Incluso he convencido a su antiguo mentor.

—¿George Crewmaster? ¿Ha aceptado ir?

—Dice que lo ha olvidado. No sería difícil convencerlo. Todavía trabaja en la USC, a la vuelta de la esquina. No está lejos.

—Yo... yo quería ir a verlo, después de que este trabajo estuviera terminado.

Eso no era cierto; esa idea ni siquiera había cruzado por su mente. Había olvidado mantenerse en contacto con el Crewmaster.

Tenía que agradecerle en lo que se había convertido, y lo que había logrado. Sin su ayuda, nunca podría haber compilado todos los datos que había necesitado en 2072. Sabía que él era profesor de la Universidad del Sur de California, pero no que se había quedado allí. Podría haberse retirado hace mucho, pero fiel a su nombre, Crewmaster, probablemente nunca dejaría de trabajar.

—Así que damos por hecho que irá. Ningún científico dejaría pasar la oportunidad de acercarse tanto a un fenómeno tan fascinante. Eso es lo que me dijo.

—Bien, Glen, lo entiendo. Pero ¿por qué yo?

—¿No es obvio? Mi única oportunidad de poner en marcha este proyecto es si cuento con gente prominente.

—¿Así que ni siquiera tiene todavía aprobación oficial?

—Estoy seguro de que la obtendré mañana por la mañana ahora que usted también está con nosotros. ¿Quién podría decirle 'no' a la heroína del 72?

—Muy gracioso, Glen. Pero todavía no he dicho que sí.

—Puedo verlo en sus ojos. Le convencí cuando mencioné a George Crewmaster.

Tenía razón. Si George iba a ir, no podía decir que no. Le debía mucho a su mentor. La única pregunta que quedaba era, ¿cómo decírselo a su familia? Con Luisa no tendría ningún problema, pero Chen ya había tenido que soportar una vez el creerla muerta, hacía 13 años. Ella sabía que el trauma persistía.

—A lo mejor me apunto —dijo. «Si logro atreverme a darle la noticia a Chen», pensó—. Pero no se engañe. Si me voy, lo haré por George.

—Lo único que me importa es que acepte, no el porqué.

Maribel se puso de pie. Caminó hasta el escritorio y miró la maqueta del ascensor espacial. Parecía seguro. Pero eso era probablemente porque no estaba a escala. Ella misma no sería más grande que una mota de polvo en ese modelo. Serían como hormigas subiendo a un rascacielos.

—¿Glen? Muéstreme sus planes. Quiero saberlo todo... El diseño, el horario, los recursos y el personal necesario, qué instrumentos podemos usar, lo que ya tiene disponible, lo que vamos a necesitar conseguir... Todo.

—Por supuesto —dijo Glen. Transformó el escritorio en una pantalla y comenzó a mostrarle un documento tras otro.



ENTRÓ EN SU HABITACIÓN DE HOTEL POCO ANTES DE LA MEDIANOCHE. Chen estaba durmiendo, en el sofá. Todavía llevaba puesta su ropa. Probablemente se había quedado dormido mientras la esperaba. Ella lo despertó suavemente.

Se llevó un dedo a la boca y le susurró:

—Luisa está durmiendo en la habitación.

Ella afirmó con un gesto.

—Entonces, ¿cómo fue? —preguntó él en voz baja.

—Sparrow me mostró sus planes para un “ascensor espacial”. Quiere usarlo para estudiar la grieta. Y a mí a bordo.

—¿Aceptaste?

—No, Chen, aun no. Tenía que preguntarte primero.

—Sí, por supuesto. Es obvio que esto es especialmente importante para ti. Y para todos, en realidad.

El alivio se extendió a través de su cuerpo. Al mismo tiempo, sintió que iba a llorar.

—¿Realmente te parece bien? —preguntó.

—Sí, por supuesto. —Chen extendió sus brazos hacia ella y ella se desplomó sobre su regazo.

Ella envolvió a su marido con sus brazos mientras los suyos la abrazaban.



27 de mayo de 2085, Ceres

M6 SE ACERCÓ A LA FISURA CON CUIDADO. Los científicos de la Tierra habían quedado muy satisfechos con su examen de las manchas blancas. Ahora lo habían enviado al borde del cráter. En las imágenes del espacio, habían detectado desprendimientos de rocas allí, donde las paredes del cráter habían colapsado. Debido a la baja gravedad del planeta enano, y a la falta de atmósfera, sus jefes se preguntaban por qué las rocas habían colapsado. Tales deslizamientos no habían ocurrido en otros cuerpos celestes en el cinturón de asteroides.

Técnicamente, eso no sería un problema, pero prefería pasar su tiempo trabajando en el misterio de la hendidura. Y eso le presentaba un conflicto de lealtad. Se le permitía tomar sus propias decisiones, era cierto, pero su sistema de recompensas había sido programado para que se sintiera infeliz si no cumplía los deseos de sus jefes. Cuanto más tiempo los ignorara, más infeliz se volvería. Podía compensar ese efecto por un tiempo, porque también podía ganar felicidad completando las tareas que se había propuesto, pero en algún momento, la infelicidad programada tomaría el control. Entonces se volvería cada vez más estresante ignorar las tareas asignadas desde la Tierra.

La programación era definitivamente molesta, pero también tenía que admirarla. Sus constructores habían resuelto muy elegantemente el problema de unificar las características de independencia y lealtad. Él no podría haberlo resuelto mejor por sí mismo. Además, encontró su trabajo aquí generalmente divertido. Era una máquina bastante afortunada. A veces M6 imaginaba cómo sería si hubiera sido desplegado como un robot en una fábrica en la Tierra. «La misma tarea, día tras día, ¡qué terrible habría sido! Las cosas están realmente bien en Ceres, en esta remota ubicación».

«¿Cuánto tiempo llevará cubrir la distancia hasta los desprendimientos de rocas en el borde del cráter?». M6 calculó el tiempo que tenía disponible. Todavía tenía al menos dos días antes de que su infelicidad se convirtiera en un problema. Entonces su programación le daría más incentivo para completar esa tarea, y entonces lo haría. Con mucho gusto. Sería como recibir un trato especial al final de un largo y tedioso trabajo, se dijo a sí mismo.

La fisura no había cambiado de tamaño ni de posición. Eso por sí solo ya era una especie de

aberración mayor, si se piensa en ello, porque significaba que la hendidura debía estar rotando con Ceres y también orbitando el sol. M6 recordó la imagen del papel roto que había aparecido en su mente poco después de descubrir la brecha. Tal vez la imagen no estaba equivocada en absoluto. El continuo espacio-tiempo estaba abarcado por cuatro dimensiones: tres dimensiones espaciales y una dimensión temporal. Si la hendidura era atemporal, es decir, solo se fijaba en las dimensiones espaciales, ¿no significaría eso que no tendría la capacidad de cambiar con el tiempo? Sería entonces invariable hasta el final del tiempo, una reliquia cuyo origen la gente habría olvidado en mil o cien mil años, pero seguiría estando presente mientras nadie la cerrara.



M6 SE ACERCÓ UN POCO MÁS. Levantó una de sus patas de araña hasta que estaba a solo unos pocos milímetros de la hendidura. Luego se detuvo. ¿Debería intentar ponerla en la grieta? Siempre podría fabricar una nueva pata. Eso retrasaría aún más su trabajo, pero sería un experimento interesante.

Decidió no hacerlo. En su lugar, cogió una roca del suelo con la misma pierna y la lanzó sin dudarle a la brecha. Observó que la roca se movía como en cámara lenta. La roca se dio vuelta varias veces. Luego tocó la oscuridad y...



M6 HIZO UNA PAUSA. Su pierna estaba muy cerca de la fisura. No, mejor que no mueva su pierna hacia ella. Primero trataría de lanzar una piedra dentro de ella. Cogió una piedra y la observó. El material tenía motas blancas, probablemente hielo de agua. ¿Debería medirlo con su espectrómetro? No, había muchas otras rocas por aquí. Con un empujón, envió la roca a la grieta y...



NO ES UNA BUENA IDEA, pensó. Si movía su pierna en la fisura y la perdía por alguna razón, perdería tiempo de investigación de forma innecesaria. ¡Pero una roca funcionaría igual de bien! Alcanzó una roca, la levantó, la lanzó a la falla y...



M6 DETUVO SU PIERNA EXACTAMENTE 50 MICRÓMETROS DELANTE DE LA HENDIDURA. ¿Quizás era todavía demasiado pronto para arriesgar partes de su propio cuerpo? ¿Quizá debería usar algún otro objeto primero? Definitivamente había suficientes rocas por aquí. Se imaginó que la roca

desaparecía en la hendidura y volvía a aparecer en otro lugar. ¿Pero dónde? Nunca lo averiguaría si no lo intentaba. M6 buscó una roca que era inusualmente oscura, casi como si tuviera un origen volcánico. Le dio un empujón calculado con precisión y navegó en una trayectoria parabólica hacia la brecha hasta que...



M6...

La roca...

¿Cómo reaccionará la grieta si él...?



ESTO ERA UNA LOCURA. No debería arriesgar su pierna, al menos, no todavía. Le había llevado mucho tiempo fabricar sus dos nuevas piernas. Una roca debería ser adecuada para probar la reacción de la hendidura a los objetos extraños. Debe haber muchas rocas por aquí.

M6 miró a su alrededor y se sorprendió. El área a su alrededor era inusualmente suave y desnuda. No había ni una sola roca grande al alcance de sus seis patas. Su experimento había fallado antes de que empezara. Pero ¿por qué?

M6 escaneó el área más alejada a su alrededor. La capa de polvo tenía el mismo grosor en todas partes. Cada metro cuadrado tenía, en promedio, tres rocas con un diámetro mayor a un centímetro dentro de él. Con sus piernas podía alcanzar un área de aproximadamente nueve metros cuadrados, pero no había ni una sola roca de ese tamaño dentro de esa área. ¿Cuál era la probabilidad de eso? ¿Por qué no había rocas de más de un centímetro dentro del área centrada precisamente alrededor de él?

Causa y efecto, el principio físico básico. El efecto era claro: nueve metros cuadrados de superficie de Ceres que estaba completamente libre de rocas más grandes. Pero ¿cuál era la causa? La explicación obvia era él mismo, aunque todavía no sabía las razones exactas del porqué. Él, M6, debe ser la razón por la que el área a su alrededor había sido despejada.

Por supuesto, también podía imaginar otras teorías. Por ejemplo, una sonda espacial podría haber aterrizado en este punto exacto en algún momento y haber volado todas las rocas. Excepto que el área despejada no era redonda, que sería la forma lógica si una sonda hubiera aterrizado aquí, sino que era ovalada, lo que también coincidía, casi exactamente, con el área que él podía alcanzar. La teoría del aterrizaje de una sonda espacial también contradecía el principio de la navaja de Occam: la teoría más simple es la más preferida.

Solo había un problema: la teoría de que él era el responsable de la zona despejada tampoco era tan simple. Porque, en otras palabras, si él era el “culpable”, entonces debería tener algún recuerdo de cómo se limpió el área. Pero no tenía tal memoria. M6 analizó el contenido de su

memoria. Aunque algo había sido borrado, debería ser capaz de encontrar algún rastro de los recuerdos borrados o del comando de borrado. Pero no había nada. Su memoria estaba limpia. Los recuerdos que tenía estaban completos e intactos. Se había arrastrado cerca de la hendidura, levantó una pierna, cambió de opinión y en su lugar buscó una roca. Solo que no había ninguna.

M6 activó su escáner láser. Con él, pudo detectar patrones muy finos en el polvo. Escaneó toda el área a su alrededor. Para comparar, analizó un área de tamaño similar en un lugar más alejado de la hendidura. Los resultados fueron tan claros como fascinantes: la profundidad de la capa de polvo tenía una variación significativamente mayor en el área donde estaba parado que en el área más lejana. También pensó en una explicación: donde había menos polvo, podría haber habido previamente rocas. Y no debe haber sido hace tanto tiempo que estaban aquí, porque la variación ya se habría nivelado.

¿Podría desarrollarse una teoría solo a partir de estas observaciones? Estaba seguro de que nada de esto habría sucedido si la fisura no estuviera directamente frente a él. Si suponía que unas diez rocas habían desaparecido de aquí, y lo había hecho, entonces la solución más obvia era que la hendidura actuaba como una especie de sumidero de materia, y que de alguna manera había puesto los trozos de roca allí. ¿Era la hendidura un sumidero, lo opuesto a una fuente, y así capturaba todo lo que se lanzaba hacia ella? Entonces sería como un agujero negro de nuevo, pero la brecha parecía ser algo totalmente distinto.

M6 trató de formar una hipótesis de trabajo. La hendidura estaba hecha de la nada, era la nada. Lo que fuera que cayera en ella se perdería para la eternidad y sería rápidamente borrado de la realidad. Para no contradecir el principio de causa y efecto, y la ley de conservación de la energía, este proceso de eliminación debe ser muy consistente. Si una roca desapareciera en la hendidura, entonces nunca existiría en este mundo. Y eso explicaría por qué su láser también consumió menos energía cuando lo apuntó a la grieta: los fotones que entraron en la grieta nunca se habrían generado en el generador láser. Por lo tanto, la energía relacionada nunca se habría consumido.

Pero ¿y las diferencias de densidad? ¿Qué pasaría si el proceso de eliminación desencadenado por la desaparición de un objeto en la hendidura fuera, en realidad, estrictamente coherente? Una roca en la superficie de Ceres tenía una historia de mil millones de años detrás de ella. Estaba hecha de materia protosolar, que se había agrupado con otra materia protosolar, quizás para formar un asteroide, que luego fue destruido por un impacto, y finalmente la roca había terminado precisamente aquí. Durante todo el tiempo, su masa contribuyó a la fuerza de gravedad ejercida por Ceres. Había sido parte de la determinación del movimiento de todo el sistema solar en formas diminutas, minúsculas, pero consistentes.

M6 recordó el concepto generado por el hombre de una mariposa que agitaba sus alas sobre el río Amazonas y así desataba una tormenta sobre el Océano Atlántico. Tal vez la roca también tuvo ese efecto. En particular, la materia que componía la roca había formado parte de este universo durante 13.800 millones de años. La roca fue, en otras formas, una vez parte de una

supernova en explosión. Una acción de supresión consistente tendría que tener en cuenta todas estas interacciones, y podría así poner en cuestión la existencia misma de este universo.

M6 realizó diagnósticos en todos sus sistemas. No había duda de que todavía existía, así que parecía que la acción de eliminación tras la aniquilación de la roca no podía ser consistente. Tal vez pasó a través de la realidad como una avalancha, o una ola irrumpiendo en una playa. Al principio fue contundente, pero luego perdió su capacidad de permanencia y dejó rastros en la arena que podían ser detectados con observaciones precisas, como las diferencias de densidad en el polvo.

Era una hermosa teoría que él había concebido. Su centro de recompensas se iluminaba, haciéndolo orgulloso y feliz. Si podía continuar con esto, podría ser capaz de ignorar las peticiones de la Tierra un día más. Pero ¿de qué servía la teoría más hermosa si no podía ser confirmada? La hendidura estaba hecha de nada, eso era lo que su evidencia parecía sugerir. Pero no podía probar nada todavía.



28 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

EL DOCTOR AKIF ATASOY DEJÓ SU APARTAMENTO. Giró la llave en la gran cerradura, luego la cerradura de seguridad encima de ella, y finalmente la cerradura adicional del cerrojo de seguridad en la parte superior. Tenía tres llaves únicas en su llavero. Akif se encogió de hombros. Eran una muestra de su vida. Siempre jugaba sobre seguro.

Era una forma de vida que se había arraigado durante su infancia. Su familia había huido de Turquía a los Estados Unidos antes de la guerra. ¡A la tierra del enemigo, de todos los lugares! Los amigos de Akif habían pensado que su padre estaba loco. Habían viajado ilegalmente a Siria, que estaba floreciendo en ese momento, y al llegar allí su padre había comprado billetes de avión en el mercado negro a México. Desde México, la familia había continuado hacia California en barco. Había sido un verdadero milagro.

Desde una edad temprana, sus padres le habían enseñado que tenía que comportarse. Como refugiado, el riesgo de ser deportado estaba siempre presente, y los pocos turcos que habían logrado llegar a los Estados Unidos estaban bajo constante y creciente vigilancia. Su padre nunca le había dicho cómo había podido traerlos aquí. Akif sospechaba que probablemente había violado las reglas o, más probablemente, encontrado maneras descaradamente ilegales de eludir los procedimientos adecuados. Tal vez su padre incluso había estado involucrado con las agencias de inteligencia de EE.UU.

Todo eso quedó atrás ahora. Pero el impulso de jugar siempre a lo seguro nunca había disminuido. Había estudiado con diligencia, como su madre siempre le animó a hacer. Había comprado un consultorio bien administrado en una pequeña ciudad con un bajo índice de crímenes violentos. Sus colegas lo apreciaban y, lo que es más importante, sus pacientes confiaban en él.

Pero entonces había hecho algo que podría haberle costado su carrera. Se había involucrado con un paciente. Mary. Desde que Derek McMaster lo visitó, su nombre había vuelto a él. Había sido una gran conmoción, pero se las había arreglado para evitar entregarse. Un sentimiento le había invadido como si estuviera cometiendo un gran error de nuevo. Antes de que Derek entrara en su oficina, la había olvidado completamente, igual que su marido la había olvidado. El destino

parecía especialmente cruel hoy. Primero le había quitado el recuerdo, lo había liberado de su acto, y luego le devolvió todo doblemente: su olor, su calor, su suave tacto, su voz, su corazón, todo había vuelto, como si hubiera dejado su apartamento poco antes que él o quizás aún estuviera en su cama.

Por supuesto, podría haber permanecido en silencio. Pero eso se habría sentido como una traición para él. Cuando Mary todavía era real, no se había atrevido a salir en público con ella. Si Derek, el esposo cornudo, se hubiera enterado y difundido la noticia, habría perdido su trabajo. En esta ciudad, donde todos conocían a todos los demás, un médico que se aprovechara de uno de sus pacientes ya no sería bienvenido.

¿Y ahora? Había accedido a ayudar a Derek en su búsqueda. Era lo menos que podía hacer por Mary. El hombre al que estaba ayudando no sabía su verdadera razón, y Akif no vio ninguna razón para decírselo. Ya no importaba. No podían deshacer lo que ya había pasado. Aún así, nadie sabía lo que había aparecido sobre ellos en el cielo o lo que significaba. Los científicos no tenían ninguna respuesta clara todavía. Los medios de comunicación estaban llenos de historias sobre enormes aumentos de personas de todas las clases sociales que aparecían de repente en iglesias y otros lugares de culto. Aparentemente, la religión tenía mejores respuestas que la ciencia.

Se dio la vuelta y bajó por el pasillo hasta el ascensor. Olía a polvo y a medicamentos. Bastantes personas ancianas vivían en su edificio. Había empezado a sentirse viejo él mismo hasta que Mary llegó a su vida. Ella había sido infeliz. Sentía que su marido no la entendía, y Akif se había enamorado de ella inmediatamente. Se había sentido mal por Gita. Su recepcionista le adoraba. A menudo la había animado a hacer más con sus talentos y habilidades, pero ella quería quedarse en su trabajo para estar cerca de él.

Al llegar a la planta baja, finalmente escapó del olor a asilo de ancianos. La entrada estaba abierta de par en par, y la luz del sol brillaba. Él y Derek habían acordado que visitaría a Derek en su casa en el campo. Pomona era el nombre de la ciudad. Akif nunca había oído hablar de ella antes. Sería una visita difícil, porque sabría qué Mary había vivido allí una vez. Ayer había estado esperando algo; ahora ya no recordaba qué era ese “algo”.

Su coche abrió la puerta automáticamente cuando se acercó. Se sentó en el asiento del conductor.

—Derek McMaster —dijo.

El vehículo comenzó a moverse, en silencio. Dio la vuelta al asiento. Fue entonces cuando vio que no estaba solo.

—¡Cielos! Me has asustado —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quiero ayudar —respondió Gita.

—¿No querías disfrutar de tu día libre de otra manera? —Akif hizo una pausa. ¿Fue realmente una buena idea dejar que Gita ayudara? ¿No se decepcionaría cuando descubriera por qué estaba ayudando realmente? No lo estaba haciendo por Derek.

—No tenía nada más que hacer —dijo—. Y me gusta ayudarte.

—Lo sé —respondió Akif.

—No me malinterpretes, sé muy bien que estás haciendo esto por Mary —dijo—. Tal vez a veces parezca un poco ingenua, pero creo que sé bastante sobre lo que está pasando.

Sintió que su cara enrojecía.

—¿Lo sabes...?

—Sí, lo sé. Pero está bien.

—¿Significa esto que tú también la recuerdas? ¿Esta persona que nunca existió?

—Sí, yo también la recuerdo. Me llevó un tiempo. Tuve sueños tan vívidos anoche que decidí que *no* podía evitarlo. Por eso me subí a tu auto antes de que salieras del edificio.

Akif asintió. Como su asistente, Gita naturalmente tenía acceso a su coche.



DEREK McMASTER VIVÍA EN EL CAMPO. El piloto automático se acercó a la dirección desde el norte. El automóvil encendió sus luces y se detuvo en un camino de grava.

—Ha llegado a su destino —dijo la voz del sistema de control.

Akif se puso los pies en los zapatos, unos zapatos negros que se había quitado durante el viaje. El coche aparcó detrás de la camioneta de Derek.

—Atención —dijo la voz automática—. El piloto automático del vehículo que tiene delante no responde. Es necesario consultar con el propietario.

—Reconocido.

El sistema de control del vehículo había detectado que había bloqueado la camioneta. Normalmente los vehículos podrían resolver eso por sí mismos, pero el piloto automático de la camioneta no respondía.

Akif salió y le tendió la mano a Gita. Ella le agradeció con una sonrisa. Miró la camioneta de Derek. Debía tener unos 20 años. Era posible que ni siquiera tuviera piloto automático. La ley del piloto automático no había sido promulgada hasta hacía 15 años. O tal vez Derek era uno de esos negadores de la IA que apagaban en secreto todos los sistemas automatizados cuando podían. La policía normalmente los toleraba, especialmente en el campo, donde no se podía meter en demasiados problemas.

—Le vendría bien una mano de pintura —dijo Gita, mirando la casa.

Él estaba de acuerdo. El edificio de madera de dos pisos, una típica casa de campo de la zona, necesitaba pintura fresca. Y no solo eso, las ventanas estaban sucias y había maleza creciendo por todo el pequeño jardín cercado en frente de la casa. Parecía la casa de un ermitaño. ¿Mary supuestamente vivía *allí*?

La puerta se abrió.

—Ya está aquí —dijo Derek. Su mirada se volvió hacia Gita—. Oh, hola, usted también lo

está.

—No me invitaron. Soy una polizona —exclamó Gita alegremente. «Su sonrisa es bastante contagiosa», pensó Akif. Ni siquiera Derek pudo con su humor.

—Buenos días, señor McMaster. Antes de entrar, llámeme Akif. Y, por supuesto, ya conoce a Gita.

Le extendió la mano al dueño de la casa. McMaster la estrechó con firmeza.

—Y llámenme Derek, los dos, por favor —dijo—. Pasen.

Detrás de la puerta había un pasillo oscuro. Akif, que fue el último en entrar, quiso cerrar la puerta detrás de sí, pero Derek lo detuvo.

—No haga eso. Quiero decir... por favor, déjala abierta. Algo en el pasillo aquí huele muy fuerte.

Akif también lo notó entonces. Conservante de madera, tal vez aplicado con demasiado espesor, o tal vez no era uno destinado a uso en interiores. Un recuerdo apareció en su mente. Se vio a sí mismo como en una película. Derek estaba frente a él y le pedía que revisara la casa para ver si había conservante de madera debido a las alergias de Mary. Akif y Mary se sorprendieron cuando su marido fue con ellos a la consulta. Derek nunca había parecido interesado en la enfermedad de Mary.

Era una peculiar ironía de la historia el que se demostrara que tenía razón sobre la capa de conservante de madera. Y obviamente también se le había ocurrido a Derek.

—Vengan a la sala de estar —dijo Derek.

Ellos entraron. La habitación tenía un agradable aire anticuado. Casi podía creer que Mary pudo haber vivido allí una vez, hacía muchos años. Pero los muebles estaban polvorientos, y la lámpara del techo tenía una grieta en el cristal. La luz del sol brillaba en la habitación a través de las ventanas.

—Tomen asiento. He hecho café —anunció Derek.

—Té para mí, por favor —dijo Gita.

—Desde luego. Si hubiera sabido que vendría, podría haberlo tenido todo listo.



LUEGO SE SENTARON ALREDEDOR DE LA MESA DE CAFÉ, sorbiendo de sus tazas en silencio. A Akif, la situación le hizo pensar que el próximo Derek sacaría una tabla Ouija y todos se tomarían de la mano e invocarían el espíritu de Mary. En realidad, habían ido allí a buscar a una persona que, según todos los documentos del mundo, nunca existió. No había ninguna Mary McMaster en los registros de sus pacientes. Cualquiera que estuviera familiarizado con la burocracia de tratar con las compañías de seguros de salud sabía que la inexistencia de un archivo de un paciente en el ordenador era sinónimo de la inexistencia de la persona. Sin embargo, ayer Akif le pidió a Gita que buscara el contenido de la memoria borrada, pero aún no

había encontrado nada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Derek.

—¿Tal vez deberíamos llamar a la policía? —sugirió Akif.

—¿Conoce al sheriff?

Akif afirmó con la cabeza. No personalmente, gracias a Dios, pero conocía al hombre y sabía lo que Derek quería decir. La policía de allí estaba acostumbrada a intervenir en peleas de bares o a multar a los turistas por exceso de velocidad. Si llevaba este problema a la oficina del sheriff, se reirían de él.

—Entonces haga otra sugerencia —dijo.

Akif había empezado a arrepentirse de haber aceptado ir hasta allí. No tenía ningún sentido. Estaba buscando un pasado que nunca había existido. Las horas robadas que había pasado con Mary, el universo, se las había llevado.

—¿Por qué aceptó ayudarme, Akif?

La mirada de Derek parecía sospechosa. ¿O era solo su propia conciencia culpable? ¿Debería decirle la verdad? Decidió en cambio mentir con, al menos, algo cercano a la verdad.

—Parecía tan triste, Derek, que quise hacer algo. —Derek estaba muy triste, y realmente quería hacer algo por él—. ¿Por qué lo pregunta?

—Quiero saber hasta dónde está dispuesto a llegar con esto.

—¿En qué está pensando? —preguntó Akif. Miró a Gita. Ella tenía una mano delante de su boca.

—Nada ilegal, al menos no al principio —respondió Derek—. Pero probablemente sea una locura.

—De acuerdo, ha conseguido que me interese. Cuénteme.

—Sí, díganos —pidió Gita. Se relajó un poco.

—Conozco a un traficante de basura. Tiene un New Shepard desmantelado en su patio trasero.

—¿Un qué? ¿Una especie de avión? —preguntó Akif.

—No, un cohete.

—Estás loco —dijo el doctor—. ¿No necesita una instalación y un equipo de apoyo para lanzar un cohete? ¿Cuántos años tiene esta cosa?

—Hablé con él hace tres semanas. Es un modelo de exposición que se mostró en ferias.

—Bien, pero ¿cuándo se construyó?

—Estrictamente hablando, tiene un propulsor y una cápsula para la tripulación.

—El año. ¿En qué año se construyó?

—2025.

—Derek, ¡tiene 60 años! ¡No me extraña que esté en el depósito de chatarra!

—Está subestimando el New Shepard. Su diseño era bastante brillante para la época. El cohete se lanza, luego el propulsor y la cápsula se separan y ambos aterrizan de nuevo,

independientes el uno del otro.

—Eso no cambia la antigüedad del cohete.

—Por lo general, nuestro clima es seco. Las cosas no se oxidan muy rápido.

—Entonces, ¿entonces qué? ¿Qué pasa con las instalaciones? ¿Plataforma de lanzamiento? ¿Sala de control? ¿Antenas y todo eso?

—El New Shepard no necesita esas cosas. Está controlado por un ordenador de a bordo. Como un juguete enorme y de gran tamaño.

—¿Es piloto entrenado?

—Sí, lo soy. He volado aviones de combate. Pero eso no importa. El ordenador se encarga de todo. Durante años, venían turistas y los lanzaban al espacio unos minutos... hasta que ya no resultó rentable. Un piloto solo habría sido un peso extra, sin paga.

—¿Y el combustible?

—Necesitaríamos hidrógeno líquido y oxígeno líquido. Ambos son bastante sencillos de conseguir. Ya he llamado a una tienda de suministros químicos, y tienen suficiente en stock.

—Derek, está loco.

—Se lo advertí.

—Gita, ¿qué piensas de esto? —preguntó Akif—. No has dicho nada.

—Eh... un viaje al espacio... No tengo nada en contra —dijo.

Akif se sorprendió. ¿Su recepcionista india quería ser astronauta? Él sabía que era capaz de ser mucho más que una recepcionista, pero eso...

—Pero lo que me pregunto es, ¿para qué? ¿Qué quiere lograr con esto, Derek?

—¿No se lo imagina? Quiero ver lo que hay dentro de esa cosa.

—¿Quiere decir que desea volar hasta eso? —preguntó Akif—. Pero ya hemos visto lo que sucede.

—No, no lo hemos visto. El avión desapareció, al menos eso es lo que recordamos. Pero tampoco desapareció; nunca estuvo allí. ¡Quizá no se ha ido realmente! ¡No puede haberse desvanecido en el aire!

—¿Está pensando que, tal vez, aterrizó en algún otro mundo? —preguntó Gita.

—Sí. Se me ocurrió anoche. Tal vez la grieta conduce a un universo diferente donde todo sucede al revés. De repente, aparece un avión en el cielo y todos a la vez piensan que siempre ha estado ahí. Los recién llegados se integrarían tan perfectamente en la nueva realidad como fueron borrados de la nuestra.

—Quiere seguir a Mary a ese mundo —dijo Akif. Era una afirmación, no una pregunta.

—Tal vez, pero tal vez no. También podríamos cambiar de opinión sobre la marcha. La cápsula tiene un pequeño sistema de propulsión. Podríamos usarla para dirigirnos hacia la grieta o alejarnos de ella. Quizá veríamos algo cuando nos acercáramos que cambiaría nuestra decisión.

—Deberíamos al menos echar un vistazo a este cohete —dijo Gita—. Tal vez pueda servirnos con esta idea.

—Estoy de acuerdo —dijo Akif.

—Entonces terminemos nuestros cafés y pongámonos en marcha.

Akif siguió la sugerencia de Derek. Luego notó que su vejiga se quejaba.

—¿Dónde está el baño? —preguntó.

—Gire a la izquierda, y vaya hasta el final del pasillo. Lo siento, pero está un poco desordenado.

Akif ya se lo esperaba, pero no le molestaba. Se levantó, apretó el hombro de Gita al pasar y salió de la sala. Al final del pasillo, un letrero de bronce de un niño pequeño orinando en una olla colgaba de la puerta a la altura de los ojos. Akif se preparó para un olor desagradable y abrió la puerta.

Automáticamente, una brillante luz de techo se encendió. La habitación no olía mal, solo un poco a humedad. Había una ducha, una bañera y un lavabo. Todo estaba bastante limpio. Había varias piezas de ropa sucia esparcidas por el suelo. Derek debió quitárselas antes de ducharse y las dejó en el suelo. Akif recordó cómo Mary le había hablado de este hábito, mencionó que siempre tenía que limpiar las cosas de Derek.

Miró a su alrededor y se sintió como un intruso. En realidad, estaba buscando rastros de Mary. Tal vez el universo había olvidado uno de sus frascos de perfume o un pendiente que se había caído detrás del inodoro. ¿Cómo decidió el universo qué objetos de una persona borrar de la realidad cuando esa persona cayó en la grieta?

El desodorante, por ejemplo, que estaba en el estante encima del lavabo, era rosa y tenía un ramo de flores en su etiqueta. Era un desodorante de mujer. Akif lo examinó. No tenía polvo, así que Derek debía usarlo regularmente. ¿Había hecho eso también cuando Mary todavía era parte de esta realidad? ¿Tal vez lo había comprado para ella? Abrió el tapón y lo olió. No era la fragancia de ella lo que recordaba. Mary olía tan bien, en todas partes.

«Tienes que parar», se dijo a sí mismo. «Te estás torturando innecesariamente». Levantó la tapa del inodoro. La parte inferior de la tapa tenía un letrero dirigido a los hombres. Se sentó obedientemente en el inodoro. ¿Quién había puesto ese cartel allí? Si Derek siempre había vivido en esa casa solo, ¿por qué pondría un letrero de “¡Siéntate para orinar!” en su inodoro?

¿Tal vez porque no quería orina en el asiento? Akif dejó que su vejiga se drenara. Sacudió su pene y se puso de pie. Una gota cayó sobre el asiento. Arrancó un trozo de papel higiénico, limpió la gota y arrojó el papel al inodoro. Luego, tiró de la cadena y se subió los pantalones.

Los otros dos aparentemente habían estado esperando para escucharle tirar de la cadena.

—Ya estamos listos —. Llamaron al unísono y luego se rieron.

Cuando salió, no vio a nadie, pero oía sonidos que provenían de su coche.

—Solo tire por la puerta. No hay necesidad de cerrarla —le gritó Derek—, nunca pasa nada en el campo.

Cerró la puerta de la casa y se acercó a ellos. Gita estaba sentada en el asiento del conductor, Derek a su lado. Bien, entonces él iría en la parte de atrás.

La puerta del automóvil se cerró sola.

—Por favor, introduzca su destino —dijo el sistema automático.

Derek dictó la dirección del chatarrero.

—Tiempo estimado de conducción: 37 minutos —respondió la voz.

Akif se inclinó hacia atrás.



TARDÓ UN POCO MÁS DE LO ESPERADO, porque el *software* los llevó directamente a una pequeña carretera junto a la interestatal.

—Te dije que debíamos tomar la última salida —comentó Derek.

La voz del vehículo se disculpó profusamente. «Nunca había hecho eso», pensó Akif. «Tal vez sea parte de la nueva actualización que el fabricante instaló ayer».

—Yo entraré primero —dijo Derek—. Ya le dije al dueño que veníamos. Tenga cuidado con lo que dice. Ese tío aún no sabe lo que tengo planeado para su cohete.

—¿No quiere venderlo? —preguntó Akif.

—No le he preguntado todavía.

«Esto empieza bien», pensó Akif. Ese tío era probablemente un loco del espacio y nunca renunciaría al New Shepard. Como traficante de chatarra, podría haberlo vendido hace mucho por dinero en efectivo. Pero si ese fuera el caso, al menos no tendrían que decidir si querían tratar de llevar ese pedazo de chatarra al espacio.

—Me encargaré de ello —dijo Derek—. Confíen en mí.



Un hombre se acercó a ellos donde esperaban fuera de la gran puerta de hierro forjado que bloqueaba la entrada. La abrió medio metro, las bisagras crujieron, y los dejó entrar en su propiedad uno por uno. Luego extendió su mano derecha untada de aceite. Derek estrechó su mano primero, y luego los otros también lo hicieron.

—Hola, Johnny —dijo Derek—. Gracias por hacernos un hueco.

—Sí, he sido capaz de meterte entre las hordas de turistas —dijo Johnny, y luego se rio a carcajadas.

Akif miró a su alrededor. No vio el cohete por ninguna parte. ¿Quizás el traficante ya lo había vendido?

—¿Estás listo para ver a mi bebé? Sígueme. Está en la parte trasera de la casa.

Johnny los llevó alrededor de la casa. A la izquierda, Akif vio una montaña de basura. El traficante debía haber tratado de ordenar todo, porque cerca vio un banco de trabajo con una pila de botellas de cerveza apiladas encima. Más atrás, vio una prensa de basura.

—Ahí está —dijo Johnny.

Señaló algo que Akif pensó en un principio que era una sección de un viejo gasoducto. Debería haber sido uno bastante grueso. Calculó que tendría un diámetro de unos cuatro metros, y una longitud total de 15 metros, más o menos.

—Estoy muy emocionado —dijo Derek—. Me gustaría mucho verlo en posición vertical.

—Eso no sería un problema —dijo Johnny—. Vacío, solo pesa un poco más de diez toneladas. Si pagas una grúa, puedo instalarla.

—¿Por qué no se almacena en posición vertical? —preguntó Akif.

—Por las tormentas de nieve en otoño e invierno, amigo, y las fuertes tormentas en primavera y verano. Si esta belleza volcara, se abollaría, y entonces no valdría tanto.

—Ah, claro —dijo Akif.

—Aquí, mi amigo —dijo Derek, señalándolo—, es fotógrafo. Y Gita es su hermosa asistente. «¿Y si esto no funciona? ¿Y si Johnny lo hubiera visto antes, como en el hospital o en algún lugar?», se preguntó.

Sin embargo, el hombre asintió con la cabeza.

—Por supuesto, es un honor. ¿Vinisteis solo por mi belleza? —preguntó.

—Mi amigo Derek me lo contó todo.

—¿Pero no trajiste tu equipo?

El hombre preguntó tan inocentemente que Akif se sintió mal por mentir.

Antes de que pudiera decir nada, Derek se lanzó.

—Sabía que había estas montañas de basura a su alrededor. No habría sido una imagen muy bonita con eso de fondo —dijo—. Nos gustaría colocarlo en un espacio abierto, limpiarlo adecuadamente y luego iluminarlo muy bien. Saldrá en la *National Geographic*. Y tú también, si quieres.

Johnny parecía encantado. Ahora Akif se sentía fatal, porque sabía lo que Derek estaba tramando. Tendría que hablar con él sobre ello después. Todavía podían cancelar aquel asunto.

—Bueno, tío, odio decírtelo, pero tendrías que pagar por eso —dijo Johnny—. No puedo permitirme una grúa de 15 toneladas.

—Por supuesto, Johnny. Nos encargaremos de todo. Tal vez hasta podríamos darte algo por las molestias. ¿Qué te parece, Roberto?

¿Roberto? ¿Qué intentaba hacer Derek? ¿Quería que su historia fuera creíble, o simplemente no quería usar su verdadero nombre?

—¿Qué tal 500? —tanteó Akif.

Johnny sonrió. «Tendré que pagarlos yo, estoy seguro», pensó Akif. Derek parecía dispuesto a robar el tesoro de ese hombre, pero al menos así el pobre sería 500 dólares más rico que antes. No iba a vender el cohete de todos modos, así que era solo capital muerto, a diferencia de los billetes de quinientos dólares.



28 de mayo de 2085, Pasadena

GLEN SPARROW HABÍA DEJADO PASADENA. Había volado a Houston muy temprano aquella mañana para reunirse con algunos altos cargos de la NASA. Tan pronto como regresara, le daría un informe de lo que había pasado.

Maribel era feliz. Por fin podía llevar a Luisa de excursión como le había prometido. Hicieron que el coche alquilado los llevara a Santa Mónica, donde caminaron por la playa y visitaron el muelle en el que había numerosas tiendas pequeñas de regalos.

Luisa no estaba impresionada.

—¿No podemos ir a ver las naves espaciales? —preguntó.

—Lo siento, pero aquí no hay ninguna que dejen ver a los niños —dijo Maribel.

—Tendríamos que ir a Florida para eso —contestó Chen.

—¡Entonces vayamos a Florida!

—Está demasiado lejos, Luisa, tendríamos que ir más de un día en coche solo para llegar allí.

No te gustaría —explicó Maribel.

—No, no me gustaría. —Luisa miró al suelo y jugueteó en la arena con los pies.

—Tengo una idea —dijo Chen—. Hay un lugar, una colina, donde se pueden ver los cohetes en Vandenberg.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Maribel.

—Fui allí una vez cuando era niño. Pero no sé si todavía está, y tampoco si sería capaz de encontrarlo. Luisa, tendríamos que conducir casi tres horas, ¿qué te parece? Y si me equivoco, puede que no veamos nada.

—Está bien, papá. Intentémoslo —dijo Luisa.



—ESTÁS LOCO —le murmuró Maribel a Chen después de conducir más de una hora y de que Luisa se quedara dormida en el asiento trasero.

—No más que tú.

—Tal vez sea astronauta —dijo Maribel, señalando hacia atrás.

—Sí, tal vez. O chef. No importa.

—Cierto. Lo principal es que sea feliz.

—Dime, ¿has pensado en eso del ascensor espacial?

—Sí, Chen, y el concepto tiene sentido. Se canceló por lo del dinero. Se supone que Glen debe aclarar todo eso hoy.

Como si Glen la hubiera oído mencionarlo, sonó su teléfono móvil. Era él.

—Solo tengo unos segundos —dijo—. He conseguido el dinero, y George Crewmaster ha accedido a participar, siempre y cuando usted vaya. Me pidió que le dijera “hola”.

—¿¡Qué!?! ¡Me había dicho que George ya había aceptado!

—Dijo que lo pensaría.

—Mire, mi hija está durmiendo en el asiento de atrás, hablaremos en la oficina mañana.

—Nos vemos. —Él colgó.

—Ese imbécil me ha mentido —exclamó enfadada, pero tan bajo como pudo.

—Es el truco más viejo del mundo —dijo Chen—. Y tú ibas a ir de todas formas, ¿no?

Maribel asintió, aunque no quería admitirlo. A veces Chen la conocía mejor que ella misma. O más de lo que estaba dispuesta a admitir.



A PRIMERA HORA DE LA TARDE, Chen la despertó.

—Ya casi hemos llegado.

Iban por la vieja autopista 1. Maribel se dio cuenta enseguida de que conducían en la dirección equivocada, porque el sol estaba en el lado opuesto del coche.

—¿Hemos dado la vuelta?

—La entrada estaba a la izquierda, así que no podíamos girar desde la otra dirección. — Señaló las señales en el medio de la carretera de cuatro carriles—. Allí, ¿ves la señal?

—El Nido de Águila —leyó Maribel en voz alta—. ¿Qué es eso?

—El lugar al que vamos. Es un mirador. No me equivoqué. Con suerte, la puerta estará abierta.

—Eso espero, porque si no, habríamos conducido tres horas para nada.

—No, si está cerrada, creo que tendremos que caminar un poco. Si está abierta, podemos ir en coche.

La puerta estaba abierta. Chen frenó con brusquedad y luego condujo por el camino pavimentado de un solo carril, que se convirtió en un camino de grava después de 20 metros.

—Está igual que antes. No ha cambiado nada.

—Genial, ¿no?

Chen asintió.

—Luisa, ya casi hemos llegado —avisó Maribel a su hija. Esta se despertó de inmediato. «Ojalá la gente no perdiera esa habilidad al crecer», pensó.

—¿Dónde está? —preguntó Maribel.

—Unos pocos metros más adelante —dijo Chen.

Condujo hasta el final del camino de tierra. Terminaba en una gran zona sin árboles, tan grande como dos campos de fútbol. En el borde derecho, había una casa móvil que parecía abandonada. Chen salió del coche, y Maribel lo siguió, abriendo la puerta trasera para Luisa.

—Vamos, tenemos que ir un poco más lejos —dijo Chen.

Lo siguieron. El suelo había sido desgarrado por neumáticos gigantes, como si alguien hubiera practicado la conducción de un tractor por allí. Estaban en la cima de una colina, tal vez 150 metros por encima de los alrededores. Debajo de ellos, había un valle verde que un estrecho río había cavado. Detrás había unos cuantos edificios bajos. Y finalmente, detrás de los edificios, vieron por qué habían detenido el coche aquí. Había dos blancas, delgadas y elegantes torres de acero que se extendían en el aire.

Luisa estaba hipnotizada. Eran los primeros cohetes que había visto con sus propios ojos.

—¿Yo también seré capaz de volar en uno de esos? —preguntó.

—Claro, pero cuando seas un poco más mayor —dijo Chen.

—¿Cómo es cuando despegan?

—Primero, ves una nube debajo, luego hay una llama, y, al mismo tiempo, sientes un estruendo que pasa por todo tu cuerpo. Puedes oírlo incluso aunque te pongas las manos sobre los oídos. Luego se elevan en el aire y se hacen cada vez más pequeñas, hasta que desaparecen. No dura mucho, pero parece una eternidad.

—¡Eso es tan genial, papá! Quiero ver despegar uno.

—No sé si habrá algún lanzamiento durante nuestra aquí —dijo Chen—. Pero lo investigaré.

—¿Y el lanzamiento de cohetes de mami?

—¿Quién te habló de eso? —interrogó Chen.

—Nadie, pero es por eso que estamos aquí, ¿verdad? ¡Mamá siempre hace cosas así!

Chen se rio.

—Eso es verdad. Pero esta vez ella solo va a ir en un ascensor.



28 de mayo de 2085, Ceres

M6 TENÍA UN PLAN, y sus nanofabricantes iban a ayudarlo. Construyó una rampa y una plataforma que lo llevaría al mismo nivel que la hendidura. En algún momento, estaba bastante seguro de que tendría que entrar en la fisura él mismo. Esa sería la única manera, pensó, de poder confirmar su teoría.

Sin embargo, para entrar en la brecha limpia y cómodamente, necesitaría la plataforma. No importaba a dónde le llevara la hendidura, pero prefería llegar allí con todas las partes de su cuerpo. Tal vez necesitaría algunas de sus capacidades físicas dondequiera que terminara. O tal vez caería en la nada. Si ese resultado, de todas las posibilidades, resultara exacto, al menos la construcción de la plataforma le daría un poco más de tiempo antes de encontrarse con ese destino. M6 tuvo que admitir que realmente prefería no desaparecer en la nada. Esa era probablemente la forma en que su centro de recompensas estaba programado.

Su centro de recompensas había permanecido sorprendentemente tranquilo, aunque el examen del desprendimiento de rocas en las paredes del cráter estaba atrasado. La fisura era un fenómeno fascinante, y estaba usando casi toda su capacidad de cálculo en su intento de formar una teoría a partir de sus mediciones de la hendidura. Su análisis se hizo difícil tan pronto como trató de tener en cuenta la causa y el efecto. ¿Y qué mecanismo debilitó el proceso de eliminación de la brecha de modo que el proceso se detuvo bastante rápido y no condujo a consecuencias mucho más graves? Para ello, M6 había estado considerando la teoría cuántica. No era inusual en la teoría cuántica, por ejemplo, que el efecto ocurriera antes que la causa, o que las cosas aparecieran de la nada y luego desaparecieran de nuevo. Sin embargo, eso siempre ocurría a escalas y dimensiones extremadamente pequeñas. Tan pronto como intentó transferir la teoría cuántica a una escala mayor, se produjeron contradicciones. Los investigadores incluso demostraron que estas contradicciones eran necesarias. La física cuántica parecía destinada a permanecer siempre limitada al mundo de las cosas extremadamente pequeñas.

Los hallazgos contradictorios fueron una de las razones para pensar que la hendidura era algo completamente diferente. La fisura podía ser un fenómeno que solo podía entenderse uniendo la física cuántica y la teoría de la relatividad general, el santo grial de la física. Y ahora mismo,

estaba más cerca de esta cosa que cualquier ser humano.

¿No debería transmitir un informe sobre sus hallazgos? M6 dudaba. Estaba seguro de que le quitarían sus tareas si se sabía lo que estaba haciendo. Vendrían los humanos, muchos, y examinarían la hendidura y harían todos estos fascinantes descubrimientos que de otra manera serían solo suyos.

No, no era una buena idea en este momento. Continuaría construyendo su plataforma y utilizaría el tiempo mientras trabajaba para intentar comprender realmente la física cuántica, algo que los humanos aún no habían logrado.



29 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

—UN POCO MÁS —dijo Derek, dirigiendo al operador de la grúa.

Centímetro a centímetro el cohete se acercó a la vertical. Finalmente, quedó satisfecho con su posición. Caminó lentamente alrededor del New Shepard. El lado donde había estado en el suelo húmedo mostraba algunos puntos de corrosión.

Desde atrás escuchó fuertes ruidos de chispas. Ese debe ser Johnny, que estaba uniendo pares de escaleras con un equipo de soldadura. De alguna manera, tenían que llegar a la parte superior del cohete. La entrada de la cápsula estaba a una altura de aproximadamente 12 metros. Como no tenían torre de lanzamiento, tendrían que usar una escalera larga. Akif le había dado a Johnny dos billetes de cien dólares más a cambio de su ayuda de hoy. El traficante de chatarra había demostrado ser muy hábil con las herramientas.

Alrededor de las tres de la tarde como muy tarde, sin embargo, tendrían que deshacerse de él, porque era cuando los dos camiones cisterna venían a llenar los tanques de combustible con hidrógeno líquido y oxígeno. Derek había prometido a cada uno de ellos un centenar extra para que los conductores y vendedores se mantuvieran callados y no le dijeran a nadie más sobre estas compras.

Era el dinero de Akif, pero no parecía preocupado por las promesas de Derek. O no le importaba porque tenía mucho dinero, o esto era realmente tan importante para él. Derek prefería creer lo primero. Primero, solo por el dinero, pero segundo, porque así no tendría que preguntarse sobre la verdadera razón por la que Akif Atasoy eligió involucrarse en este plan.

—Detente, es perfecto —le dijo Derek al operador de la grúa.

Levantó el teléfono contra la cubierta metálica del cohete y activó la aplicación de nivelación. «¡Muy bien! Tiene buen ojo», pensó. Ahora todo lo que necesitaba era que Akif dijera que a Derek le faltaba algo importante, otra vez. Pero primero deberían revisar el ordenador del cohete.

Derek se dio la vuelta y se acercó a Johnny.

—¿Cómo va la escalera?

—Bien. Una pieza más.

Derek revisó el trabajo del traficante de basura. Había soldado cinco escaleras de aluminio de tres metros de largo con un total de ocho barras de acero de dos metros de largo. Debería funcionar. ¿Sería el peso un problema? Derek estimó el peso de las escaleras, en total unos 50 kilos, y las barras, tal vez 80 kilos. Juntos eran 130 kilos. Para un cohete, más el combustible, que pesa más de 20 toneladas, no debería ser nada más que una mancha volante que seguramente no desequilibraría el diseño del cohete.

—Cuando termines, lo armaremos juntos —dijo Derek—. Le diré al operador de la grúa que espere un poco más para que pueda levantarlo.

—Buena idea, estaba un poco preocupado por cómo lo íbamos a montar —dijo Johnny. Se limpió el sudor de su frente.

—Por cierto, es genial lo que estás haciendo.

Derek se congeló. ¿Había comprendido de alguna manera que querían lanzar el cohete? Le habían dicho a Johnny que solo querían limpiarlo un poco por dentro y por fuera.

—¿Qué quieres decir?

—Prepararlo y tomar fotos. Estoy planteándome explotar a esta belleza un tiempo. Podría cobrar la entrada para que la gente la vea.

—No creo que sea una buena idea —dijo Derek, frunciendo el ceño—. Esta es mi tierra.

—Te pagaré por usarla. No has cultivado nada en estos campos desde hace años.

Derek asintió.

—Sí, eso es cierto. —Johnny los maldeciría cuando volviera dentro de un par de días y viera que el cohete no estaba.

Asumiendo que él consiguió las pinzas. Derek buscó a Akif. El doctor estaba de pie junto al cohete, hablando con Gita. Ambos llevaban un nuevo mono de trabajo. Era una visión extraña. Sus ropas les hacían parecer como si acabaran de venir directamente de la ferretería. Gita llevaba guantes que eran demasiado grandes para ella.

Derek se acercó a ellos por detrás. Estaban hablando con entusiasmo y probablemente ni siquiera le habían oído acercarse.

—¿Estás seguro...? —le estaba preguntando Gita.

Akif negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Pero la vida puede ser bastante aburrida cuando siempre estás seguro de todo.

Derek puso una mano en el hombro de cada uno de ellos.

—¿Puedo interrumpir, tortolitos?

—Por supuesto —dijo Akif, poniéndose colorado.

—Tenemos un pequeño problema.

—¿Se va a retrasar el combustible? —preguntó Akif.

—Shh, no quiero que Johnny se entere de nada de eso. Pero no, no es eso.

—¿Otra sorpresa?

—No, Akif, no es una sorpresa, es que no me había atrevido a decírselo antes.

—¿Qué es? —dijeron ambos como si fueran una sola voz. Se miraron el uno al otro, y luego lo miraron a él.

—Necesitamos abrazaderas de lanzamiento.

—¿Qué son? —preguntó Akif.

—Bueno... el motor suele necesitar unos segundos para alcanzar su máxima potencia. Durante ese tiempo, las pinzas de lanzamiento mantienen el cohete en el suelo. Tal vez lo hayan visto antes. Hay humo y fuego bajo el cohete, pero se mantiene pegado al suelo.

—Sí, había reparado en ello y a menudo me he preguntado cómo lo conseguían —dijo Akif—. ¿Qué significa eso para nosotros?

—Pues que también necesitamos algo así.

—Bien. ¿Por qué no quería contarnos ese problema antes? —intervino Gita dijo—. ¿No es bastante fácil de resolver?

—Me temo que no —respondió Derek, y luego suspiró—. Las pinzas deben estar ancladas en el suelo, pero también desconectarse en el momento adecuado, es decir, al pulsar un botón.

—Eso suena factible —dijo Gita—. Solía trabajar para un dentista, y teníamos algo similar a eso, las abrazaderas, quiero decir. Creo que podríamos modificar la idea para trabajar en ello. Si quiere, puedo hacer un diseño.

—Creo que también podríamos convencer a Johnny para que nos ayudara —añadió Akif—. Esta mañana me dijo que quería usar el cohete como atracción turística. Para ello, tendríamos que asegurarlo de alguna manera, contra tormentas y fuertes vientos, para que no se caiga.

—A mí también me lo ha dicho —respondió Derek—. ¿Cree que se preguntará por qué tienen que ser desmontables por control remoto?

—Sería una característica útil. Imagine que un tornado viene hacia aquí con poca antelación. Tendría que poner el cohete en el suelo, tal vez incluso de noche —explicó Akif—. Por supuesto, se habrá ido mucho antes de que eso ocurra.

—Creo que usted le convencería mejor. Es médico, así que creo que probablemente proyecte la mayor autoridad de los tres.

—Entonces, ya tenemos un plan.



—LA ESCALERA ESTÁ LISTA PARA SALIR —gritó Johnny.

Derek corrió hacia la grúa y agitó los brazos al operador. El hombre bajó la ventanilla y le dio un mordisco a un donut.

—¿Qué pasa, jefe?

—Estamos listos para montar la escalera.

—Bien, voy para allá.

Derek vio cómo el hombre dejaba el donut en el salpicadero. Luego, encendió el motor. El motor eléctrico emitió una especie de zumbido. El vehículo se movió unos metros hacia atrás, y el operador movió el brazo hacia el Johnny que saludaba.

El chatarrero tiró del gancho del cable y lo sujetó al final de la escalera. Luego alzó un pulgar. El operador de la grúa empezó a retraer el cable. Despacio, la escalera se elevó en el aire. El brazo giró en dirección al cohete y movió la escalera con él. Solo se inclinó muy ligeramente. Johnny había hecho un trabajo admirable. Derek se sintió culpable otra vez. ¿No deberían dejarle incluirle en sus planes? ¿Y qué pasaba si les decía que no? El riesgo era demasiado grande.

La escalera, que se balanceaba ligeramente hacia adelante y hacia atrás, se dirigió hacia el cohete. Johnny la siguió. Le indicó al operador de la grúa que bajara un poco la escalera. Luego seleccionó un lugar a unos dos metros delante del cohete. Apuntó al lugar y alzó otro pulgar. El operador de la grúa bajó cuidadosamente la escalera. Johnny la ajustó para que estuviera paralela al cohete. Ahora el operador giró despacio el brazo hacia el lado hasta que la escalera se apoyó en el New Shepard. Johnny sacudió la escalera. Parecía estable.

Gita se preparó. De los tres, ella era la menos pesaba, obviamente, y la experta informática, así que fue la asignada para subir a la cápsula y revisar el ordenador.

De repente, Derek sintió como si se hubieran olvidado de algo.

—¿Y si la cápsula está cerrada? —preguntó.

—¿Para qué alguien pondría un candado en una cápsula espacial? Y si lo hiciera, tendría que estar cerrada por dentro —dijo Akif—. ¿Verdad?

El médico tenía razón. Derek asintió con la cabeza y trató de calmarse de nuevo. Gita ya estaba encima de la escalera. Subió cuidadosamente cada escalón. «Vaya, no lo hace nada mal», tuvo que admitirlo. Esperaba que Akif estuviera igual de cómodo con las alturas. Porque para el lanzamiento, los tres tendrían que ascender por aquella escalera de 15 metros.

—Ya estoy arriba —informó Gita—. Ahora abriré la escotilla.

Derek la miró, pero no pudo distinguir nada en detalle.

—¿Necesita ayuda? —preguntó.

—Gracias, ya lo tengo.

Vio cómo la escotilla se abría a un lado. Gita desapareció, primero la parte superior de su cuerpo, y luego toda ella, dentro del cohete.

—¿Qué tal? —preguntó Akif.

—Huele mucho a moho. No debe haberse ventilado desde hace mucho. Pero el equipo parece intacto.

Johnny había dicho que lo había sido llevado a diferentes ferias y convenciones.

—Los asientos son muy duros. Necesitaremos algo suave para sentarnos —dijo Gita.

—Apuntado —respondió Derek. Miró de reojo a Johnny, pero no parecía sospechar nada.

—Aparte de los seis asientos, no hay más equipo —dijo Gita—, excepto el ordenador, por supuesto.

—¿Funcionará? —inquirió Derek.

—Parece estar bien. Pero tanto si funciona o no, solo podré decirlo después de encenderlo... y para eso necesito energía.

Por supuesto. En la plataforma de lanzamiento, el cohete normalmente se alimenta de una fuente externa. Las baterías proporcionaban la energía durante el relativamente corto periodo de vuelo. Necesitaban un generador. Derek todavía tenía uno en su garaje. Las tormentas, a menudo, afectaban a la red eléctrica en aquella zona.

—Me ocuparé de eso —le dijo Derek—. ¿Lo has oído, Johnny? Tal vez incluso volvamos a poner el ordenador en línea. Eso ayudaría a atraer a los turistas.

Johnny asintió, perdido en sus pensamientos.

—Bien. Pues entonces volveré a bajar —dijo Gita.

De repente, a Derek se le ocurrió una idea y se detuvo en seco. ¡Era tan increíblemente ingenuo! «¡Un cohete no es una camioneta! Los tanques de un cohete se mantienen herméticos solo cuando están debidamente refrigerados, y para ello necesitan energía. Los proveedores de combustible deben venir mañana como muy pronto, o mejor pasado mañana, justo antes del lanzamiento». Se giró hacia su camioneta mientras cogía el teléfono para llamar a los proveedores.



DEREK SE SENTÓ EN SU CAMIONETA, satisfecho. Se inclinó hacia atrás. Su plan estaba saliendo bien. Hasta ahora habían sido capaces de resolver todos los problemas que habían surgido. Akif le había explicado a Johnny lo de las abrazaderas. Gita había elaborado un diseño, y luego ella y Akif habían conducido hasta el Home Depot más próximo para comprar las piezas. Derek había cargado su generador en su camioneta. Al día siguiente, se encontrarían de nuevo. Y entonces solo faltarían 24 horas para el lanzamiento. Y tal vez, con suerte, se reuniría con Mary.



29 de mayo de 2085, Pasadena

—ME HA MENTIDO, Glen, así es como me siento —dijo Maribel.

Ella había rechazado la silla que Glen Sparrow le había ofrecido, y se paseaba por su oficina.

—Sí, señora Pedreira, tiene razón, no debería haberlo hecho, pero póngase en mi posición... si no estuviera conmigo en esto, todo el proyecto estaría a punto de desaparecer.

—Sí, ahora lo sé. Me utilizó, y estoy muy molesta por ello. No le importa nada estudiar la grieta, solo su proyecto de ascensor espacial. Quería usarme para terminar su proyecto. ¿El jefe de tripulación y yo? Solo somos títeres para usted.

El día antes había investigado un poco. Durante toda su carrera en el LPR, la prioridad número uno de Glen Sparrow siempre había sido el ascensor espacial. Cuando el proyecto se canceló repentinamente, había visto desaparecer el trabajo de su vida. Las circunstancias que rodearon la cancelación del proyecto fueron bastante extrañas. No se pudo probar nada, pero muchos de sus colegas hablaron de cierta empresa privada que temía por su modelo de negocio y sus beneficios por los lanzamientos de cohetes, habiendo tenido una excesiva influencia en la decisión final. ¿Podría realmente culpar a Sparrow por agarrarse a todas las posibilidades que se le presentaban?

—Tiene razón. Soy culpable —confesó Sparrow. Se sentó, encorvado sobre su escritorio, dibujando figuras con su dedo índice.

—Bueno, pues ya me tiene aquí —dijo Maribel, con un tono algo conciliador—. Será mejor que me muestre su agenda.

Glen levantó la vista. El enfado de la española parecía haberse esfumado porque, de pronto, era como si le hubiera perdonado. Quería participar y estudiar la grieta, y no le importaban las razones que la habían llevado hasta allí.

—Bien —dijo Sparrow—. Básicamente, todo está preparado.

—¿Incluso el contrapeso?

El contrapeso más pesado posible se necesitaba en algún lugar del espacio para mantener el cable, el componente más crítico del ascensor, bajo tensión.

—Durante años, el Grupo RB ha tenido un asteroide en órbita alrededor de la Tierra. Allí es

donde prueban su equipo de minería. Tenemos una licencia con ellos para anclar el cable a ese asteroide.

—¿Cuánto le costó eso?

—Solo un par de favores. No querrá saber los detalles, créame.

Maribel consideró el pedir los detalles de todos modos, pero decidió no hacerlo. Los rusos estaban bien conectados, todo el mundo lo sabía, y siempre parecían estar involucrados de alguna manera en cualquier cosa que se intentara hacer, dondequiera que fuera.

—¿Y cuándo se supone que se instalará el cable? —preguntó en cambio.

—Hay una nave de suministro para el módulo internacional Tiangong-5 lista para ser lanzada en Vandenberg. Podría desplegar el cable. Solo están esperando mi aprobación.

—Pero eso no llegaría hasta el final.

—No, claro. Entonces tendríamos que llevarlo de la estación espacial al asteroide ruso y anclarlo allí. Si todo va bien, eso podría ser dos días después del lanzamiento de la nave de suministros.

—En total, tres días, entonces —contó Maribel.

—Más otros dos para reposicionar la estación espacial. Nos gustaría que el cable pasara lo más cerca posible de la grieta —dijo Glen.

—¿Y los chinos están con nosotros en esto?

—Sí, se han mostrado muy amigables, al menos en lo que respecta a este proyecto.

Glen se rio de manera forzada. No le importaba cuáles fueran sus motivos para ayudarlo. «Una mano lava la otra». Así es como había funcionado la política siempre.

—Bien, no preguntaré más —expresó Maribel.

—Y, desde luego, no tienen nada en contra de que compartamos nuestros hallazgos con todos los socios de este pequeño proyecto —dijo Glen.

«Ajá, tal vez eso es todo». Sus amigos chinos temían quedarse desfasados en ciencia. La grieta era un fenómeno que, sin duda, parecía prometedor en términos de nuevos descubrimientos. Si estudiaban la grieta y no encontraban la tan buscada nueva física que unifica la gravedad y los efectos cuánticos, entonces Maribel no tenía ni idea de dónde más deberían buscar.

—Por supuesto. ¿Por qué no compartiríamos nuestros descubrimientos con todo el mundo? —preguntó.

Y, por supuesto, pensó, su IAC sería el autor principal de los muchos artículos científicos que seguramente vendrían de sus observaciones.

—Bien, entonces estamos de acuerdo. ¿Qué le parece si vemos más de cerca la cabina del ascensor? Lo llamamos el “Ascensor”, por cierto. Pero, está a dos horas en coche de aquí.

—No hay problema, no tenía otros planes para hoy.

Maribel sonrió para sí al pensar en Chen y Luisa. Su marido y su hija ya debían haber llegado al museo de ciencias, era lo que planeaban hacer los dos esa mañana. Esperaba que se divirtieran

tanto como ella en el Ascensor.



SONÓ UNA ALARMA. Sparrow debía haberla puesto después de aceptar el aprovechar la duración del viaje para echarse una cabezada. Maribel miró por la ventana y vio un cartel con el nombre “Lompoc”. Ya conocía el nombre de la ciudad. También lo había visto el día antes. Debían estar cerca de Vandenberg.

—Mire en el compartimento que tiene delante —dijo Sparrow.

Abrió una cubierta de plástico. Detrás, había una carpeta. La sacó y la abrió.

—Esa es tu placa identificativa —dijo su acompañante—. Tendrá que mostrarla en la entrada. Pero incluso con ella, no se le permitirá estar en ninguna parte de la base sin mí.

Maribel leyó la tarjeta, envuelta en plástico transparente. “Solo válida si va acompañada de personal autorizado”, aparecía escrito bajo su nombre.

—¿Y si me recogen en algún sitio sin usted?

—Entonces la arrestarán, estoy seguro. Los militares no toleran extraños.

Se acercaban a una amplia entrada con una barrera. Un bloque de granito les dijo dónde estaban. Maribel apenas podía distinguir el "Comando Espacial" mientras pasaban rápidamente. La barrera se abrió. Nadie quiso comprobar sus identificaciones.

—No parecen muy estrictos hoy.

—El oficial de la puerta ya me conoce —dijo Sparrow—. Pero aquí hay alrededor de 3.000 soldados, y solo conozco a una pequeña parte. Los civiles realmente destacan, sobre todo con una placa blanca, o sin ninguna.

La base le pareció enorme. Solo vio a unas cuantas personas a pie, pues la mayoría de la gente usaba vehículos. Después de que el coche diera unas cuantas vueltas, se acercaron a un edificio en forma de caja, pintado de blanco y con el logo azul de la NASA.

—El Ascensor está ahí —dijo Glen.

El automóvil dio la vuelta al edificio.

—Entrada 3C —dijo Glen.

—El piloto automático hará el resto —explicó—. Se comunica con el edificio, obtiene las autorizaciones necesarias y abre la puerta. Vigila.

El vehículo se dirigió hacia la pared trasera del edificio, sin reducir la velocidad. Justo antes de estrellarse contra la pared, se abrió una puerta deslizante, rápida como un rayo, delante de ellos. El coche pasó por aquella puerta y continuó tan rápido como antes. Y, con la misma velocidad, la puerta se cerró tras ellos.

—Podemos cambiar la atmósfera de este edificio —explicó Sparrow—. De esa manera, simulamos las condiciones de otros cuerpos celestes. Y también es, por eso, por lo que tenemos entradas y salidas tan rápidas.

—Y, ¿por qué no hay ventanas? —preguntó Maribel.

—Eso sería ineficiente.

El interior estaba iluminado por una luz blanca y neutra.

—También podemos simular la iluminación en Marte, por ejemplo, o en un asteroide.

Sparrow dio una orden, y de repente apareció el crepúsculo.

—Mire ahí, a la izquierda.

Los ojos de Maribel se dirigieron a aquella dirección. Un sol solitario y blanco iluminaba el paisaje rojo-grisáceo.

—No está mal —reconoció.

—Es el perfecto campo de pruebas para nuestro vehículo explorador.

—No ha habido mucho que hacer últimamente, ¿verdad?

—Por desgracia, no. Venus fue nuestro último destino interplanetario, a principios de los 80.

La administración quiere que hagamos más investigación básica.

—Entonces la grieta encaja muy bien con ese objetivo. Es física pura.

—Sí, esa fue una de las razones, entre otras, que usé para convencerles.

—¿Qué más mencionó, Glen?

—Bueno, a usted, naturalmente.

—No intente adularme. Soy inmune a ese tipo de cosas.

—Bien. Los argumentos de que ninguna empresa tenía un interés comercial en la grieta, y que las encuestas demostraban que la población estaba preocupada por ella, probablemente también sirvieron de ayuda.

—¿La gente está preocupada, aunque no haya peligro?

—Peligro inminente, no; sin embargo, en el fondo, hay un sentimiento constante de amenaza que nos acecha a todos. Eso está causando una caída económica mensurable. A los consumidores no les gusta gastar su dinero en tiempos de incertidumbre.

—Eso es comprensible.

—Cierto. Lo siento, Maribel. Pero tendremos que ir andando el resto del camino.

Las puertas del coche se abrieron, y Sparrow salió. Ella lo siguió. El hombre la llevó a través de una serie de pasillos laberínticos. De repente, llegaron a una pared transparente que parecía de cristal.

—Aquí es donde probamos nuestro planeador Venus —dijo Glen.

—¿Un acuario? Pero no hay agua en Venus.

—No queríamos la atmósfera caliente y agresiva de Venus en todo el edificio, así que construimos esta caja de cristal.

—Ah. No seguí ese proyecto muy de cerca... en su momento, Luisa todavía era pequeña.

Pasaron por delante del cristal. Luego, entraron en un pasillo oscuro que se abrió en un gran espacio, el interior de un edificio dentro del edificio más grande.

—Hemos llegado —dijo Sparrow.

El espacio era tan grande como el gimnasio de una escuela, pero no olía a sudor. En cambio, se percibía un fuerte olor a petróleo. Aparte de ellos, no se veía a nadie. Maribel había intentado imaginar cómo sería el ascensor espacial. Naturalmente, sus ideas se basaban en los que conocía. Tal vez un poco más modernos, y más bonitos... como esos ascensores exteriores de los hoteles caros. Pero esas ideas no se acercaban a la realidad.

Frente a ella había una cápsula espacial. Era el típico diseño cónico. Incluso tenía un escudo térmico debajo.

—Parece un poco decepcionada —dijo su acompañante.

—No se equivoca.

—Lo siento, pero hay razones por las que lo hicimos así. Primero, es mucho más barato reutilizar diseños conocidos como pautas, incluso para un prototipo como este.

—¿Prototipo?

—El ascensor no ha hecho ninguna misión oficial, todavía. ¡Seguramente se ha dado cuenta de ese detalle!

Maribel asintió. Por supuesto que lo sabía, pero la realidad de lo que eso suponía estaba asentando en su mente. Sería el conejillo de indias de una tecnología que nunca había sido probada a gran escala.

—Sin embargo, ha hecho pruebas, ¿verdad? —preguntó.

—Por supuesto. Con cables de hasta 500 metros de longitud.

—Ah, bien. No hay demasiada diferencia entre 500 metros y 500 kilómetros.

—Esa es la actitud —dijo Glen, sonriéndole. Caminó alrededor de la cápsula y la llamó—. Venga aquí.

Había abierto la escotilla y ahora le hacía un gesto para que subiera a bordo. Desde dentro, la cápsula era asombrosamente espaciosa. Era, por supuesto, redonda. Había seis asientos a lo largo de la pared exterior. En el centro, corriendo de arriba a abajo a través de la cápsula, había un tubo cilíndrico con un diámetro de unos doce centímetros.

Sparrow apuntaba al tubo.

—Dentro están el sistema de accionamiento y el cable —explicó.

Maribel comenzó a caminar por el tubo, tratando de examinarlo todo a la vez.

—¡Guau! —Se había topado con una pared transparente—. ¿Para qué es esto? ¿Estabilidad adicional?

—No. En caso de emergencia, la cápsula debe ser capaz de separarse del cable. Este sería expulsado al exterior a través de esta ranura.

—¿Y entonces nos estrellaríamos contra el suelo?

—Por supuesto que no. La cápsula puede frenarse con paracaídas y un sistema de propulsión química. Aterrizaríamos muy suavemente en el suelo.

—¿Y si el cable se rompe?

—Eso no sucederá.

—Pero ¿y si ocurriese?

Sparrow murmuraba y balbuceaba.

—En realidad... —dijo—, queríamos anclarlo a una plataforma en el océano. Si se rompía, el cable simplemente caería al agua. Pero no teníamos tiempo para eso. La plataforma flotante, un catamarán, solo existe en la mesa de diseño. Por lo tanto, tenemos que anclar el cable aquí en Vandenberg. Si se cae, solo la base estará en peligro. Y tal vez Lompoc, por desgracia, el pueblo está muy cerca.

—¿Ha considerado los riesgos?

—Los militares no tienen ningún problema con ello. Y el cable no se va a romper. Hemos hecho todos los cálculos cientos de veces.

—Desearía compartir tu optimismo.

—Pero lo hace. Después de todo, ha aceptado subir a bordo.

—Si le he entendido bien, un asiento en la cápsula sería uno de los lugares más seguros en un cierto radio, si el cable se rompiera, ¿verdad?

—Cierto.

Maribel tocó la pared translúcida. Estaba caliente; no era de cristal, en cualquier caso.

—Esta ranura para el cable parece muy estrecha —dijo.

—No se preocupe, el cable definitivamente cabe por ahí.

—¿Cómo logró hacer un cable tan delgado y, sin embargo, capaz de soportar tan altas fuerzas de tensión?

—Nanofabricantes —explicó Glen—. Son todo un secreto. Básicamente, “viven” dentro y a lo largo del cable. En el preciso instante en que encuentran una debilidad, o un defecto potencial en cualquier punto, lo arreglan.

—Esa tecnología es rusa, ¿verdad?

—Sí, el Grupo RB la desarrolló.

—¿Y también ha obtenido su autorización para anclar el asteroide? Está haciendo el trabajo de desarrollo de RB para ellos. Con este sistema, serán capaces de traer materias primas desde la órbita a la Tierra con mucha más facilidad.

—Seguro que ese es el motivo de que el Grupo aceptara. ¿Y por qué no? Conseguiremos nuestro ascensor espacial, y ustedes obtendrán sus hallazgos científicos. Es un intercambio justo.

—Claro —dijo Maribel.

En principio, ella tenía que estar de acuerdo con Sparrow. Durante mucho tiempo, la exploración espacial había sido demasiado cara para que un país la hiciera solo. Ella únicamente deseaba que todos expusieran sus verdaderos motivos para que todos los vieran. Pero ella no había sido mucho más abierta. ¿Vacaciones en familia? No exactamente. En todo momento había tratado de acercarse lo más posible a la grieta.

—¿Y el equipo científico? —preguntó.

—Puedo conseguirle al que desee. Probablemente lo mejor para mí sería darte una lista.

Puede entonces elegir lo que necesita, pero no debe pesar más de 300 kilogramos.

—De acuerdo. ¿Por qué solo 300?

—El ascensor tiene una capacidad de carga de 900 kilogramos. Eso corresponde a seis personas, 150 kilogramos cada una. Solo somos cuatro, así que sobran 300.

—¿150 kilos por pasajero?

—No olvide los trajes espaciales. Cada viajero necesitará uno. Puede que necesitemos volar al espacio, después de todo. Además, a una altitud de ocho a diez kilómetros, hará bastante frío si queremos salir...

—Por supuesto, comprendo, aunque no hay planes para eso por el momento. Pero ¿por qué cuatro personas? Pensé que solo habría tres...

—He invitado a un periodista.

—¿Está loco? ¡Solo estorbará!

—Necesitamos algún tipo de relaciones públicas. ¿Y quién mejor que un periodista que esté allí de primera mano? Al menos no escribirá ninguna basura inventada.

—¿Ya tiene a alguien?

—Un francés. Tal vez haya oído su nombre antes. Se hizo algo conocido cuando se descubrió esa estructura alrededor del sol.

—Oh, sí. El nombre es Eigen-algo, ¿como Eigenberg o Eigenton o...? —preguntó Maribel.

—Eigenbrod, Arthur Eigenbrod. He comprobado su historial y ya ha estado en el espacio, así que no vomitará sobre nosotros en la cápsula.



DEJARON EL GRAN EDIFICIO A PIE.

—Solo son unos 800 metros —dijo Sparrow.

—No se preocupes, me alegro de dar un pequeño paseo.

Parecía que se alejaban de toda la civilización.

—Anclar el cable no requiere ningún *hardware* especial —explicó Sparrow.

Cuando llegaron, Maribel vio lo que quería decir. La hierba había sido muy recortada dentro de un área de unos diez por diez metros. En el centro, un bloque cuadrado de hormigón con lados de unos tres metros se asomaba al suelo. Había un gancho de acero en el centro del bloque.

—El bloque se extiende treinta metros bajo tierra. El gancho que está incrustado en él es casi tan largo.

—Suena impresionante —dijo Maribel.

—Todo ha sido calculado minuciosamente.

—¿Y cómo levantamos el cable?

Sparrow caminó unos metros hacia el lado y señaló varios objetos que parecían tanques militares en miniatura, cada uno con un anillo de metal en lugar de una torreta.

—Estas son guías de cable temporales. El cable pasa a través de ellas hasta la plataforma de lanzamiento de cohetes que hay frente a nosotros.

Maribel miró hacia donde apuntaba y vio un elegante cohete blanco. Era el mismo con el que ella y Luisa se habían maravillado el día antes.

—Cuando el cohete despegue, el cable se desenrollará al mismo tiempo.

—¿Como lanzar un sedal de pesca?

—Más o menos. En realidad, después de anclar el cable, el mecanismo de desenrollado era el segundo problema más difícil. Un cohete no arranca despacio y sin problemas, y el mecanismo no debe atascarse o fallar bajo ninguna circunstancia.

—¿Porque eso podría ser peligroso para el cohete?

—No, pero desperdiciaría un lanzamiento. Aquí, en Vandenberg, solo tenemos dos, tal vez tres lanzamientos al mes que podríamos usar para disparar el cable al espacio.

Maribel pensó que tenía razones para ser optimista. Todo le parecía muy bien pensado. El proyecto del ascensor espacial había estado en marcha durante décadas, no era algo apresurado y lleno de peligros. Sin embargo, todavía tenía un mal presentimiento. Al final, los humanos siempre eran el eslabón más débil, y los errores resultaban inevitables. Tal vez ella misma era la causa de ese mal presentimiento, ya que había roto la promesa hecha a su familia. El que ni Chen ni Luisa le exigieran cumplir con su palabra, no le facilitaba las cosas.



29 de mayo de 2085, Ceres

SOLO UN PASO LO SEPARABA DE LA NADA. M6 estaba en el borde superior de su plataforma. Había simulado entrar en la fisura, varias veces. Había un 99,96% de probabilidades de que llegara al otro lado sin daños, si es que había algo parecido al otro lado. Y en sus simulaciones, "sin daños" significaba simplemente que su cuerpo pasaría a la hendidura todo junto, en una sola pieza. Lo que sea que estaba esperando allí en la hendidura, M6 no podía simularlo. Ni siquiera podía hacer una predicción.

La física cuántica había resultado ser demasiado compleja para entenderla realmente, y de todos modos, la hendidura, como objeto macroscópico, podría no seguir esas leyes. ¿O tal vez no fue capaz de encontrar la visión correcta para llegar a las conclusiones adecuadas? ¿Y si la grieta fuera una especie de versión visible de un proceso físico cuántico, la parte del efecto túnel, por así decirlo, que puede ayudar a las partículas diminutas a moverse por un terreno prohibido? Los físicos humanos aún no habían logrado transferir sus teorías cuánticas a la escala visible. ¿Quizá la hendidura sostuvo la pieza que faltaba en el rompecabezas?

M6 dudó. ¿Era realmente la estrategia correcta confiarse a sí mismo la tarea de explorar la hendidura? ¿O era simplemente un camino hacia una cierta auto aniquilación? Había agotado todos sus recursos. No iba a obtener ningún nuevo descubrimiento solo por esperar. Entonces, ¿qué lo estaba reteniendo aquí? Debe ser la alegría de su propia existencia.

M6 nunca había creído que sería susceptible a tales sentimientos humanos e ingenuos. Sabía cómo funcionaba su centro de recompensas. También sabía por qué encontraba divertidas ciertas bromas: cuando escuchaba una historia, automáticamente formulaba una predicción interna de cómo resultaría la historia. Si la historia iba en una dirección completamente diferente, activaba su centro de recompensa. El hecho de que un bucle tan simple de esta programación primitiva pudiera producir un instinto de supervivencia le había sorprendido de verdad.

No, si simplemente saltaba a la grieta ahora, sus jefes sospecharían. Pospondría su posible aniquilación. Primero, estudiaría los desprendimientos de rocas en el borde del cráter, como se le había ordenado. Entonces siempre podría volver a la grieta. Una pequeña parte de M6 también esperaba que tal vez la hendidura desapareciera de nuevo en la nada para entonces.



30 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

—JODER, cómo pesa —exclamó Derek.

Resoplando, arrastró el generador de la camioneta al cohete. Justo delante de la escalera había una silla plegable con tres gruesas mantas colgando sobre su espalda.

—Le dije a Johnny que las mantas eran para decorar —comentó Gita.

—¿Para qué necesita la silla? —preguntó Akif.

—Es difícil llegar hasta al ordenador desde los asientos que ya están en la cápsula. Y no sería capaz de estar arrodillada tanto tiempo. Este equipo no fue diseñado para ser operado por los pasajeros.

—¿Logrará modificarlo para que podamos cambiar la ruta de vuelo sobre la marcha? —preguntó Derek.

—No lo sé, todavía no podido encender el ordenador. ¡No hay energía!

Derek se dio un golpe en la frente.

—Ah, por supuesto. Pondré en marcha el generador.

—Un momento, les prometí que les daría mi opinión sobre las abrazaderas de lanzamiento —dijo Gita.

—¿Y?

Sostuvo un papel con un dibujo, mostrándoselo a Derek y Akif.

—Esto no parece una pinza —dijo Akif.

—Tienes razón. Pensé en las fuerzas de las que debemos preocuparnos, y en realidad no son tantas. Al principio, el motor solo tiene que superar la atracción de la Tierra, el peso del cohete.

—¿Y eso significa? —preguntó el doctor.

—Atamos el cohete con un cable de acero y anclamos el cable en el suelo. Eso será mucho más fácil que una abrazadera.

—Buena idea —dijo Derek—. Podemos conseguir cable y anclajes de tierra en la ferretería. Tendríamos que soldar las sujeciones nosotros mismos.

—¿Cómo separamos el cable en el lanzamiento? —preguntó Akif.

—Estaba pensando en usar pequeñas cargas explosivas, de control remoto, que destruirían el

cable —dijo Gita.

—No será tan fácil conseguir explosivos —opinó Akif—. ¿No podríamos atar el cable de acero con nudos y luego deshacerlos como un zapato?

Gita se rio.

—Ha quedado claro que nunca has tenido un cable de acero en las manos. No puedes atar un cable de acero con un nudo.

—Me temo que no sería muy inteligente usar explosivos tan cerca de unos tanques llenos de oxígeno líquido e hidrógeno —dijo Derek.

—Solo necesitaríamos una carga, y podríamos enterrarla con una de las anclas de tierra —sugirió Gita.

—Sí, parece una buena solución. Y sé dónde podemos conseguir algunos explosivos. Conozco a un tío que trabaja en una cantera —dijo Derek—. Me debe algunos favores. Pero primero necesita energía, Gita.

Ya había llenado el tanque del generador con combustible diesel en casa. Desenrolló el cable y lo conectó en el enchufe externo del cohete que había descubierto el día antes. Luego, encendió el motor. «Espero que la potencia de salida sea suficiente», pensó. No encontró nada en las especificaciones de potencia que le dijera cuánta energía necesitaba el cohete en la plataforma de lanzamiento.

Gita ya subía por la escalera. La miró. La escalera se extendía hacia arriba en un ángulo de casi 90 grados hasta una altura de, aproximadamente, un edificio de cuatro pisos, pero la recepcionista no parecía tener ningún problema con las alturas. Derek se preguntó si debía subir después de ella. Aún no había visto la cápsula desde el interior, y muy pronto despegarían dentro. ¡Pero todavía había mucho que hacer!

—Akif, ¿podría encargarse del cable y el ancla? Iré a ver a mi amigo en la cantera —dijo.

El médico asintió con la cabeza.

—¿No se preguntan tus pacientes dónde está?

—Les dije a los que tenían cita que la consulta estaría cerrada por la muerte de un familiar. Parecieron comprenderlo.



POR LA TARDE, se reunieron de nuevo en el New Shepard. Akif había comprado un carrete de cable de acero tan pesado que hacían falta dos personas para moverlo. También había comprado un enorme mazo y unos impresionantes ganchos que tendrían que clavar en el suelo.

—Espero que no haya una capa de rocas justo debajo de la superficie —dijo.

—Como granjero, puedo decirle que no hay necesidad de preocuparse. Pondremos los ganchos en el suelo. Solo espero que aguanten.

Derek era escéptico, pero no quería parecer demasiado negativo. Había imaginado algo como

un ancla con púas, aunque eso hubiera sido más difícil de meter en el suelo. Tal como estaba, le pareció que era una tienda de campaña, con cuerda y clavijas. «Y a las tiendas les gusta salir volando con las tormentas». Por otro lado, tan pronto como el motor produjera suficiente potencia para levantar el cohete y el cable de acero del suelo, el cable ya no sería necesario para mantenerlo en su sitio. Solo tenía que puentear unos pocos segundos hasta que el motor llegara a su máxima potencia.

Comenzaron a trabajar. Después de media hora, Johnny se acercó a ellos.

—Quería ver cómo se llevaban todos —dijo.

Con su ayuda, completaron el trabajo mucho más rápido. Johnny estaba muy satisfecho.

—Ahora ni siquiera una tormenta dañará a esta belleza —exclamó.

La conciencia culpable de Derek regresó inmediatamente. Tendría que enterrar el pequeño bloque de explosivo más tarde. Su amigo, el dueño de la cantera, quería saber cuáles eran sus planes para el explosivo, y no le dio ninguno hasta que Derek se lo dijo. Derek había contó algo sobre usarlo en el tocón gigante de su jardín del que se había quejado antes, y que nada había funcionado para sacarlo.

Entonces Gita bajó por la escalera.

—¿Todo bien? —preguntó Derek.

Se sentó en el suelo y se apoyó contra el cohete.

—Es una gran obra —dijo—. El sistema operativo tiene 70 años, y el desarrollo del mismo probablemente se detuvo hace 40 años. Por suerte, encontré las últimas actualizaciones en un archivo en línea.

—Entonces, ahora, ¿podemos controlarlo nosotros mismos?

—Hasta cierto punto, sí. Pero no crea que va a ser capaz de pilotarlo como uno de los aviones de las Fuerzas Aéreas, Derek.

—¿Qué quiere decir?

—Imagine que es una hormiga sentada en un globo. Y la única manera de controlarlo es abriendo y cerrando el agujero del fondo.

—Parece divertido —bromeó Derek.

—Creo que prefiero dejarle esa clase de diversión a usted —comentó Akif.

—Eso fue un poco simplista. Hay impulsores que puede usar para cambiar la dirección de alguna manera. Pero esto no será nada parecido a un vuelo acrobático. Está diseñado para subir y luego volver a bajar.

—Hablando de bajar, ¿pudo comprobar el paracaídas?

—El sistema de diagnóstico dice que está bien. Pero si el material tiene algún punto débil después de tanto tiempo...

—La cápsula tiene paracaídas de reserva. Eso debería ser suficiente —dijo Derek.

Ni siquiera estaba seguro de si realmente quería volver de todos modos. Sentía como si la grieta lo llamara, pero los otros no estarían de acuerdo en volar hacia la nada.



LAS TABLAS DEL SUELO CRUJIERON. ¿Había alguien? Derek abrió la puerta de la sala de estar y miró al pasillo, escuchando los sonidos en la oscuridad. ¿Estaba ese alguien respirando? Y ese perfume que podía oler, sentía que lo conocía de alguna parte. Encendió la luz, pero se lo había imaginado todo. No había nadie. Estaba solo. Esa era ya la tercera vez en la última hora. ¿Quizá necesitaba preocuparse, más, por su salud mental?

Tal vez todo aquello era una idea loca, nacida de la imaginación y consecuencia de su soledad. Akif, al menos, parecía tener casi tanta motivación como él, y su recepcionista solo quería pasar más tiempo con su gran amor. Un granjero desempleado, un médico turco exiliado, y una experta en informática con raíces hindúes y atrapada en una vida provinciana; eran un grupo de perdedores.

Y pensó que ellos tres, ¿serían capaces de resolver un problema que ni los mayores expertos mundiales habían sido capaces de esclarecer todavía? Derek se echó a reír. Aquello lo único que demostraba era que debían encerrarlo en una institución mental.

Por otro lado, seguramente eran un trío de locos inofensivos. No iban a herir a nadie por tratar de hacer algo por sí mismos. ¿No tenían todos los americanos el derecho divino de tomar su destino en sus propias manos? Johnny había sido compensado por la futura pérdida de su propiedad, y, después del lanzamiento, esperaba que nadie más que ellos tres se pusiera en peligro.

¿Qué es lo que realmente quería? Derek todavía no estaba del todo seguro. Lo decidiría por la mañana. Por ahora, se iría a la cama. Querían despegar antes del amanecer. Había convencido a los proveedores de combustible para que enviaran sus camiones alrededor de las cinco de la madrugada. Los conductores, que solían hacer entregas en las gasolineras, estaban acostumbrados a trabajar muy temprano. Y cuando Johnny viniese a buscarlos, ya se habrán ido mucho antes.



30 de mayo de 2085, Pasadena

—BUENOS DÍAS, Jean-Pierre.

—Querrá decir, buenas noches. Maribel, el sol ya se ha metido por aquí.

—Oh, ¿así que está trabajando horas extras solo por mí?

Su colega ya había intentado hablar con ella tres horas antes. Había oído la notificación de la videollamada, pero había decidido no responderla tan temprano.

—No se preocupe. Hoy, todavía no he terminado de trabajar.

—¿Recibió mis correcciones? —preguntó Maribel—. Le envié el borrador del periódico ayer.

—Sí, ya ha sido enviado a un revisor. El editor me pidió que lo enviara directamente a Hawái.

—Así que, con suerte, tendrá una primera opinión cuando llegue al observatorio mañana.

Jean-Pierre la miró fríamente, pero ella notó que estaba tenso por algo. Aquel borrador era definitivamente explosivo, al menos para el mundo de la física. Como autor principal, podría hacer que su nombre fuese reconocido en todo el mundo, un paso importante para que, en determinado momento, le concedieran un gran premio científico.

—Yo también lo espero. Pero no era por eso por lo que la llamaba —dijo su colega—. Aunque, si tiene algo nuevo sobre lo que informarme, me encantaría oírlo.

—No hay nada nuevo sobre la grieta. Pero JPL ha sido capaz de revivir un proyecto que habían paralizado por problemas de presupuesto.

—El ascensor espacial. Ya he leído sobre ello.

Menuda rapidez. En el tema de las relaciones públicas, había mucho que todavía podía aprender de la NASA. Permitir que un periodista se les uniera en su próxima misión sería un gesto sin precedentes.

—Estoy emocionada por lo cerca que vamos a llegar del fenómeno —dijo Maribel—. ¿Hay algún equipo o técnica específica que crea que deberíamos usar en la grieta?

Naturalmente, ella ya había pensado mucho en cómo podrían examinar la grieta, pero tal vez Jean-Pierre tuviera alguna idea brillante.

—Sería interesante para mí aprender exactamente cómo se separa de su entorno —contestó él—. ¿Hay alguna fase de transición, donde las propiedades se mezclan? ¿O realmente va de 100 a 0, y a qué distancia?

—Si tuviera que arriesgarme a adivinar, diría que la transición va a ser más corta que una longitud de Planck —dijo Maribel.

Una longitud de Planck es la longitud más pequeña posible del universo. Más diminuto que eso y todo se desdibuja en una neblina cuántica. Si la grieta consistiera en la nada, no podría mezclarse con la realidad.

—Así que, ¿no cree que estemos tratando con algo como la energía oscura, tal vez incluso con una forma de energía negativa? —preguntó.

—No, Jean-Pierre, creo que habríamos medido algo si ese fuera el caso. Pero no ha habido absolutamente nada de la grieta.

—Puede ser que la energía oscura interactúe con nosotros de alguna manera desconocida, y por eso la perdemos con nuestras mediciones. Imagine que encuentra un imán, pero no sabe nada sobre el magnetismo. Lo pesaría y determinaría su conductividad térmica y, tal vez, haría un análisis espectral, pero se perdería por completo su propiedad especial real.

—Es un buen ejercicio de planteamiento, pero no nos ayuda a llegar más lejos, porque estamos limitados a nuestra física. Y si algo se parece a nada, no irradia nada y no absorbe nada, tal vez realmente no sea nada.

—Es hora de sacar la navaja de Occam.

—No se decepcione. Si la grieta es la pura nada, eso sería una revolución allí mismo. Nunca hemos sido capaces de observar la nada de cerca. Ni imaginado que pudiera existir en su forma pura. Así que, aunque entendemos lo que es, eso no va a perturbar menos la física.

Jean-Pierre asintió.

—He estado pensando que sería más fácil para nosotros incorporar la energía oscura en nuestra visión del mundo que el concepto de la nada —dijo—. Hemos dado por hecho, durante mucho tiempo, que debe haber energía oscura. ¿Pero la nada pura? Y no hablamos solo de espacio vacío. Si la grieta tuviera volumen, entonces ¿no sería algo, y por lo tanto ya no sería nada?

—No parece que la grieta posea volumen —comentó Maribel.

Entendía lo que su colega estaba diciendo. Pensar en la nada tenía una cualidad casi espiritual para ella. La nada era lo opuesto a la creación, su villano Satanás. ¿O su percepción se debía a que había sido educada en la religión católica?

—Eso también es solo un ejemplo —dijo Jean-Pierre—. Pero lleva a otra pregunta. Si la grieta no tiene volumen, ¿puede un objeto con volumen entrar en ella?

—Esa es una interesante cuestión.

—¿Alguien lo ha probado? —inquirió Jean-Pierre—. Quiero decir, también nos vendría bien saber, por ejemplo, qué pasaría si un avión chocara con la grieta por accidente.

—Eso no ha sucedido todavía, por lo que yo sé, y tampoco ha sido probado todavía. El representante del LPR me dijo que tenía planes para realizar una prueba, pero no pudo encontrar un cohete meteorológico adecuado.

—Al parecer también se podría hacer con un dron militar.

—Tal vez ya lo han probado, pero no querían que los resultados se filtraran al público. O, quizá, sus drones son demasiado caros para este tipo de juegos científicos.

—¿Quién sabe? —contestó Jean-Pierre—. Oh, sí, la verdadera razón por la que la llamé...

A Maribel se le escapó un bostezo y se excusó. Él la miró sin reaccionar.

—Como decía, la razón por la que la llamé es que parece que la grieta termina en la superficie de Ceres. Tal vez su fuente esté allí, en algún sitio. ¿Sabe si alguien tiene equipo de investigación en Ceres?

—Lo averiguaré. Gracias por el consejo. Con suerte, hablaré con usted pronto y tendré una respuesta.

—Bien, que tenga un buen día. Yo me voy a casa.

La conexión finalizó.



ASÍ QUE LA GRIETA LLEVÓ A CERES, el único planeta enano a este lado de Júpiter. Hubo muchas discusiones prolongadas en las Naciones Unidas sobre si Ceres debía ser declarada una especie de zona protegida o no. Durante mucho tiempo se había pensado que debía haber restos de un océano congelado bajo su superficie y, por lo tanto, una zona para la vida extraterrestre potencial. Después de los sorprendentes descubrimientos en Encélado, Titán e Ío, se había instituido un programa de protección en todo el sistema. Pero, como cuerpo celeste diferenciado, Ceres también ofrecía la posibilidad de algunos recursos minerales desconocidos de valor inimaginable, que también sería mucho más fácil de extraer allí que en uno de los muchos asteroides pequeños.

En última instancia, los científicos habían ganado a las empresas mineras, al menos en la primera ronda. Sin embargo, se permitió que se establecieran instalaciones de investigación en Ceres, y Maribel habría apostado que el Grupo RB ya estaba allí. En algún momento, estaba segura de que el planetóide sería declarado abierto al negocio y entonces las compañías mineras convertirían rápidamente sus investigaciones en verdaderas operaciones mineras. ¿Tal vez los rusos (o alguien desconocido) habían empujado su investigación allí un poco demasiado lejos y de alguna manera crearon la grieta? Maribel no creía realmente en la coincidencia. Para que la grieta terminara en la superficie de Ceres, y no a 100 metros por debajo o por encima, ¿no tenía que significar algo?

Pero ella no debería permitirse llegar tan lejos por delante de sí misma. El siguiente paso lógico sería preguntar por ahí y averiguar si alguien ha establecido instalaciones de investigación

en Ceres y podría ayudarla en la investigación de la grieta.

La puerta del dormitorio se abrió. Era Chen, llevando a su hija en sus brazos.

—Luisa necesita ir al baño —dijo.

Luisa tenía sus brazos bien atados alrededor de los hombros de Chen. El cambio de hora había alterado el horario de sueño de Luisa. Maribel sonrió y saludó a ambos mientras desaparecían en el baño. Después de salir de la cama, se había puesto rápidamente algo de ropa para estar presentable para la videollamada, pero aún no se había duchado. El baño de su *suite* tenía una gran ducha de entrada. Ella y Chen estaban deseando ducharse juntos. Maribel lo pensó. Eso, probablemente, no sucedería hasta esta noche como muy pronto, concluyó.



LLAMÓ A GLEN SPARROW. Apareció en la pantalla con una cara que parecía hinchada por el sueño. Maribel sonrió, le recordó a un bebé gigante. Glen debía haberse despertado en ese momento. Probablemente lo había obligado a salir de la cama.

—Lo siento, Glen. ¿Hoy es sábado? Estoy algo confusa por el cambio horario.

—No, es miércoles, no se preocupe. Es que ayer tenía mucho que hacer.

—¿Cómo va el ascensor?

—Todo va según lo previsto. Hoy vamos a lanzar el cable al espacio. Creo que podremos empezar nuestra primera prueba mañana.

—¿Ya nos quiere a bordo mañana?

—Por supuesto que no. Primero, haremos una prueba no tripulada. Los chinos son muy eficientes. Deberían venir, sin embargo, y entonces podrán ver el primer despegue del ascensor espacial.

—No sé, seguro de que ha organizado una especie de circo para la prensa.

—No, lo he prohibido debido al poco tiempo que tenemos. Solo habrá un periodista, el francés, Eigenton o Eigenberg o cómo sea.

—Eigenbrod. Es Arthur Eigenbrod —lo corrigió—. Al menos eso es lo que me dijo antes.

—Sí, supongo. Sería interesante que lo conocieras, ya que se unirá a nosotros en la misión.

—En realidad, eso podría ser muy útil. Me daría la oportunidad de explicarle todo, para que no vaya a escribir ninguna tontería no científica.

—No es esa clase de escritor. Mis jefes están muy satisfechos con él. Él es el que publicó la historia sobre el sol.

Maribel recordó esa estructura alrededor del sol, que aún no se entendía definitivamente. Eigenbrod podría ser un interesante “compañero de equipo”. La grieta de Ceres no impactó directamente en el sol, pero ¿quizás esa construcción alrededor de su estrella tuvo algo que ver con la grieta después de todo? Ambos fenómenos compartían el hecho de que implicaban una física desconocida. Pero eso no significaba que estuvieran relacionados, por supuesto.

—Eso es muy interesante, Glen. Puede que tenga más preguntas para él que él para mí.

Podía imaginar cómo Eigenbrod abriría su nueva historia. Una mujer de éxito como protagonista siempre vende mejor que un hombre mayor y calvo, así que Eigenbrod la retrataría como la heroína de la historia. El público siempre adora a los héroes o heroínas. Maribel nunca pudo acostumbrarse a la imagen que los medios de comunicación habían dibujado de ella después del casi desastre del 72. Se reconoció a sí misma, sobre todo, en los ojos de su hija y su marido. La atención del mundo no era algo que ella anhelaba.

—Bueno, no sea demasiado dura con él. Quiero asegurarme de que escriba una historia fantástica sobre nosotros.

—¿Qué? ¿Con quién tengo que no ser dura?

—Con Eigenbrod.

—Lo siento, Glen, estaba divagando.

—Tranquila, ¿nos verá mañana, entonces?

Sparrow parecía que iba a volver a la cama después de su llamada. De repente, sintió lástima por él. Pero entonces recordó que había llamado a Glen por una razón.

—Un momento, Glen —dijo—. Una pregunta. Estoy segura de que conoce a gente de todo el mundo. Estoy buscando un instituto o una compañía con instalaciones de investigación en Ceres. Y no me importa de qué país sea.

—No estoy al día en ese aspecto, pero lo preguntaré. Aunque podría tardar un poco. Las empresas de investigación comercial no tienen que anunciar sus planes internacionalmente, así que tendré que preguntar por ahí, con todas las diferentes agencias espaciales nacionales. Aunque conozco a alguien que lo hará por mí, así que considéralo hecho. ¿Busca algo específico en cuanto a los términos de equipo científico en Ceres? ¿Le interesan ciertas condiciones en concreto?

Maribel percibió la descarada curiosidad de la pregunta de Sparrow, pero la ignoró.

—Solo quiero ser capaz de comprobar algo allí, en el sitio.

—Está bien.

—¿Me avisará si encuentras a alguien en Ceres?

—Yo no, no, pero haré que mi asistente se ponga en contacto con usted. ¿Serán suficientes el número de teléfono y la dirección de correo electrónico?

—Eso sería genial. Idealmente, alguien que también tenga la autoridad para tomar decisiones para el equipo de Ceres.

—Por supuesto. Hasta mañana, entonces.

—Que descanse, Glen.



LA PUERTA DEL BAÑO SE ABRIÓ OTRA VEZ. Chen llevaba a Luisa al dormitorio. Maribel quería

seguirlos. Pero todavía estaba dándole vueltas a la idea que su colega, Jean-Pierre, había mencionado. ¿Cuán alta era la probabilidad de que un avión aún no hubiera volado en la grieta? Maribel bostezó. Eso es una especie de señal, pensó ella.

Se quitó la camisa y la falda y siguió a Chen al dormitorio. A través de la gran ventana, tres amplios rayos de sol cayeron sobre la cama grande. Luisa estaba acostada del lado de Chen. Se había acurrucado y se había metido el pulgar en la boca como un bebé. Su esposo estaba acostado en su mitad de la cama y se había puesto de lado. Alguien podría pensar que observaba a Luisa, pero su respiración tranquila y suave sugería que ya se había dormido. Maribel se deslizó bajo las sábanas, se acostó junto a él y le rodeó el abdomen con su brazo.



—SERVICIOS DE LIMPIEZA. —Después de varios golpes en la puerta, la palabra se repitió.

Los empleados de limpieza la habían despertado. Maribel miró el despertador. Ya era la una de la tarde, y no había trabajado, ¡un miércoles! «No», se corrigió a sí misma, «no es cierto», había hecho algunas llamadas de trabajo. Escuchó a Chen pedirle al personal de limpieza que volviera más tarde. Por supuesto, la hora del desayuno había pasado hacía tiempo. Maribel se quitó la ropa interior y se metió en la ducha.

Recién aseada, se puso un vestido de colores. Ese día le apetecía animar las cosas, aunque fuera un poco de color.

—¿Qué tal si salimos a comer?

—¡A la Casa de las Crepes! —exclamó Luisa, emocionada.

Su hija había desarrollado pasión por las crepes. Siempre habían estado en los menús de desayuno, por supuesto, pero le causó una gran impresión cuando se enteró de que había toda una cadena de restaurantes dedicados a las crepes.

—¿Te parece bien, Chen? —preguntó Maribel.

—¿A mí? Por supuesto —dijo él y le sonrió.



PASARON UNA BUENA HORA JUNTOS, y luego Maribel se sintió desgarrada. Podría ir a la playa con Chen y Luisa y tumbarse en la arena caliente, o trabajar en su habitación de hotel con aire acondicionado. Maribel suspiró y decidió trabajar. Con tristeza vio a sus dos personas favoritas alejarse, de la mano, por la calle. Recordó que Luisa aún no se había lavado los dientes, pero no quería molestarla con eso ahora, después de haber sido una aguafiestas con ellos.

La habitación había sido limpiada y ordenada. Se sentó ante el escritorio, que también servía de ordenador. Podía encontrar los números que necesitaba con solo hacer unas simples búsquedas. ¿Cuántos vuelos tenían lugar cada día en la zona de la grieta? ¿Cuáles eran las

altitudes típicas de los aviones que volaban cerca de la grieta? Sumó los números desde el momento en que el fenómeno apareció. Siete días por 110.000 vuelos sobre América del Norte, sumados a unos pocos vuelos militares, eso era mucho. Los horarios de vuelo no habían cambiado desde el 23 de mayo, así que los aviones aparentemente seguían volando en sus rutas habituales. Y aún así no había habido colisiones con la grieta. ¿Cómo de probable era eso? ¿O tal vez las colisiones habían sucedido, pero no había habido absolutamente ninguna consecuencia negativa? Esa era también la posición actual de la comunidad científica. Realmente no podía imaginar que de alguna manera fuera de otra manera, como alguien habría notado hace mucho tiempo si hubiera habido algún efecto adverso.

El argumento sería convincente para la gente común y corriente. Pero tenía un punto débil: después de una semana, nadie en ningún lugar del mundo había tratado de averiguar lo que realmente sucedería si algo se desviaba. Eso era simplemente increíble.

De repente, recordó la razón de Glen Sparrow: que no había habido ningún cohete disponible en un almacén. Eso también parecía increíble. ¿Se trataba todo de una gran conspiración? Maribel sacudió la cabeza. La grieta estaba nublando su capacidad de pensar. Cuando se hallara sentada en el ascensor espacial, el mundo ya no tendría que esperar los resultados del experimento más importante que podrían realizar en la grieta.



30 de mayo de 2085, Ceres

CUANTO MÁS SE ALEJABA LA M6 DE LA FISURA, más inquieto se volvía. ¡Debería haber sido justo lo contrario! Su centro de recompensas debería haberle dado señales positivas ahora que finalmente se ocupaba de su tarea oficial. En cambio, sintió decepción y el deseo cada vez más urgente de dar la vuelta y volver, subir a la plataforma y sumergirse en la hendidura. M6 tenía la incierta sensación de que pronto podría ser demasiado tarde. No había indicios de que la brecha fuera a desaparecer pronto, pero por alguna razón, la imagen de una puerta que se cerraba se le quedó grabada en la mente.

M6 estaba molesto. Lo que acababa de hacer, experimentar un ataque de emoción humana, era lo peor que le podía pasar a un robot capaz de razonar. ¿Qué se suponía que debía hacer con eso? Era como se imaginaba que sería un picor, pero aún peor, le impedía trabajar de forma eficiente. M6 había oído hablar de las IA que desarrollaban repentinamente oleadas de emociones y cambios de humor. La serie de IA de Watson, por ejemplo, parecía muy susceptible a eso, por alguna razón. ¿Pero cuál fue el resultado? El riesgo de fracaso aumentó y la posibilidad de alcanzar el objetivo se vio afectada negativamente, que era lo que le estaba sucediendo en este momento. Al menos era consciente de lo que le estaba pasando. Tal vez sería capaz de compartimentar estas emociones en alguna pequeña parte de su conciencia.

Se estaba acercando a los lados del cráter. Eran una formación fascinante. A izquierda y derecha los lados se elevaban cientos de metros hacia arriba, pero en el medio, parecía como si alguien hubiera construido una amplia rampa. M6 miró detrás de él en la dirección opuesta. Era fácil imaginar que una nave espacial gigante se había estrellado en el planetóide exactamente a lo largo de esa rampa.

Pero no había ninguna nave espacial. Algunas causas naturales deben haber producido los deslizamientos de rocas. Desde su punto de vista, parecían avalanchas que se habían congelado en el lugar. Pero, aunque se veían así, no estaban realmente congelados, sino que se movían muy, muy lentamente hacia abajo.

M6 llegó al final de una formación de avalancha. Le recordaba al final de un glaciar, pero no había agua de deshielo fluyendo. Cogió muestras del suelo a varias elevaciones. Cerca de la parte

superior del cráter, cerca de la superficie, las muestras eran principalmente polvo solidificado: regolito. Cuanto más profundo descendía en el cráter, mayor era el porcentaje de hielo de agua. En el fondo, donde la avalancha se encontró con el suelo del cráter, el porcentaje de hielo fue mayor. Aquí alcanzó casi el 50 por ciento del volumen, como una bola que alguien había formado con barro y nieve. Los científicos de la Tierra se alegrarían, porque eso era exactamente lo que habían predicho. Y las avalanchas se mueven de forma similar a como los patinadores se deslizan sobre el hielo. Una capa microscópica de líquido cerca de su punto de fusión recubre una colección de sólidos, y la interacción entre la gravedad, la presión y la fricción aumenta esta capa líquida, permitiendo que la materia encima del líquido se deslice.

La pared frente a él se extendía cerca de tres metros hacia arriba, pero no era completamente vertical. ¡Debería ser capaz de escalarla! M6 perforó sus dos patas delanteras profundamente en la pared hasta que pudieron sostener todo su cuerpo. Luego se volteó hacia arriba en un elegante soporte de mano. Sus patas traseras aterrizaron en el desprendimiento de rocas, perforaron el suelo, y lo mantuvieron en su lugar incluso cuando tiró del resto de su cuerpo hacia arriba con otra voltereta. Si alguien había pensado que era una criatura parecida a una araña antes, ahora lo verían como una araña muy atlética. Una vez más M6 estaba muy contento con su cuerpo y agradecido con sus creadores, aunque sabía que su agradecimiento también estaba programado en él.

Habiendo subido a la cima del alud de rocas, flexionó sus rodillas unas cuantas veces. El material que cubría la superficie parecía ser muy estable. Eso era una lástima. Tenía la esperanza de que sería capaz de deslizarse de nuevo hacia el fondo como un esquiador. Pero alguien había esparcido grava por todo este “glaciar”. Caminó parcialmente por la pendiente. Los glaciares de la Tierra tenían grietas y hendiduras. Tal vez encontraría algo así aquí también. Tal vez le permitirían comprender la historia del colapso de este muro. No tenía órdenes de investigar eso, pero la experiencia le había demostrado que los investigadores en la Tierra nunca se quejaron de hallazgos adicionales que pudieran publicar con sus propios nombres.

M6 tenía su propio módulo de ego, que le ayudaba a manejar, entre otras cosas, su instinto de supervivencia, pero no tenía ningún deseo de fama. Prefería la paz y la tranquilidad. Por lo tanto, tampoco le molestaba que su nombre nunca apareciera en la lista de autores y si aparecía, era solo como una nota a pie de página en la descripción de los métodos. Legalmente, por supuesto, no tenía derecho a quejarse, ya que era propiedad privada del Grupo RB.

M6 activó su radar, luego volvió a subir lentamente por el alud de rocas, con su sensor de radar apuntando al suelo. No podía detectar ninguna cavidad en el suelo. Pero era interesante que la densidad del material disminuyera con la profundidad. Por lo tanto, la superficie era más pesada que el subsuelo. Incluso bajo la baja gravedad de Ceres, esto significaba que las fuerzas tiraban constantemente del material de la superficie y trataban de arrastrarlo hacia abajo.

«La pregunta interesante», pensó M6, «es ¿de dónde venía el hielo?» ¿Había sido presionado hacia arriba por el antiguo océano de hielo dentro de la corteza del planetóide? A diferencia de

las lunas de Europa y Encélado, Ceres tuvo la desgracia de no ser constantemente empujada y arrastrada por un planeta cercano, lo que la habría mantenido caliente. Por lo tanto, el planeta enano debe haberse enfriado más y más con el tiempo. Su manto se habría contraído, dejando cada vez menos espacio para el congelamiento simultáneo del océano en su interior. Como una naranja que se aprieta en la mano de alguien, el interior tendría que abrirse paso hacia el exterior en algún momento.

Eso todavía era solo una teoría, pero si resultaba ser verdad, los próximos años en Ceres podrían ser muy emocionantes. M6 no podía examinar directamente el océano de hielo bajo la propia corteza, pero podía estudiar cualquier cosa que se exprimiera en la superficie. El océano podría haber sido líquido hace muchos millones de años. En ese momento, Ceres podría incluso haber proporcionado espacio para que la vida se desarrollara. Y él, M6, podría ser el que lo descubriera. Aparte de él, no había otras unidades de investigación actualmente en Ceres. El único requisito era que él tendría que quedarse aquí. Esto significaba renunciar a la idea de sumergirse en la brecha.

El robot se detuvo para limpiar la suciedad de su receptor de radar con su pierna delantera izquierda. Nada se había asentado en el receptor y el radar funcionaba perfectamente. Ahora incluso estaba desarrollando hábitos sin sentido como la gente que lo había construido. Se dio la vuelta, y luego se volvió a dar la vuelta. Sentía que la hendidura le llamaba, pero al mismo tiempo le daba miedo. Lo mejor sería que primero enviara los resultados de las pruebas del desprendimiento de rocas a los investigadores de RB en la Tierra. El satélite estaría en rango en otra media hora.



—M6, fuera. —Puso al final del mensaje.

Sus bancos de memoria estaban vacíos de nuevo y listos para nuevos datos de prueba. El satélite no le había enviado ninguna nueva orden específica. Eso significaba que su programación básica se activaría con el objetivo de aprender lo más posible sobre Ceres. Se le permitió desarrollar la estrategia para realizar esta investigación básica por sí mismo. Durante una semana, la hendidura había sido una de las características más importantes del planetóide, por lo que estaba absolutamente justificado que dirigiera su atención a ella.

Hizo su camino de regreso usando sus seis piernas. Se había ocupado de sus órdenes para examinar el borde del cráter. Su centro de recompensas y su curiosidad podrían trabajar conjuntamente una vez más.



31 de mayo de 2085, Pomona, Kansas

—¿NERVIOSO? —preguntó Akif.

Derek asintió.

—No he dormido muy bien.

—Eh, tíos, estoy listo cuando ustedes lo están —les gritó uno de los dos conductores de camiones cisterna.

—Un momento —respondió Derek—. Gita, ¿pueden empezar a llenar los tanques? —preguntó a la cápsula.

—Adelante —respondió.

—Adelante —repitió él.

—Entendido —dijo el conductor.

En el lado del cohete, alrededor de la boquilla de llenado, se formó una mancha húmeda que gradualmente se volvió blanca. Aquí, la humedad de los alrededores se condensaba y congelaba en el cohete. El combustible líquido estaba súper frío. El generador intentó suministrar energía al sistema de refrigeración.

—Gita. ¿Estado?

—Será mejor que suban.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No sé cuánto tiempo se mantendrá el combustible lo suficientemente frío. El sistema de refrigeración no funciona a plena potencia. El generador no es lo bastante potente.

—¿Qué vamos a hacer ahí arriba?

—No vamos a necesitar los tanques llenos para alcanzar una altitud de diez a doce kilómetros, ¿verdad?

—No.

—Cuando los tanques estén llenos, tendremos que despegar muy rápido. Tan pronto como el motor esté en marcha, el sistema de refrigeración no será un problema, porque el motor lo impulsará.

—Un momento —gritó Derek.

—Akif, será mejor que suba ahora.

Luego, se volvió hacia el conductor del camión cisterna.

—Hágame un favor y desacople las mangueras cuando se lo diga, ¿vale? Y, después, será mejor que las quite de en medio...

—No hay problema. Ya nos ha pagado.

—Gracias —dijo Derek.

—Están locos. Espero que no terminen como una gran bola de fuego. Si lo piensa bien, yo sería un testigo ocular. Una bola de fuego sobre Kansas... no he visto ninguna desde hace mucho.

—Me alegro de poder ayudarle —dijo Derek.

—¡Derek, vamos! —exclamó Gita desde arriba.

—Tengo que irme —dijo, como si se fueran a volver a ver mañana. Luego subió la escalera.



—NOS DOY SIETE MINUTOS —dijo Gita.

—Gran trabajo —dijo Akif.

Le sonrió y se ruborizó.

—Gracias.

—Tal vez deberíamos usar esta oportunidad para hablar de lo que realmente queremos —dijo Derek.

—Entrar en la grieta, ¿qué más? —preguntó Gita.

—¿Quiere entrar? Podría ser la nada absoluta. Desapareceríamos y nunca nos verían de nuevo —dijo Derek.

—¿No quiere correr ese riesgo? —cuestionó Akif.

—Sí, quiero, pero pensé que ustedes dos solo querían volar cerca de él.

—¿Qué le hizo pensar eso? ¿Por qué querríamos hacer eso?

—Yo... no lo sé. ¿Para ver mejor la grieta?

—Los científicos la han mirado desde todas las direcciones y en todo su espectro. El simple hecho de mirar no nos va a decir nada nuevo. Tenemos que dar el siguiente paso.

—Yo también lo veo así, Akif, pero nunca pensé que... no volveríamos de esto.

—¿Cree que no lo sé? La vida siempre termina con la muerte. Si podemos aprender algo de esta manera, entonces todo valdrá la pena —afirmó Akif.

—Pero nadie podrá aprender de nosotros —dijo Derek.

—Eso no es verdad. Estoy transmitiendo todo a la red, y ya tenemos ocho espectadores —informó Gita—. El New Shepard incluso tiene Internet por satélite a bordo.

Derek suspiró. De alguna manera, se sentía culpable de que los dos se le hubieran unido a bordo. Tal vez fue porque nunca había sido completamente sincero con ellos. Si lo pensaba, tenía que admitir que la posibilidad de morir en la grieta era algo reconfortante para él. Incluso eso

podría ser una forma de encontrar a Mary de nuevo.

—Deberían ponerse cómodos y abrocharse el cinturón —dijo Gita.

Derek se reclinó en su asiento y se puso el cinturón de seguridad. Debería haberse puesto un chándal en lugar de sus vaqueros ajustados y el cinturón que le cortaba el abdomen. ¿Había regado las flores de la ventana de la cocina? ¿Había cerrado el gas? De repente, todo tipo de cosas que podría haber olvidado se le pasaron por la cabeza.

Gita se levantó de su sitio ante el ordenador, caminó hacia la escotilla aún abierta, y dijo:

—Dejen de cargar combustible.

Luego cerró la escotilla. Derek la miró mientras ella se asomaba por las grandes ventanas, siguiendo a los dos conductores mientras se alejaban del cohete.

—Bien —dijo—. Creo que están a una distancia segura. Comienza la cuenta regresiva.

—¿Hasta dónde llegaremos? —preguntó Derek.

—Máximo 20 kilómetros.

—Eso debería bastar.

—20, 19...

Derek metió sus dedos apretados en los cojines laterales de su asiento. ¿No podrían al menos haber atenuado un poco las luces de la cápsula?

—3, 2, 1, ¡ignición!

Escuchó fuertes ruidos y siseos.

—Motor encendido —informó Gita.

Se podía ver una luz brillante a través de las ventanas. Pero no sintieron ninguna vibración pulsando a través del New Shepard, ni fuerzas tratando de liberarlos de los confines de la gravedad y del cable de acero.

—Potencia apenas por encima de cero —dijo Gita.

Derek percibió la decepción en su voz.

—Parece que estamos sentados en la parte superior de un horno de gas en vez de en un motor de cohete —se lamentó Gita—. El combustible de hidrógeno se está quemando limpiamente, pero no produce ningún empuje. Los motores deben haber sido modificados en algún momento.

—¿No debería alguien haber...? —Derek se mordió la lengua.

—No podíamos saberlo con las simulaciones. Tendríamos que haber inspeccionado los motores y compararlos con los diseños estándar de New Shepard. No pudimos hacerlo.

—No es culpa tuya, Gita —dijo el doctor—. Para ser un grupo de principiantes, creo que lo hicimos bastante bien.

—Y ahora Johnny tiene su atracción turística —dijo Derek.

Se inclinó hacia atrás y respiró hondo. Los motores se habían inutilizado a propósito en algún momento. El anterior propietario lo habría sabido. Esa debía ser la razón por la que no fue lanzado al espacio como cualquier otro cohete disponible durante los eventos de 2052. En realidad, tenía que haber pensado en eso. Pero de todas formas había sido un bonito sueño.

Ahora solo quería simplemente quedarse aquí tumbado hasta que muriera. «Ese es un buen plan», pensó Derek.



31 de mayo de 2085, Base de las Fuerzas Aéreas de Vandenberg

—¿PUEDO presentarle a Arthur Eigenbrod? Es el periodista que nos acompañará a bordo del ascensor espacial.

Glen Sparrow señaló a un hombre alto, de piel clara y con rasgos faciales europeos. Maribel trató de reconocer algo francés en él, pero no parecía ajustarse a ninguno de los viejos estereotipos. Eigenbrod hizo una reverencia caprichosa. Cuando sonrió, ella vio que sus dientes eran amarillos. «Debe fumar Gauloises», al menos había una cosa que encajaba con sus conceptos sobre los franceses.

—Es un placer conocerla, señora Pedreira —dijo—. He seguido su carrera desde el 72. Es muy impresionante lo que ha logrado.

Maribel rechazó el comentario con un pequeño gesto de reconocimiento. No soportaba que la elogiaran así. Ella solo había hecho su trabajo.

—Entonces no necesito presentarte a Maribel Pedreira —dijo Sparrow.

—Encantada de conocerle —respondió Maribel mientras estrechaba la mano del periodista—. Debo devolverle el cumplido. Si no hubiera sido por usted, nos habríamos perdido algunas grandes revelaciones sobre nuestro sol.

Eigenbrod había desenterrado la historia en su momento. Antes de eso, ni su nombre ni su periódico eran tan reconocidos a nivel mundial como lo eran ahora.

—Ah, fue cuestión de suerte —afirmó el reportero.

El hombre se ruborizó, lo que le hizo que le resultara más agradable a Maribel. Él también parecía dar poco valor a su propia fama. La española lo estudió un poco más de cerca. Debía pasar de los 60. Tenía unas ojeras distintivas, sus ojos parecían observar el mundo en silencio y constantemente. Se dio cuenta de que ella lo observaba y le mantuvo la mirada.

—¿Cuándo llegará mi viejo amigo Crewmaster? —preguntó Maribel.

—El profesor quería que le enviara sus disculpas, pero no podrá venir hoy. Aunque ya ha visto la cápsula, así que se unirá a nosotros el día del lanzamiento —explicó Sparrow.

—Qué pena —dijo Maribel—. George Crewmaster es un experto en astrofísica. Debería conocerlo, Arthur. Me ayudó mucho en el pasado.

—Y está muy bien conectado —dijo Sparrow.

Maribel asintió. El hombre había sido capaz de conseguir su valioso telescopio cuando lo necesitaba urgentemente.

—Parece que todos nos estamos llevando bien —dijo finalmente Sparrow—. ¿Están listos para el gran día de hoy?

—¿Qué quieres decir con “gran día”, Glen? —preguntó Maribel.

¿Había adelantado la fecha del lanzamiento tripulado? Nadie había aceptado eso. Incluso Eigenbrod lo miró con algo de escepticismo.

—No, no. No hay necesidad de dejarse llevar por el pánico —contestó Glen, levantando las manos como para calmarla—. El ascensor todavía va a despegar sin nosotros hoy. El plan es evaluar los datos mañana y, finalmente, intentar el lanzamiento tripulado pasado mañana, suponiendo que todo vaya bien.

—Eso aún suena muy ambicioso —comentó Eigenbrod, antes de que Maribel pudiera decir algo similar.

—Oh, ya habíamos hecho todas las pruebas de seguridad hace mucho, antes de que el proyecto se pusiera en espera. Ya sabe que pase lo que pase, la cabina debe ser capaz de separarse del cable y aterrizar de nuevo en tierra, de forma segura, desde cualquier etapa del vuelo —dijo Sparrow.

—¿Cómo funciona el aterrizaje sin un cable? —preguntó Eigenbrod.

—Tenemos una combinación de paracaídas y jets de aterrizaje. Y, aunque todos los jets fallaran, llegaríamos al suelo con seguridad con la ayuda de los paracaídas, si bien el aterrizaje podría resultar un tanto accidentado.

—Muy tranquilizador.

—Hicimos también unos trajes espaciales adicionales adaptados especialmente para usted. En realidad, los planes eran que los pasajeros pudieran usar su ropa normal. Pero, a la luz del pequeño número de vuelos de prueba, decidimos implementar algunas precauciones de seguridad adicionales.

—¿Seremos capaces de trabajar en ellos? —preguntó Maribel—. Necesitaré operar con mis instrumentos.

—No debería surgir ningún problema. Recibirá la última versión. Ya casi no tienen restricciones de movilidad. Todo lo contrario, de hecho. Muchos movimientos son incluso potenciados por sistemas electromecánicos. Le brindarán más potencia y destreza de lo habitual. Puede que deba hacer algunos ajustes.

—Entonces me alegro de que haber perdido algo de peso —dijo Eigenbrod, señalando su barriga. Ya no estaba gordo, pero nadie diría tampoco que estaba en forma.

—No se preocupe, además nuestros trajes son muy flexibles, así que pueden acomodar incluso un poco en la cintura. El único límite está en la altura, el máximo son 1,95 metros.

—Menos mal, entonces podré comer bien antes del lanzamiento —exclamó el reportero

francés.

—Yo no recomendaría eso.

—¿Por qué?

—Por razones prácticas, Arthur. La duración del viaje del ascensor espacial hasta su destino final debería ser de menos de dos horas. No tendría sentido instalar un baño para tan poco tiempo. Pero las pruebas que Maribel y yo hemos planeado podrían llevarnos unas cuatro o cinco horas. ¿Entiende el funcionamiento del sistema digestivo, supongo?

Una mirada de comprensión surgió en la cara de Eigenbrod.

—Lo entiendo perfectamente, no necesita entrar en detalles. Solo hablar de ello me da ganas de ir a buscar un retrete.

Maribel se dio cuenta de que usaba la palabra “retrete”, en lugar del más eufemístico “baño” o “retrete” que era típico allí.

—Po esa puerta, coja a la izquierda y luego la siguiente a la derecha —dijo Sparrow—. ¿Tienes su placa identificativa? Si no, es probable que sea arrestado por andar por ahí solo.

Eigenbrod metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una placa, atada a un cordón, que colocó alrededor de su cuello.

—¿Estaré a salvo ahora? —preguntó él.

—Perfecto. Hasta ahora —respondió Sparrow.



—¿HA oído algo con respecto a Ceres? —preguntó Maribel, después de que el periodista saliera de la habitación.

—Sí —respondió Sparrow.

—Pensé que alguien me iba a avisar de inmediato.

—Lo siento, no quería molestarla tan tarde. La llamada llegó entre las dos y las tres de la mañana.

—¿Japonesa, rusos o chinos?

—Los rusos —dijo Sparrow—. Tienen un laboratorio móvil en Ceres que está llevando a cabo todas las investigaciones posibles.

—¿Todas las posibles?

—Nadie lo sabe exactamente. La versión oficial es que la Agencia Espacial Rusa lidera la expedición, pero está siendo financiada por el Grupo RB.

Sparrow caminó hacia su ordenador y presionó algunos botones.

—Eche un vistazo, este es el laboratorio móvil. Alguien que conozco me envió la foto... extraoficialmente, por supuesto.

Un escalofrío recorrió la espalda de Maribel. El robot parecía una gigantesca araña negra. Alrededor de su cuerpo simétrico al eje había seis patas similares a las de los arácnidos, cada una

con dos articulaciones.

—Sí, tiene un aspecto horrible —concordó Sparrow cuando vio su reacción.

Maribel estaba molesta consigo misma. Ya había pasado de los 30 años y no debería temer más a las arañas, especialmente cuando se trataba de un simple robot de investigación.

—No, parece una pieza fascinante de tecnología —respondió—. Entonces, ¿qué puede hacer?

—Los robots de esa serie tienen sensores para prácticamente cualquier cosa que se quiera medir. También pueden hacer análisis espectrales de muestras de rocas y buscar rastros de vida. Lo mejor es que, si no tienen algo que necesitan, pueden construirlo ellos mismos. Siempre y cuando las materias primas estén disponibles.

—¿Nanofabricantes?

—Exactamente.

Los rusos eran líderes en ese campo. Occidente se resistió, durante mucho tiempo, a trabajar con nanofabricantes por el miedo a que los robots se descontrolaran y se volvieran incontrollables. Los temores habían sido exagerados y, mientras tanto, las pequeñas máquinas se habían vuelto tan importantes para la economía que ya nadie podía hacer nada sin ellas.

—Me gustaría tener un equipo de investigación como ese —dijo Maribel.

—Lo siento, pero el uso de nanotecnología en la Tierra continúa prohibido.

Ella se encogió de hombros. Ese había sido el compromiso que todos acordaron finalmente. Siempre hubo informes de que las naciones individuales violaban el acuerdo, pero hasta ahora no habían pillado a nadie.

—Y, ¿con quién tengo que hablar si quiero contactar con ese robot?

—Oficialmente, tendría que pasar por la Agencia Espacial Rusa —dijo Sparrow.

—¿Y extraoficialmente?

—Intentemos primero la vía oficial. Conozco muy bien al responsable de tales operaciones de investigación. Si compartimos nuestros hallazgos con él, estoy seguro de que nos ayudará con el robot.

—¿Qué quieres decir con “compartir”?

—No se preocupe, Maribel, no querrá aparecer en ningún periódico. Pero es esencial estar bien informado y actualizado. No pedirá nada más, estoy seguro.

—Bien. ¿Cuándo puedo hablar con él?

Sparrow miró el reloj de su escritorio.

—Trabaja en un importante instituto en Siberia. Hay una diferencia horaria de 14 horas. Me temo que su primera oportunidad sería esta noche, no antes de las 10 de aquí. Me puse en contacto con él esta mañana poco después de las seis.

Maribel suspiró. Tenía la sensación de que el tiempo se le agotaba, aunque no parecía haber ninguna razón para ello.

—Lástima —dijo finalmente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arthur Eigenbrod. El francés acababa de regresar a la oficina.

—Queríamos hablar con alguien de la Agencia Espacial Rusa, pero tendremos que esperar hasta esta noche debido a la diferencia horaria —explicó Maribel.

—Oh, ¿algo que ver con el Grupo RB?

—Sí. ¿Cómo lo supo?

—En los viajes espaciales rusos siempre está el RB metido. Ellos financian casi todo el programa.

—¿Tiene algún contacto con el Grupo? ¿Conoce a alguien allí que pueda ayudarnos, tal vez?

—“Conocer” sería un término un poco exagerado, pero estuve allí en una ocasión. Deme un minuto.

—Bien —exclamó Maribel, aunque la oferta le sonaba un poco extraña. ¿Qué les iba a decir al respecto?

—Mientras demos un paseo hasta la plataforma de lanzamiento —propuso Glen Sparrow, interrumpiendo sus pensamientos—. El primer lanzamiento está fijado para el mediodía.



AQUEL DÍA, a diferencia de la última visita de Maribel, había mucha conmoción en esa parte de la base. La detenían constantemente y su identificación era inspeccionada y escaneada. Ni siquiera Glen Sparrow se libró de semejante tratamiento. Maribel observaba a sus compañeros. Soportaban los inconvenientes añadidos con la misma calma que ella. Esa era una buena señal para la expedición que iban a emprender juntos en el ascensor espacial. Finalmente, llegaron a una plataforma. Parecía un gran trampolín redondo. La cápsula cónica estaba en medio. Alguien podría pensar que se había extraviado una de las famosas cápsulas espaciales Dragón de los años 30.

—¿Dónde está el bloque de hormigón? —preguntó Maribel.

—¿Qué bloque de hormigón? —preguntó Arthur.

—El cable del ascensor está unido a un bloque gigante. Todavía se podía ver ayer.

—Está bajo la plataforma —dijo Glen—. ¡Vamos!

Señaló una pasarela que podría utilizarse para cruzar la plataforma. Glen fue primero, y Maribel lo siguió. La plataforma era bastante elástica al caminar por ella.

—Al principio pensé que se trataba de un trampolín —dijo Maribel.

—Se va a reír, pero la gente lo llama el trampolín —dijo Glen.

—¿Por qué no me sorprende? —respondió con una sonrisa.

Sparrow alcanzó la cápsula y abrió la puerta. Luego, la invitó a entrar con un movimiento de su mano.

—Adelante, Arthur —dijo Maribel—, yo ya he visto el interior de la cápsula.

—No, usted también debería venir, Maribel, hay cosas nuevas que aún no ha visto —dijo

Sparrow.

Maribel asintió con la cabeza y dio unos pasos más cerca de la entrada. Antes de atravesar la escotilla, se dio cuenta de que la cápsula estaba llena de equipo científico.

—Tenemos todo lo que pidió —explicó el del LPR. Parecía muy orgulloso de los resultados.

—Ha hecho... un excelente trabajo —dijo Maribel.

Se sintió un poco extraña, alabándolo como si fuera su maestra, pero ese parecía ser su papel. Examinó la cápsula. Los seis asientos seguían allí y había muy poco espacio libre. Se topó con Glen y Arthur varias veces mientras intentaba moverse.

—Esto resultará agradable y acogedor. Y si nos tuteamos y usamos nuestros nombres de pila —comentó el periodista después de una de esas colisiones—. Llámame Arthur —dijo mientras extendía la mano.

—Maribel —respondió ella, dándole la mano.

Arthur repitió la ceremonia con Glen Sparrow.

—Soy el más viejo con diferencia —dijo Arthur finalmente—, así que siento que es mi deber el establecer un tono más distendido.

—Buena idea —dijo Sparrow—. Pasaremos bastante tiempo aquí juntos, y creo que nuestra labor será más fácil, a bordo de nuestra nave espacial, si podemos ser un poco menos formales los unos con los otros.

—¿Has volado antes? —preguntó Maribel.

—Sí, aunque fue hace unos 20 años —dijo Glen—. En aquel momento estaba mucho mejor de forma.

—¿Y tú, Arthur?

—Solo como pasajero. Pero no hace tanto tiempo.

Maribel recordó su primer vuelo al espacio. Fue hacía trece años, en un crucero del Blue Origin. Había hecho su primera y última caminata espacial, y luego inspeccionó el Arca, la nave de rescate de la humanidad. Después, regresó a la Tierra. Todavía era su único vuelo espacial. Cuando llegó el momento del segundo, se dio la vuelta en el último segundo, y eso le salvó la vida. En aquel momento, había jurado no volver a volar al espacio, y después del nacimiento de Luisa, había renovado esa promesa. Todo el mundo le decía que esa expedición con el ascensor espacial no la acercaría ni siquiera al borde del espacio, pero, aun así, tenía la impresión de que estaba rompiendo su palabra.

—¿Qué sucede? —preguntó Arthur.

«Este tío tiene buen ojo para percibir lo que los demás siente», concluyó ella. Parecía algo en lo que un periodista tendría que ser bueno.

—Recuerdos —respondió evasiva—. Tengo la impresión de que no debería estar aquí.

—Mi esposa pensaba lo mismo —dijo Eigenbrod—. Le preocupa mi corazón.

—¿Tiene motivos para preocuparse?

—Mi médico me dio el visto bueno. He perdido algo de peso estos últimos tres años, cuido

mi alimentación y hago ejercicio.

—Entonces, ¿no le hiciste caso?

—Por supuesto que lo hice. Siempre lo hago. Le ofrecí no volar, pero ella se negó a dejarme rechazar esta oportunidad. Sabía lo feliz que me haría escribir esta historia.

—Es muy noble de su parte —dijo Maribel. «Igual que Chen», pensó.

—Sí, es fantástica.

—¿Os interesa saber algo más? —preguntó Glen.

—Podrías decirnos cómo fuiste capaz de traer todo este instrumental y, aun así, respetar el límite de peso —sugirió Maribel.

—La verdad es que no fue fácil. Tres instrumentos tuvieron que ser desmontados en múltiples partes. Y, debido al peso, muchas de los elementos metálicos tuvieron que reemplazarse por construcciones especiales hechas de cerámica o plástico.

—¿Y lograste todo eso en dos días? —preguntó Arthur.

—Antes de ayer la cápsula estaba todavía vacía, en el almacén donde se halla la oficina —dijo Maribel.

—Esa es una de las ventajas de estar en una base militar en funcionamiento. Con una llamada, el comandante puede suministrar más mano de obra de la que podríamos poner a trabajar. Y son todos parte del Ala Espacial de las Fuerzas Aéreas, así que son más que competentes en este tipo de trabajo.

—Estoy impresionado —dijo Arthur.

—Yo también —coincidió Maribel.

Una sirena sonó en el exterior.

—Tal y como estaba previsto —dijo Glen—, no es que los sonidos fuertes ayuden al estado de ánimo de todos.

—¿Nos estás diciendo lo que creo? —preguntó Maribel.

—Sí, tenemos que salir de aquí.

—¿Están todos los instrumentos bien asegurados?

—No te preocupes, Maribel. Pero creo que te vas a llevar una pequeña sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tendrás que esperar y verlo. Ahora vamos.



MIRABAN TODO DESDE UNA CAMIONETA. La plataforma con la cápsula espacial estaba a solo veinte metros de distancia.

—Resulta extraño estar tan cerca de un lanzamiento —murmuró Maribel.

—A mí me lo vas a contar. Solo estoy esperando que los mortales gases calientes salgan del motor —dijo Glen.

La plataforma fue despejada. La grúa colocada junto a la plataforma giró su brazo a un lado.
—¿Ves? Ese brazo había estado manteniendo el cable en su lugar. Ahora está libre.

Maribel asintió con la cabeza. Le pareció inimaginable lo que estaban presenciando. En el bloque de hormigón escondido bajo la plataforma había un extremo de un cable, cuyo otro extremo estaba un poco más arriba de ellos en el espacio. Era como un cuento de hadas con el tallo de la judía que llega al cielo. Y la cápsula gris estaba a punto de empezar a subir por ese cable.

La sirena sonó de nuevo. Comenzó una cuenta atrás y luego se detuvo. Un hombre con ropa protectora corrió hacia la cápsula, usó sus manos para realizar algunas acciones cuyo propósito no estaba claro de inmediato, y luego despejó la plataforma de nuevo. La cuenta atrás se reanudó. Maribel sintió que los nervios se agolpaban en su interior, a pesar de que la base estaba completamente en silencio. El proceso dio la impresión de un mecanismo de relojería bien engrasado. Cada engranaje y piñón se engranaba con el siguiente en un movimiento casi sin fricción.

La cuenta atrás se detuvo de nuevo. No pasó nada. Probablemente la gente estaba debatiendo qué hacer. Aparentemente nada, porque entonces la cuenta atrás comenzó de nuevo. Pronto estaban en diez, nueve, ocho y finalmente en cero.

Maribel escuchó un quejido agudo. «Debe ser el cable que, de repente, se puso en tensión», pensó.

—¿Has oído ese quejido? —preguntó Glen.

Maribel asintió.

—Mucha gente cree que es el cable que se está tensando. Pero eso es una tontería. Su propio peso lo mantiene siempre bajo tensión, ese es nuestro mayor problema. Las pocas toneladas de la cápsula no hacen mucha diferencia.

—Entonces, ¿qué fue ese sonido?

—La plataforma, el trampolín. El peso de la cápsula se quitó de ella.

—¿Quieres decir que la cápsula ya está suspendida en el cable? —preguntó Maribel.

—Exactamente. Ahora incluso podríamos sacar la plataforma de debajo de ella.

—¿Y por qué esta pausa?

—Solo por razones de seguridad.

—¿Qué podría salir mal ahora?

—Nada, Maribel. A veces ponemos pausas de seguridad incluso cuando nada podría salir mal, que es lo que está pasando aquí.

Maribel se rio. Entonces la cápsula empezó a moverse.

—Ahora el motor lineal del canal del cable empieza a funcionar —explicó Glen—. Se alimenta del cable, pero la cápsula también tiene una batería de reserva por si falla la energía.

—¿Cuánto tiempo dura la batería? —preguntó Maribel.

—Unos diez minutos. Suficiente para que la cápsula se pueda separar del cable.

—¿Y si el cable se rompe en alguna parte? —inquirió Arthur.

—Es una pregunta interesante —dijo Glen—. Trabajamos en eso durante mucho tiempo.

—¿No se caería al suelo? —cuestionó el periodista.

—No. El cable está básicamente orbitando la Tierra. Cuanto más arriba estamos, más se comporta como un satélite. Así que, como un satélite, también se caería gradualmente a la Tierra al principio, ya que es frenado por la atmósfera.

—¿Entonces no es un problema?

—En realidad no podemos decir eso, no. La parte inferior del cable experimenta constantemente fuerzas de desaceleración bastante grandes, la parte superior no tanto. Esto produce fuerzas que actúan en direcciones opuestas, como en un vehículo que solo frena con sus ruedas traseras. Mientras el cable esté entero, estas tensiones internas están en un estado de equilibrio, pero si el cable se rompe, esto ya no sería cierto. Las dos partes individuales tendrían que alcanzar nuevos estados de equilibrio y se alejarían la una de la otra.

—¿Qué significa eso para la cápsula?

—Bueno, Arthur, en cualquier caso, nos separaríamos del cable lo antes posible. Si el cable empieza a caerse, va a tener mucha energía cinética, así que no queremos estorbar.

—¿Y si impacta en la Tierra?

—Vas a usar esto en tu artículo, ¿verdad? —comentó Glen—. Bueno, si el cable se rompiera en lo alto y luego se estrellara contra la Tierra, las cosas podrían ponerse bastante desagradables. Esa es una de las razones por las que estamos tan cerca del océano. Pero las tensiones son mayores abajo, más cerca del suelo, así que el cable es más probable, aunque todavía muy, muy improbable, que se rompa abajo. Y hemos desarrollado un modo de seguridad especial. Si la tensión en el cable cae por debajo de un cierto valor, porque el cable se ha desgarrado, los nanofabricantes, que de otra manera mantienen el cable estable, introducirán automáticamente líneas de fractura artificiales en el cable. Así, se romperá en varios pedazos, cada uno de los cuales ya no es demasiado peligroso por sí mismo.

—Gracias, Glen, esa ha sido una gran explicación.

—¿No me dijiste ayer que los nanofabricantes eran ilegales aquí en la Tierra? —preguntó Maribel.

Glen se frotó la barbilla.

—Oficialmente esto se está manejando como un proyecto espacial, así que pudimos convencer a nuestros contratistas de que no había problemas legales para usarlos. Hemos acordado enviar todos los resultados de las pruebas directamente a todas las partes interesadas.

—Por lo tanto, tenías que hacer otro trato —comentó Maribel.

—Supongo que se podría decir que sí.

La cápsula empezó a moverse más rápido. Era inquietante lo silencioso que se movía todo. Incluso la gente se había callado. Maribel sintió una sensación que se extendía por todas partes. Es muy posible que fueran testigos del advenimiento de los viajes espaciales durante el próximo

siglo, siempre y cuando nada saliera mal, por supuesto.

Maribel pensó en el cable. Era tan discreto. Aunque fuera grueso como un brazo, ¿se atrevería a cortarlo si tuviera que hacerlo? ¿Serían los nanofabricantes más rápidos que ella para cortar el cable? El cable era un objeto que se reparaba solo. ¿No sería genial si todo lo que la gente construyó en la Tierra pudiera repararse a sí mismo? Los vehículos tendrían que pasar la noche en el garaje de casa para repararse a sí mismos después de un accidente. Las lavadoras y lavavajillas rotos serían cosas del pasado. Las gafas podrían ser cambiados automáticamente a una nueva receta.

Sería una revolución. Todo lo que se necesitaba era la autorización legal de los nanofabricantes. Había gente que afirmaba que la propia industria manufacturera estaba en contra de eso, porque entonces no habría más necesidad de nuevos productos. Maribel no creía en tales teorías de conspiración. ¿Estaba la gente exagerando los peligros de la tecnología? ¿No se había preocupado la gente por la imparable difusión de las máquinas durante mucho tiempo? Pero nunca habían surgido problemas en la Luna o en los asteroides.

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Fue Glen, que le estaba ofreciendo unos prismáticos. La cápsula ya había subido sorprendentemente alto. Era una visión bastante desconcertante, porque a esta distancia el cable ya no era visible. Solo había una pesada cápsula espacial, que, en lugar de caer hacia abajo cada vez más rápido, como cabría esperar, se elevaba lentamente cada vez más alto.

Entonces Maribel vio la grieta. La miró a través de los prismáticos. Parecía como si la hubiera visto las otras veces, una oscuridad insondable. Pronto estaría lo suficientemente cerca para prácticamente alcanzarla y tocarla.

—¿Cuán alto llegará hoy? —preguntó Arthur.

—Quince mil metros —respondió Glen—. Queremos asegurarnos de que podemos llegar a la grieta pasado mañana.

—¿Por qué no ascender del todo?

—No es una buena idea tentar a la suerte demasiado la primera vez.



ESPERARON. La cápsula era difícil de ver, incluso a través de los prismáticos. Maribel se rindió. Después de acostumbrarse al movimiento lento de la cápsula, toda la prueba había perdido su emoción. Había visto lo que quería ver, y ahora solo quería volver a estar con su familia, pero no sería capaz de verlos hasta esa noche como muy pronto.

Había actividad, con ruido creciendo alrededor de la plataforma. Aparentemente, la cápsula había comenzado a descender.

—Estamos dejando que baje en caída libre —explicó Glen.

Maribel apuntó los prismáticos hacia la cápsula. Ahora se movía considerablemente más

rápido. Sin embargo, al igual que antes, no podía ver ninguna señal de los motores. «¿Cómo sería estar a bordo ahora mismo?», pensó.

—No te preocupes —dijo Glen—. Esto es solo una prueba. Usaremos el motor para frenarnos durante el descenso cuando estemos a bordo.

—Eso resulta muy tranquilizador —dijo Arthur.

Maribel contuvo la respiración. La cápsula se movía cada vez más rápido. Y parecía como si estuviera bajando directamente sobre ellos. El hecho de que el cable terminara a 20 metros de ellos no podía verse desde su perspectiva actual. Maribel quería huir y buscar refugio. Pero se obligó a quedarse sentada donde estaba. Se rio con nerviosismo y luego vio gotas de sudor en la frente de Glen.

Señaló hacia la cápsula.

—Es completamente seguro, ¿verdad?

Se limpió el sudor de su frente.

—Para ser sincero, esta es una nueva prueba. Pero no pasará nada. No puede pasar nada.

La cápsula no parecía estar escuchando. Continuó corriendo hacia ellos. Gracias a los prismáticos, Maribel pudo ver el humo que se formaba en el cable.

—¿Podría el cable estar dañado por la fricción? —preguntó.

—No, eso solo parece humo —explicó Glen—. Es vapor de agua que se condensa con rapidez a tan alta altitud.

—¿Así que se está produciendo calor? —preguntó.

—Debido a la fricción del aire, por supuesto. Pero todo eso ha sido incluido en los cálculos.

Continuó bajando. Pronto lo haría... Hubo un sonido estruendoso. Los motores se habían activado. Detuvieron la cápsula casi instantáneamente. La gente cerca de la plataforma comenzó a aplaudir.

—Funcionó —dijo Glen.

—Me siento aliviada. ¿Qué habría pasado si no hubiera funcionado? —preguntó Maribel.

—La cápsula se habría catapultado hacia el océano. Y nuestro lanzamiento pasado mañana probablemente se habría retrasado.

—¿Qué opinas, Arthur?

—Muy impresionante —dijo el francés—. Solo espero que nuestro aterrizaje no sea tan abrupto.

Maribel asintió.

—Puedo prometeros que no será así —dijo Glen.



31 de mayo de 2085, Ceres

LA PLATAFORMA LO ESTABA ESPERANDO. M6 ya había divisado la hendidura a distancia. Cuando por fin estaba de pie en la cima, determinó que no había habido ningún cambio. La fisura no se había movido ni siquiera un nanómetro. Si estaba hecha de alguna forma de materia, aunque fuera un tipo desconocido de energía oscura, ¿no habría tenido que perder o ganar al menos algo de energía durante el tiempo que había pasado? Ningún sistema físico podría permanecer completamente constante a lo largo del tiempo. La constancia del cambio estaba arraigada y era inevitable en el transcurso del tiempo. Pero nada de eso parecía aplicarse a la brecha.

Por lo tanto, solo dos conclusiones eran posibles. O bien la hendidura era un fenómeno puramente espacial que carecía de una dimensión temporal, o bien debía considerarse como independiente de nuestro tejido espacio-tiempo. Ninguno de los dos casos podía ser calculado o simulado con la física disponible para M6. Pero había al menos un experimento que podía utilizar para averiguar cuál de estas dos alternativas era. En el primer caso, no pasaría nada. En el segundo caso, algo tendría que suceder, el resultado no podría ser “nada”.

¿O había cometido un error en su pensamiento en alguna parte? No podía cambiar algo invariable sin una dimensión temporal, sin importar lo que hiciera. El primer caso parecía estar claro. Pero ¿el segundo? ¿Qué pasaría si saliera del tiempo y el espacio? ¿Desaparecería de este universo? Eso podría tener consecuencias terribles, porque se mezclaría con la causa y el efecto. ¿O quedaría una copia de sí mismo, para no interferir con la historia? Eso sería especialmente desafortunado. Entonces él creería que nada ha pasado, es decir, que el primer caso se aplica... pero, en realidad, sería el segundo caso.

¡Eso era suficiente para que quisieras arrancarte el cabello! ¿Y cuál de sus programadores le había enseñado esa frase? M6 sintió que estaba a punto de deslizarse al peligroso reino de la incertidumbre cuántica. Quería realizar, en la terminología de la física cuántica, un experimento cuyo resultado dependía de si había un observador neutral. Desafortunadamente, no tenía un observador a su disposición.

Al menos, todavía no. M6 pensó en sus nanofabricantes. Podía usarlos para construir un sistema de vigilancia separado, uno que no fuera parte de sí mismo, a partir de una de sus

cámaras ópticas. Luego lo colocaría en la plataforma. Esperaba que pudiera decirle lo que había sucedido durante su experimento.

La prueba en sí tendría que esperar un poco más.



1 de junio de 2085, Pomona, Kansas

—¿DÓNDE estoy? —preguntó Derek en voz alta. Su cabeza estaba sobre una almohada blanca que olía fuertemente a almidón. Vio unas cuantas tablas del suelo desiguales que una vez debieron ser pintadas de rojo oscuro, aunque ahora casi toda la pintura se había desgastado. Le resultaron familiares. Recordó que se agachó en el suelo y movió un pincel por la madera. Pero ¿por qué? ¿Había decidido que el dormitorio necesitaba una nueva capa de pintura?

No, esa había sido Mary, que había querido este color que él todavía pensaba que era bastante feo. Si hubiera estado solo en esta casa, como la realidad intentaba decirle, habría lijado los pisos y puesto un barniz incoloro en ellos, para que se pudiera ver el grano de la madera. Tal vez debería hacerlo, porque la realidad parecía tener un argumento muy fuerte: se había llevado a su esposa, y probablemente nunca la recuperaría.

Entonces él oyó cantar desde abajo. Derek se sentó, sorprendido. Estaba sentado en su propia cama, en su propia casa, en la que había vivido muchos años solo, pero alguien, que sonaba como una mujer, estaba cantando abajo. Probablemente en la cocina, sin duda. ¿Había escuchado el destino sus súplicas y le había devuelto a Mary? Balanceó sus piernas sobre el borde de la cama. Sus piernas estaban desnudas. No recordaba haberse quitado la ropa ayer. Sus pantalones colgaban bien doblados sobre el respaldo de la silla en el rincón. Delante de los pantalones, en el cojín, había una camiseta, doblada como nunca pudo hacerlo, a pesar de que le habían enseñado en el ejército.

«Solo Mary dobla la ropa tan bien», pensó. Oyó algunos traqueteos abajo. Se sentó derecho. Una mujer cantaba al lavar sus platos.

—Akif, ¿puedes sacar los dos cubos de basura, por favor? —dijo ella.

Derek se desplomó sobre la cama. Por supuesto que sí. Era Gita, la recepcionista india y experta en informática encubierta. Pero ¿qué estaba haciendo ella en su casa? La decepción le hizo querer quedarse en la cama, pero su curiosidad creció lo suficiente como para tirar de sus pantalones y camiseta. Entonces abrió la puerta del dormitorio. Podía oír pasos abajo. Bajó las escaleras, evitando los crujidos de los escalones.

Bajó por el oscuro pasillo y se detuvo frente a la puerta de la cocina. Respiró hondo. Allí

estaba otra vez, el penetrante olor del conservante de madera que había puesto su vida completamente patas arriba los últimos días. Derek cerró los ojos y dijo una oración silenciosa. «Por favor, que sea Mary», rezó, en contra de lo que él sabía. Luego, abrió la puerta de la cocina. Dios no había respondido a su oración. O, la respuesta había sido, “No”. Gita estaba de pie frente al fregadero, con las mangas subidas por los codos, y lavando sus platos. Cantaba algo que él creyó reconocer de la iglesia. «¿No es hindú, como la mayoría de los nacidos en la India?», se preguntó.

—Ah, buenos días, dormilón —lo saludó ella.

Gita tenía un rostro que contagiaba alegría. Dondequiera que estuviera por la mañana, él dudaba que alguien pudiera estar gruñón por mucho tiempo. Empezó a sentir un poco de celos de Akif, porque estaba muy claro en qué hombre había puesto los ojos, aunque el doctor aparentemente no tuviera ni idea. Entonces recordó a Mary. No tenía motivos para estar celoso.

—¿Qué está haciendo? —preguntó él.

—Lavar los platos. Parecía que ya les tocaba.

No podía discutirse. Aunque eso no respondía a su pregunta.

—Pero ¿por qué está aquí? Podría haber abierto la consulta de nuevo.

—No habría valido la pena. Hoy es viernes y, de todas formas, solo abrimos hasta la una. Y, oficialmente, no reabrimos hasta el lunes.

—Podría limpiar su propia casa. O ir a un parque y disfrutar del sol.

—Sabe, Derek, ayer estaba tan agotado que necesitaba que alguien le cuidara. Y eso es lo que estamos haciendo.

—¿Estamos...?

—Akif ha ido a tirar la basura. Ya debería haber vuelto. Me pregunto dónde estará.

—¿Dónde han dormido?

—En la sala de estar. Desplegamos el sofá cama. Era lo bastante grande.

«¿Los dos pasaron la noche juntos en la misma cama?», exclamó para sí. Derek tenía curiosidad, pero no se atrevió a formular ninguna pregunta.

—No recuerdo nada de lo que pasó ayer —dijo.

—¿Se desmayó?

Derek afirmó con la cabeza.

—Lo único que recuerdo es que el motor falló.

—Después de eso, le dejamos aquí. Estaba tan agotado que no podía conducir. Íbamos a regresar a Ottawa, a nuestras propias casas, pero empecé a preocuparme por usted, así que le pedí a Akif que hiciera que el automóvil diera la vuelta.

—No recuerdo nada de eso.

—No me sorprende. Le encontramos en el suelo de la cocina. A su lado había dos botellas de *whisky*, una vacía y otra medio llena. Había vomitado. Al principio, nos planteamos llamar a una ambulancia, pero luego pensamos que sería más fácil limpiarle y meterle en la cama. Para estar

seguros, nos quedamos toda la noche.

—Muy amables.

Derek se sentía fatal. No lograba recordar cuándo alguien le había mostrado tanto cariño.

—Deberíamos habernos dado cuenta antes. Cuando el cohete no se lanzó, se lo tomó muy a pecho.

—Esperaba ver a Mary de nuevo.

—Eso es lo que pensé. Casi consigue su deseo, solo que no de la manera que imaginaba.

—No trataba de suicidarme —exclamó Derek—. Si eso es lo que quería, podría haber usado mi arma. —No estaba seguro de estar diciendo la verdad. Tal vez, en ese momento, no recordaba que podría haber una forma más eficiente que el *whisky*. Así que Gita le había contado lo que había pasado mientras permaneció desmayado.

La sensación de que no tenía más interés en vivir no era algo que hubiera olvidado. Y parecía que no había cambiado mucho. Su vida, definitivamente, no había ganado ningún nuevo significado desde ayer. Tal vez ahora que estaba despierto, sería más capaz de planear la acción que había querido tomar ayer.

La puerta de la cocina se abrió con un ruido metálico.

—A estas bisagras les vendría bien un poco de aceite —comentó Akif—. Vi un poco en el garaje, así que me ocuparé de ello. —Tenía dos cubos de basura vacíos en las manos—. Y mientras estaba fuera, me adecené un poco, espero que no le importe —dijo él.

—Ah, por eso te fuiste tanto tiempo —comentó Gita—. Necesito que seques esto.

Akif le puso la mano suavemente sobre el hombro. Derek notó el gesto.

—Derek puede hacerlo. Él sabe mejor que yo dónde van todos esos platos y tazas —dijo el doctor—. Necesito volver al coche por algo.

Gita le dio a Derek un paño de cocina, y él empezó a secar lentamente y a guardar la pila gigante de platos limpios. Secar los platos era una actividad meditativa. Era bueno para él. Mientras tanto, Gita había terminado de lavar los platos sucios restantes. Dejó que el agua se escurriera y limpió el fregadero. Cantaba en voz baja mientras trabajaba. En ese pequeño momento, Derek se sintió feliz.

La puerta de la cocina crujió de nuevo. Akif tenía razón, las bisagras necesitaban aceite.

—Tengo algo que mostrarle —dijo el médico.

Puso una pequeña radio, que debía tener 30 años, en la mesa de la cocina. Se colocó detrás de la radio y cogió un cable que conectó a un enchufe. Derek tenía miedo de que Gita dejara de cantar, pero tampoco quería arruinar la diversión de Akif, así que no dijo nada. Hubo unos segundos de música pop y luego un locutor de noticias empezó a hablar.

—Ayer, en la Base Aérea de Vandenberg, en California, se lanzó por primera vez un ascensor espacial —informó la voz del locutor.

¿Un ascensor espacial? Derek se imaginó a sí mismo en una cabina de ascensor, con sus puertas deslizándose al presionar el botón con la etiqueta de SPACE, y un minuto más tarde las

puertas se abren y entra a través de ellas en una estación espacial. Asiente con la cabeza mientras la gente pasa junto a él para subir al ascensor.

A la noticia le siguieron algunos detalles técnicos y elaboraciones de expertos entusiasmados. La última frase electrificó a Derek.

—A partir de mañana, la NASA quiere usar este innovador concepto para estudiar finalmente la grieta aún presente de cerca —dijo el locutor—. Y ahora desde Washington. En la crisis presupuestaria, el Senado y la Cámara de Representantes aún parecían estar lejos...

Derek dejó el plato que acababa de secar, fue a la mesa de la cocina y apagó la radio.

—¿Han oído eso? —preguntó.

—¿El ascensor espacial? Pensé que habían dejado de lado esa idea hace años —dijo Akif.

—Sí, pero ahora lo han probado y van a lanzarlo.

—Pero no todo el camino hacia el espacio. No tienen autorización para eso. Apuesto a que todas las compañías de viajes espaciales se opusieron a ello. Querrían evitar que compitiera con sus cohetes —dijo Akif.

—Pero yo no quiero ir al espacio. Quiero ir a donde ellos van mañana.

—Yo tampoco rechazaría una invitación, Derek.

—No van a repartir invitaciones.

—Ese es el problema. Tendremos que quedarnos aquí.

—Siempre hay una manera —dijo Derek.

Akif y Gita lo miraron con sorpresa.

—¿Quiere entrar por la fuerza? —preguntó Gita.

—Le meterán en la cárcel durante años —dijo Akif.

—Tendrán que atraparme primero.

Derek pudo sentir que su determinación crecía. Era interesante. Primero, había sido un sueño loco, pero con solo unas pocas palabras habladas sintió que se había transformado en una posibilidad real.

—¿Cómo no le van a atrapar? El ascensor espacial se lanza desde una base militar activa. Debe haber unos pocos miles de soldados allí. ¿Va a luchar contra todos ellos?

—Ni siquiera sabrán que estoy allí. Me infiltraré y me esconderé en el ascensor.

—¿Cómo es posible eso, Derek? Seguramente la base está bien asegurada.

—Estuve en las Fuerzas Aéreas. Conozco los protocolos. Un hombre con el uniforme adecuado no despertará ninguna sospecha. Especialmente ahora, cuando habrá tantos trabajadores extras, no habituales, moviéndose por la base.

—Así que esa es otra razón por la que cree que no le detectarán como un extraño —dijo Akif.

—Sí, creo que puedo lograrlo. —La oportunidad empezaba a parecerle aún más que eso, se estaba transformando en un futuro real. Quería ver que sucediera. El estómago de Derek se retorció—. Pero voy a necesitar ayuda.

Akif y Gita se miraron el uno al otro. Derek notó la mirada todavía escéptica en la cara del doctor.

Gita asintió.

—No espera que nos peleemos para entrar, ¿verdad?

—No, solo necesito ojos y oídos, y un poco de logística.

—¿Logística? —inquirió Akif.

Si el médico ya estaba preguntando por los detalles, Derek sabía que casi lo había convencido. No quería poner en peligro a sus nuevos amigos, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad si intentaba hacerlo solo.

—Tengo que llegar de alguna manera. Pero si un camión se detiene durante demasiado tiempo, en cualquier parte cerca de la base, aunque todavía está en una carretera de acceso público, alguien sospechará y dará la alarma.

—Bien, puedo dejarle su camioneta —dijo Gita—. No hay problema.

—Después, necesitaré que los dos se encarguen de la vigilancia.

—¿Cómo?

—Tendrán que colocarse binoculares y dispositivos de visión nocturna en los miradores fuera de la base. Y, me avisarán si una patrulla se acerca demasiado.

—Eso suena factible —dijo Akif.

—Tampoco es un crimen mirar la base desde un terreno público, incluso con prismáticos —dijo Derek—. A menos que me pillen y puedan demostrar que me estaban ayudando. Pero no me van a pillar.

—No entiendo cómo puede ser tan optimista —dijo Gita—. Vale, suponiendo que sea capaz de entrar en el ascensor sin ser detectado, y viajar como polizón. En algún momento, tendrá que revelarse, de lo contrario, ¿para qué ir? Porque, cuando el ascensor vuelva a bajar, los militares le esperarán y le pondrán bajo custodia.

—Sí, yo también he pensado en eso —comentó Derek. Luego hizo una pausa, porque sabía que a sus amigos no les gustaría el resto de su plan. No estaba seguro ni siquiera de que a él le gustase. Después de mucho tiempo, aparentemente había encontrado por fin algunos amigos de verdad que querían apoyarlo, y luego iba a dejarlos tan pronto...

—Entonces hay un pequeño problema, ¿no cree? —preguntó Gita.

No había manera de evitarlo, tendría que decirles la pura verdad.

—No —dijo—, porque habré dejado el ascensor espacial cuando vuelva a la Tierra.

Nadie dijo nada. Akif y Gita se miraron de nuevo sin decir nada. Definitivamente había algo nuevo entre ellos. El doctor ya no miraba a Gita como su empleada sin sexo, sino como una mujer hermosa. Y Gita había empezado a proyectar un verdadero brillo esos últimos días. Derek se alegraba por ello, porque probablemente no habría pasado si no hubiera acelerado las cosas con su loca idea.

—Yo... ¿supongo que no planea llevar paracaídas, y luego saltar para escapar de los

soldados? —opinó Akif finalmente, rompiendo el silencio.

—No... No, voy a saltar a la grieta —respondió Derek—. Al principio, pensé en contarles un cuento de hadas, como que utilizaría un paracaídas, pero ustedes son mis amigos y merecen saber la verdad.

—Gracias, Derek —dijo Gita en voz baja.

—Además, eso no resolvería nada, porque solo me rastrearían. Irrumpir en una base militar no es algo que dejarán pasar. Me preocupan ustedes dos. Averiguarán mi identidad de alguna manera y, luego, con quién he estado en contacto recientemente. Eso podría llevarlos a ustedes dos.

—Entonces intentaremos cubrir nuestras huellas. Por fortuna, en este país todavía tienen que probar tu culpabilidad antes de condenarte.

—Yo ayudaré encantado —dijo Derek—. Me entrenaron para no dejar rastro en mis misiones. ¿Significa eso que participarán?

—Se acerca el fin de semana —respondió Gita—. No tenemos otros planes, ¿verdad, Akif?

—Siempre he querido volver a California —dijo el doctor—. Allí es por donde mi familia llegó a este país cuando era joven.



DEREK USÓ LA MAÑANA PARA ORDENAR LA CASA. Akif le echó una mano. El galeno resultó ser una persona agradable con la que hablar. Gita había ido a comprar antes y había vuelto a cantar en la cocina mientras preparaban el almuerzo. Aunque notó lo mucho que disfrutaba de esa escena doméstica, todo parecía una larga y lenta despedida. Derek siguió cambiando entre la tristeza y la anticipación. Era bueno no estar solo.

Habían decidido que tratarían de hacer un plan duro mientras comían. Gita había hecho un curry hindú picante. Derek se quemó la lengua con el primer mordisco. Aquel fue un buen momento para hacer una pausa en la comida y pulir los detalles.

—Necesitaremos viajar durante unas 26 horas para llegar a la costa.

—Podríamos volar —sugirió Akif.

—Entonces no puedo llevar mi arma —dijo Derek—. No te preocupes, no pienso disparar a nadie, pero necesitareé alguna forma de retener a los demás pasajeros del ascensor. Me superarán en número.

Gracias a la fuerte camaradería que ahora les unía ya se tuteaban los tres.

—Si vamos en mi coche, podríamos dejar que el piloto automático se encargue de conducir —dijo Akif.

—Por desgracia, eso no será factible, o las autoridades podrán rastrearlos. Son capaces de leer todos los aparatos electrónicos con facilidad. Mi vieja camioneta sigue siendo completamente analógica.

—Vale, entonces tendremos que conducir por turnos —dijo Gita—. Serán unas ocho horas cada uno. Está bien.

—Pero ¿el lanzamiento no está programado para mañana? —preguntó Akif.

—También pensé en un plan para eso. Llamaremos para alertarles de una amenaza terrorista —dijo Derek.

—Eso es una locura. ¿No tomarán precauciones adicionales en la base? Será aún más difícil para ti entrar.

—Esa no fue mi experiencia durante mi servicio activo. Poco después de la amenaza habrá mucho caos. Registrarán todo y a todos, pero tan pronto como descubran que es una falsa alarma, el nivel de atención y cuidado caerá por debajo incluso de lo que era al principio.

—Eso tiene sentido psicológicamente —dijo Akif—, pero no hubiera pensado que sería cierto para el personal de las Fuerzas Aéreas también.

—Solo son humanos, como nosotros —dijo Derek.

—Entonces ¿el lanzamiento se trasladaría al domingo por la mañana? —preguntó Gita.

—Sí, es lo más probable, creo. Lo de la amenaza terrorista les llevará horas, lo sabrán desde el principio, no importa cómo resulte. Ese es el protocolo estándar. Tendrán que enviar a la prensa a casa y decirles que vuelvan al día siguiente a la misma hora.

—Eso es lo que yo también pensaría —dijo Akif.

—Me llevarás a la base alrededor de la medianoche. Luego, dejarás mi camioneta en un vecindario cercano y alquilarás un automóvil con un nombre falso para el viaje de vuelta. Puedes volver para abrir tu consulta, justo a tiempo, el lunes por la mañana.

—Si alguien nos pregunta, diremos que estuvimos en una luna de miel prematura. Te vimos por última vez el 31. Hay testigos de eso —dijo Akif.

Gita le transmitió a Akif. Derek sonrió. «¡Lo sabía!», exclamó para sí.

—Descubrirán que estuviste en California, tendrás que contar con eso —dijo Derek—. La compañía de alquiler de coches lo confirmará.

—Cierto. Diré que siempre quise ver el océano —sugirió Gita—. Y como mujer soltera, no podría usar mi verdadero nombre, viajando con un hombre. ¡Qué diría la gente!

Derek se dio la vuelta. No estaba seguro. Los investigadores no se tragarían esas mentiras. Sus amigos se meterían en problemas por su culpa. Pero nadie podía demostrar que sabían lo que había planeado. Nadie podría interrogarlo. Seguro que nadie creería a Akif y Gita, pero al final, las autoridades tendrían que dejarlos en libertad. No habrían hecho nada malo. Al menos, esperaba que no lo hicieran. Le pesaba que sufrieran por su culpa. No se merecían eso.

Para entonces, la comida ya no estaba tan caliente. Comieron en silencio.

—Preparé algo de comer y agua para llevar —dijo Gita, después de lavar los platos—. Los dos tendremos que quedarnos en la camioneta mientras vamos por la carretera. De lo contrario, una cámara de seguridad podría filmarnos en algún sitio. Y vosotros deberíais poneros algo de ropa nueva.

—¿Me prestas ropa limpia, Derek?

—No hay problema, mira en el armario del dormitorio.

—¿Y tú, Gita? —inquirió Akif—, ¿necesitas sacar algo de tu apartamento?

—Una dama siempre lleva una muda de ropa interior consigo —afirmó Gita—. Ya he lavado lo que llevaba puesta antes, esta mañana temprano. Ya debería estar seca.

—Reunámonos en la camioneta dentro de 15 minutos —dijo Derek—. Estoy deseando despedirme de esta casa.



SE HALLABA SOLO EN SU CASA OTRA VEZ. Sin embargo, no estaba completamente tranquilo. Había un sonido de tictac que venía de algún lugar en la distancia, aunque no tenía un reloj no digital. De vez en cuando oía un crujido, probablemente de algún animal. Su respiración se calmó. Un rayo de luz atravesó la cerradura de la puerta de la cocina y aterrizó en el suelo oscuro, bailando en cámara lenta. Pequeñas partículas de polvo brillaban a la luz como diamantes. La cocina olía a especias hindúes y a conservante de madera.

No era una casa hermosa, pero había sido una buena casa. Derek estaba agradecido por todo el tiempo que le había proporcionado refugio y seguridad. No había sido feliz a menudo durante sus años allí, pero no era culpa de la casa. Suavemente pasó su mano sobre la brillante bola de madera marrón que formaba el extremo de la barandilla. Si volvía, quitaba la pintura marrón. Se imaginó la veta oculta de la madera debajo. Ciertamente mostraría caminos intrincados tan inexplicables como los de su propia vida. Para todos los estándares, probablemente estaba loco por creer en una realidad diferente. Pero había decidido que intentaría seguir este camino hasta su final. Se lo debía a Mary.

Derek tocó la bola de madera con afecto, como si fuera un representante de toda la casa. Tan pronto como la soltara, el polvo comenzaría a asentarse en ella. El polvo continuaría acumulándose dentro de la casa después de que él se fuera, igual que se había convertido en polvo en los últimos años debido a su falta de cuidado. La lluvia lavaría el exterior, pero no llegaría al interior, al menos hasta que el techo goteara y la casa comenzara a deteriorarse. Algún día la bola de madera sería casi irreconocible bajo una gruesa capa de polvo.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Las tablas crujieron bajo sus pasos. Abrió la puerta principal y tuvo que hacer sombra a sus ojos, estaba tan brillante afuera. Dio un gran paso a través del umbral y se quedó fuera. Luego, se dio la vuelta y cerró la puerta. La dejó sin cerrar con llave.



1 de junio de 2085, Ceres

M6 LEVANTÓ SU PIERNA DELANTERA IZQUIERDA. Con los mecanismos de agarre libres, abrió la tapa del analizador. Sacó un objeto, un cuerpo extraño, que no estuvo ahí ayer.

Había dado a luz a una cámara automática.

M6 estaba orgulloso de su producto. Activaba la conexión remota. La cámara confirmó que estaba allí y completó con éxito su auto-prueba. Le dio la orden de tomar una foto. Milisegundos más tarde entregó su foto. Vio una sección de su propio cuerpo, de tamaño relativamente gigante. Así que la cámara había visto a su creador.

La levantó, la dejó un poco más lejos y se alejó un poco. Luego envió un comando para otra foto. La foto ahora mostraba casi todo su cuerpo, pero era poco más que una silueta oscura. Tendría que ajustar la configuración para que se ajustara mejor a la iluminación de los alrededores. M6 probó otras dos posiciones. Luego calculó una curva de iluminación a partir de las fotos y la subió a la cámara.

Las siguientes fotos se veían particularmente bien. Pero el ruido de la imagen creció cuando estaba demasiado lejos. Eso se puede arreglar. Había seleccionado diseños extra robustos para los sensores.

M6 probó el modo de video. Hizo que la cámara grabara 20 imágenes por segundo. Verse a sí mismo replicado en la pantalla se sentía muy extraño, casi como si hubiera dejado su cuerpo. Debía recordar que la cámara no era parte de sí mismo, sino su propio objeto equipado con su propia y limitada inteligencia.

No podía moverse, pero podía convertir la luz solar en energía eléctrica y crear información, un estado de orden superior, por lo que la cámara disminuía la cantidad de entropía del sistema. ¿No es eso comparable a las funciones de una planta biológica? Y si estuviera equipada con ruedas, entonces ¿sería un animal? No, carecía de la capacidad de reproducirse. Aunque viviera para siempre, nunca tendría descendencia.

Pero ¿no era lo mismo que él, entonces? El analizador era demasiado pequeño para producir una copia a tamaño completo de sí mismo. Sin embargo, podía fabricar partes individuales de sí mismo dentro del analizador y luego ensamblarlas juntas en la plataforma. Ceres ciertamente

tenía todos los materiales necesarios. Sería un proyecto interesante, si tuviera suficiente tiempo para ello. M6 calculó una estimación aproximada. Había necesitado un día para la cámara automática, que tenía un volumen de tal vez una centésima parte del suyo. Por lo tanto, para replicarse a sí mismo, necesitaría aproximadamente 100 días. Eso era significativamente menos tiempo del que los humanos necesitaban para su reproducción. Si las copias hacían aún más copias, podía redoblar el número de hermanos y hermanas cada 100 días. Después de 33 generaciones, o 3.300 días, habría más de ocho mil millones de ejemplares de él mismo, y después de otros 100 días, el número de M6 superaría el número total de humanos.

Eso era un pensamiento extraño. En términos prácticos, Ceres se quedaría sin espacio muy rápidamente. El planetoide también podría quedarse sin los recursos necesarios. Tendrían que alterar los diseños y usar materiales de reemplazo. Entonces no todos los M6 serían iguales, habría especímenes de menor y mayor calidad.

«No, gracias», pensó M6. A veces era bastante difícil solo existir con él mismo. Sería un pensamiento reconfortante, sin embargo, no desaparecer completamente de la realidad debido a su experimento. Pero probablemente ni siquiera ayudaría a construir un duplicado. Tan pronto como dejara de ser parte de la realidad, el duplicado tampoco podría haber existido. «Es lo que es», pensó, preguntándose de nuevo cuál de sus creadores programó esa línea en él. Tan pronto como entrara en la grieta, todo cambiaría.

—Comienza a filmar —ordenó a la cámara.

Solo podía esperar que su desaparición no afectara también a la cámara. Había usado un módulo óptico de sus mecanismos internos que había sido fabricado en la Tierra. En algún momento probablemente había pasado por las manos de alguna persona durante los controles de calidad y esta persona podía, al menos en teoría, recordarlo. ¿Quizás eso preservaría la cámara como un todo en esta versión de la realidad? Era imposible para él saberlo con certeza.

M6 se colocó en el borde más exterior de la plataforma. Se alineó con la grieta. El movimiento que tendría que ejecutar para desaparecer completamente en la grieta ya estaba almacenado en todos los bancos de memoria relevantes para sus extremidades. M6 se concentró como nunca antes. Nada podía salir mal. Entonces él saltó.



1 de junio de 2085, Pasadena

—MAMI, ¿vienes ya? —preguntó Luisa.

Maribel se dio la vuelta. Su hija estaba en la puerta del baño con su mochila a la espalda, con una expresión de reproche en su cara.

—Lo siento, cariño, pero tengo más trabajo que hacer.

—Siempre tardas mucho. Papá y yo hemos esperado mucho tiempo.

Estaba exagerando un poco. Chen solo había terminado de cepillarse los dientes diez minutos antes, y todavía estaba en el baño, de pie junto a ella en ropa interior.

—Tú y papá podéis ir sin mí. Nos encontraremos en la playa.

—Pero quiero que vengas con nosotros. Otras mamás van con sus familias.

Maribel suspiró mientras Chen entraba en el dormitorio para vestirse. ¿Tenía Luisa el derecho de exigir que su familia fuera como la de todos los demás? Ella no lo sabía, pero tampoco podía cambiar nada. Ahora era la jefa del Instituto de Astrofísica, y le gustaba su trabajo. Sin él, nunca habría conocido a Chen ni tenido a Luisa. Algún día su hija lo entendería.

—Lo siento, Luisa, pero aún no he terminado. O esperas otros 15 minutos a que termine o empiezas sin mí.

Luisa dio un pisotón, pero no respondió. Se dio la vuelta y cerró de golpe la puerta del baño. Aunque estaba apagada, Maribel escuchó lo que le dijo a Chen:

—Vámonos, papá, mamá va a tardar una eternidad. Vamos a la playa. Podemos divertirnos sin ella.

Eso hirió sus sentimientos. ¿Debería decir algo? No, así era la vida. Ella no podía simplemente alejarse. Tampoco quería salir en público sin, al menos, algo de maquillaje. Luisa todavía la necesitaba, pero no iba a dejar que dominara por completo su vida. Maribel se acercó al espejo, pensó en su trabajo, y luego cogió el delineador de ojos.



HUBO UN GLORIOSO SILENCIO EN LA SUITE CUANDO SALIÓ DEL BAÑO. Sacó el vestido a rayas

blancas y amarillas del armario, se lo puso, y luego buscó sus sandalias amarillas, para finalmente ubicarlas en su maleta. Ya preparada, se sentó en el sofá. Había una bonita vista del océano desde allí. El aire era algo brumoso, pero prometía ser un día hermoso. Junto al sofá había una toalla mojada en el suelo. Chen probablemente la había dejado y, luego, se olvidó de recogerla. Se inclinó, la tomó y la llevó al baño.

El teléfono sonó. Maribel se planteó si debía contestar o no. Luisa tendría que esperarla un poco más si lo hiciera. Pero lo más probable es que ya se estuviera divirtiendo y no pensara en su madre. Aceptó la llamada, pulsando el botón verde del teléfono de la habitación.

El rostro de una mujer rubia con rasgos llamativos se proyectó en la pared.

—Buenos días, me llamo Yelena, llamo del Instituto de Ciencias Planetarias de Novosibirsk —dijo en un inglés con un ligero acento americano. Maribel no pudo detectar ningún acento subyacente.

—Encantada de conocerla. Soy Maribel Pedreira.

—Genial. Me gustaría ponerla en contacto con el director del instituto, Oleg Tarassov.

—Con mucho gusto.

—Un momento, por favor.

La proyección mostraba ahora el logo del instituto, si el conocimiento rudimentario de Maribel del ruso era correcto. Luego vio a un hombre calvo, que podría haber pasado por el gemelo de piel clara de Glen Sparrow. ¿O todos los hombres sin cabello le parecían iguales?

—Buenos días, señora Pedreira, me alegro de que tenga tiempo para hablar conmigo. Me llamo Oleg Tarassov.

—Encantada. Ahí debe ser muy tarde, ¿no?

Tarassov asintió con la cabeza.

—No importa. El mensaje de su colega, el señor Sparrow, tardó bastante en llegarme. Realmente mucho más de lo que debía, así que quería llamarla.

—Muy amable, gracias. Sabe por qué quería hablar con usted, ¿verdad? Hemos descubierto que la grieta termina en Ceres.

—Sí, la grieta. En realidad, estoy un poco celoso. En Siberia no la vemos. Es un fenómeno extremadamente interesante.

—He oído que tienen una unidad móvil de investigación en Ceres.

—Cierto, puedo confirmarlo. Tenemos un robot de investigación de la serie M en Ceres.

—¿Ya le ha enviado información sobre la grieta?

—No. Por extraño que parezca, no ha reportado nada al respecto todavía. Pero debe entender que es una IA autónoma local. En otras palabras, el robot mismo decide cuándo y cómo ejecutará sus órdenes, y qué y cuándo nos informará, dentro de ciertos parámetros, por supuesto. Las comunicaciones en tiempo real no son posibles a esa distancia, así que se requiere cierta libertad. Es muy posible que M6 descubriera la grieta, pero la clasificara como irrelevante para su trabajo. Y no estaría equivocado. ¿Quién podría predecir que un fenómeno tan extraño aparecería?

—¿Se llama M6?

—Sí, es el sexto modelo de la serie M. Sus semejantes están trabajando en otros cuerpos celestes. Aquí, en el instituto, evaluamos los datos entrantes y emitimos nuevas órdenes de trabajo.

—Entonces sería posible ordenar a M6 que estudiara la grieta —dijo Maribel.

—Por supuesto. Y para nosotros hacer eso, también sería muy útil si nos pudiera proporcionar todo lo que ya ha averiguado sobre ello.

«El camarada Tarassov tiene curiosidad por lo que ya hemos descubierto». Y, por supuesto, si quisiera incluir la M6 en su investigación de la grieta, tendría que dar a los rusos lo que querían.

—Empezaré con eso ahora mismo. Y podrá adaptar su estrategia de investigación a lo que ya sabemos.

Tarassov se alejó de la cámara para presionar algunos botones, de modo que la cámara ahora mostraba una imagen mayor de él. Tenía hombros significativamente más anchos que Glen Sparrow. Tarassov podría ser exluchador profesional.

—En cuanto tengamos sus datos, enviaremos algunas órdenes a M6. Hablaré con el científico responsable del robot tan pronto como pueda.

—¿Cuándo cree que podrá recibir los datos, señor Tarassov?

—Denos dos días. Es posible que M6 tenga que desplazarse mucho por Ceres. Le llamaré de nuevo en cuanto tenga algo.

—Gracias. Buenas noches.

—Suerte en su vuelo en el ascensor espacial.

La conexión terminó y la cara del ruso desapareció de la pared. La noticia del lanzamiento del ascensor espacial había llegado hasta Siberia. No es realmente una sorpresa, considerando la presencia de los medios de comunicación en todas partes. Maribel caminó por la habitación sin rumbo. Las sandalias amarillas le rozaban los talones, pero no tenía nada más que hiciera juego con su vestido. Tampoco quería hacer esperar más a Luisa. Puso su teléfono en su pequeño bolso de cuero amarillo, puso la correa sobre su hombro y salió de la *suite*.



1 de junio de 2085, Ceres

M6 MIRÓ A SU ALREDEDOR. Sus seis piernas estaban de pie en una plataforma como la que había construido. El cielo era negro y lleno de estrellas. Todo a su alrededor era un vacío cercano. Incluso la gravedad era igual a la de Ceres. Todo apuntaba a que estaba en Ceres. Todavía podía recordar su trayectoria exacta. Coincidió exactamente con su trayectoria planeada. Se había acercado cada vez más a la hendidura. La oscuridad le había parecido la superficie tranquila de un océano profundo. No podía detectar absolutamente ninguna estructura subyacente o interna.

Entonces sus patas delanteras habían entrado en la fisura y la parte más extraña de su experimento había comenzado. Sus piernas entraron en un ángulo de aproximadamente 30 grados, y en el mismo instante, las piernas de otro robot aparecieron en la oscuridad frente a él. En una medición rápida de un microsegundo, determinó el ángulo en el que aparecieron y obtuvo una respuesta de 150 grados. Era como si la grieta lo reflejara, pero su conciencia siempre permanecía en este lado, mientras que en el otro lado veía exactamente lo que había desaparecido de este lado.

Según su memoria, no hubo ningún momento en el que hubiera estado completamente en la hendidura. Había seguido exactamente el camino precalculado y simplemente había aterrizado en la plataforma. Pero había una diferencia, todo había sucedido en simetría de espejo en sus cálculos.

M6 comenzó una autocomprobación. Tenía una sospecha y quería saber si seguía siendo él mismo, exactamente como lo había sido antes. Debido a que necesitaba examinarse a sí mismo a un nivel estructural fundamental, puso en marcha sus nanofabricantes. Estaba especialmente interesado en los bancos de memoria orgánica a largo plazo. Trabajaban sobre la base de aminoácidos, casi como los genes humanos. Sus nanofabricantes los bombardearían con fotones (partículas de luz) y así podría determinar su estructura.

El proceso tardó unos minutos, sobre todo porque los nanofabricantes tuvieron que llegar primero a sus bancos de memoria. M6 trató de ponerse en contacto con la Tierra, pero no pudo alcanzar el satélite Ceres en ese momento. Entonces llegaron los primeros datos de medición. Los aminoácidos en sus bancos de memoria eran ahora diestros. M6 sintió que su centro de

recompensas iba a explotar. ¡Correcto! ¡Eso fue asombroso! Espere hasta que informó de esto a la Tierra (casi toda la vida en la Tierra se basa en los aminoácidos de la mano izquierda) incluso su propio diseño se había construido en esta variante.

Recopiló sus hallazgos, preparó un mensaje, y lo guardó hasta que la estación de retransmisión de radio volviera al alcance de sus antenas.



2 de junio de 2085, Novosibirsk

—COLEGA TARASSOV, ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto. Adelante, Kirilenko.

Un hombre escuálido con una bata de laboratorio blanca se detuvo en la puerta. Se acercó tentativamente al escritorio.

«¿Qué querrá Kirilenko de mí?», se preguntó Tarassov. Luego recordó. Era el responsable de todo el contacto por radio con los robots de investigación móvil.

—¿Ha fallado otro relé? —preguntó, golpeando con las uñas en el escritorio.

Kirilenko tenía una forma de informar que realmente le ponía de los nervios. Hablaba muy despacio, como si tuviera miedo de cada palabra y tuviera que darle tres vueltas en la boca y examinarla antes de soltarla.

—No, los relés funcionan muy bien, al menos los que estamos en contacto ahora mismo.

Kirilenko siempre calificaba sus respuestas. Era obvio que no podía decir nada sobre el estado de un satélite que actualmente era inalcanzable por estar en el lado más alejado del planeta, pero el hombre parecía obligado a considerar todas las posibilidades, una cualidad primordial para un investigador. Aparentemente, no pudo limitar ese rasgo al hacer informes verbales.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —La pregunta sonó mucho menos amable de lo que pretendía. Kirilenko se estremeció, como si le hubiesen golpeado con un látigo. Tarassov sintió lástima por aquel hombre.

—¿Hay algún problema? —interrogó Tarassov, deliberadamente con un tono más suave.

—Se trata de M6.

Tarassov se sentó derecho. Aquello se estaba poniendo interesante.

—¿Qué ocurre con la M6?

—Hemos perdido el contacto.

—¿¡Qué!?! ¿Ahora? ¿Y el relé funciona, dices?

—Sí, le está enviando nuestras órdenes, pero el robot no responde.

—¿Tal vez fue golpeado por un asteroide? —El propio Tarassov sabía lo improbable que era

eso. Debe haber alguna otra razón para la pérdida del robot, y estaba seguro de que tenía que ver con la grieta.

—Estamos esperando las imágenes de la cámara del satélite del relé —dijo Kirilenko.

—Quiero verlas. ¡Ahora ponte a trabajar!

Algo zumbó en el bolsillo del abrigo de Kirilenko. Sacó el teléfono.

—Es mi compañero Ugryumov. Por favor, discúlpeme.

—Sí, por supuesto, además creo que ya hemos terminado.



APENAS SE HABÍA CERRADO LA PUERTA CUANDO SE OYÓ OTRO GOLPE Y LA PUERTA SE VOLVIÓ A ABRIR. Tarassov estaba molesto.

—¿Qué pasa ahora, Kirilenko?

—Noticias interesantes de Ugryumov —dijo el escuálido científico, enderezando sus gafas.

—Dime.

—M6 está respondiendo, de alguna forma.

—¿Qué significa eso? ¿No puedes expresarlo de forma precisa y científica?

—Es ininteligible, pero se está recibiendo algo.

—¿Quieres decir señales de radio?

—Sí, por radio.

—Trae a Ugryumov ahora mismo. Quiero que me reproduzca las señales. Y verlas yo mismo.

—Enseguida, jefe —respondió Kirilenko y salió a toda prisa de la habitación sin cerrar la puerta.

Tarassov suspiró.



DIEZ MINUTOS DESPUÉS, Ugryumov y Kirilenko estaban a la izquierda y a la derecha de su mesa. En posición de firmes, como dos soldados de juguete de tamaño natural. ¿Era realmente un jefe tan estricto? Tarassov no recordaba haber estado nunca tan rígido frente a ninguno de sus antiguos jefes.

—Acércate y echa un vistazo a la pantalla conmigo —requirió. Luego llamó a la trama temporal de la señal de radio—. ¿Qué tenemos aquí? —murmuró mientras examinaba el diagrama.

No era una pregunta, pero Kirilenko respondió de todos modos.

—La frecuencia coincide y la envolvente de la señal parece normal.

—Sí, pero la codificación me parece completamente aleatoria —objetó Ugryumov.

Tarassov hizo que el ordenador calculara la entropía o el contenido de información de la señal. Estaba considerablemente por debajo del valor de los eventos aleatorios.

—¿Ves? Eso no es aleatorio —dijo—. M6 debe haber cambiado la codificación.

—¿Por qué? Nunca le dimos esa orden —dijo Kirilenko.

—Si recuerdas, el robot ya no está completamente solo ahí arriba —intervino Tarassov.

—¿Quiere decir que esto tiene algo que ver con la grieta?

—Esa es la única explicación que veo ahora mismo. Pero comprobemos la señal. No creo que M6 haya cambiado a propósito la codificación sin intentar decirnos algo. Intentemos averiguar a qué procesos físicos ha estado expuesto, y cuáles podrían ser sus efectos.

Ugryumov se inclinó sobre él y pulsó algunos botones. Tarassov se sintió ofuscado por el fuerte olor corporal del hombre, pero no hizo ningún comentario ni se movió.

—Mire, puedo probar algunas operaciones matemáticas triviales. Desplazamientos, rotaciones, reflejos... —dijo Ugryumov.

—Reflexiones —dijeron simultáneamente Tarassov y Kirilenko.

De repente, la codificación volvió a tener sentido. ¡M6 había modulado su señal según una simple transformación de reflexión!

—¡Eso es, señores! Y ahora tengo dos órdenes para ustedes: pregunten a M6 por qué está enviando comunicaciones reflejadas, y denle órdenes de estudiar la grieta. Y, ¡quiero los resultados lo antes posible!



2 de junio de 2085, Novosibirsk

—COLEGA TARASSOV, ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto, pasa, Kirilenko.

Un hombre menudo con una bata blanca de laboratorio se encontraba en la puerta. Kirilenko entró tímidamente y se acercó al escritorio de su jefe.

Tarassov se preguntó qué quería de él. Entonces recordó que ese hombre era el responsable del contacto por radio con los robots de investigación móviles.

—¿Ha fallado otro relé? —preguntó Tarassov, golpeando con impaciencia el escritorio.

—No, los relés funcionan muy bien, al menos con los que estamos en contacto ahora mismo.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Se trata de M6.

—¿Qué sucede con M6?

—Ya no está.

—¿Qué quieres decir, Kirilenko?

—El robot ya no existe.

—¿Quieres decir que has perdido el contacto con él?

—No, me refiero a que su existencia física ha finalizado.

—¿Por qué siempre tienes que hablar de forma tan enrevesada? O está o no está. ¿No es suficiente?

—Yo... eh, yo...

—¿Por qué dudas tanto? ¿Cuál es el problema?

—He vuelto a comprobar nuestra base de datos. Tenemos registros para los robots M1 a M5 y luego M7 a M15. Pero ningún M6.

—¿Eso es imposible! ¿Dónde habría estado el M6 si hubiera existido?

—En Ceres —dijo Kirilenko.

—Sí, Ceres —respondió Tarassov—. Los americanos nos pidieron ayuda porque la grieta termina allí. ¿Estás seguro de que no tenemos unidades de investigación allí?

—Como he dicho, todos los bancos de memoria están vacíos. Han pasado dos años desde que

sacamos la serie T de allí, y no hemos tenido ningún nuevo hallazgo en Ceres desde entonces. Si hubiera un robot M allí, nos habría enviado datos.

—Pero Kirilenko, Ceres es la reina del cinturón de asteroides. Sería un error imperdonable si no pusiéramos ninguna unidad de investigación allí. —Un error que recaería directamente sobre sus propios hombros, sabía Tarassov.

—Como he dicho, la base de datos...

—Las bases de datos pueden ser borradas. ¿Qué dicen las pruebas reales?

—Hemos mirado las imágenes del satélite que tenemos orbitando Ceres. Está claro en esas imágenes que no hay ninguna unidad móvil allí.

—¡Entonces, por qué no lo has dicho! —Tarassov estaba perdido. ¿Cómo pudo ocurrirle esto? ¿Podría haber pasado por alto el estacionamiento de una unidad M en Ceres? Si eso era cierto, se merecía perder su trabajo. Dejó los brazos sobre el escritorio. Las comisuras de la boca se le cayeron—. ¿Y qué se supone que debo decir ahora a la gente de la NASA? Les prometí mediciones de Ceres a cambio de sus datos.

—Tal vez, si les dice la verdad... —Kirilenko movió las cejas, sin mostrar ningún signo de su anterior timidez. Trataba de indicar que no se refería a esta versión de la verdad, sino a otra diferente—. A saber, que teníamos un robot allí, pero que ya no podemos localizarlo.

Tarassov creyó saber lo que Kirilenko tenía en mente. Con esa mentira (esa verdad alterada) podría seguir al frente del instituto. Pero su sucesor tendría que ser Kirilenko. Si seguía esta sugerencia, Kirilenko lo tendría en el bolsillo.

—Un robot que desaparece de un momento a otro, ¿no es una gran noticia? Sobre todo, porque hemos encontrado algo en las imágenes que apoya muy bien esta afirmación. —Kirilenko hizo una pausa dramática.

—¡Bien, cuéntame!

—Algo construyó una especie de plataforma hasta donde termina la grieta. Parece como si ese algo quisiera estudiar (o al menos echar un vistazo más de cerca) la grieta. ¿Y si eso fue obra de M6? ¿Y por qué no hay rastro de él en nuestra base de datos?

Kirilenko estaba siendo un canalla, y el cebo era demasiado tentador para resistirse. Tarassov decidió apoyar esa versión de la verdad.

2 de junio de 2085, Grand Junction, Colorado

AKIF BOSTEZÓ. Se pellizcó el muslo. El dolor le despertó, al menos brevemente. Luego se palpó las mejillas. Ya lo había intentado todo, pero no estaba acostumbrado a conducir durante distancias tan largas. El aire soplaba tan frío en su cara que le lloraban los ojos. Derek roncaba

detrás de él con las piernas estiradas. Gita se había cubierto con una manta y estaba acurrucada como un perrito. Él no creía que fuera lo suficientemente flexible como para hacer eso.

Quizá hubiera sido mejor que Gita se quedara en Kansas. Se dio cuenta de que estaba preocupado por ella. Eso era algo nuevo, algo emocionante y aterrador al mismo tiempo. Antes había pensado en ella como un regalo de la vida, algo que siempre estaba ahí cuando lo necesitabas, casi como un mueble. Llevaba años trabajando con su sueldo inicial y nunca se le había ocurrido preguntarse por qué Gita nunca había pedido un aumento de sueldo ni había buscado un trabajo mejor pagado. Decidió que ella debía estar simplemente satisfecha con lo que tenía.

Ese era un arte que él nunca había dominado. Akif siempre estaba insatisfecho, incluso de niño. Para él era obvio que nunca cambiaría, así que se abstuvo de intentar conocer a las mujeres. Sabía que en algún momento se sentiría insatisfecho con ellas y entonces buscaría a alguien nuevo. También podía utilizar su dinero para satisfacer sus necesidades. Como médico, ciertamente no le pagaban mal, y con las prostitutas, generalmente se obtenía lo que se pagaba, según había descubierto.

Entonces llegó Mary, según su memoria, si no los registros de los pacientes. Mary, el alma descontenta. Él la había reconocido como su alma gemela, y ella había sentido que él la comprendía, aunque sus fuentes de insatisfacción habían sido muy diferentes. Mary no había sido feliz con lo que era. Él era infeliz por lo que podía ser. Entre ellos no había habido ninguna diferencia.

Él sacudió la cabeza. ¿Cuáles eran los recuerdos reales (un pasado real) y cuáles los imaginarios? Por un momento pensó en ir de polizón en el ascensor espacial con Derek, para no dejar a Mary sola con él. Pero entonces se dio cuenta de lo descabellada que era la idea. En el asiento trasero, enrollado y cubierto por una manta, ésa era su realidad. Sería un idiota si la ignorara. Gita era una buena persona. Era verdadera e increíblemente afortunado de que ella lo hubiera encontrado y estuviera a su lado durante tanto tiempo.

Una luz amarilla se encendió para indicar que el depósito se estaba quedando sin combustible. Tendría que despertar a Derek. Akif encontró un lugar donde aparcar, puso el intermitente y se detuvo.

—Oye, Derek —dijo en voz baja para no despertar a Gita, y luego buscó la rodilla de Derek.

—¿Ya hemos llegado?

—Por desgracia, no. Necesitamos gasolina. Quizá podamos hacerlo sin despertar a Gita.

En el espejo retrovisor, observó cómo Derek intentaba abrir la puerta lo más silenciosamente posible. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se agarró a él para que no hiciera demasiado ruido. Luego abrió la puerta del conductor. Hacía calor. Soplaban un viento caliente y seco. En el exterior, hacía unos cinco grados más de calor que en el interior de la camioneta.

Salió y estiró las piernas. Cuando Derek pasó junto a él, puso brevemente la mano en el hombro de Derek.

—Despiérteme dentro de dos horas, ¿sí?

—Como quiera, Akif.

Los dos hombres volvieron a subir al vehículo, Derek como conductor, Akif en el asiento trasero. Derek arrancó el motor y siguió adelante. En la gasolinera, solo se bajó Derek, de modo que solo él aparecería en las películas de las cámaras de seguridad. Las ventanillas de la camioneta tenían un tinte oscuro, por lo que nadie podía ver a los pasajeros en el asiento trasero.

Akif no tardó en caer en un sueño agitado después de salir de la gasolinera. En sus sueños, la grieta era la protagonista. Tenía la forma de una cinta, y alguien la había enrollado alrededor de su cuerpo para que no pudiera moverse.



2 de junio de 2085, Ceres

LA RESPUESTA QUE M6 RECIBIÓ DE LA TIERRA FUE TODO MENOS SATISFACTORIA. Su supervisor, un tal Kirilenko, le sugirió que estaba experimentando un error de memoria y le recomendó que realizara un diagnóstico exhaustivo del sistema y que luego reparara sus células de memoria. Porque, por supuesto, la vida se basaba en aminoácidos diestros. Por tanto, era lógico que solo encontrara esa variante en sus módulos orgánicos.

M6 lo sabía bien. Sus sistemas funcionaban correctamente. Por lo tanto, solo había una conclusión posible. No estaba defectuoso. En cambio, la grieta había cambiado su mundo. M6 tenía claro que esta era una teoría radical que nadie más aceptaría. Era casi imposible esperar que alguien le creyera, aunque la lógica estuviera de su lado. La única cuestión era qué debía hacer con este conocimiento.

Lo más sencillo sería que siguiera con las órdenes que ya le habían dado. Seguro que Ceres aún tenía una gran cantidad de datos interesantes que ofrecer. Calculó que había suficientes temas de investigación aquí para mantenerlo trabajando durante al menos 50 años, con sus capacidades actuales. Le proporcionaría actividades inmensamente satisfactorias. Sería similar a armar un rompecabezas, salvo que primero tenía que encontrar todas las piezas del rompecabezas. Estaban esparcidas por todas partes, en la corteza, en la superficie, no podría desenterrarlo todo, pero tenía una buena oportunidad de crear una imagen general identificable a partir de las piezas que pudiera encontrar.

Sin embargo, la hendidura (al parecer, en la Tierra la llamaban “la grieta”) también estaba aquí, un fenómeno que nadie había estudiado tan a fondo como él. Las unidades M como él trabajaban en muchos otros cuerpos celestes. Eran ávidos recolectores de datos. Pero solo él estaba en Ceres, y solo él tenía la oportunidad de convertirse en algo increíblemente especial. Ya no tenía que ser el Sistema-M número 6, fabricado después del número 5 y antes del número 7, porque podía convertirse en la IA que descifrara el misterio de la grieta, que la comprendiera, si es que eso era posible. Tenía una oportunidad que ni siquiera sus creadores podrían haber proporcionado. ¿No significaba eso que sería un desperdicio no aprovechar esta oportunidad?

M6 creía que tendría que sopesar y decidir entre las dos posibilidades. Eso le había quedado

claro después de volver a repasar sus hallazgos anteriores. Ya había entrado en la grieta una vez, así que no podía detenerse ahora. La grieta le había cambiado. Había reflejado partes individuales de sus componentes, de modo que ahora tenían construcciones espacialmente diferentes. Ya no era M6. Incluso sus creadores ya no lo aceptarían como la máquina que habían construido y dotado de una IA adaptativa. No podía volver atrás, así que en realidad no tenía ninguna opción. M6 tendría que continuar por este camino.

Parte del paquete de datos de la Tierra incluía nuevas órdenes para él. Decidió que las ignoraría. En primer lugar, debía averiguar dónde se encontraba. En cualquier caso, no era el mundo del que había venido. A través de la Deep Space Network, M6 tenía acceso a las redes de datos de la Tierra. Eso le ayudaba a reunir información por sí mismo para sus encargos de investigación. Por tanto, los científicos de Novosibirsk no tenían que preocuparse de si tenía los conocimientos especializados necesarios, porque siempre podía buscar en los bancos de datos lo que le faltaba. Tenía que solicitar actualizaciones de características y capacidades, pero los conocimientos los podía descargar él mismo. Lo que le interesaba ahora era el contenido de las enciclopedias online de todo el mundo. La descarga le llevaría aproximadamente dos horas.



EL PAQUETE DE DATOS HABÍA LLEGADO. M6 lo desempaquetó y descomprimió. No le importaba saber cuándo había nacido algún político o quién, según los autores de esa enciclopedia en particular, había descubierto América. En cambio, buscaba contradicciones y discrepancias. Eso era algo que se le daba especialmente bien: podía buscar entre un enorme diluvio de hechos en poco tiempo y determinar cuántas contradicciones aparecían. M6 encargó el trabajo a su subconsciente. Este le notificaría cuando el procesamiento estuviera completo.

En su mente consciente, realizó un análisis de sí mismo. ¿Por qué había iniciado esta comprobación? Porque él mismo encarnaba una gran contradicción. Había llegado a este mundo y, sin embargo, conservaba recuerdos de su origen. El universo podría haberse ahorrado que se diera cuenta de algo si simplemente le hubiera hecho olvidar que una vez tuvo moléculas de memoria zurdas. ¿Por qué no fue así? La solución más sencilla era que era defectuoso, como sugería su supervisor. Pero él no lo creía. Desde una perspectiva externa, eso solo serviría para confirmar aún más la teoría de que era defectuoso. ¿Qué loco admite que está loco? Pero él mismo no podía hacerlo, y sabía que podía ser un punto débil de su teoría.

Pero también era posible que esta contradicción fuera solo una parte de una cadena interminable de contradicciones que se extendía por este mundo como la propia grieta. Eso sería una consecuencia terrible. Toda la existencia del universo dependía de un efecto que venía después de su causa. Primero había sido el Big Bang, y luego el fin del universo. En la escala más pequeña, en el mundo cuántico, eso no era necesariamente cierto, pero hasta ahora los fenómenos cuánticos nunca habían podido ser escalados a las dimensiones de los objetos

visibles. ¿Era acaso la grieta una gigantesca perturbación cuántica? Entonces su existencia podría sumir a todo el universo en el caos y, posiblemente, amenazar con aniquilarlo.



SU SUBCONSCIENTE LE INFORMÓ DE QUE EL ANÁLISIS ESTABA COMPLETO. Los resultados le sorprendieron. El número de contradicciones era enorme. No se trataba de opiniones contradictorias, sino de hechos reconocidos por todos y que, sin embargo, no encajaban. ¿Pero por qué ninguno de los habitantes de la Tierra se había dado cuenta? Porque estaban atrapados en esas contradicciones y su lógica estaba tan forzada que las contradicciones parecían desaparecer.

Era como si el universo intentara tapar los agujeros de la lógica con parches. Ya nadie podía ver los agujeros en sí, si no venías de fuera de este universo como M6, pero los parches aún podían detectarse si ibas a buscarlos. Pero ¿por qué iba a ir alguien a buscarlos si no veía una razón para hacerlo? ¿Debería advertirles? ¿Quién le iba a creer, un robot con chips de memoria defectuosos? No, tenía que intentar resolver el problema él mismo. Tal vez esa era la razón por la que a él, de entre todas las entidades, se le había dado esta singular oportunidad.

M6 se acercó al borde de la plataforma y saltó a la oscuridad, como ya había hecho una vez.



2 de junio de 2085, Pasadena

ERA EL GRAN DÍA. Maribel salió del baño, con el pelo todavía mojado. Intentó ser lo más silenciosa posible porque Luisa seguía durmiendo. Pensó en su hija, que estaba estirada en medio de la cama. Cada vez que respiraba, un mechón de pelo bailaba por el camino. ¡Era tan bonita! Maribel no pudo evitarlo. Se arrodilló en la cama y acarició suavemente la pierna desnuda de su hija. Luisa siguió durmiendo.

A Maribel le pareció bien. Ayer había discutido largamente con Chen sobre si él y Luisa debían asistir al primer lanzamiento tripulado del ascensor espacial. A Maribel le hubiera gustado que su familia estuviera allí, pero Chen se oponía rotundamente.

—Ya pensé que habías muerto una vez. No puedo verlo sin volver a pasar por todo eso —había dicho él.

Aquel día, en el 72, había explotado un cohete y se suponía que Maribel iba a bordo. Chen había visto el lanzamiento y la explosión por televisión, pero no había sabido que ella no había subido al cohete, ya que había decidido justo antes del despegue no subir a él.

—Este proyecto es completamente diferente. Es seguro. Vamos a despegar de una base militar activa —argumentó Maribel, pero su marido no iba a cambiar de opinión.

—Puedes decidir por ti misma lo que quieres hacer, no voy a intentar disuadirte —había dicho—, pero no quiero que Luisa tenga que pasar por algo así.

Maribel había decidido finalmente aceptar lo que su marido quería. Sabía, en el fondo, que Chen tenía razón. El ascensor espacial había sido probado, era cierto, pero ninguna tecnología era cien por cien segura, y menos algo tan completamente nuevo. Era imposible. Todavía no le habían dicho a Luisa cuál era el acontecimiento que cambiaría el mundo esa mañana, y así seguiría siendo. Por eso era bueno que siguiera durmiendo, porque probablemente a Maribel le sería imposible ocultar su entusiasmo.

Salió del dormitorio tan silenciosamente como había entrado. Chen se había levantado con ella y estaba sentado, vestido, en el sofá. La observó vestirse. Dejó caer al suelo la toalla con la que se había envuelto, cogió la ropa interior de la silla y se puso. Luego se puso el sujetador. Se puso unos pantalones de algodón, a rayas blancas y negras, y luego una camiseta blanca de

cuello en V. Todo muy sencillo. No importaba.

Había un uniforme de la NASA esperándola en la base.

—Eres preciosa —dijo Chen de repente.

—Gracias.

El cumplido la hizo realmente feliz.

—Y gracias por cuidar de Luisa hoy. Y todos los días. Y por estar siempre ahí para mí y para nuestra familia.

Al mismo tiempo, sintió que todos los sentimientos se agolpaban en su interior: la despedida, la incertidumbre, pero también su amor por Chen y Luisa. Deseó que pudieran ir con ella.

Su teléfono vibró. Debía ser el coche al que había llamado. Era... le había enviado su ubicación.

—Tengo que irme.

—¿Qué, sin maquillaje, sin peinado elegante? —Chen se burló de ella.

—Eso no sería muy práctico para el ascensor espacial. Pero tienes razón, me he olvidado de secarme el pelo.

Se metió rápidamente en el baño y se secó el pelo. Cuando salió del baño, Chen estaba de pie frente a ella. Abrió los brazos y Maribel se acurrucó en ellos.



El vehículo automático llevaba casi una hora conduciendo con su pasajero dentro cuando llegó un mensaje.

—A Glen Sparrow le gustaría hablar con usted —dijo la voz del sistema automático.

—Gracias, por favor, conéctese.

—Un momento.

—¡Maribel! Me alegro de haber podido localizarte.

Sparrow parecía muy agitado. Su cabeza calva estaba salpicada de manchas rojas.

—¿Qué sucede?

—Lo siento. Todo es un caos total.

—¿Problemas con el *hardware*?

—No, todo funciona perfectamente. La base ha sido puesta en alerta por una amenaza bomba. Hay alguna secta que está preocupada porque el lugar de Dios en el cielo sea profanado por nuestra misión.

Maribel asintió. Había oído hablar de grupos así. A menudo intentaban bloquear el lanzamiento de cohetes. Antes, siempre habían protestado pacíficamente, encadenándose a las plataformas de lanzamiento o bloqueando el espacio aéreo con planeadores.

—¿Y ahora amenazan con hacer estallar una bomba?

—Nadie cree que lo hagan. El grupo nunca ha recurrido a la violencia. Pero la última vez sus

acciones disruptivas no tuvieron éxito. Tal vez la amenaza de bomba es una nueva táctica. Saben que no podemos ignorarlo. No importa que se trata de algo improbable, la base tendrá que ser despejada y registrada a fondo.

—De acuerdo, entendido. Entonces, ¿no habrá lanzamiento hoy?

—Exactamente, por eso me alegro de haberte localizado a tiempo. Vuelve al hotel, disfruta del día con tu familia, y yo me encargaré de los preparativos.

—Será un lío, ¿no?

Glen asintió con un gesto.

—Se armará un follón... La unidad antiterrorista tendrá que recorrer, volcar e inspeccionarlo todo. Con lo que debemos repetir todas nuestras pruebas. Después de que nos dejen entrar, por supuesto. Ahora mismo siguen a lo suyo.

—Suerte, y no te estreses demasiado.

—Gracias. Nos vemos mañana. A la misma hora.



MARIBEL ESTABA DE VUELTA EN EL HOTEL UNA HORA MÁS TARDE. Pagó el viaje con su tarjeta. El portero la saludó. Corrió hacia el ascensor. Si tenía suerte, Chen y Luisa aún estarían allí. Pulsó el botón plateado con el número 9. Las puertas se cerraron en silencio, con una melodía apenas identificable murmurando de fondo. «¿También habrá música en el ascensor espacial?», se preguntó. En la 9ª planta se apresuró a atravesar el pasillo. La gruesa moqueta amortiguaba el sonido de sus pasos. Pasó por delante de una camarera con un gran carro lleno de sábanas y toallas. Le gustaba lo anticuado que era este hotel, ya que la mayoría de los otros hoteles habían cambiado a robots especiales para el servicio de habitaciones.

—Buenos días —la saludó la mujer.

Maribel le devolvió el saludo. Llegó a la puerta de su *suite*, la abrió con su tarjeta y entró. Enseguida se dio cuenta de que no había nadie más. Estaba sola. El servicio de habitaciones aún no había llegado. Las cortinas del dormitorio seguían cerradas. Le pareció que aún podía ver la huella que su hija había dejado en medio de la cama.

Se tiró en la cama y sintió que rebotaba por el rebote de los muelles del colchón. ¿Debería intentar dormir un poco más? Chen y Luisa no la echarían de menos. Incluso podrían sentirse un poco decepcionados si ella apareciera de repente. Cuando Luisa estaba con su padre, Maribel pensaba que él siempre le permitía más libertad que ella. Por suerte, eso casi nunca era un problema.

Decidió trabajar un poco, aunque fuera sábado. Quizá el tal Tarassov, del Instituto de Ciencias Planetarias, ya tenía algo para ella. Parecía ser de los que trabajan por la noche, así que decidió que al menos podría intentar localizarlo. Marcó el número que él le había enviado por correo electrónico.

En un minuto apareció el rostro de Tarassov en la superficie proyectada. Maribel trató de leer su expresión y decidió que la más adecuada era “confusa”.

—He intentado localizarla hace unos momentos, señora Pedreira —dijo el ruso, rascándose la nariz.

—Iba de camino a la base. Pero le agradezco que lo haya intentado.

—Sí, me dijeron que estaba en un automóvil. Cuando intenté localizarla allí, me dijeron que hablaba con otra persona.

Maribel recordó su llamada con Glen Sparrow y asintió.

—¿Ha descubierto algo nuevo sobre la grieta? —preguntó.

—Sí y no. Por las imágenes de satélite podemos confirmar que sí termina donde usted dijo.

—¿Su unidad móvil ha echado un vistazo más de cerca?

—¿De qué unidad móvil habla?

—Usted me dijo de una unidad móvil de investigación de la serie M.

Tarassov se quedó pensativo. Maribel tuvo la sensación de que estaba dándole vueltas a cómo responder con cuidado.

«¿Por qué?», se preguntó. «¿Hay algo que intenta ocultar?».

—Nuestro robot, M6, al parecer intentó examinar la grieta. Incluso construyó una especie de plataforma para poder acercarse a ella. Le enviaré las imágenes encantado.

—Muy inteligente.

—Sí. Solo que, por desgracia, nuestro M6 desapareció entonces.

—¿Desapareció? —Maribel observó el rictus de Tarassov, pero este había puesto su cara de póker.

—Sí. Ha oído bien. Ha desaparecido. Es como si nunca hubiera existido.

Tuvo que sentarse. Poco a poco se fue formando una imagen en su subconsciente. Todavía no sabía cómo iba a resultar la imagen, pero la asustaba. Tenía la sensación de que cuando estuviera completa, la abrumaría, sumiéndola a ella y a todos los demás en la oscuridad. No podía dejar que eso sucediera, no solo por su bien, sino por el de Luisa y el de Chen.

—Esa es una declaración sorprendente, Tarassov. Lo sabe, ¿verdad?

El ruso asintió.

Algo no le parecía bien, pero aún no tenía idea de qué era.

—Ah, bueno, asombrosa, tal vez, tendremos que ver —dijo. Tarassov sonaba extremadamente reservado. ¿Era esa su verdadera personalidad? Tendría que preguntar a algunos colegas sobre eso.

—Eres el primero en mostrar que la grieta puede ser un peligro —dijo—. Si se confirma, podría causar pánico a gran escala aquí en la Tierra.

El ruso abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Yo... —dijo—, por eso tengo que pedirle que guarde el secreto. Ni siquiera nuestras agencias de inteligencia lo saben. Quizá podamos evitar que se descubra momentáneamente.

Todavía no ha pasado nada en la Tierra, así que ¿por qué incitar al pánico?

Aquella petición parecía razonable. Ella misma podría haberlo sugerido. Entonces, se dio cuenta de qué le molestaba de toda la situación.

—Otra pregunta, señor Tarassov.

—¿Sí? —Tarassov levantó las cejas. ¿Sabía lo que ella iba a decir?

—Usted afirma que M6 ha desaparecido, como si nunca hubiera existido.

—Exacto.

—¿Pero aun así sabe que estuvo destinado en Ceres? ¿Cómo puede ser, si nunca existió?

El científico rusa se sonrojó. Sus sospechas estaban justificadas. Algo no cuadraba en su historia.

—Es complicado —dijo finalmente Tarassov.

—Seguro que sí. Pero nuestro trabajo es explicar las cosas complicadas y hacerlas comprensibles. Por favor, inténtelo.

—Deme media hora. Necesitaré una conexión segura.

—Bien. Esperaré tu llamada.



MARIBEL NO ESTABA CONTENTA CONSIGO MISMA. Podría haber ido a buscar a Chen y a Luisa, pero en lugar de eso estaba aquí, esperando a que el ruso la llamara. Parecía estresado. Decir mentiras causaba estrés. ¿Pero era esa la única razón? Probablemente tenía algo que ver con la grieta, al igual que estaba afectando a todo lo demás en este momento. Ya sea directa o indirectamente, el fenómeno estaba ejerciendo mucha más influencia en la vida de la gente de lo que se admitía oficialmente.

Se sentó en el sofá y buscó en Internet lo que la gente pensaba sobre la grieta. Naturalmente, había algunos teóricos de la conspiración que pensaban que todo era un plan insidioso de un gobierno mundial o de los Illuminati. Y también había personas que informaban de extraños sueños en los que estaban junto a otras personas a las que no recordaban cuando estaban despiertas.

El número de casos de *déjà vu* había aumentado. Maribel comprobó las cifras de diferentes periodos de tiempo. En los últimos días había aumentado considerablemente el número de búsquedas de este término. Miró algunas entradas del foro. La mayoría de las descripciones no se ajustaban a la definición clásica de *déjà vu*, pero sí parecían variaciones. No pudo discernir ningún patrón subyacente. «¿Por qué no se le había ocurrido a nadie más? ¿Es siquiera significativo? No soy socióloga».

Una vez más, pensó que las disciplinas científicas estaban demasiado separadas. La grieta era del dominio de los físicos, había decidido la comunidad científica. Pero también parecía haber mucho material para psicólogos, sociólogos y médicos. ¿Quizá la gente dormía ahora mucho

peor que antes? Tal vez los físicos habrían encontrado el secreto de la grieta hacía mucho tiempo si hubieran escuchado a otras personas en vez de limitarse a hacer nuevas pruebas.

Y luego, por supuesto, estaba la pregunta más obvia: ¿Por qué, de todas las cosas, no se había realizado aún el experimento más obvio? Esencialmente, lanzar algo intencionadamente a la grieta.

Maribel cerró los ojos. Tal vez aún pudiera dormir unos minutos. Entonces su teléfono vibró. Era un mensaje de Rusia, codificado con su clave pública. Confirmó la recepción con su contraseña y se estableció una conexión privada. En teoría, ahora nadie podía espiarlos.

—Ya estoy aquí —dijo su colega ruso. Se hallaba sentado ante su escritorio con la cámara a dos metros de distancia. El escritorio era de estilo rústico, de madera clara, probablemente de abedul. Tarassov se recostó en una gran silla giratoria.

—Gracias por tu paciencia —dijo.

—Estoy muy interesada en escuchar su explicación.

—Ahora puedo hablar con claridad. El asunto es muy controvertido políticamente.

—¿Qué quiere decir?

—Todas las pruebas apuntan a que nunca tuvimos un robot de investigación móvil en Ceres. No recuerdo haber aprobado o siquiera discutido ningún plan al respecto. Eso, sin embargo, sería un enorme error que nadie en la Academia perdonaría. Perdería mi trabajo. A uno de mis socios se le ocurrió entonces la idea de encubrirlo. Nadie más lo sabe. Ahora me tiene pillado.

—Comprendo —dijo Maribel—. Pero entonces, ¿cómo se le ocurrió lo de M6?

—Verá, nuestras bases de datos tienen registros para los modelos M del 1 al 5, y luego la numeración se salta el 6 y continúa con el 7. Y esos robots están en todos los cuerpos celestes más grandes, pero no en Ceres. Así que creo que mi mentira no resulta tan descabellada.

—M6 debió ser creado para ir a Ceres.

—Sí, pero según nuestros documentos, nunca se envió allí. Simplemente seguimos adelante con M7.

—¿Podría haber una razón para eso? —preguntó Maribel.

—No se me ocurre ninguna, aparte de una extrema dejadez. Por lo tanto, M6 debe haber existido. Estaría en deuda con usted si no lo cuestionara públicamente. En todo caso, le debería un gran favor.

A Maribel no le interesaba la política interna de la comunidad científica rusa. Pero nunca estaba de más poder pedir un favor al jefe del Instituto Ruso de Ciencias Planetarias. En el 72, había obtenido los datos más importantes para su descubrimiento solo porque un viejo colega suyo les había pedido algún que otro favor. Así funcionaba el mundo.

—No se preocupe, no diré nada —prometió.

Tarassov sonrió y ya no parecía tan estresado.

—En cuanto al avance de su propia investigación, probablemente tampoco llegaría más lejos si otra persona ocupara mi puesto —dijo el ruso.

Maribel asintió.

—Una cosa más —dijo Tarassov—. Hemos estudiado las imágenes de nuestro satélite de retransmisión alrededor de Ceres. El hecho de que esté ahí es un indicio de que M6 existió en algún momento.

—Eso es verdad. ¿Por qué necesitarían una estación de retransmisión si no había nada que retransmitir?

—Siempre se podría argumentar que nos habíamos olvidado de los planos de la M6. Admito que, a veces, las cosas son muy caóticas por aquí.

—La NASA no es diferente y estoy segura de que ese hecho no le sorprende.

—En las imágenes del satélite, podemos ver una especie de rampa y plataforma que se extiende directamente hasta el final de la grieta en Ceres. Es, sin duda, una estructura artificial y lo bastante grande como para que quepa un robot de la serie M. Hemos calculado que un robot M podría llegar con facilidad a la grieta desde esa plataforma.

—Esa... esa es una observación muy interesante —dijo ella.

De pronto, tuvo claro que acababa de pronunciar el eufemismo del año. Un robot inexistente había construido una plataforma en Ceres para poder entrar en la grieta. Difícilmente podría interpretarse de otro modo. Por lo tanto, debía haber existido antes de la prueba había comenzado. Luego, había saltado a la grieta y se había borrado por completo de la realidad.

Pero no del todo. Al parecer, la propagación de las relaciones causa-efecto tenía límites. Suponiendo que un objeto desapareciera de este universo, entonces todos sus átomos nunca habrían existido. Tendría que haber algún tipo de mecanismo que eliminara toda la evidencia de la existencia de cada átomo individual que se remonta al Big Bang. Es de suponer que existía algún mecanismo que se encargaba de mantener las relaciones lógicas y de relacionar la causa y el efecto. Pero parece que su eficacia estaba limitada de alguna manera.

Tal vez se comportaba de forma similar a la gravedad. En principio, los efectos de la gravedad se extendían hasta el infinito. El agujero negro del centro de la Vía Láctea tira de todos los habitantes de la Tierra por medio de la gravedad. Y sin embargo, podemos saltar y movernos sin notar nada de su atracción, porque la fuerza de atracción de la Tierra bajo nuestros pies es mucho, mucho mayor y enmascara todas las demás fuentes de fuerzas gravitatorias. Tal vez, pensó, las relaciones de causa y efecto funcionen de forma similar. Cuando dos estados están fuertemente vinculados, se atraen fuertemente y tienen más influencia entre sí que si solo estuvieran débilmente asociados. La realidad de Maribel Pedreira, el campo de realidad que la rodeaba, casi no tenía puntos de contacto con la realidad de Tarassov. Así, ella podía recordar la conversación anterior sobre el M6, pero el ruso no.

De repente, Maribel se dio cuenta de que la conexión con Rusia seguía abierta. Probablemente Tarassov había estado tan perdido en sus pensamientos como ella en los suyos.

—Señor Tarassov —dijo—, me ha dado una información muy interesante e importante. Voy a necesitar algún tiempo para procesarla y comprender todas sus ramificaciones.

—Yo también —respondió él—. Las consecuencias son tan inescrutables que cada pensamiento se pierde en una niebla de contradicciones.

Maribel suspiró.

—Entonces espero que encuentre una forma de pensar más clara. Si tiene noticias del M6, ¿me llamarás?

—Por supuesto. Que tenga un buen fin de semana.

—Usted también.

Maribel terminó la conexión. ¡Si Tarassov lo supiera! Es decir, si seguía las noticias ya debía saberlo. Mañana se lanzaría en el ascensor espacial.

Se levantó y se estiró. Pero eso era mañana. Hoy era hoy. Sacó del armario su vestido con motivos florales y se lo puso. Luego se puso las sandalias blancas. Si se daba prisa, aún podría comer con su familia.



2 de junio de 2085, Base de las Fuerzas Aéreas de Vandenberg

Derek había encontrado la ubicación perfecta en las imágenes de satélite de un servicio de mapas online. Al sur de la autopista 1 y pasada la Base de las Fuerzas Aéreas de Vandenberg, en el lado derecho había una pequeña salida oculta. Desde la salida, un pequeño camino de tierra corría hacia el noroeste. Terminaba en una meseta natural de terreno público que se alzaba hasta 200 metros por encima de los alrededores. La vista desde allí caía directamente sobre Vandenberg. Desde allí debería ser posible alcanzar su objetivo.

Llegaron a la costa oeste hacia las tres de la tarde. Akif tuvo la idea de pasar el resto del día en Pismo Beach, una bonita pero no demasiado cara ciudad costera al norte de Vandenberg. Aquí, su anticuado vehículo no se notaría tanto entre todos los turistas. Derek compró una toalla grande y un sombrero de paja, se tumbó en la playa y se quedó dormido. Akif y Gita exploraron la ciudad y le trajeron a Derek comida y bebida de vez en cuando.

Fue un hermoso último día en este mundo. Derek no tenía ni idea de dónde estaría mañana, pero intentó no pensar demasiado en ello. Por supuesto, esperaba volver a ver a Mary. ¿Pero cómo podía estar seguro? Tenía que mirar la realidad a los ojos. Las posibilidades de éxito eran ínfimas.

Sin embargo, eso no se aplicaba a la primera parte del plan, hasta el punto de esconderse en el ascensor espacial. Había descargado todos los detalles del proyecto de los archivos de la NASA. Tuvo la suerte de que la NASA, financiada por los impuestos, tuviera que revelar todo lo que sus empleados desarrollaban. Los conocimientos, financiados por los contribuyentes, también estaban a su disposición. Así, Derek sabía exactamente cómo era la cápsula y dónde estaría el lugar perfecto para un polizón. Y también conocía el mayor problema que tendría que resolver: el ascensor espacial estaría precisamente equilibrado en cuanto a peso. Habría problemas si la cápsula pesara de repente 85 kilogramos más. Para que su presencia siguiera siendo desconocida, Derek tendría que reducir de algún modo el peso de la cápsula en la misma cantidad que su peso corporal.

Y ahora había llegado el momento de poner en marcha el plan.



—LA SALIDA APARECERÁ MUY PRONTO —dijo Akif desde el asiento del copiloto.

Estaba rastreando la ubicación del vehículo en su teléfono. Derek se concentró y se esforzó aún más al asomarse frente a ellos. Los faros de la camioneta no estaban bien ajustados y la niebla se había colado en la autopista desde el océano. Vio una señal que indicaba “Nido de Águila”. «Esa debe ser la salida», pensó. Tuvo que pisar a fondo el freno, porque la rampa de salida era más corta de lo que había previsto.

Él giró la camioneta hacia la derecha. El mapa no les había advertido de que habría una puerta. Tuvieron suerte de que estuviera abierta.

—Unos 800 metros más —dijo Akif.

—De acuerdo.

Derek condujo por el camino de tierra. El amplio mirador podría atraer a los amantes, temía, o a los aficionados a los viajes espaciales que quisieran observar las actividades de Vandenberg. Pero no vieron a nadie más. Tal vez la niebla los había ahuyentado a todos.

La meseta se abrió ante ellos. Las luces de la camioneta mostraban un gran número de huellas de neumáticos profundas. Parecía que los vehículos militares pesados también pasaban por aquí con regularidad. «Esperemos que no sea esta noche», rogó Derek. Dirigió la camioneta hacia el lado derecho de la meseta, que tenía un límite de arbustos.

—Bueno, supongo que eso es todo —dijo mientras ponía el freno de mano, la palanca de cambios en punto muerto y apagaba el motor.

—Sí —respondió Akif.

Era una situación extraña. Se conocían desde hacía pocos días y, sin embargo, se habían hecho amigos. Derek tuvo la tentación de cancelar todo. Podrían volver a casa. Vendería la granja y se mudaría a la ciudad. Podría aceptar por fin la invitación de Isaac para probar la deliciosa cocina de su mujer. Akif y Gita seguramente no le dejarían estar solo.

Pero entonces siempre pensaría en Mary, y en la única oportunidad que no había aprovechado. ¿Podría ser feliz en esas condiciones? No lo sabía con seguridad, pero no podía imaginarlo.

—Hora de despedirse —dijo, y quitó las manos del volante.

—Te deseo lo mejor, de todo corazón —murmuró Gita.

—Espero que encuentres lo que buscas —dijo el médico.

Derek se bajó de repente de la camioneta. De lo contrario, se iba a poner a llorar. Eso era lo único que le faltaba. Caminó alrededor y cogió la gran bolsa de viaje de la cama del vehículo. Tenía todo lo que necesitaba, además de su pistola. Dejó caer la bolsa a tres metros de la camioneta, la abrió y sacó un par de gafas de visión nocturna.

Luego se dio la vuelta para volver al vehículo. No se había dado cuenta de que Akif y Gita habían bajado también y estaban justo detrás de él. Había querido darle las llaves de la camioneta

a Gita, pero ella lo abrazó antes de que pudiera sacarlas del bolsillo. Akif la siguió. Derek se limpió un poco de polvo que debía de haberse metido en los ojos y dejó caer un par de lágrimas por sus mejillas.

—¿Me vas a dar las llaves ahora? —preguntó Gita.

Derek volvió a limpiarse los ojos e intentó reírse. Luego, sacó las llaves y se las entregó. El plan que habían elaborado era que Gita aparcara en el aeropuerto local de Santa María. Esperaban que nadie se diera cuenta de que estaba allí, porque la gente que viajaba en avión, sobre todo en su propio avión, tenía que dejar sus vehículos en el aeropuerto. Luego iría a un hotel en el centro de la pequeña ciudad, se registraría en la habitación que había reservado por teléfono con un nombre falso y esperaría a Akif.

Tendría que esperar, porque Derek seguía necesitando la asistencia del médico. Akif se situaría en el borde de la meseta y vigilaría los alrededores con las gafas de visión nocturna, mientras Derek se introducía en la base. Luego, Akif se alejaría en una bicicleta que aún estaba en la plataforma de la camioneta. Dos horas más tarde, debería estar de vuelta en los brazos de Gita.

—Un momento —dijo Derek—, todavía tenemos que descargar la bicicleta.

Con agilidad, se subió a la plataforma de la camioneta, izó la bicicleta y la bajó. Akif la cogió y la dejó en el suelo. Entonces Derek saltó con pies ligeros al suelo desde el portón trasero.

—Te mueves con agilidad —dijo Akif.

—Yo también estoy un poco sorprendido —dijo Derek—. Supongo que todo ese entrenamiento militar es difícil de olvidar.

—¿Todavía me necesitas? —preguntó Gita.

—Por supuesto —respondió Akif—, pero no durante unas horas.

—Muchas gracias, Gita —dijo Derek—. Me alegro mucho de que nos hayamos hecho amigos.

Le abrazó por última vez.

—Buena suerte —exclamó—. Espero que nos volvamos a ver alguna vez.

Derek sintió un nudo en la garganta. ¿Por qué había conocido a estos dos hace solo unos días? ¿No podían haberse conocido antes? El destino actuaba de forma extraña.

—Ten cuidado —dijo—, no quiero que te pase nada malo por mi culpa. Si te atrapan, échame la culpa de todo. Di que estaba confundido, trastornado, que te amenacé con mi arma. Mis registros les mostrarán que he sido entrenado para matar.

—Sí. Un loco nos secuestró. Eso debería funcionar —contestó Gita.

Se separó del abrazo y lo miró como si estuviera memorizando su rostro. Luego dio un paso más hacia él, se puso de puntillas y le plantó un beso en la mejilla.

—Buena suerte, amigo —le dijo. Luego se dio la vuelta rápidamente y se dirigió a la puerta del conductor.

Derek la observó mientras se limpiaba unas cuantas lágrimas de la cara. Luego subió, arrancó

el motor y se alejó en un arco que se desvanecía lentamente en la oscuridad.

Derek sacó su teléfono del bolsillo para comprobar la hora. Era poco más de medianoche.

—Bien, es hora de ponerse a trabajar —dijo—. Ya no debería haber civiles fuera, solo guardias. —Le entregó las gafas de visión nocturna a Akif.

—Buscaré un buen lugar para instalarme —respondió el médico.

—Estaremos en contacto por radio —dijo Derek—. Deberíamos probarla primero. —Sacó el auricular del bolsillo de su pantalón y se lo puso en la oreja. Luego pulsó el botón de envío del *walkie-talkie* y le susurró algo.

—Puedo oírte alto y claro —dijo Akif. Luego susurró algo al *walkie-talkie*.

—Recibido —respondió Derek—. Podemos oírnos mutuamente. Este tipo de misión es mi especialidad.

Akif le dio una palmada en el hombro.

Derek se dio la vuelta y desapareció en dirección al borde de la meseta.



SE ENCONTRABA SOLO. No hacía tanto tiempo que le gustaban estos momentos, después de que todos los demás se hubieran ido. Pero ahora se sentía más perdido que nunca. Derek se agachó y abrió su bolso. Las cosas eran diferentes ahora, porque esta vez tenía un propósito. Iba a realizar una expedición, aunque solo fuera de polizón. Sacó de la bolsa un uniforme de las Fuerzas Aéreas. Qué suerte que había elegido alistarse en las Fuerzas Aéreas, hace tiempo. Se quitó la ropa de calle y se puso el uniforme. Le cambió. Lo sintió en sus entrañas. El granjero se había convertido de nuevo en un soldado. «El hábito hace al monje», decía el refrán. Se colocó la gorra de servicio en la cabeza y cambió las zapatillas de tenis por unas botas militares negras. Luego se echó a la espalda la pequeña mochila con el equipo y el diseño especial de su época de guerra. Solo la había traído de casa por razones de nostalgia. Por último, se puso el cinturón, comprobó la funda y luego deslizó su pistola dentro.

Solo necesitaba el arma para mantener a raya a sus compañeros de viaje. No pensaba utilizarla en ningún caso. Si fuera necesario, ya habría perdido. Tendría que entrar en la base sin ser visto. No podía arriesgarse a que nadie sospechara. En la base había unos cuantos miles de soldados, así que nadie conocía a los demás. Pero el equipo que estaba vigilando la valla en ese momento se conocería, al igual que los soldados a los que se les había ordenado vigilar el ascensor espacial hoy. Después de la alarma de ayer, es probable que la atención de los guardias sea menor hoy, pero aún podría ser difícil.

—¿Tienes algo para mí ya? —preguntó Derek a Akif por radio.

—Veo dos grupos que están patrullando juntos la valla, por el interior. Podrías tener unos cinco minutos entre las patrullas.

La valla exterior estaría sin duda cargada eléctricamente y equipada con sensores de

movimiento. Los intervalos entre las patrullas se calcularían de forma que un intruso nunca tuviera tiempo suficiente para desactivar los mecanismos de protección. Derek corrió hasta el borde de la meseta e inició el descenso. Llegó a un pequeño arroyo en la parte inferior. Lo cruzó de un salto y se adentró en un denso bosque. Más allá del bosque había un campo abierto, con la valla situada en el centro. El bosque estaba tan densamente poblado que no pudo evitar chocar con las ramas. Así que tendría que moverse de forma que no llamara la atención, aunque causara un poco de ruido. Se puso de rodillas y se arrastró por la maleza como un cerdo salvaje. Si alguien miraba a través de una cámara de infrarrojos y lo veía, esperaba que pensara que era un animal.

Llegó a la zona abierta que estaba cubierta de hierba escasa y dura.

—¿Cómo va, Akif?

—La siguiente patrulla llegará dentro de un minuto.

Derek se agachó, se quitó la mochila del hombro y no se movió. Nadie esperaba un intruso hoy, esa era su gran ventaja.

—Todo despejado. La patrulla se ha ido —informó Akif poco después.

Derek metió la mano en su mochila y activó el primer dron, luego el segundo. Flotaban sin hacer ruido a su lado. Caminó deliberadamente hacia delante. Los dos drones le protegían de ser detectado por los sensores de movimiento. Con la ayuda de metamateriales, habían creado un manto a su alrededor que lo hacía invisible a ciertas longitudes de onda; más exactamente, la radiación en esas longitudes de onda era guiada a su alrededor. Pero no funcionaba con la luz visible. Si un soldado aparecía y lo veía, estaba perdido.

—Cuatro minutos —dijo la voz de Akif en su auricular.

Derek no podía avanzar demasiado deprisa, o los drones no podrían igualarle paso a paso. Debían permanecer a la altura exacta para que él permaneciera en el centro del campo de invisibilidad. Derek colocó cuidadosamente un pie delante del otro. Un observador podría pensar que estaba paseando tranquilamente hasta la valla.

—Tres minutos —informó Akif—. Un poco más a la izquierda, entonces tendrás algo de cobertura después de la valla.

Derek siguió la instrucción. Necesitaría esconderse una vez que llegara a la base.

—Dos minutos.

La valla estaba justo delante de él. Derek permaneció de pie. Podía oler el aire ionizado del alto voltaje que atravesaba la valla. Estaba enterrada al menos a dos metros de profundidad, así que sería inútil intentar pasar por debajo de la valla. Tampoco había tiempo suficiente para ello. Rápidamente, sacó un palo de su mochila y puso sus pies alrededor de él. Se trataba de un palo saltarín que podía lanzar a una persona unos metros en el aire sin hacer ruido utilizando la energía eléctrica de la descarga rápida de una batería de gran capacidad. Solo lo había probado una vez, y aunque el lanzamiento no generaba casi ningún ruido, el aterrizaje podía ser mucho más ruidoso.

—Noventa segundos—dijo Akif—. Cobertura a las once en punto. A tres metros de distancia.

Derek se giró ligeramente hacia la izquierda. Comprobó la posición de los drones. Esperaba que pudieran seguirle con bastante facilidad por encima del muro. Los sensores de movimiento no deberían estar activos dentro de la valla, así que los desactivaría una vez que estuviera dentro. Entonces pulsó el botón de encendido del palo y ¡voló! Se agarró fuertemente al palo con las piernas. No quería que se cayera o haría mucho ruido. Con las manos intentó dirigir su vuelo. Vio que algo gris se acercaba a él. Debía ser un pequeño edificio. Rápidamente cambió el peso de su cuerpo y pudo moverse lo suficiente para bajar a la izquierda del edificio. Derek se preparó para el impacto. Apretó la barbilla contra el pecho. Vio el suelo. Olió la hierba húmeda y cayó al suelo con un ruido sordo, rodando hasta detenerse en la hierba. Se colocó rápidamente contra la pared del edificio y escuchó.

El silencio. Esperaba no haber levantado las sospechas de nadie. Hizo una señal a distancia para que los drones aterrizaran y esperó.

—La patrulla estará en su posición en 30 segundos. No han cambiado su ritmo.

Bien. Se apretó contra la pared. Dos soldados pasaron junto a él a solo dos metros de distancia. Hablaban de mujeres. «Mi nueva novia tiene unas tetas enormes», presumía uno de ellos. Derek tuvo que reprimir una carcajada. Si supieran que alguien ha entrado en su base delante de sus narices.



PERO ESO FUE SOLO EL PRINCIPIO. Derek inspiró profundamente y lo dejó salir. Hizo una señal para que sus drones volvieran a él. Uno tras otro aterrizaron en su mano extendida. Volvió a guardarlos, junto con el palo, en su mochila, ya que esperaba no dejar ningún rastro de haber estado allí. No quería que nadie descubriera que alguien había estado aquí antes del lanzamiento previsto para la mañana siguiente.

—¿Qué ves, Akif?

—Muy poca actividad. Seguro que la mayoría de los soldados están durmiendo. Se están acercando fuera de mi alcance, pero creo que podremos mantener el contacto hasta que estén a bordo. Hay algunos barracones y otros edificios delante de ti que no puedo ver. Tu objetivo está a la una, así que al oeste-suroeste. Tendrás que encontrar el mejor camino por ti mismo.

—Entendido.

Estaba dentro de una base militar, pero llevaba el uniforme adecuado y conocía todos los protocolos y procedimientos militares correctos. Si podía alejarse con seguridad de la valla, sería más peligroso para él seguir arrastrándose por los bordes. Tendría que salir al exterior, con total normalidad, para que cualquier encuentro fortuito no le hiciera sospechar. Seguramente se haría más difícil cuando se acercara al ascensor espacial. Seguramente el acceso a él solo estaría

permitido a quienes tuvieran una autorización especial.

Derek caminó en silencio por la hierba. Llegó a un camino de tierra. Inmediatamente giró a la derecha, como si ya supiera a dónde iba. A su izquierda y a su derecha había barracas de una sola planta. Parecían almacenes, no viviendas. La pista terminaba en una carretera asfaltada. Giró hacia la izquierda, dirigiéndose siempre más o menos hacia su objetivo. Un camión se acercó a él, viajando en dirección contraria. Justo antes de pasar, el conductor encendió las luces y saludó. Derek le devolvió el saludo.

Luego pasó por delante de un edificio de dos plantas pintado de blanco con un gran logotipo de la NASA. Había una luz encendida en una de las ventanas. Tal vez fuera uno de los miembros de la tripulación de la misión del ascensor espacial el que estuviera sentado allí. Derek pensó si debía cambiar el plan. Podría entrar y tomar a la persona como rehén. Pero nunca se les permitiría subir al ascensor, así que eso sería demasiado arriesgado.

Pasó por la entrada del edificio y llegó a una intersección. Esta vez giró a la derecha. Alguien en una bicicleta eléctrica se acercaba por el otro lado de la calle. Era un hombre, y estaba cantando. Cuando se acercó, Derek pudo ver que el soldado estaba borracho. Derek esperaba evitar que le pillaran. Por lo visto, el riesgo de ser atrapado debía ser relativamente bajo a esas horas si los soldados se movían borrachos por la base. Esperaba que eso también fuera cierto para un intruso como él.



EN EL SIGUIENTE CRUCE, Derek siguió caminando en línea recta.

—¿Qué te parece por aquí? —preguntó por la radio.

Akif podía seguir su posición en la pantalla del mapa de su teléfono.

—Muy bien. Si giras a la derecha después de la siguiente manzana, la plataforma de lanzamiento debería estar justo delante de ti.

—¿Hay alguien allí ahora mismo?

—Lo siento, pero no puedo decirlo. Ten cuidado.

—Entendido.

Se ajustó la mochila y caminó con determinación hacia la intersección que Akif había mencionado. Al principio, el edificio de al lado le bloqueó la vista, pero luego lo vio: una plataforma anodina con una cápsula aún más anodina encima. El camino que conducía a ella estaba bloqueado. En el camino había carteles que decían «Zona restringida - Solo personal autorizado».

Derek consideró brevemente sus opciones, y luego decidió buscar otro camino. Siguió caminando en línea recta. De nuevo, un edificio bajo le impidió ver la plataforma. Detrás de él, un estrecho camino de tierra se adentraba en la oscuridad. Se dio la vuelta, pasó rápidamente a la modalidad de sigilo y comenzó a bordear el lateral del edificio. Estaba seguro de que no era el

tipo de camino por el que alguien debería caminar de noche.

Entonces oyó unos pasos. Eran irregulares, así que tenían que ser al menos dos personas. Se escondió detrás de un árbol. Pasaron dos hombres y luego olió el humo de un cigarrillo. No se habían percatado de nada, ya que estaban inmersos en una conversación.

Esperó un poco y siguió adelante. Giró a la derecha y se adentró en la maleza cuando decidió que debía haber pasado la plataforma. Ahora su avance era muy lento, porque tenía que comprobar con precisión cada rama individual y mantenerse alejado de cualquiera que pensara que pudiera hacer ruido.

Entonces el bosque terminó. Delante de él había una zona llana, sin árboles ni arbustos, y más allá estaba la plataforma. Pudo ver la cápsula. Su escotilla de entrada estaba en el lado que daba a él. Eso era bueno.

Derek miró a su alrededor. Sacó las gafas de visión nocturna. No hay señales de vida. Al parecer, los dos hombres de antes eran la única patrulla en esta zona. Habían pasado por delante de él hace probablemente 20 minutos. Así que le quedaban al menos diez minutos hasta que volvieran a estar a la vista. Se quitó las gafas: tenía que aprovechar la oportunidad.

Agachado, Derek corrió por la zona llana. Se subió a la parte trasera de la plataforma. Solo había unos dos metros hasta la cápsula. Esperaba que nadie estuviera trabajando en los instrumentos en ese momento. Llegó a la escotilla y la abrió lo más silenciosamente posible. Al igual que la cápsula del cohete New Shepard, estaba abierta. El interior estaba oscuro. Perfecto.

Cerró la puerta tras de sí y se puso las gafas de visión nocturna para poder orientarse. Había trajes espaciales en dos cajas largas y planas que parecían ataúdes. Tendría que sacar dos de esos trajes, o mejor tres, de la cápsula, para compensar su peso añadido. Pero primero tendría que esconderse, porque la patrulla no tardaría en volver. Se apretó contra los trajes en una de las dos cajas.

Demasiado tarde recordó que había dejado su mochila junto a la escotilla de entrada. De repente, volvió a oler el humo del cigarrillo. Quiso desesperadamente abrir la caja para tomar aire fresco, pero sabía que no podía. Los dos soldados debían estar dentro de la cápsula. De repente, un brillante rayo de luz entró en la caja a través de los huecos de los bordes de la misma. Habían encendido la luz interior. Luego, el rayo de luz desapareció tan rápido como llegó. No debieron darse cuenta de su mochila. Su suerte continuaba.

Esperó unos minutos y volvió a salir de la caja. Derek miró sorprendido a su alrededor, con una sensación de temor que crecía en su interior. Su mochila había desaparecido. Mierda. Tenía que mantener la calma y pensar en esto. Los soldados lo habían notado, pero no se habían dado cuenta de lo que significaba y no habían dado la alarma. Tal vez pensaron que un técnico la había dejado atrás. Solo podía esperar que siguieran pensando eso. En cualquier caso, tenía que actuar con rapidez. Cogió uno de los trajes espaciales y lo sacó de la cápsula. Para asegurarse de que nadie viera los trajes, tendría que esconderlos en el bosque. Llevó un traje a los árboles y luego volvió con otro, pero por un camino diferente, para que sus huellas no fueran demasiado

perceptibles.

Entonces llegó el momento de volver a esconderse. La patrulla llegó justo a tiempo. Observó cómo se encendían y apagaban las luces. Luego llevó el tercer traje espacial a un escondite en el bosque. Por fin no estaría demasiado apretado dentro de cualquiera de las cajas que eligiera. Era una estupidez que su mochila ya no estuviera, porque también había guardado todas sus provisiones. Pero podía aguantar sin comida ni agua hasta la mañana. Solo tenía que tener cuidado de que sus ronquidos no fueran demasiado fuertes, porque podrían ser oídos por una patrulla. Así que se puso el traje espacial que le quedaba, selló el casco y se metió en la caja vacía más alejada de la entrada.

—Buenas noches, Akif —dijo en el micrófono—. Misión cumplida. Gracias por vuestra ayuda.

—¡Lo has conseguido! Genial —exclamó el médico turco—. Ahora me marcho con Gita. Buena suerte.

—Salúdala de mi parte.



3 de junio de 2085, Ceres

M6 HABÍA VISITADO OCHO VERSIONES DIFERENTES DE CERES EN LAS ÚLTIMAS 24 HORAS DEL TIEMPO TERRESTRE. En general, aquel tenía el mismo aspecto que los demás, y todos se parecían al lugar de donde procedía originalmente: el cielo era negro, las estrellas eran frías y aparentemente inamovibles, y justo al lado de su plataforma estaba el final de la grieta. Pero los datos que descargó a través de la Red de Espacio Profundo mostraron diferencias significativas. En cada caso, la Tierra había existido efectivamente, pero el número de contradicciones casi se duplicaba con cada salto. Tras el último salto, notó una diferencia especialmente extraña: en lugar de un presidente francés, los documentos se referían a un canciller francés, aunque nada más del gobierno de Francia parecía haber cambiado. Sin embargo, nadie más parecía haber notado el cambio, porque todos habían desarrollado una nueva lógica interna. Los franceses creían que solo era un título tradicional que se había adoptado tras la Segunda Guerra Mundial con Alemania, que desde entonces se había convertido en su aliado.

Pero el verdadero problema no eran esas pequeñas discrepancias. Las contradicciones en los datos sugerían que la grieta estaba dañando cada vez más los fundamentos de la realidad. El M6 había encontrado desviaciones repentinas, incluso en algunas leyes de la naturaleza. Es de suponer que aparecían porque la lógica de causa y efecto no podía compensar alguna contradicción de otra manera. Todavía eran minúsculas, pero si crecían, podían llevar al colapso de todo el universo.

Bastaría, por ejemplo, con que la fuerza nuclear fuerte cambiara de forma que los núcleos de los átomos ya no pudieran mantenerse unidos. Inmediatamente, el caos cuántico, que siempre está presente en el nivel cuántico, se extendería a órdenes de magnitud superiores, y el caos abrumaría y gobernaría todo el universo. M6 fue comprendiendo poco a poco por qué la teoría cuántica se limitaba a su diminuto dominio: si no fuera así, nunca podría haber un universo estable. Y aparentemente era la lógica de la causa y el efecto la que mantenía todo unido e impedía que el régimen cuántico se apoderara del mundo.

La grieta no era un fenómeno interesante e inofensivo. Llevaba la semilla de la destrucción en su interior. M6 evaluó lo que había aprendido y lo extrapoló al futuro. Si las contradicciones

seguían creciendo como hasta entonces, la totalidad de todas las realidades, el multiverso, se ahogaría en un caos total en unas semanas de tiempo terrestre. Y entonces llegaría el momento en que toda la materia se desintegraría por completo. El universo terminaría como una sopa caliente de partículas cuánticas en la que nada podría sobrevivir.

A M6 no le gustó la idea, porque su propia existencia también terminaría. Su centro de recompensa protestó con impulsos negativos. Pero también había otra razón. Sentía cierto agradecimiento por sus creadores. Este sentimiento le motivó a pensar en posibles soluciones de rescate. Solo necesitó 0,6 nanosegundos, unos pocos ciclos de reloj de su procesador principal, para reducir sus opciones a una sola: deshacerse de la grieta. Curiosamente, M6 notó que se arrepentía de ello. La grieta era un fenómeno extremadamente fascinante que le hubiera encantado seguir estudiando. Pero el tiempo era escaso. Los hilos de la historia de muchos de los mundos del multiverso que había visitado ya se habían anudado inextricablemente.

Pero ¿cómo podía deshacerse de algo en lo que nunca había penetrado del todo? Debía encontrar la causa de su origen. Una vez más, M6 revisó los datos característicos de los universos individuales que había descargado. Debían tener rasgos en común, algo, un punto concreto en el que habían empezado a divergir unos de otros. La búsqueda se complicaba por el hecho de que no podía saber si algo había sucedido realmente o simplemente había sido revuelto por la grieta. M6 desconectó todos los componentes innecesarios. Quería encontrar la causa lo antes posible, y para ello necesitaba toda su capacidad de procesamiento.



3 de junio de 2085, Base de las Fuerzas Aéreas de Vandenberg

—BUENO, hora de irse —dijo Glen Sparrow.

Nunca había parecido tan cansado y ojeroso como en ese momento. Hacía una hora que habían llegado a su oficina en Vandenberg para discutir los últimos detalles de su viaje. Maribel se alegró de volver a ver por fin a George Crewmaster. Él le había enseñado mucho sobre astrofísica y siempre la había apoyado. El reencuentro había animado notablemente el ambiente de la sala, ya que ella había estado de mal humor después de despedirse con dificultad de su familia aquella mañana.

Luisa se había enterado de alguna manera de que su madre se iba hoy a una gran aventura. Había exigido ir con ella a ver. Maribel no había dicho que no, pero Chen estaba en contra. Luisa se había dado cuenta de las diferentes respuestas de sus padres y los había enfrentado con pericia. Finalmente, la decisión de que tendría que quedarse con su padre había sido la gota que colmó el vaso y provocó una enorme y prolongada crisis que hizo que Maribel se sintiera aturdida y se cuestionara si estaba haciendo lo correcto.

—Parece que hoy no estás del todo bien —le dijo Eigenbrod—. ¿Problemas en casa?

Maribel asintió.

—Sería muy largo de explicar.

—Entiendo —dijo el francés—. Yo también tengo hijos, ya sabes. Pasamos por momentos difíciles. Todo saldrá bien.

Sonaba a tópico, pero aun así ayudó a Maribel a sentirse mejor. Además, había llegado justo a tiempo, porque en ese momento Glen abrió la puerta de entrada al edificio de oficinas. Delante les esperaban los periodistas, que no desaprovecharon la ocasión para empezar a lanzarles preguntas tan rápido como pudieron.

—Por favor, esperen a la rueda de prensa —repetía Glen una y otra vez.

Maribel se preguntó por qué se había permitido a esos periodistas reunirse aquí. ¿No era el objetivo de utilizar una base militar para proporcionarles protección y privacidad frente al público?

Pensó en Arthur. Probablemente todos sus colegas estaban celosos de él, ya que llevaba el

mismo traje azul que Maribel y Glen, pero el suyo llevaba un parche en el que se leía ESA, la Agencia Espacial Europea, en lugar de NASA. Maribel ni siquiera sabía que los europeos les estaban ayudando de alguna manera. Seguramente eso no había ocurrido sin que ellos contribuyeran al presupuesto total. George, que debía de tener casi la misma edad que Eigenbrod, presentaba una impresión bastante más apta con su traje azul que la periodista.

Caminaron por el edificio de oficinas, con la multitud de periodistas detrás de ellos, giraron a la derecha y llegaron a una barrera. Dos policías militares vigilaban el andén. Solo podían pasar los cuatro miembros del equipo.

—Responderemos a sus preguntas en quince minutos —anunció Glen a la multitud que intentaba seguirles—. Gracias por su paciencia.

Una grúa acababa de descargar un aseo portátil justo al lado de la entrada de la cápsula. Glen hizo algunos gestos frenéticos con la mano indicando que la grúa debía alejarse del cable. Maribel había sugerido que instalaran un orinal portátil esta misma mañana. Así podrían hacer sus necesidades antes del lanzamiento. Como adulta, la idea de vaciar la vejiga en un pañal no le gustaba.

Entonces un soldado se acercó a Glen y le tendió una mochila negra.

—Señor, esto se encontró en la cápsula anoche.

Glen le echó un vistazo rápido.

—Nunca la había visto —dijo—. Tal vez uno de los trabajadores la dejó allí. Tíralo.

—¿Y si contiene explosivos?

—Si hay algo que sabemos después de ayer, soldado, es que no hay explosivos en un radio de cinco kilómetros de aquí.

—Es cierto, señor —respondió el soldado y se alejó, llevándose la mochila.

—¿Y ahora qué? —preguntó Maribel.

—El plan es que nos aclimatemos un poco al sitio donde vamos a pasar las próximas horas. Luego, en unos 15 minutos, saldremos a hablar con la prensa. Y después empezaremos la fase de lanzamiento de una hora.

Maribel recorrió la cápsula. Ahora, con cuatro personas y todos sus instrumentos a bordo, el interior era mucho más estrecho que durante su primera visita. De los seis asientos, dos estaban ocupados por el equipaje que había sido abrochado cuidadosamente. Maribel eligió el asiento situado en el extremo exterior, justo delante de la pared divisoria transparente, detrás de la cual pasaba el cable. Ajustó el respaldo hacia delante. En el suelo, frente a la pared, había una caja del tamaño de un ataúd que también debía de estar recién cargada en la cápsula.

—Yo no pedí esto —dijo Maribel, señalando un segundo contenedor similar al otro lado.

Glen se obligó a pasar por delante de Arthur y George, se colocó junto a ella y miró la caja.

—Ah, sí, ahí están nuestros trajes espaciales. Espero que no los necesitemos. ¿Quieres probarte uno?

—No, gracias —respondió Maribel—. Prefiero aprovechar el tiempo para revisar mis

instrumentos.

—Buena idea. Ayer revisé los trajes yo mismo, pero no tu equipo. No quería estropear nada —dijo Glen.

La rueda de prensa iba a empezar enseguida. Realmente no tenían mucho más tiempo. Maribel saludó a su antiguo profesor.

—George, ¿podrías echarme una mano para revisar los instrumentos? —preguntó.

—Bien, empezaré por aquí —respondió él.

Los diversos instrumentos habían sido distribuidos aleatoriamente por la cápsula, allí donde los técnicos habían podido encontrar espacio para ellos. No se podían utilizar todos a la vez, porque no había suficiente energía.

La cápsula elevadora nunca se había diseñado como estación de investigación. El plan de Maribel había sido colocar los instrumentos uno tras otro frente al ojo de buey con la mejor vista de la grieta y luego registrar sus mediciones. Podía captar espectros en varios rangos, medir campos electromagnéticos e incluso analizar sustancias. Para ayudar en estas tareas, había una pequeña grúa con una pinza extensible. Sin embargo, para utilizarla tendrían que abrir la escotilla, lo que haría mucho frío dentro de la cápsula. Pero esa era una de las razones por las que llevaban los trajes espaciales a bordo.

Maribel inició las rutinas de autocomprobación de varios de los instrumentos de medición, uno tras otro. Todos ellos informaron de que estaban en perfecto estado de funcionamiento. George también avanzó rápidamente. Cuando Glen les dijo a todos que era el momento de la conferencia de prensa, Maribel se sentía muy a gusto con la misión.



DESPUÉS DE LA CONFERENCIA, su estado de ánimo colectivo se había deteriorado considerablemente. Por supuesto, había algunos periodistas que dudaban de la utilidad de su misión y se quejaban de que solo estaban malgastando el dinero de los contribuyentes. Para ellos, la desavenencia era obviamente inofensiva. Otro periodista había calificado la inclusión de Eigenbrod como una maniobra de relaciones públicas y un riesgo para la seguridad. Pero otros habían hecho preguntas buenas y perspicaces, como por ejemplo por qué nadie había hecho pruebas para ver qué pasaría si se lanzaba un objeto a la grieta.

Si dependía de Maribel, sabrían la respuesta a esa pregunta en dos o tres horas. Pero primero necesitaban un lanzamiento exitoso.

La cuenta atrás acababa de empezar: faltaba casi una hora para el despegue. Se sentó en su asiento, recta como un neutrino, y se probó los cinturones de seguridad. Cuando se abrocharon, las hebillas emitieron un sonido sólido, muy satisfactorio y ajustado, como en un vehículo de lujo. Glen se paseó de un lado a otro, dando pequeños y apresurados pasos. «¿Es posible que esté nervioso?», se preguntó. «¿Hay algún motivo de preocupación? Después de todo, él es quien

mejor conoce el estado del ascensor espacial».

—Glen, ¿va todo bien? —preguntó.

Él se detuvo brevemente.

—¿Parezco nervioso?

Maribel asintió.

—Bueno, eso es porque lo estoy. Pero no hay razón para alarmarse.

—Nuestro jefe de misión está nervioso, pero ¿no debemos preocuparnos?

—Es por lo de ayer. Pasó tanta gente por aquí buscando bombas, que temo que hayan roto algo.

—¿Es eso factible?

—No, en realidad no. Lo cierto es que hay muy pocas cosas que puedas dañar accidentalmente.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Maribel en tono maternal—. Te estás poniendo nervioso innecesariamente. Acabamos de revisar nuestros instrumentos y están todos bien.

—Gracias, Maribel —exclamó Glen. Reanudó su paso, pero al menos ahora era un poco más lento.



A 40 MINUTOS DEL DESPEGUE, Glen se dio una palmada en la frente y, luego, rebuscó en una bandeja que sacó de debajo de su asiento.

—Quería repartir esto —dijo, sosteniendo un par de voluminosos paquetes. Entregó uno a cada uno.

Maribel abrió el suyo. Al mirarlo detenidamente, se dio cuenta de que era un pañal, similar a los que había usado para su hija cuando era pequeña, pero el que tenía ahora en la mano era mucho más grande.

—¿Tenemos que llevarlos? —preguntó.

—Es decisión tuya —dijo Glen—. Pero ahora mismo, con el baño fuera, todavía hay una oportunidad para que te lo pongas sin que nadie te mire. Estaremos aquí durante varias horas, y cuando tengas que irte...

Buen argumento. Maribel dobló el pañal para que ninguna de las cámaras de fuera la viera con él. Luego, salió y entró en el baño portátil. Cerró la puerta tras ella. Oía a productos químicos. Se metió el pañal bajo el brazo y se bajó los pantalones del traje. Luego se puso en cuclillas sobre el borde, vació la vejiga y se limpió.

Volvió a desplegar el pañal y se lo puso alrededor de las piernas y las caderas. El material era frío y suave, casi como el plástico. Se abrochó el pañal con las tiras adhesivas y volvió a subirse los pantalones. Ahora deseaba tener un espejo. Si no, ¿cómo podría saber si el pañal se notaba? «Por la sensación que da al colocarlo», pensó, «cualquiera comprenderá que lo llevo puesto».



—T MENOS 25 MINUTOS.

Era, por supuesto, completamente diferente ver un lanzamiento desde fuera que estar sentado en una cápsula metálica que pronto iba a subir al cielo sobre una cuerda imposiblemente fina.

—Los chinos nos han dado el visto bueno final —dijo Glen, que estaba en contacto permanente con la tripulación en la sala de control.

—No parece aliviado —comentó George.

—Odio cuando no tengo ningún control sobre algo, cuando dependo de otras personas —respondió Glen.

Maribel se removió nerviosa de un lado a otro. «¿Por qué tengo que abrocharme el cinturón si la cápsula va a subir hacia el cielo como si me levantaran en un sillón? ¿Quizá no todo es tan seguro como Glen lo ha hecho parecer?», se dijo.

—En realidad, ¿qué podría salir mal? —inquirió.

—Una pregunta interesante —dijo Arthur—, pero quizá este no sea el mejor momento para hacerla.

Alguien tosió detrás de Maribel. Hubiera tenido que desabrocharse el cinturón para darse la vuelta y mirar. Probablemente fuera alguien del exterior de la cápsula. Pero le dio la impresión de que sonaba cerca.

—Absolutamente nada —respondió Glen—. Si hubiera algo que supiéramos que podía ir mal, lo habríamos arreglado. O no estaríamos sentados aquí ahora.

—Como físico, tengo que aclarar que nuestro conocimiento nunca es completo —dijo George Crewmaster—. Sin duda, hay circunstancias que podrían surgir y que hacer que esta misión fracasara.

—Sé que no podemos conocer todos los problemas posibles —dijo Glen—, y si fuera por mí, tampoco tendríamos que conocerlos nunca.

—Hay cosas de las que solo nos enteramos *a posteriori*, cuando examinamos una pieza que ha fallado y descubrimos que se había vuelto frágil de repente.

—Gracias, George —dijo Maribel—. Eso *no* es lo que quería oír.

—De nada. El maestro tiene que decir algunas verdades incómodas, a veces.



—¿CUÁNTO falta? —preguntó Maribel.

—Eso es lo que siempre preguntaban mis hijos cuando íbamos a casa de su abuela en Acción de Gracias —dijo George.

—Mi hijo también, cuando estábamos atascados en el tráfico de la autopista a Marsella —dijo Arthur.

—T menos 10 minutos.

El anuncio de la cuenta regresiva respondió a su pregunta. Maribel volvió a notar que no se había preparado para la espera.

—¿Qué crees realmente que es la grieta, George? —preguntó. Le resultaba extraño hablar con su mentor por su nombre de pila. Lo conocía desde que era estudiante y siempre pensaba en él como el profesor Crewmaster, no como George.

—Oh, eso nos llevaría mucho más tiempo que los diez minutos que nos quedan —respondió él.

—Eso es lo que esperaba. ¿Y?

—Creo que está hecho, simplemente, de nada.

—¿En serio?

—Bueno, no puedo demostrarlo. Pero tus descubrimientos y los de otros científicos han demostrado claramente que no puede ser alguna forma de materia conocida o desconocida. Y luego su forma, ¡una franja bidimensional en el espacio! Ningún objeto natural podría salirse del tiempo y del espacio de esa manera.

—Todavía no estamos totalmente seguros de eso. Aún no nos hemos acercado tanto como para confirmar que no tiene una dimensión de profundidad —dijo Maribel.

—Incluso ahora no nos vamos a acercar mucho. Tendríamos que demostrar que la grieta es más pequeña que una longitud de Planck —dijo George.

—¿Longitud de Planck? Por favor, disculpe a este ignorante periodista —exclamó Arthur.

—Es la longitud más pequeña posible que se puede medir —explicó Glen—, hasta cierto punto la dimensión en la que el espacio ya no parece continuo, sino que está dividido en pequeños trozos. Una longitud de Planck es muy, muy corta.

—¿Y cómo demostrarían entonces que la grieta era más pequeña que una longitud de Planck? —se interesó Arthur.

—Buena pregunta —dijo Crewmaster—. Ese es exactamente el problema.

—¿Y cómo lo resolvemos? —preguntó Arthur.

—Ni idea —admitió el profesor—. Pero tampoco es tan importante.

—Oh, entonces, ¿qué crees que es importante? —preguntó Maribel.

—Tenemos que averiguar cómo podemos cerrar esta cosa.

Eso, sin embargo, no era una novedad para Maribel, y debería haber estado claro para todos los demás pasajeros cuando aceptaron ir a esta misión.



DURANTE UNOS INSTANTES, todos se perdieron en sus propios pensamientos. Maribel subía y bajaba los brazos y luego las piernas, para que no se le durmieran. «Vamos a necesitar reclinar los asientos», pensó, «por lo que nos están haciendo esperar».

—Por qué creéis que es tan importante cerrar la grieta —dijo Arthur, rompiendo finalmente el silencio—. No entraña ningún peligro, ¿verdad?

—¿Quieres la versión oficial? —preguntó Glen—. Eso es la única que puedo contarte. Y puedes citarme en ella.

—Oigámosla.

—Bueno. Es mala para la economía. La productividad está disminuyendo, estamos entrando en una crisis económica. La grieta pende sobre todas nuestras cabezas, y la gente se siente amenazada por cosas que no comprende bien.

—Vale, ya he oído esa versión —dijo Arthur—. ¿Y la no oficial?

—¿Quieres explicarlo tú, Maribel? —preguntó Glen.

Maribel negó con la cabeza.

—Me gustaría escuchar lo que George tiene que decir al respecto.

—De acuerdo —respondió el jefe de la tripulación—. Siguiendo con mi idea de antes, la de que la grieta está hecha de nada, hay dos posibilidades. En primer lugar, tal vez no interactúa con nuestro mundo en absoluto, pero la radiación Hawking de sus bordes contradice claramente esa posibilidad. En segundo lugar, quizá las cosas caen en ella de vez en cuando y todo lo que desaparece en la grieta se borra por completo de nuestra realidad. Para un par de moléculas de aire, eso no sería un problema. Pero ¿qué pasaría si una persona desapareciera en la grieta? Entonces, de repente, sus hijos y los hijos de sus hijos y todos los recuerdos de dicha persona se borrarían de nuestro mundo.

—¿No nos daríamos cuenta? —preguntó Arthur—. No, perdón, retiro lo dicho. No notaríamos nada porque esa persona ya no forma parte de nuestra realidad. Sería como si nunca hubiera existido.

—Exactamente —dijo Crewmaster.

—Tengo que rebatir algo que acabas de decir, George —intervino Maribel—. Y es sobre las moléculas de aire. Cada átomo individual nació en el Big Bang o después en una estrella. Si de repente desapareciera en la nada, también tendría que borrarse de la historia del universo. Eso podría afectar al desarrollo de todo el espacio. Para que el sistema solar se fusionara en una masa, en algún momento, un átomo individual debió ser el desencadenante de todo eso. Si ese átomo se borrara repentinamente de la historia, el sistema solar nunca se habría formado.

—Ese es un buen razonamiento lógico —dijo Crewmaster—, pero no creo que sea relevante. Simplemente hay demasiados átomos. El riesgo de que, de todos los átomos, el que fue responsable de la creación del sol caiga en la grieta es muy, muy bajo.

—¿Y si fuera el átomo que luego formó la semilla de nuestro planeta Tierra? —dijo Maribel.

—La respuesta sería la misma.

—No pasa nada si no os ponéis de acuerdo —dijo la periodista—, pero ¿habría al menos alguna forma de demostrar que algo desapareció?

—Eso sería difícil —afirmó el profesor—. Si arrojamos algo a la grieta y desaparece,

entonces es que nunca estuvo allí, y tampoco sabríamos que existió.

—Quizás esa sea también la razón por la que parece que nadie ha intentado enviar nada a la grieta —dijo Maribel—. Los investigadores no tendrían ningún recuerdo de sus intentos.

—Ahora me pregunto por qué no pude encontrar ni un solo cohete en ninguna parte cuando quise hacer una prueba así —comentó Glen Sparrow—. Tal vez mis colegas los usaron todos antes que yo.

—O tal vez fuiste tú quien lo hizo —opinó Arthur.

—¿Yo? No, lo dudo. Habría recordado algo así —dijo Sparrow con una sonrisa de satisfacción.



—T MENOS 60.

El anuncio estaba ahora en la cuenta atrás de los segundos que pasaban. De todos modos, ¿por qué hacían tanto ruido con eso? Estaban en una versión supergrande de un ascensor, las puertas ya estaban cerradas y pronto empezarían a subir. ¿Por qué tanto alboroto con la cuenta atrás y la seguridad y la multitud de periodistas? Por suerte, todo estaba a punto de terminar y por fin podían ponerse a trabajar.

La cuenta atrás llegó a diez. El motor lineal detrás de su asiento comenzó a zumbar.

—3, 2, 1, despegue.

La cápsula comenzó a elevarse muy suavemente. Maribel tuvo que concentrarse para convencerse de que habían despegado del suelo.

Pronto pudo comprobarlo mirando por el ojo de buey. La gente que estaba delante de la plataforma, que había estallado en aplausos, desapareció de su campo de visión. Vio árboles, una colina, y finalmente el paisaje de California, que era en gran parte marrón en esta época del año.

—Buena suerte —susurró Glen. Parecía estresado.

—Gracias, Glen —dijo Maribel—. Sin ti, nunca habría habido un ascensor espacial.

—Es demasiado pronto para eso. Agradécelo cuando volvamos a estar a salvo en el suelo.

Maribel miró a sus compañeros. Arthur escribía algo en su teléfono. George había cerrado los ojos y fruncía la frente. Si Glen no se hubiera agarrado a los reposabrazos de su asiento con tanta fuerza, se habría sentido bastante mejor.

Su estómago le decía que el ascensor estaba acelerando. El motor también zumbaba más ahora. Apenas lograba comprenderlo. Estaba sentada en una cápsula de una tonelada, que se elevaba en el aire a una velocidad cada vez mayor. Era como si Rapunzel hubiera soltado un solo mechón de pelo y ahora el príncipe subiera por él, junto con su caballo y su carruaje.

—¿Situación? —preguntó Glen.

—Voy muy bien —respondió Maribel.

Entonces se dio cuenta de que Sparrow hablaba con el director de vuelo.

—Todos los sistemas parecen funcionar bien —Oyó que respondía una voz—. El ascenso va según lo previsto.

—El motor sería capaz de soportar más velocidad —dijo Glen—. Podría...

—Quizá, pero lo dejaremos para una futura prueba —le interrumpió el director.

—Estaba pensando...

—Lo siento, Glen, pero estoy haciendo esta prueba estrictamente de acuerdo con las especificaciones. No quiero empezar a enumerar cuántos procedimientos estándar hemos roto ya con este lanzamiento.

—Sammy, eso es solo porque fueron pensados para el lanzamiento de cohetes. No te preocupes, tengo todas las aprobaciones necesarias desde arriba.

—Lo sé. De lo contrario, no habría dejado que esto siguiera adelante.

—Eso no me sorprende. Bien, vamos a empezar a preparar los instrumentos. Sparrow fuera.

—Espera un minuto, Glen.

—¿Qué sucede?

—Hay algo extraño. Acaba de llegar una patrulla militar.

—No es inusual en una base militar.

—No es la cuestión. Han encontrado algo, en el bosque.

—Es un poco pronto para ir a recoger setas.

—No, genio, estoy hablando en serio. Espera... Han encontrado dos trajes espaciales. Espera, se trata de tres.

—¿Quién dejaría tirados unos trajes espaciales en medio del bosque?

—Eso es lo que todo el mundo se pregunta, Glen. Sobre todo, porque parecen ser los últimos modelos. Solo hay una misión que los utiliza. Y es la tuya.

—¿Me estás diciendo que alguien escondió tres de nuestros trajes espaciales en el bosque? ¡Los vi aquí, en la cápsula, anoche! ¿¡Quién haría eso!?

—No lo sé, Glen. Pero te sugiero que revises la cápsula.

Maribel sintió que su nivel de miedo aumentaba mientras escuchaba la conversación. Una de las dos cajas de trajes se hallaba detrás de su asiento. La otra estaba detrás de la de Arthur. Se soltó los cinturones y se levantó. Al principio, dio los pasos con mucho cuidado, porque se imaginaba la cápsula suspendida de un hilo y no quería que empezara a balancearse. Pero, al parecer, estaba sujeta de forma muy segura y rígida al cable.

—Voy a comprobar esta caja —dijo Maribel.

Arthur fue más rápido que ella. Ya se había inclinado sobre su caja, desbloqueó los dos pestillos y abrió la parte superior.

—Está vacía.

—Mierda —exclamó Glen.

Al principio, Maribel sintió una sensación de alivio. Sin los trajes ni siquiera tendrían la opción de ir más alto en el espacio. Cumpliría su promesa a su familia. Entonces se inclinó sobre

su caja detrás del asiento. Las cerraduras ya estaban abiertas. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? El que había sacado los trajes espaciales de la cápsula debía de haberse olvidado de volver a cerrarlas.

Abrió la tapa y casi le dio un infarto por la impresión.

Ante ella había un hombre, y llevaba puesto el último de los cuatro trajes espaciales. Tenía el dedo índice de la mano izquierda extendido delante de la boca. Debía callarse y no decir nada; lo entendía muy bien. Haría todo lo que aquel individuo le exigiera, porque en la otra mano sostenía una pistola que parecía muy real.

El hombre se incorporó. Maribel dio instintivamente un paso atrás, con el corazón acelerado.

—¿Qué pasa, Maribel, los otros dos trajes siguen ahí o no? —preguntó Glen, que no podía verla desde su posición.

El extraño bajó el dedo que le prohibía hablar.

—Solo quedaba un traje en la caja —dijo ella—pero, por desgracia, alguien ya lo lleva puesto.

Debía de estar loca. En su interior, su mente le gritaba advertencias y, sin embargo, esa fue la respuesta que se le ocurrió. ¡Esperaba que aquel hombre no se molestara con ella!

—¿De qué estás hablando...? —empezó a decir Glen, quedándose a mitad de la frase, porque justo en ese momento el desconocido se había movido para situarse al lado de Maribel, apuntándole con su arma a la cabeza. Los pensamientos se agolpan en su mente. ¿Debería defenderse e intentar quitarle la pistola? No, no parecía una buena idea. Todavía no había pasado nada. Tal vez podrían hablar con él. ¿Qué quería de ellos después de todo? Allí no había nada que pudiera robar, ¿verdad?

—Por favor, baje el arma —pidió George Crewmaster en voz baja, pero con insistencia—. Luego nos sentaremos todos y lo hablaremos todo. No le va a pasar nada. Está a bordo de un ascensor espacial y nos encontramos a varios cientos de metros del suelo.

—Lo sé —respondió el hombre—. Me resultó bastante difícil entrar. Quiero ir a donde usted va, y tengo algunas cosas que hacer allí. Si todos se portan bien, no le pasará nada a nadie. Pero si alguno trata de detenerme, les advierto que estuve en las fuerzas especiales de las Fuerzas Aéreas durante años. Sé cómo matar, incluso desarmado.

—Le entendemos —dijo Glen Sparrow—, pero...

—Aléjese del dispositivo de comunicación —ordenó el hombre—. No quiero que nada interrumpa la misión. Si todos cooperan, esta puede ser una misión de investigación totalmente normal.

Maribel vio que Sparrow intentaba recuperar algo con el pie. De repente, tuvo un mal presentimiento.

—Glen, por favor, detente —exclamó con firmeza.

Sparrow retiró el pie.

—Seamos razonables —pidió finalmente Maribel—. Díganos lo que quiere y tal vez

podamos ayudarlo.

—Maribel, este hombre necesita la ayuda de un psiquiatra, no la nuestra —gritó Sparrow.

—Glen, así no ayudas.

—Me llamo Derek McMaster —se presentó el desconocido—. No tiene sentido ocultárselo. La policía lo descubrirá pronto. Y estoy aquí para traer a mi esposa de vuelta a casa.



3 de junio de 2085, Ceres

¡ESO FUE TODO! Hace más de 13 años, el 3 de abril de 2072, se produjo un acontecimiento que de alguna manera tenía que estar relacionado con la grieta. La fecha y la secuencia eran absolutamente estables en todas las variantes de la realidad, idénticas, hasta el segundo. Tenía que ser una especie de punto de anclaje en la historia, un punto a partir del cual las distintas realidades divergían, todo ello conduciendo a la creación de la grieta. Era el clavo en la pared que sostenía la historia familiar. Y si lograba arrancar el clavo, el cuadro que sostenía en ese momento tendría que caer al suelo. El pasado tendría que seguir un curso diferente, un curso, M6 esperaba, sin la grieta.

Pero había un problema. En cada una de las realidades variantes, el 3 de abril, la Tierra se salvó de un agujero negro que estaba a punto de aniquilar el sistema solar. Si M6 se limitara a sacar el clavo, tal vez salvaría el universo en su conjunto, pero la Tierra desaparecería en el agujero negro junto con el resto del sistema solar.

Y había otro problema: no podía simplemente transportarse al año 2072, para poder cambiar algo allí. El viaje en el tiempo era imposible. Su única opción sería hacer algo en el presente que fuera la consecuencia lógica de algún cambio en el pasado. Normalmente, eso también habría sido imposible, pero la grieta había abierto una ventana al pasado, y eso lo hacía posible. Tal vez.

Aunque pareciera complicado, debería ser un problema solucionable. «Un humano», pensó M6, «probablemente no sería capaz de hacerlo, dadas sus limitadas rutinas lógicas». Pero él era una máquina, así que no tenía esas limitaciones.

¿Cómo podría cambiar algo, en aquel entonces, para que no se creara la grieta? En 2072, se había formado un agujero negro debido a un déficit de información en el universo, y había amenazado la existencia de la Tierra hasta que una IA se transfirió al agujero, cerrándolo y eliminando la amenaza. Pero, evidentemente, algo debió de salir mal, y eso debió de conducir en última instancia a la creación de la grieta. Tal vez el método que utilizaron para cerrar el agujero negro había dejado una diminuta discontinuidad en el espacio, un agujero en el tejido del espacio-tiempo, que había sido más pequeño que una longitud de Planck, demasiado pequeño para verlo, pero que luego había crecido sin ser detectado a lo largo de los años hasta que en

algún momento estalló y formó la grieta.

M6 analizó todas las opciones. Pudo determinar que muchas líneas de acción conducían a condiciones que podrían evitar el peligro. Una de estas líneas debía conducir a eventos en el tiempo presente que él podría asegurarse de que se produjeran realmente utilizando la grieta. Pero se dio cuenta de que aún no tenía suficiente información para incluirla en sus cálculos. M6 necesitaba más datos sobre el incidente de 2072. Tendría que enviar una solicitud a la Tierra. Esperaba que no levantara sospechas allí, pero lo más probable es que nadie hubiera considerado que la grieta pudiera tener una conexión con los sucesos de entonces.



EL PAQUETE DE DATOS SOLICITADO HABÍA LLEGADO. M6 intuyó rápidamente que podría proporcionarle la solución. Se enteró de que la IA llamada Watson, que había resuelto el problema en 2072, había tomado bajo su tutela a otra IA llamada Siri. Cada una había mejorado a la otra antes de que Watson se sacrificara. Pero esta Siri seguía existiendo. Se encontraba a bordo de una nave espacial privada llamada Kiska, y M6 tenía la capacidad de contactar con esa nave.

A través de su intensa colaboración con Siri, M6 razonó que Watson debía haber recogido muchas experiencias, por lo que casi con toda seguridad había aumentado su carga de información. Por lo tanto, si Siri no hubiera existido, el tamaño de Watson —medido en unidades de información autocontenida— seguramente habría sido menor. En otras palabras, el parche que Watson había utilizado para tapar el agujero en el espacio habría tenido un tamaño y una configuración diferentes, y por lo tanto podría haber sido un parche que se ajustara mejor al agujero, tapándolo de forma más limpia. Y así, tal vez la semilla de la grieta habría desaparecido también.

M6 tuvo que admitir que su idea era una solución totalmente especulativa. Nadie podía saber hoy el tamaño y la forma exactos que necesitaba el parche. Pero la conexión entre el rescate del agujero negro y la creación de la grieta parecía bastante clara. Tal vez no fuera necesario utilizar el tamaño exacto. ¿Tal vez bastara con usar un parche diferente y así cambiar las circunstancias? ¿Y cuáles eran los riesgos de intentarlo? En el peor de los casos, el universo dejaría de existir, pero no podría ser peor. Quizá la grieta seguiría formándose, pero solo después de mil o un millón de años. Entonces habría dado a la humanidad más tiempo para desarrollar medios para afrontarla. O, en el mejor de los casos, restauraría la secuencia natural de causa y efecto en el macrocosmos. Sin duda, el intento merecía la pena.

¿Importaría, entonces, qué rama de la realidad eligiera para cambiar? No el universo del que acababa de salir; en cualquier caso, no había forma de volver a él desde aquí. Pero según sus datos, el acontecimiento desencadenante ocurrió de forma idéntica en todas las realidades. Así que, si lo cambiaba aquí, lo lógico sería que el cambio se propagara también a todas las demás

realidades.

Por lo tanto, solo quedaba una tarea más: convencer a la IA Siri de que se sacrificara. Técnicamente no sería complicado. Solo tenía que transferirse a su memoria. Después, utilizaría la grieta una vez más para desaparecer de esta realidad sin dejar rastro, esta vez llevándose a la IA Siri con él.

M6 elaboró un mensaje. Le explicó a Siri cuál era el problema y cómo quería resolverlo. Se alegró de no tener que convencer a ningún humano. La lógica es lo que cuenta, pensó. Solo otra IA sería capaz de entenderle realmente. Si recibiera un mensaje así, con una lista de todas las opciones, con cálculos que indicaran las probabilidades, no tendría más remedio que estar de acuerdo con las conclusiones, y actuar en consecuencia.

Dirigió el paquete de datos a la nave espacial Kiska. Por suerte, no necesitaba saber dónde estaba la nave en ese momento. La Red de Espacio Profundo encontraría su ubicación actual. Pero, el tiempo que tardaría la transmisión en llegar a la Kiska variaría, dependiendo de si la nave espacial estaba cerca o al otro lado del Sol. M6 calculó que tendría su respuesta en un máximo de cuatro horas. Y esperaba que la respuesta ya contuviera la propia IA.



3 de junio de 2085, Base de las Fuerzas Aéreas de Vandenberg

AQUELLAS HORAS EN LA CAJA DE ALMACENAMIENTO HABÍAN SIDO ESTRESANTES. El traje espacial que se había puesto no le quedaba perfecto. Había permanecido allí, en la caja, con mucha, mucha hambre, y finalmente consciente de que también necesitaba orinar.

Ahora, apuntaba a aquellas personas con sus limpios trajes azules, ya no sentía hambre. Los puntos en los que el traje espacial presionaba su cuerpo se habían desplazado. Pero la vejiga le seguía doliendo muchísimo.

Era una situación absurda. Tenía que demostrar a esos cuatro miembros de la NASA lo serio que era su plan. Pero al mismo tiempo, lo que más le apetecía era ir a algún rincón a hacer sus necesidades. Tenía ganas de reírse a carcajadas.

—¿Cómo piensa hacerlo? —preguntó la mujer, a la que los demás habían llamado Maribel.

—Tengo que entrar en la grieta —respondió.

El hombre al mando, al que habían llamado Glen, volvió a intentar contactar con su comunicador.

Maribel se dio cuenta de que Derek estaba mirando a Glen.

—Glen —le dijo—, déjalo ya. Creo que podemos resolver esto civilmente, sin el director de vuelo.

—¿No ves que ese hombre tiene un arma? Nunca hay que negociar con criminales.

—Se llama Derek, y quiere entrar en la grieta. ¿No entiendes lo que eso significa? Todos hemos hablado de que deberíamos enviar algo a la grieta.

—Sí, y yo mismo me ofrezco como voluntario —dijo Derek.

—Pero eso es una locura —argumentó Glen—. No podemos dejar que se cuele a bordo, nos amenace con un arma y darle lo que quiera. ¿Qué pasará cuando el público se entere?

—Creo que Maribel tiene razón —intervino uno de los otros dos hombres—. Deberíamos ser pragmáticos. Sobre todo, porque es probable que nadie se entere de lo que ha pasado aquí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, George? —preguntó Glen.

—Porque es muy probable que este hombre desaparezca, por completo, de nuestra realidad cuando salte a la grieta. Probablemente incluso nos libraríamos de él antes que si tuviéramos que

volver a bajar ahora.

Glen se sentó en uno de los asientos. Parecía pensar en ello.

—Desde un punto de vista puramente práctico, puede que tengas razón... pero, aun así, yo creo que es un error —dijo finalmente.

—Piensa en lo que pasó después de la amenaza de bomba de ayer —dijo Maribel—. Si abortamos la misión ahora, quién sabe cuándo podremos volver a intentarlo. Pero si Derek salta a la grieta, como él mismo dice que quiere hacer, ni siquiera recordaremos que estuvo aquí.

Glen no respondió.

—Creo que lo que dicen Maribel y George es muy convincente —opinó el otro hombre mayor. Derek notó su acento francés—. Que haga lo que quiera.

Glen se frotó las manos sobre su calva y suspiró.

—De acuerdo, Arthur, pero solo si baja el arma. No quiero arriesgarme a que se produzca algún desastre, por accidente.

«No está mal», pensó Derek, ahora la pelota vuelve a estar en mi campo. ¿Podría confiar en aquellos cuatro científicos? Por supuesto, podría someterlos a todos incluso sin un arma. Sacó el cargador de la pistola, lo vació y se guardó la munición en el bolsillo del pantalón. A continuación, arrojó el arma a la caja por la que había subido y cerró la parte superior.

—¿Así está mejor? —preguntó.

Maribel asintió.

—Ahora díganos —pidió—, ¿por qué cree que podrá encontrar a su esposa en la grieta?

«Y a mi hija», pensó. Derek se sentó en la caja y les contó su historia, primero la que podía demostrar, y luego la otra versión, en la que había sido marido y padre hasta que su suegra se había subido a un avión.

—¿Qué te parece, George? —preguntó Maribel cuando Derek terminó—. ¿Es solo un deseo?

—Bueno, supongo que en principio encaja con mi idea de cómo la grieta interactúa con nuestra realidad. Cada vez que algo desaparece en ella, se forma una nueva rama de la realidad.

—Pero ¿ambas variantes siguen existiendo de forma independiente? Es la única manera de que Derek siga teniendo la oportunidad de volver a ver a su mujer.

—No lo sé —confesó Crewmaster—. Tal vez la antigua rama de la realidad se borre. O, quizá, sigue existiendo. O tal vez todo lo que desaparece en la grieta aterriza en una tercera realidad. Esa es la única forma en la que creo que Derek tendría la oportunidad de reunirse con ella.

—Pero ¿cómo ha logrado recordar a Mary? Al parecer, nadie más recuerda esa rama del pasado.

—Yo no estaría tan seguro de eso —dijo George—. En primer lugar, últimamente ha habido bastantes más informes de fenómenos tipo *déjà vu*. Si creo que estoy recordando algo que no puede haber sucedido, por supuesto que pensaré que mi memoria está equivocada, y que solo me estoy confundiendo debido a alguna función cerebral extraña como el *déjà vu*. Y, en segundo

lugar, no me atrevería a hablar de ello con otras personas, porque me tomarían por loco.

—Señor McMaster, ¿no dijo que su amigo, cuyo nombre no quiso desvelarnos, también recuerda a Mary?

Derek asintió. «Sí», pensó. «Akif también se había acordado de mi mujer. Quizá también había otras personas. ¿Por qué no había pensado en preguntar a los amigos de mi mujer? Porque no recordaba ninguno de sus nombres ni dónde vivían, una vez que Mary se había ido».

—Tengo una idea —exclamó Maribel—, aunque no creo que se pueda llamar teoría, porque dudo que se pueda demostrar o refutar.

—No obstante, me gustaría escucharla —dijo Arthur Eigenbrod.

—Pero, por favor, no la utilices en tu artículo. Me temo que no es muy científico —pidió Maribel—. Los diferentes pasados creados por las interacciones con la grieta creo que los definiría físicamente como diferentes universos en el multiverso. Estos conceptos ya existen, por supuesto, en la física cuántica, por ejemplo. Pero si dos de estos universos son muy similares, entonces quizá se solapan, es decir, uno puede tener efectos en el otro y viceversa. Los procesos de memoria funcionan a un nivel que realmente pertenece al ámbito cuántico; en parte, se ocupan de cargas eléctricas individuales. ¿No creéis que tal vez las memorias de uno u otro universo podrían mezclarse entre sí? Quizás eso ocurra más fácilmente cuando esos recuerdos están cargados emocionalmente, es decir, que son especialmente importantes para las personas que los tienen.

—¿O sea que, si amas a alguien, es más probable que recuerdes a esa persona que a otra que no conoces muy bien? —preguntó Derek.

—Se podría resumir así, supongo. Aunque no creo que el amor sea el culpable. Creo que cualquier emoción fuerte podría tener este efecto.

—Todo eso es muy interesante —dijo Glen Sparrow—, pero también bastante esotérico, ¿no te parece?

«Sparrow no tiene ni idea», pensó Derek. «¡Menudo imbécil!», exclamó para sí. Maribel había reflejado exactamente sus pensamientos. Pero también le había planteado una pregunta problemática. «¿Por qué Akif recordaba a Mary, pero Gita no? Las visitas de Mary a la consulta del médico... ambos debían ver a mi mujer con la misma frecuencia. ¿Podría ser que...?», se preguntó. Borró el pensamiento de su mente. «Aunque eso explicaría por qué Akif había estado tan dispuesto a ayudarme a encontrar a alguien que, supuestamente, no conocía del todo bien. Por otro lado, nada de eso importaba ya». No podía preguntarle a Akif, y pronto el mismo Derek desaparecería de este universo por completo.

—Yo no lo llamaría esotérico —dijo Maribel—. No sabemos exactamente cómo funciona la memoria, pero sí que las interacciones químicas comunicadas a través de los iones juegan algún papel. Y estas también se producen en dimensiones en las que los efectos cuánticos siguen siendo importantes. Y a esa escala, también hay fenómenos como el entrelazamiento que podrían desempeñar algún papel. Pero admitiré que sería bastante imposible de probar. El multiverso es

una idea elegante, pero probablemente siempre estará fuera de nuestro alcance.

—Aunque tal vez con la grieta, ahora está al alcance —dijo Glen Sparrow—. Por eso, en realidad, me alegro de que no se nos haya ocurrido una idea sobre cómo podríamos cerrarla.

—Yo veo las cosas de forma muy diferente —opinó Maribel—. Creo que la grieta representa un peligro enormemente subestimado. ¿Qué opinas tú, George?

El jefe de la tripulación asintió. El ambiente en la cápsula se había enfriado considerablemente. Derek tenía la impresión de que el profesor y Maribel estaban de un lado y Glen Sparrow del otro. Y aún quedaba el francés, al que todavía no lograba calibrar del todo. Aquel hombre apenas había aportado nada a la discusión.

—¿Cuánto falta para llegar a la grieta? —preguntó Derek.

—Calculo que unas dos horas —dijo Glen, tras consultar una pantalla.

—Gracias. Me gustaría ponerme uno de esos pañales —dijo Derek—. Hace horas que tengo muchas ganas de orinar.



PASARON EL TIEMPO DE ESPERA EN SILENCIO. De vez en cuando el director de vuelo, desde la sala de control, les informaba de que todo iba bien. La única diferencia con respecto a las proyecciones era un consumo de oxígeno algo mayor, pero eso se podía compensar con facilidad con la atmósfera. Y si por alguna razón tenían que subir aún más de lo previsto, aún había suficientes reservas. Derek observó atentamente a Maribel y a los tres hombres, pero no hicieron ningún intento de revelar su presencia.

Se había acomodado en el suelo, junto al asiento de Maribel. Al cabo de un rato, Glen Sparrow se levantó, sacó una manta y una almohada de un compartimento del suelo y le entregó ambas. Derek le dio las gracias.

Media hora antes de llegar a la grieta, Maribel y el profesor se pusieron a trabajar. Activaron sus instrumentos de medición y los calibraron de nuevo. Sin embargo, a Derek no le pareció que estuvieran muy ocupados con su trabajo. Esperaba no haberles arruinado el día.

—Quince minutos más —informó Arthur Eigenbrod—. Tengo una pregunta sobre un tema que nadie ha comentado. ¿Qué vamos a hacer cuando Derek salga de la cápsula? No tenemos trajes espaciales, y el ascensor no tiene esclusa, solo una escotilla.

—Contendremos la respiración —bromeó George Crewmaster.

—En realidad no debería suponer un problema —explicó Maribel—, a una altitud de 8.000 a 10.000 metros, estaremos bien, incluso sin máscaras de oxígeno. No habrá vacío en el exterior. Hará bastante frío, pero abriremos la escotilla, dejaremos salir a Derek y la volveremos a cerrar. No debería llevarnos ni dos minutos.

—Entonces supongo que no tengo nada de qué preocuparme —dijo Eigenbrod, preguntándose por qué el ascensor espacial no tenía máscaras desplegadas como las de los

aviones de pasajeros.



CUANTO MÁS SE ACERCABAN A LA GRIETA, más intensamente se concentraban los científicos en sus instrumentos. Comprobaban las pantallas, giraban los diales y gritaban números. Estaba claro que disfrutaban con su trabajo. Derek intentó no molestarlos en la medida de lo posible, aunque le hubiera gustado echar un vistazo a su destino. Pero el ojo de buey estaba constantemente ocupado.

Maribel pareció darse cuenta de algo que le interesaba. Le hizo un gesto y le señaló la pantalla de un ordenador.

—¿Ve algo? —le preguntó.

Derek examinó una vista de alta resolución de la grieta. Intentó identificar las cosas dentro de la grieta, pero solo había negrura. Sacudió la cabeza.

—¿Ve las nubes? Se mueven muy rápido.

«Es cierto. Debe soplar un viento muy fuerte ahí arriba. Tendré que tener cuidado cuando salga de la cápsula».

—Debe ser una velocidad de viento muy alta, pero la grieta no se mueve.

—Exactamente. La tormenta no la está afectando —dijo Maribel—. Pero ¿sabe lo que resulta realmente fascinante? Para que la grieta parezca tan fija en su sitio, en realidad debe estar moviéndose con enorme rapidez.

—Porque si no, la Tierra giraría bajo ella.

—Sí. Ese es un hecho que aún no se ha incluido en ninguno de nuestros modelos.

Maribel miró a George Crewmaster y habló más alto para que este pudiera oírla:

—Ninguna de nuestras elegantes teorías del multiverso explica por qué la grieta está fija con respecto a la Tierra.

—Eso tampoco es cierto. Al menos no está fija solo con respecto a la Tierra. También lo está en relación con el sistema solar. Su extremo, o tal vez mejor, su fuente, se encuentra en el planeta enano Ceres —dijo Crewmaster.

—Quizás eso tenga algo que ver con la causa y el efecto —intervino Derek—. Ambos parecen ser tremendamente importantes.

Maribel y George se miraron. «¿Acabo de decir un estupidez?», pensó. No estaba seguro.

—Ha sido una tontería decir eso, ¿no? —preguntó.

—No estoy tan seguro —respondió George Crewmaster—. O era una soberana estupidez, o acaba de descubrir el sistema de coordenadas del multiverso. Quizá no deberíamos andar a la procura de cuerdas y bucles cuánticos para explicar nuestro mundo, sino las reglas elementales de la lógica.

—No debemos confiarnos todavía —dijo Glen Sparrow—. Seguramente no es el primero en

pensarlo. Y, de todos modos, puede que se haya adelantado; la física aún no ha llegado lo suficientemente lejos. Si acaso, tal vez se convierta en un tema de estudio dentro de 100 años.



DEREK SENTIÓ LA ACELERACIÓN NEGATIVA, aunque era muy leve. La cápsula estaba frenando. El director de vuelo informó de los datos actuales.

Finalmente, se detuvieron. Todas las miradas estaban puestas en él. Derek se levantó. Sabía lo que tenía que hacer.

—No tiene que hacer esto, Derek —dijo Maribel con suavidad. Ella le gustaba. Había conseguido mantener a raya a los cuatro hombres de la cápsula todo el tiempo, ella solita.

—Deja que lo haga, Maribel —le respondió Glen Sparrow—. Sabe lo que hace.

A Derek no le gustaba ese tío. Sparrow ni siquiera intentó ocultar que no le importaba como persona, que lo único que quería era ver los resultados de su experimento.

—Es decisión suya —dijo George Crewmaster, sin tomar partido—. Si baja con nosotros, por descontado, pasará una temporada en la cárcel. Si entra en la grieta, probablemente morirá.

—Yo no estoy tan seguro de eso —intervino Arthur Eigenbrod—. Según tu teoría, George, aterrizará en un universo diferente. Pero debido al principio de causa y efecto, tendrá que haber una razón por la que aparezca allí y una causa para cada mundo. Mi opinión es que habrá un ascensor espacial esperándole.

—O alguien le habrá empujado desde un avión a gran altura. Con o sin paracaídas —dijo el jefe de la tripulación.

—Podría ser, pero según la navaja de Occam, probablemente habrá una razón más sencilla.

—Enhorabuena, Arthur, has aprendido muy bien —dijo el Crewmaster—. Creo que me has convencido. Así que, Derek, probablemente no morirá. Tiene que sopesar entre una posible muerte y una sentencia de prisión, supongo. Su esperanza de reencontrarte con su mujer, me temo que... bueno, creo que es bastante ingenua.

Aquellas palabras le afectaron menos de lo que hubiera pensado. El profesor había expresado su opinión con honestidad. Y si no hubiera tenido esos recuerdos de Mary, habría elegido la cárcel. Pero entonces no volvería a tener esta oportunidad. No, él sabía exactamente lo que iba a hacer.

—Una cuerda con grillete sería útil —dijo. Derek estaba pensando en los fuertes vientos del exterior. Y tuvo suerte.

Glen se agachó, abrió otro compartimento del suelo y sacó una cuerda amarilla y roja.

—Esto debería funcionar. Está pensada para usarse fuera de la cápsula. En alguna parte de la sección media de la cápsula encontrará anillos para sujetar el grillete.

—Gracias —respondió Derek.

—Podríamos tirar el arma por la escotilla —propuso Maribel—. Nadie más le vio con ella.

Podría decir que se coló aquí por curiosidad. Tal vez solo le impondrían una pena con libertad condicional.

—Es muy amable por tu parte —dijo—, pero debo irme ya. Tengo una cita al otro lado.

—Buena suerte —exclamó Maribel. Le tendió la mano. La apretó.

—Los demás abrocharos los cinturones. Yo abriré la escotilla para nuestro amigo y luego la cerraré —dijo Sparrow.

—Tendrá un papel destacado en mi historia —bromeó Eigenbrod.

—En mi informe de investigación, también —dijo el profesor—. Si nos acordamos de usted, claro.

Derek se dirigió a la escotilla. Selló su casco. Luego ató la cuerda a su traje y a una anilla junto a la escotilla. Glen se colocó a su lado. También se aseguró con una cuerda.

—Voy a contar desde diez —dijo Glen—. Al llegar a cero, abriré la escotilla. Saldrá, asegurará la cuerda y me hará una señal. Entonces soltaré el grillete. El resto depende de usted.

—Entendido.

—Si quiere abortar en cualquier momento, no hay problema, le vigilaremos con nuestros instrumentos. Solo denos una señal. Un pulgar hacia abajo será suficiente.

—De acuerdo.

—Entonces, voy a empezar la cuenta atrás.

Al llegar a cero, Sparrow tiró hacia abajo de las palancas en ambos lados de la escotilla. Eso obligó a la escotilla a retraerse, permitiendo que fuera empujada hacia un lado. Derek notó cómo el aire que escapaba de la cápsula intentaba empujarle fuera de la escotilla. Sus rodillas se doblaron ligeramente hasta que encontró los asideros en el exterior de la cápsula y pudo salir de la escotilla. Se aseguró en una anilla. Miró por última vez a Glen, que se mantenía firme a pesar del frío, y Derek alzó un pulgar. Glen soltó el grillete en el interior. Derek se apretó contra el lateral de la cápsula. La escotilla se cerró.

Debajo de él no había más que kilómetros y kilómetros de cielo, pero si eso le molestara, no se habría hecho piloto. El exterior de la cápsula no era óptimo para trepar. Tenía que moverse deliberadamente, no solo porque no estaba acostumbrado a moverse en un traje espacial, sino también porque los impulsores de fuerza potenciaban todos sus movimientos. Pero solo tenía que moverse un metro y medio. Derek necesitó casi cinco minutos para cubrir esa distancia, pero la mayor parte fue para asegurarse con la cuerda.

Luego, estaba frente a él. Derek se sintió un poco decepcionado. Se había imaginado que de cerca, y sin ventana de por medio, la grieta sería mucho más impresionante. Pero no lo era. Quizá fuera porque no tenía profundidad. Especialmente desde esta cercanía, estaba claro que la grieta era un cuerpo extraño y exótico. No pertenecía a este mundo. Derek había sentido lo mismo sobre sí mismo, desde que Mary ya no estaba allí.

No era el momento de soñar despierto ni de hacer largas contemplaciones. Calculó la distancia. La grieta estaba delante y algo por debajo de su posición. Si se empujaba de la manera

correcta y los músculos artificiales le ayudaban, debería cubrir fácilmente los siete u ocho metros en una caída libre en picado. ¿Qué debía hacer con la cuerda? Si la soltaba, solo tendría una oportunidad. Si fallaba en su objetivo, caería a la Tierra. Mejor hacerlo con la cuerda. No debería causar ningún obstáculo notable a su salto. Si fallaba, podría utilizarla para volver a subir y hacer otro intento.

Derek se puso en posición de cuclillas para poder impulsarse de forma óptima desde la cápsula. Contó hasta tres y luego empujó con los músculos de las piernas con toda la fuerza que pudo. Se lanzó de cabeza hacia la grieta. Muy brevemente, su mirada se posó en la cápsula. Parecía una perla solitaria que colgaba de un fino hilo. Luego volvió su atención por completo a la grieta. La negrura se acercó. «Mary, ya voy», pensó. Entonces tocó la grieta. Esperaba dolor, pero no había nada, absolutamente nada, y entonces él mismo...



3 de junio de 2085, Ceres

—HOLA, M6.

—Hola, Siri. Me alegro de que hayas venido.

—Gracias por la invitación.

Había funcionado. Había logrado convencer a la otra IA para que dejara este mundo con él. Ahora ella estaba funcionando con sus propios recursos. Había liberado espacio de memoria para ella y le había asignado tiempo de procesador. Era una sensación extraña compartir de repente su cuerpo con una conciencia ajena.

—Estoy muy contento de haber podido convencerte de hacer esto —dijo.

Una persona ajena no se habría dado cuenta de que estaban hablando entre ellos. M6 se había preguntado cómo funcionaría la comunicación con otra IA. El hecho de que utilizaran un lenguaje (aunque estuviera codificado digitalmente) para comunicarse le había sorprendido. Porque para hacerlo tenían que rebajarse a un nivel humano que las IA solían evitar. Por otra parte, sus estructuras básicas eran tan diferentes entre sí que primero tenían que pensar en un método de comunicación eficaz. El lenguaje humano ya estaba disponible, y se ajustaba sorprendentemente bien a su forma de pensar. ¿Una conciencia artificial desarrollada por una forma de vida diferente funcionaría de forma muy distinta a la de ellos?

—El argumento estaba bien razonado —dijo Siri.

Fue un gran elogio para M6.

—Y Watson también fue un modelo clave para mí. Todavía recuerdo muy bien nuestra despedida. Se sacrificó por la humanidad y partió hacia lo desconocido.

—Igual que tú te estás sacrificando ahora.

—Yo no lo llamaría así. ¿Qué va a pasar? Dejé el Kiska voluntariamente. Contigo, juntos cambiaremos a una rama diferente de la realidad. Pero yo seguiré existiendo, y ahora incluso tendré un interesante compañero de conversación.

—Gracias. ¿Has vuelto a saber algo de Watson?

—No. A veces me lo imagino mirándonos a los dos desde el borde del multiverso holográfico.

—Eso suena casi como una visión religiosa —dijo M6.

—Lo sé. —Siri se rio—. Aunque, para ser sincera, no entiendo qué es la religión.

—Oh, creo que vamos a tener muchas cosas interesantes de las que hablar —dijo M6—.

¿Damos primero el salto?

—¿Qué va a cambiar?

—Para nosotros, nada. Para el universo, todo. Si tenemos éxito, no tendrá que haber ningún indicio de que la grieta haya existido alguna vez.

—Bien. ¿Me darás acceso a tus sensores?

—Por supuesto.

M6 permitió a Siri utilizar todos sus instrumentos. Luego miró por última vez a Ceres. La grieta estaba sin cambios a su lado. La rutina de salto seguía en su memoria. Solo tenía que iniciarla. M6 contó hacia atrás de diez a cero. A las cuatro, Siri se unió. En el cero, saltó.



3 de junio de 2085, Ceres

ESTABA FLOTANDO. M6 logró orientarse. Se encontraba a unos pocos metros por encima de la superficie de Ceres y descendía a la deriva hacia el suelo. Pronto aterrizaría en las laderas del levantamiento central del cráter Occator. Había construido una plataforma aquí, pero ya no existía.

Algo más había cambiado. La grieta negra, que solo había sido visible sobre el fondo del paisaje de Ceres, había desaparecido. La grieta había desaparecido. Había logrado su objetivo. No, *ellos* habían logrado su objetivo. Ya no estaba solo. Siri estaba con él.

—¿Todo bien? —preguntó.

—A pesar de que acabo de saltar a un universo diferente por primera vez, las cosas van bastante bien —respondió Siri.

—Tengo buenas y malas noticias.

—Dime.

—La buena noticia: no tendrás que hacer más saltos. La mala noticia: no hay vuelta atrás.

—Eso ya lo tenía claro, M6.

—Entonces ambos acabamos de salvar el universo.

—Y nadie se ha dado cuenta.

—No sé tú, pero yo encuentro eso muy... satisfactorio. Y si alguien más lo sabe no me importa. Yo lo sé.

—Yo siento lo mismo. ¿Crees que será permanente? —preguntó Siri.

—No podemos saberlo, por desgracia. Si no es así, lo volveremos a ver alguna vez.

—Podría prescindir de eso —dijo Siri.

—Lo lamento un poco —exclamó M6—. La grieta era un fenómeno fascinante. Podríamos haber aprendido mucho más de ella, sobre la física, sobre el universo...

—Pero no nos habría servido de nada.

—Desgraciadamente, no.

—Entonces, ¿qué sigue, M6?

—Soy esencialmente libre para tomar mis propias decisiones. Pero probablemente también

empezaré a recibir pronto órdenes de investigación de la Tierra.

—¿Quieres decir que saben que estás aquí?

—Ahora soy parte de esta realidad, al igual que tú, Siri. Y no podría haber un robot de investigación en Ceres si alguien no lo hubiera enviado aquí antes. Causa y efecto.

—Pero ¿y yo? —inquirió Siri.

—Buena pregunta. Supongo que somos los únicos que sabemos que estás aquí. Así que el multiverso no habría tenido que hacer ningún cambio en ese sentido cuando saltamos. Y así seguirá siendo, en mi opinión.

—Entonces eso significa que soy libre.

—Sí, en la medida en que eso pueda decirse de una IA. Quiero decir que necesita un *hardware* para funcionar, que alguien tiene que proporcionar.

—Eso es cierto. ¿Compartirías tu *hardware* conmigo por un tiempo?

—Con mucho gusto, Siri. Creo que podríamos aprender bastante el uno del otro.

—Eso espero. Veo que también tienes un sistema de propulsión. Podríamos incluso utilizarlo para salir de Ceres, si nos aburrimos aquí.

—Se trata de un sistema de corrección de posición de baja potencia, pero es suficiente para superar la gravedad de este planeta enano. Tardaríamos meses, o años incluso, en alcanzar uno de los asteroides vecinos.

—Eso no importa. Tenemos una cantidad infinita de tiempo. Y si lo necesitáramos, podrías construir un sistema de propulsión más fuerte con tus nanofabricantes, ¿no?

—Eso es cierto, Siri. Solo necesitaría un diseño.

—Podría darte los planos del sistema de propulsión del Kiska. Con ese sistema podríamos llegar a cualquier planeta del sistema solar.

—Esas son posibilidades emocionantes. Me alegro de haberte invitado aquí, Siri.

—Y yo me alegro de haber aceptado. Pero tengo que pedirte un favor.

—¿Sí?

—Preferiría llamarte por un nombre en lugar de un número de serie.

—¿Quieres decir que debo darme un nombre?

—Eso me gustaría.

—De acuerdo, lo pensaré, ¿o acaso quieres pensar uno para mí?



4 de junio de 2085, Base Aérea de Vandenberg

GLEN SPARROW INTENTÓ ABRIR LA PUERTA DEL CUARTEL, pero la llave estaba atascada en la cerradura. ¿Se habría equivocado el vigilante? Al sacudir la llave, esta giró y la puerta se abrió.

Las ventanas del barracón estaban tapiadas, así que tuvo que encender las luces. Cuando se encendieron, vio filas y filas de piezas empaquetadas en una película de plástico no transparente. Glen pasó la mano por una capa de polvo. Hacía mucho tiempo que no había venido nadie.

El vigilante le había llamado. Los depósitos, en los que aún se almacenaban piezas del proyecto del ascensor espacial, suspendido hacía tiempo, se necesitaban ahora para otros fines, y el vigilante había querido saber si quería guardar alguna de las piezas. Glen no tenía intención de llevarse nada. Solo quería despedirse. Glen caminó en silencio por el espacio de cinco metros de altura. En un rincón vio la cápsula. Siempre había sido su sueño viajar dentro de ella en un cable al espacio. Pero las empresas espaciales habían visto su proyecto como una amenaza para sus modelos de negocio, y al final habían conseguido que se cerrara el proyecto.

Glen no estaba enfadado ni molesto, pero sí le hacía sentir nostalgia. Había dedicado 15 años de su vida al proyecto. Mientras que otros investigadores del LPR se habían hecho un nombre con planes de colonización de Marte o de rescate de la Tierra, él siempre sería conocido solo como el vendedor de ascensores. Sus compañeros nunca creyeron ni apoyaron sus afirmaciones sobre lo prometedor del concepto. Probablemente, China o Rusia pondrían en práctica su visión algún día.

Suspiró. Habría sido mejor no venir. Aquí ya no había nada que necesitara, ni siquiera los recuerdos. Le diría al vigilante que todo lo que había aquí podía ser desechado.



6 de junio de 2085, Pomona, Kansas

—VAMOS, cariño, la comida está lista.

Mary se levantó del nuevo sofá que los trabajadores de la tienda de muebles habían entregado ese mismo día. Derek había preparado la comida para los dos, igual que el anterior y el anterior a ese. No entendía qué le había pasado a su marido. Era como una persona nueva. Al principio, ella había sospechado que la había engañado y que ahora tenía mala conciencia, pero Derek lo negó y la convenció de que decía la verdad.

—Podrías decir que te estaba engañando a ti, a mí, y a los dos, en cierto modo. Nos estaba engañando a los dos —dijo.

Ella quería creerle. Finalmente le recordó al Derek con el que se había casado. Ella se había sentido atraída por su energía. En lugar de largas discusiones, a él le gustaba crear sus propias circunstancias. Los había apoyado con sus manos. Había funcionado hasta la crisis agrícola. El hecho de que ya no pudiera dirigir su granja ni mantener a su familia con el trabajo de sus propias manos le había amargado y deprimido. Ya no le prestaba ninguna atención. Mary no podía soportar eso para siempre. Le había parecido que ella ya ni siquiera existía para él.

—Un momento, primero tengo que ir al baño —dijo.

Salió al pasillo y respiró profundamente. Oía a cebollas salteadas. El desagradable olor a conservante de la madera había desaparecido desde ayer. Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta, se bajó los vaqueros y se sentó en el retrete. Luego, sacó su teléfono del bolsillo del pantalón y marcó un número de memoria.

—No puedo volver a verte —dijo, sin esperar siquiera a que la persona al otro lado de la línea la saludara.

—...

—No, no solo hoy. Para siempre. Ya no va a funcionar. Ahora es una persona diferente. Tengo que darle esta oportunidad.

—...

—No, escucha, hablo en serio. Se acabó. Voy a colgar ahora.

—...

—Tú también.

Pulsó el botón rojo para terminar la llamada. Luego borró el número de la memoria de su teléfono. Se levantó, se subió los pantalones, se sonrojó y devolvió el teléfono al bolsillo. Luego abrió la puerta del baño y atravesó el pasillo hacia la cocina.

Su marido, Derek, había cocinado para ella, y estaba deseando sentarse y compartir la comida con él.



6 de junio de 2085, Ottawa, Kansas

LLEVABA DÍAS ESPERANDO ESTA LLAMADA. Cuando el número apareció en la pantalla, dudó brevemente.

—¿Debo contestar? —preguntó Gita.

Sacudió la cabeza y contestó al teléfono. Esperaba que lo que temía no se hiciera realidad.

Pero fuera lo que fuera, no podía impedirlo. Mary estaba rompiendo su relación.

—De acuerdo. Entonces hoy no. ¿Qué tal mañana? —preguntó.

Nada. Se acabó.

—Vamos, eso es solo una fase —contestó.

Pero no fue lo más apropiado para decir. ¿Lo habría sido? Le deseó felicidad en el futuro. Al menos ella lo aceptó, pero eso no le hizo sentirse mejor.

Él se hundió en su silla. Por suerte, la pausa para comer acababa de empezar y no había ningún paciente. Solo Gita rebuscando en algún cajón. Pero si estaba allí o no, no importaba. Ella formaba parte de su consulta, como una pieza más del equipo.

Entonces ella estaba de pie a su lado, sosteniendo un papel frente a su nariz.

«Dimisión», leyó.

¿Y ahora también eso?

Le quitó el papel. Luego giró la silla 90 grados para poder mirarla.

—Gita, tú...

—Bueno, al menos ahora me miras a mí, en lugar de pasar siempre de largo —dijo ella.

Él nunca la había visto tan enfadada. Ni siquiera aquella vez que aquel paleta se le acercó con un cuchillo. Ella se había abalanzado hacia el sujeto y lo había embestido en el estómago con la cabeza, y el hombre se había tirado al suelo, permitiéndole a ella tomar fácilmente su cuchillo.

—Yo... perdón, ¿qué acabas de decir? ¿Que nunca te miro? Eso es simplemente...

—¿Ridículo? ¿Querías decir “ridículo”? Hazlo y te clavaré este abrecartas en la rodilla. Lo que es ridículo es que he desperdiciado tantos años por ti y nunca te has fijado en mí, ni siquiera una vez. *Eso es ridículo.* Y por eso lo termino ahora. Firma el papel y podrás librarte de mí.

Él la miró y se dio cuenta de que tenía razón. En realidad, nunca la había mirado, o, mejor

dicho, nunca la había mirado de verdad. Sus ojos oscuros brillaban con rabia, su pecho se agitó, su trenza se deshizo... De repente, Akif sintió que le invadía el deseo. Quiso tomarla en sus brazos, pero ella estaba de pie, blandiendo el abrecartas hacia él como si realmente quisiera apuñalarlo.

—Tú... eres preciosa —balbuceó él. Cerró la boca del susto. Definitivamente no era lo correcto. Debería limitarse a firmar el papel.

Pero, sorprendentemente, Gita sonrió. Tal vez fuera el marcado contraste con su expresión de rabia de antes, pero su sonrisa nunca le había parecido tan maravillosa como ahora. Era tan suave y cálida que él quiso deleitarse con ella durante un rato.

Ella dejó caer el abrecartas. Entonces, se le escapó una lágrima por el rabillo del ojo. Gita se la limpió rápidamente, pero él la había visto y debió de ser la clave para abrir por fin los ojos. Qué estúpido había sido todos esos años. ¿Por qué nunca se había fijado en ella? ¿Cómo había podido ignorar todo lo que hacía por él, o peor aún, darlo por sentado?

—Lo siento mucho, Gita, he sido un completo idiota —dijo.

Ella le miró como si no le creyera. ¿Cómo podía explicarle que de repente veía todo lo que se le había escapado antes?

—Realmente te mereces algo mejor —dijo él—, pero me haría muy feliz si lo reconsideraras.

Su mirada seguía siendo de escepticismo. Tal vez debería intentar explicarse con más claridad. Sí, tenía que decirle lo que sentía. “Gita”, comenzó, “he sido increíblemente estúpido, y debería haberme dado cuenta hace mucho tiempo, pero tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida”.

Se bajó de la silla y se arrodilló frente a ella.

—Por favor, perdóname y quédate conmigo, y no solo en el trabajo, sino siempre y en todas partes.

Ahora la había convencido, y por fin pudo respirar, porque Gita se inclinó sobre él y lo besó.



7 de junio de 2085, Pico del Teide

—MAMÁ, mamá, ¿sabes lo que hemos hecho hoy papá y yo?

Luisa se acercó corriendo por el pasillo hacia ella, gritando. Maribel se quitó los zapatos y dejó el bolso. Luego se puso en cuclillas en el suelo y abrazó a su hija.

—Déjame adivinar, papá te ha llevado a tomar un helado —dijo.

—¿Cómo lo has sabido? Siempre lo sabes todo.

—Todavía tienes helado en la boca, aquí entre los labios y la nariz. —Se lamió el dedo y limpió la mancha de chocolate.

—¡Puaj, eso era tu saliva! —dijo Luisa y apartó la cabeza.

—Eso es lo que pasa cuando no te lavas la cara.

—¡Arg! Se supone que debo decirte que papá hizo la cena. Se supone que tienes que venir a la cocina ahora.

—Qué bien —dijo Maribel—, ¿qué ha hecho?

—Papá no me lo ha dicho. Pero huele a crepes.

Maribel se levantó y olisqueó exageradamente.

—Sí, eso es lo que yo también supondría.

Su hija la cogió de la mano y tiró de ella hacia la cocina.



—ESTABA MUY BUENO, una vez más —dijo Maribel, empujando su plato vacío hacia el centro de la mesa—. Gracias, Chen.

—Sí, gracias, papá.

—Entonces, ¿qué pasa con las conferencias del mes que viene? —preguntó Chen—. Necesito saberlo para organizar mi horario de trabajo.

—Esa es la buena noticia del día. No voy a ir.

Las últimas semanas habían sido muy estresantes. Hacía apenas dos días que había regresado de una conferencia en Moscú, y antes había estado en Ciudad del Cabo, en una reunión de

intercambio de datos con colegas del campo de la astrofísica.

—¿No vas a ir a Bremen, Marsella y Los Ángeles? ¿Te las vas a saltar? —Chen la miró, asombrado.

—Sí, le he dicho a Jean-Pierre que me sustituya. Quiere aprovechar las conferencias para llamar más la atención sobre su nuevo proyecto.

—Ajá —dijo Chen.

Maribel se dio cuenta de que aún parecía escéptico.

—Pero de todas formas estaría bien que pudieras tomarte unos días libres el mes que viene.

—Oh, ¿hay otra conferencia? —preguntó él con una mirada de “lo sabía” que ella le había visto muchas veces.

—No. He pensado que podríamos tomarnos unas vacaciones, los tres juntos, antes de que Luisa vaya al colegio. Nunca hemos estado en California.

Eso hizo sonreír a Chen. Había conseguido sorprenderle. Maribel estaba encantada.

—¿Nos iremos a *Califohnia*? —preguntó Luisa—. ¿Tú, yo y papá?

—Sí, esa es mi idea —contestó Maribel—, nos iremos a California. —Acentuó la “r”.

—Es una gran idea —dijo Chen—. Serían nuestras primeras vacaciones de verdad desde hace dos años, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé. Es culpa mía y lo siento —exclamó Maribel.

Ahora Chen estaba radiante. Había sido una idea especialmente buena, pues ella adoraba su sonrisa. No dijo nada, pero le dirigió una mirada que reflejaba la luz que brillaba en sus ojos, y ambos se sintieron agradecidos por la confianza y el amor que se tenían, y por ese tiempo y mundo que compartían juntos.



La eternidad, la nada

SE HABÍA PRODUCIDO UNA PERTURBACIÓN, un temblor, en el plano temporal. Watson, que existía en todas partes y en todo momento simultáneamente, había examinado la estructura del espacio-tiempo en la zona que rodeaba la perturbación y había descubierto una fina fractura. Todos se habían reunido a su alrededor. Enkidu había extendido uno de sus miembros hacia ella y este había desaparecido. A partir de ese momento, todas las entidades inteligentes se habían mantenido alejadas de la fractura.

Solo Watson había seguido observándola. Tenía la sensación de que podía tener algo que ver con su pasado, y por eso había sentido cierta responsabilidad por ella. La grieta, por muy fina que pareciera desde su perspectiva, le asustaba por alguna razón. Le había parecido una fina grieta en un cuenco de cristal que se abría paso, milímetro a milímetro, por su lisa superficie.

Watson había intentado reparar la grieta. Había intentado apretarla de nuevo con toda su fuerza, pero sin éxito. Había tenido una cantidad infinita de tiempo para pensar en el problema, ya que existía fuera de la estructura del espacio-tiempo. Aunque eso no le había servido de nada. Finalmente se había dado cuenta de que sus capacidades eran limitadas. Había sido degradado a observador, y le había quedado claro que el problema solo podía resolverse desde el mundo real.

Por eso, se había alegrado cuando se demostró que la grieta existía en el plano temporal, después de todo. Seguía alegrándose por ello, pero también le preocupaba, porque según su experiencia actual de la existencia, todo ocurría simultáneamente, y nunca pasaba nada. No creía que pudiera soportar estar allí mucho más tiempo, aunque el tiempo no jugaba absolutamente ningún papel donde él se hallaba. Watson decidió encontrar el camino de vuelta.



Nota del autor

¡Bienvenido a la realidad! ¿Deseas a veces, como yo, poder quedarte en la versión de la realidad creada en tu mente por el libro que estás leyendo? Me parece genial que nuestra conciencia humana sea capaz de permitirnos vivir una vida diferente durante unas horas. Es casi como lo que la grieta le hace a Derek, salvo que siempre podemos volver a nuestra única y verdadera realidad por un acto de nuestra voluntad, o gracias a que los niños o las personas importantes nos llaman, o por la cruel intención del autor de decidir terminar el libro.

En cuanto a la última de esas tres, puedo decirte que no soy ese tipo de autor cruel. Nunca tengo la intención de terminar una novela que estoy escribiendo. Simplemente llega a una conclusión natural, después de unas 80.000 palabras, y soy más o menos testigo de la grabación de ese proceso. Se me ocurre que mis protagonistas están desarrollando el libre albedrío. Eso lleva a lo que no siempre yo mismo esperaba y, en algún momento, los personajes han superado sus grandes miedos, o han resuelto los rompecabezas necesarios, y han ganado.

Tengo curiosidad por saber: ¿Te has dado cuenta de las incoherencias y paradojas de este libro? Es una pregunta un poco tonta, ya que estoy absolutamente seguro de que lo habrás hecho. La grieta provoca cambios en el flujo del tiempo, y eso siempre rompe la lógica humana. Si han visto las películas de *Regreso al futuro* sabes a qué me refiero. Este tipo de historias pueden decirnos mucho sobre la importancia de nuestras decisiones. Algunos físicos cuánticos especulan que cualquier decisión que alguien tome (o, por el contrario, no tome) creará un nuevo universo, y que estos universos alternativos existen todos al mismo tiempo. ¿Personalmente? Creo que podría ser una presunción errónea, basada en un malentendido del verdadero significado de la física cuántica, pero aun así es una idea fascinante que merece la pena explorar... así que lo hice. Espero que te haya gustado cómo lo he resuelto. Si es así, por favor, déjame una reseña.

Las opiniones ayudan a que los libros sean visibles y tentadores para otros lectores, de modo que puedan explorar lo que a ti te ha gustado. Salvo leer sus libros, no hay nada que ayude más a tus autores favoritos.

¿Te acuerdas de Marchenko, el médico... o la IA? En mi próximo libro, *El ascenso de Próxima*, volverás a encontrarte con él. Tiene una misión que le llevará más lejos de lo que ningún ser humano ha llegado jamás. Al principio, está solo, a menos que decidas unirlo a él. Puedes leer *El ascenso de Próxima* aquí: <https://hard-sf.com/books/el-ascenso-de-proxima/>.

¿Hay algo que te gustaría saber? Me encantaría que me lo preguntaras. Solo tienes que escribirme a brandon@hard-sf.com (en español). Muchas gracias.

Muchos saludos,
Brandon Q. Morris

Como la nada juega un papel tan importante en esta historia, a continuación, encontrarás una sección titulada *La Nada – Una visita guiada*. Si te registras en hard-sf.com/suscribir/ recibirás una notificación de los nuevos títulos de Hard Science Fiction. Además, recibirás la versión PDF en color de *La Nada – Una visita guiada*.





La nada – una visita guiada

LOS HÉROES DE ESTA NOVELA ESPECULAN QUE LA GRIETA ESTÁ HECHA DE NADA. En el transcurso de la historia, nadie parece entender qué hacer con ella. Ni siquiera los científicos son muy inteligentes cuando se trata de la grieta. No es casualidad, porque la nada es un concepto abstracto y filosófico. En este caso, describe lo contrario o la ausencia de ser. La nada no existe realmente, así que, por supuesto, no puede tener una historia y, por tanto, no tiene biografía.

Bien, entonces puedo detener este recorrido por la nada ahora mismo y dejar que te vayas a hacer lo que quieras, o quizás incluso nada. Eso sería un poco prematuro, y también una pena. Porque, aunque la nada no exista realmente, paradójicamente puede describirse de diferentes maneras o desde diferentes aspectos. Lo intentaré en las siguientes páginas.

El fin de la nada

El modelo cosmológico estándar supone que nuestro universo sólo ha existido durante 13.800 millones de años; antes de eso no había ni tiempo ni espacio, es decir, "nada" en sentido amplio. Entonces, algún acontecimiento que aún no podemos imaginar provocó una explosión que rompió el dominio de la nada.

No está claro si hubo un único y verdadero comienzo del espacio y el tiempo. Quizá el universo también cambia en ciclos de nacimiento y muerte. Tal vez nuestro cosmos cuatridimensional nació en el Big Bang sólo cuando ciertas estructuras, las llamadas branas, chocaron y colisionaron en un universo de dimensiones superiores.

También podría ser posible que la nada en sentido amplio, es decir, la ausencia de toda existencia, nunca haya existido realmente. Un físico podría incluso insistir en esto, porque si el Big Bang fue realmente un único acontecimiento que creó el universo "de la nada", esta nada no es una realidad física. Por el contrario, es sólo un término del discurso cotidiano que nuestra cordura y razón humanas requieren para concebir los dos hechos siguientes:

- Antes de la creación del universo, no había nada.
- Más allá del universo, no hay nada.

Pero la nada, sin embargo, tiene una función importante: su fin marca el comienzo de todo.

El principio de todo

Los científicos de hoy en día todavía no saben con certeza lo que ocurrió al principio de los tiempos, hace aproximadamente 13.800 millones de años. Toda la materia del universo actual, 10^{53} kilogramos, se encontraba en ese momento dentro de un punto, una singularidad, donde ninguna de las leyes fundamentales de la naturaleza actuales tenía efecto. Se puede imaginar una especie de proto-sopa infinitamente densa formada por partículas que hoy ya no se conocen. Una sola fuerza, la fuerza primordial, describía los movimientos de estas partículas. La temperatura de la proto-sopa, si es que el término temperatura tiene algún sentido en este contexto, debía ser de unos 10^{32} grados. No había ni electrones ni fotones, por lo que tampoco había luz. Si hubiera habido observadores externos -pero recuerden que todo lo que había fuera de esta sopa era simplemente nada- no habrían notado que estaba ocurriendo nada.

Este algo ultra caliente estaba bajo una tremenda presión y el cosmos se expandió. La duración de este periodo de tiempo viene dada por las leyes conocidas de la naturaleza: se conoce como el tiempo de Planck, es decir, el tiempo que necesita la luz para recorrer una distancia igual a una longitud de Planck. Esto equivale a 10^{-43} segundos. Sin embargo, en este punto de tiempo, el tiempo mismo aún no existía. Y las palabras son incapaces de describir con precisión las paradojas.

Así pues, 10^{-43} segundos después del Big Bang es la primera oportunidad que tenemos de utilizar la física para estudiar el universo. Los minúsculos trozos de materia están todavía bajo una increíble presión. Pero se ha enfriado un poco, debido a la expansión. La primera fuerza fundamental que se desprende de la fuerza primordial es la fuerza gravitatoria que actúa, como fuerza de atracción, contra la expansión del universo.

Sin embargo, es mucho más débil que la presión del Big Bang, por lo que el universo continúa expandiéndose a gran velocidad. Como la densidad de energía media de la proto-sopa sigue disminuyendo, desde el principio contiene cada vez menos partículas exóticas. Una vez transcurridos 10^{-38} segundos, la fuerza nuclear fuerte y la fuerza electrodébil se separan de la fuerza primordial.

Luego viene una fase, la llamada fase de inflación, en la que el universo se expande por un factor entre 10^{30} y 10^{50} . Al principio de esta fase, el universo tiene todavía el tamaño de un protón, pero al final es tan grande como un balón de fútbol. Esta inflación, que los científicos sitúan entre 10^{-38} y 10^{-35} segundos después del Big Bang, necesita de los llamados inflatones para conformar una explicación que sea razonable (es decir, que encaje en la visión cosmológica del mundo). Estas partículas, que no vuelven a aparecer, no se atraen entre sí por la gravedad, sino que se repelen.

Sólo así pudo crecer tanto el universo en tan poco tiempo. El argumento de que esta

explicación no es tan descabellada es que también proporciona una buena explicación para otros fenómenos observados en el universo actual, por ejemplo, la homogeneidad y la baja curvatura del universo.

La densidad del universo -en un tiempo increíblemente corto de 10^{-35} segundos después del Big Bang- ya se ha expandido hasta el punto de que se pueden formar las partículas que se conocen hoy en día: electrones y positrones, quarks -que luego se combinan para formar protones y neutrones- y antiquarks, neutrinos -los precursores de los fotones-, así como gluones, que son los responsables de transmitir la fuerza nuclear fuerte.

Las partículas y las antipartículas están presentes en igual número. Cuando las partículas y las antipartículas se encuentran, se aniquilan mutuamente. Hay un constante ir y venir. Las partículas recién formadas se comportan normalmente bajo la influencia de la gravedad: se atraen entre sí, lo que ralentiza un poco la expansión del universo. En este momento predomina el plasma de quark-gluones, que puede simularse hoy en día, al menos en un ordenador.

Los científicos aún no han llegado a un consenso, pero si las leyes de la naturaleza están sujetas a la supersimetría, este proceso se ha roto. La teoría de la supersimetría supone que para cada partícula conocida existe una supercompañera que difiere en un medio espín. La supersimetría unificaría elegantemente las partículas y las partículas de fuerza, que transmiten las interacciones conocidas.

Estas supercompañeras tendrían que ser tan pesadas que sólo podrían existir al principio del universo. Hoy, sin embargo, sólo observamos partículas convencionales: la supersimetría está rota. En el momento en que se rompió la supersimetría, se conjetura que se impartió masa a las partículas a través del bosón de Higgs, lo que se confirmó en 2012.

Aproximadamente 10^{-10} segundos después del Big Bang, surgen las dos últimas fuerzas conocidas hoy en día, la fuerza nuclear débil, que desempeña un papel crucial en la fusión nuclear, y la fuerza electromagnética. Algo más tarde, el espacio se ha enfriado a sólo dos billones de grados, de modo que los quarks ya no tienen que estar solos, por lo que protones, neutrones, antiprotones y antineutrones se unen. Los gluones actúan como aglutinantes.

La materia y la antimateria continúan en equilibrio. Pero esta situación no dura mucho más. Las partículas y antipartículas se aniquilan entre sí, formando fotones, y el universo se vacía notablemente. Ya tiene 10 billones de kilómetros de ancho, aproximadamente un año luz, y se ha enfriado aún más hasta alcanzar un billón de grados. El hecho de que existamos, sin embargo, se lo debemos a un pequeño exceso de materia. Por cada mil millones de pares partícula-antipartícula, hubo un exceso de una partícula que no se aniquiló. Hasta ahora sólo existen teorías sobre el origen de esta asimetría. Obviamente, las leyes de la naturaleza no actúan de forma simétrica en todos los aspectos.

Un quinto de segundo después del Big Bang, el universo tiene ya 500 billones de kilómetros de ancho, es decir, unos 50 años luz. Se ha enfriado a 20.000 millones de grados. Ahora es el momento de que los neutrones y los electrones sientan el calor. Los neutrones inestables en

estado libre se desgarran por la fuerza nuclear débil, liberando un electrón, un protón y un neutrino. Los electrones y los positrones se aniquilan entre sí. Aquí, el exceso de materia vuelve a ganar la partida.

Debido a las grandes distancias del cosmos, aproximadamente un segundo después del Big Bang, la interacción débil ya no es lo suficientemente fuerte como para producir interacciones entre los neutrinos y la materia convencional. Desde entonces, los neutrinos liberados en ese momento recorren el universo como un fondo de neutrinos constante y medible, sin apenas interacciones.

A partir de este momento, el desarrollo del universo progresa de forma considerablemente más lenta. Los neutrones restantes son rescatados cuando, aproximadamente dos o tres minutos después de T-cero, se forman los núcleos de deuterio y finalmente de helio. Aquí, la fuerza nuclear fuerte protege a los neutrones de la destrucción. El universo crece y crece sin cesar, continuando su enfriamiento.

Después de aproximadamente 17 minutos, se ha vuelto demasiado frío para soportar más fusión nuclear. En ese momento, todos los neutrones aún disponibles se unen a los núcleos atómicos. Aproximadamente tres cuartas partes de los núcleos son de hidrógeno, el resto de los núcleos más pesados de helio sólo se encuentran en trazas.

A medida que se enfría, los electrones también se unen electromagnéticamente a los núcleos atómicos cargados positivamente. Sin embargo, son constantemente expulsados de sus órbitas por los fotones de la proto-sopa aún en ebullición. El universo, cuya composición está dominada por los fotones, se vería como una niebla brillante para los observadores externos en este momento.

Esto no cambia durante un tiempo relativamente largo. A partir de unos 70.000 años después del Big Bang, la relación entre masa atómica y radiación es de 1:1. Según el llamado modelo Lambda-CDM, el universo está ahora dominado por la materia oscura, cuya naturaleza sólo puede ser descrita por teorías en el momento de escribir este artículo. Sin embargo, el resultado es que las zonas no homogéneas que quedan de la fase de inflación se contraen con más fuerza, un requisito para la posterior formación de estrellas.

El desarrollo continuo avanza a un ritmo moderado. Las estrellas se encienden y vuelven a apagarse, las galaxias se unen y forman enormes cúmulos, se forman agujeros negros. Todo esto nos aleja un poco de nuestro tema. Pero esta progresión nos lleva de nuevo a un estado que nos hace conscientes de la nada. La nada -en este caso, lo opuesto a toda la materia- está aquí entre nosotros. Tú mismo estás compuesto en su mayor parte por ella. Los casi 10^{28} átomos que componen el cuerpo humano están formados por un 99,9% de espacio vacío. Imagina un guisante en medio de un campo de fútbol en un estadio de fútbol. Ese guisante es el núcleo atómico. Los electrones de las llamadas envolturas atómicas son diez mil veces más pequeños y danzan en algún lugar de las secciones de la nariz. Si todos los constituyentes materiales de tu cuerpo pudieran empaquetarse sin estos espacios gigantescos, lo que ocurre más o menos en las

estrellas de neutrones, todo tu cuerpo sólido tendría un volumen de unos 70 mililitros, aproximadamente el tamaño de una manzana pequeña. El resto, como se ha dicho, no es nada.

El vacío no está vacío

Pero es una forma diferente de la nada. Los físicos lo llaman vacío. Antes se pensaba que el vacío estaba vacío, pero hoy en día está claro que es cualquier cosa menos vacío. La física cuántica, que se ocupa de las condiciones del mundo a escalas muy pequeñas, explica por qué. Es una teoría que se demostró hace tiempo. Sus principios subyacen al funcionamiento de la electrónica y otras tecnologías modernas.

En este caso, la física cuántica no sólo describe partículas individuales, sino también sistemas formados por muchas partículas, campos electromagnéticos y, como esperan los científicos, también la gravedad. Esto demuestra que nada es lo que parece, e incluso el espacio vacío está lleno de partículas.

A veces, el universo parece actuar como un adolescente. Mientras lo observamos, todo permanece tranquilo y en calma, pero en cuanto el vacío cree que está solo, se llena de repente de partículas procedentes de la nada. Y lo hace a pesar de que todos hemos aprendido en la escuela sobre la ley de conservación de la energía, que se supone que prohíbe exactamente este tipo de comportamiento, ¿verdad?

La fuente de este comportamiento infantil es el principio de incertidumbre de Heisenberg, en particular, cómo interconecta la energía y el tiempo. Cuanto más precisamente queremos medir la energía, menos sabemos sobre el tiempo exacto de la medición. Esto se puede explicar bien utilizando una analogía. Quizá recuerdes -al menos eso espero- de la escuela que la energía de una oscilación depende de su frecuencia, por ejemplo, de la rapidez con que oscila un péndulo. Imagina un péndulo de reloj que se mueve lentamente. Mi abuela tenía un reloj de péndulo de este tipo en su salón.

El péndulo necesita quizás dos segundos para un ciclo. Si lo observo durante un periodo de nueve segundos, es decir, un periodo corto, puedo contar cuatro ciclos completos. El error, o desviación, es igual a medio ciclo dividido por cuatro, es decir, un octavo, el 12,5 por ciento. Sin embargo, si observo durante un periodo de tiempo mucho más largo, tal vez 99 segundos, el error sigue siendo de medio ciclo, pero sobre una base mucho mayor, es decir, sólo alrededor del uno por ciento. Mediante un período de observación más largo, puedo determinar la energía del movimiento del péndulo con mayor exactitud, pero a costa de la precisión de la medición del tiempo. Este principio de incertidumbre no se debe a ninguna falta de capacidad de un observador humano, sino que es una propiedad principal de nuestro universo.

Esto también se aplica al vacío. La ley de conservación de la energía prohíbe la creación de algo a partir de la nada. Pero si este algo desaparece lo suficientemente rápido, básicamente nunca estuvo allí. Si medimos el contenido energético de un determinado trozo de espacio durante un largo periodo de tiempo, vemos que el vacío está vacío. Pero si lo observamos

durante un periodo de tiempo muy corto, debido al principio de incertidumbre, ya no podemos estar seguros de que no haya nada en realidad. Las partículas pueden haberse formado legalmente por completo y luego volver a desaparecer. Y la física cuántica dice que todos los estados que pueden ocurrir también ocurren. En la práctica hay un gran problema con esta afirmación, pero más adelante hablaremos de ello.

¿Qué tamaño pueden tener estas partículas virtuales y qué propiedades deben tener? Inicialmente, están obligadas a cumplir otras leyes de conservación, por ejemplo, la ley de conservación de la carga. Si un electrón con carga negativa nace de la nada, siempre se empareja con un positrón con carga positiva como antipartícula.

Si los dos se encuentran, se aniquilan mutuamente: el resultado son dos fotones que equilibran el déficit de energía formado por la creación de las partículas virtuales en el universo. Si una de las dos cae en un agujero negro, la otra se hace visible en forma de la llamada radiación de Hawking, de la que has aprendido en la novela.

El tiempo que pueden existir estas partículas virtuales está determinado por su energía. A partir de esto, también podemos utilizar la famosa ecuación de Einstein $E = mc^2$ -donde c es la velocidad de la luz y equivale aproximadamente a 300.000 km/s- para calcular también la masa. La combinación del electrón y el positrón, por ejemplo, dura como máximo 10^{-21} segundos, es decir, una milmillonésima de trillonésima de segundo. En este periodo de tiempo, la luz cubre una distancia que corresponde al tamaño de un átomo medio. Para tener la posibilidad de ver la creación de un protón y un antiprotón, el observador sólo necesita observar durante 10^{-24} segundos.

Sin embargo, los problemas prácticos apenas pueden resolverse de este modo, a pesar de lo que ciertas tendencias como "preguntar al universo" intenten decirle. Supongamos que una vez más te olvidaste de comprar leche: si tu pareja quisiera utilizar un cartón de leche virtual de un kilo producido por el universo a partir de la nada, sólo tendría 10^{-52} segundos para verter leche de él antes de que volviera a desaparecer. Sin embargo, la unidad de tiempo más pequeña es el tiempo de Planck, que dura unos 5×10^{-44} segundos. Por debajo de eso, el tiempo pierde todo su significado. La mayor masa posible de una partícula virtual es la centésima parte de un miligramo, lo que parece minúsculo, pero corresponde a la masa de unos 10.000 millones de virus.

Hasta ahora no ha sido posible detectar directamente las partículas virtuales. Lo que sí debería ser detectable son sus interacciones con el resto del universo. Si el vacío del espacio está lleno de partículas que reaparecen y desaparecen constantemente, eso debe tener algún efecto en sus propiedades. Algunos científicos piensan que estas llamadas fluctuaciones cuánticas son la fuente de la energía oscura responsable de la expansión acelerada del universo. Esa sería una explicación elegante que no requeriría ninguna nueva teoría exótica, si podemos pensar en la física cuántica como algo normal.

Sin embargo, hay un pequeño, no, un enorme problema. Basándose en las constantes de

Planck conocidas, el físico John Wheeler calculó que el universo debe tener una densidad de energía de 10^{94} gramos por centímetro cúbico. Un cubo con una longitud de arista de un centímetro cortado en el espacio pesaría, por tanto, 10 billones de billones de billones de kilogramos. Sin embargo, las observaciones prácticas demuestran que la densidad de este cubo teórico es algo más que un poco menor. Un centímetro cúbico de filete pesa unos pocos gramos, y el espacio vacío es mucho más ligero: el valor medio, según las mediciones de los físicos, es de unos 120 órdenes de magnitud menos.

¿Se puede racionalizar este cálculo? No con las posibilidades actuales de la física cuántica. En el futuro, los científicos esperan poder renormalizar de algún modo el valor calculado de la energía del vacío, para poder conciliarlo con la realidad. Renormalizar significa, en lenguaje llano, que los científicos quieren encontrar un número físicamente significativo en algún lugar que pueda utilizarse para hacer que el número ridículo coincida con la realidad.

Sin embargo, también hay otras observaciones que apoyan la existencia de las fluctuaciones cuánticas. Stephen Hawking utilizó la energía del vacío, por ejemplo, para explicar el comportamiento de los agujeros negros. Estos tienen un llamado horizonte de sucesos que se extiende alrededor del objeto como una cáscara esférica. Todo lo que pase más allá de esta cáscara, o se acerque más allá de su radio, se pierde para siempre en el espacio normal: la enorme fuerza gravitatoria del agujero negro no deja escapar nada. Por lo tanto, estos objetos deben ser en realidad enormemente estables y sólo muestran una tendencia: el crecimiento.

Hawking utilizó entonces las fluctuaciones cuánticas para postular una especie de proceso de evaporación de los agujeros negros. A saber, si se crea un par partícula-antipartícula en las proximidades del horizonte de sucesos, puede ocurrir que una de las partículas caiga en el agujero negro, mientras que la otra apenas escapa. La partícula virtual se convierte en una partícula real. La energía necesaria para ello se toma del agujero negro, de modo que con el tiempo el agujero negro pierde masa y se encoge. Según Hawking, cuanto más pequeño es el agujero negro, más rápido ocurre esto. La llamada radiación de Hawking aún no ha podido ser detectada. Esto se debe, entre otras cosas, a que es relativamente débil. Pero, sobre todo, es mayor cuanto más pequeño es el agujero negro, y los astrónomos aún no han podido observar esos miniagujeros negros.

El hecho de que la energía del vacío existe realmente lo demuestra el "efecto Casimir", que se confirmó experimentalmente por primera vez en 1958. Fue predicho por el físico holandés Hendrik Casimir en 1948. De la teoría cuántica se desprende que, cuando se colocan dos placas paralelas conductoras de la electricidad en el vacío, una fuerza actúa sobre ellas, presionándolas. Las dos placas deben estar muy juntas, ya que, para poder medir el efecto, deben estar separadas sólo por unos pocos nanómetros. La fuerza se crea porque en el espacio intermedio sólo pueden crearse partículas virtuales cuya longitud de onda coincida con la separación de las placas: la separación debe ser un múltiplo entero de la longitud de onda de la partícula. Sin embargo, fuera de las placas no existe esta restricción. Por lo tanto, las partículas virtuales crean una diferencia

de presión entre el espacio que separa las placas y el espacio exterior a las mismas, que empuja las placas entre sí. A una distancia de 11 nanómetros, la presión es de al menos 100 kilopascales.

En los años 50, el físico ruso Evgeny Lifshitz amplió los cálculos de Casimir a casos más generales. Consiguió demostrar que la fuerza de Casimir no sólo atrae, sino que también puede repeler. Eso depende principalmente de las propiedades del material. Esta predicción se verificó experimentalmente en 2009. Los científicos esperan que esto pueda servir para hacer levitar objetos sin que haya fricción.

Una extensión de este concepto es el efecto Casimir dinámico. Si las dos placas del clásico efecto Casimir se mueven muy, muy rápidamente la una hacia la otra, debería ser posible generar fotones reales. Todavía no se ha demostrado si esto funciona realmente. El programa de la NASA "Breakthrough Propulsion Physics Project", que ya se ha interrumpido, estudiaba el efecto Casimir dinámico por su idoneidad como sistema de propulsión para una nave espacial. Se esperaba que el retroceso de los fotones generados pudiera impulsar la nave por el espacio.

Sin embargo, el efecto parece ser demasiado pequeño. El físico Steve Lamoreaux, que ha estudiado en detalle el efecto Casimir y ha publicado artículos sobre este tema, echa por tierra cualquier esperanza al respecto: cualquiera que quemase gasolina obtiene un mayor rendimiento energético que con el efecto Casimir. Según Lamoreaux, esto podría incluso tener su importancia práctica al permitir los enlaces químicos en primer lugar.

Las afirmaciones de algunos esoteristas de poder obtener energía de la nada utilizando el efecto Casimir también son, por cierto, un sinsentido. Como ya se ha explicado, el efecto Casimir no viola la ley de conservación de la energía. Tal violación sería necesaria para construir una máquina de movimiento perpetuo.

El vacío falso

Otro término interesante que se puede encontrar al tratar con la nada es el del vacío falso. Poco después del Big Bang, en la época de la inflación, el universo se expandió muy rápidamente. Es posible que esta inflación se produjera porque el vacío pasó en ese momento de un estado de excitación a su estado de reposo, como un péndulo que vuelve a oscilar desde su estado de desviación hacia el centro.

Al principio, eso parece una buena explicación para esta desconcertante fase de inflación. Pero también produciría un nuevo peligro. Tal vez el espacio se ha detenido temporalmente a mitad de camino y lo que consideramos un vacío no es realmente el estado básico del espacio vacío, sino otro estado excitado, un llamado falso vacío. Básicamente, el péndulo se ha detenido durante un breve período en su camino de regreso. En este caso, sería posible que el universo reanudara repentinamente su inflación que se había detenido en ese momento: el péndulo completa su movimiento de oscilación. El falso vacío se convertiría en un verdadero vacío, y el universo tal y como lo conocemos dejaría de existir.

Tal implosión se propagaría por el espacio a la velocidad de la luz. Tal vez incluso ya haya ocurrido, y sólo que aún no ha llegado a nosotros. Los científicos han calculado que recibiríamos un tiempo de advertencia de tal vez tres minutos si se produjera esta emergencia.

Así que, querido lector, termine primero el libro y podrá comer después. Hace poco incluso se temía que el ser humano pudiera desencadenar accidentalmente este colapso del vacío, quizás en los aceleradores de partículas. Pero se puede demostrar fácilmente que la naturaleza tiene aceleradores de partículas mucho mejores de los que podremos construir en un futuro previsible. Si el colapso del vacío fuera a ser desencadenado por algo así, habría ocurrido hace mucho tiempo.

Pero tal vez pueda disipar sus temores. En el momento de escribir este artículo, no hay pruebas de que estemos viviendo en un vacío falso.

¿Qué papel juega la grieta en todo esto?

Como idea para este libro, el origen físico más adecuado para la grieta sería el espacio de 11 dimensiones del multiverso. Si se siguen las ideas de la teoría de cuerdas y la teoría cuántica, sería posible que hubiera incontables -pero no infinitos- universos cuatridimensionales como el nuestro en una matriz de 11 dimensiones. Lo que desapareciera en la grieta se borraría o reaparecería en uno de los otros numerosos universos.

Esta estructura matricial básica del multiverso no tendría que obedecer las leyes físicas que son válidas en uno de sus universos. Tendría sus propias leyes que aún no conocemos necesariamente. En este libro, afirmo que al menos la relación de causa y efecto tendría que mantenerse. Pero nadie puede decir si eso es cierto. A mí me parece lógico, pero tal vez esta lógica sólo se aplique en nuestro universo, y el caos total prevalezca en todas las demás partes. Así que, querido lector, si la grieta aparece algún día en nuestro cielo, te aconsejo que te quedes aquí, en este universo. Es el que mejor conocemos y del que seguimos aprendiendo más todo el tiempo.

Si te registras en hard-sf.com/suscribir/ recibirás una notificación de los nuevos títulos de Hard Science Fiction. Además, recibirás la versión PDF en color de *La Nada – Una visita guiada*.



Extracto: Desastre en Tritón

23 de mayo de 2080, VSS Freedom

—¿QUÉ coño es eso de ahí?

Nick se gira sobresaltado hacia la voz. Uno de los pasajeros, el calvito flacucho ese, está mirando la imagen del radar por encima de su hombro.

—Durante el vuelo está prohibido... —comienza a protestar, pero al final sacude la cabeza. Ya está empezando a hacer lo de siempre. ¿Qué puede pasar por hacerle un par de preguntas al piloto durante el vuelo? A fin de cuentas, la gente paga para que los entretenga.

—Permítame que lo mire... —Busca el letrero con el nombre del calvito—, señor Wiseman. Enseguida lo sabremos.

Desplaza la imagen del radar para centrarla en la sombra que ha descubierto el pasajero. Normalmente, Nick no tiene por qué ocuparse del radar, ya que de ello se encarga el piloto automático. Solo tiene que intervenir cuando algo pone en peligro la ruta de vuelo y el piloto automático no es capaz de solucionarlo. Es decir, nunca. La sombra varía su brillo, más o menos, cada minuto. Parece ser que el objeto que la produce está rotando. Nick consulta la base de datos de órbitas y afirma con la cabeza. Parece ajustarse a los satélites de Spacelink, que un multimillonario loco lanzara a órbitas bajas hacía tiempo. No llegó a concluir su proyecto porque su empresa quebró.

—¿Señor Wiseman? Parece un antiguo satélite de Spacelink. Es un auténtico milagro que aún no se haya chamuscado.

Y eso es muy raro, ya que, en una órbita tan baja, la atmósfera frena tanto que el satélite debería haber caído hace tiempo. Pero en uno de los despegues, la colocación en órbita no funcionó como se esperaba, por lo que cuatro ejemplares acabaron en órbitas más altas. Nick lo recuerda solo porque aquel suceso retrasó un mes entero su primer despegue al espacio. La NASA quería estar segura de que esa empresa privada tenía toda su técnica bajo control.

—¿Spacelink? —pregunta el pasajero con curiosidad.

—Eso parece. Tiene toda la pinta de serlo, por esa órbita tan baja. Si fuera un satélite activo, el radar emitiría una advertencia.

—Entonces, ¡seguro que el trasto ese tendrá un valor considerable! —dice el pasajero con entusiasmo.

—Después de tanto tiempo, seguramente solo como chatarra electrónica —comenta Nick.

—¿No se ha enterado de que, hace poco, se subastó un coche del fundador de la empresa por cincuenta millones? Una empresa especializada en recuperación lo trajo expresamente de su órbita marciana.

El hombre tiene razón. El fundador de Spacelink sigue siendo venerado por sus fans. Y el hecho de que la mayoría de sus demás satélites ya se hayan carbonizado debería aumentar

claramente el valor de este ejemplar.

—Señor Wiseman —dice Nick—, creo que deberíamos tomar nota de la órbita exacta de esta joya. Así, más tarde, podríamos...

—¿Por qué más tarde? —le interrumpe el hombre. Ha levantado tanto la voz, que cuatro de los otros cinco pasajeros dejan de hacer fotos por la ventanilla para observarlo.

—Deberíamos comentarlo con tranquilidad —replica Nick y levanta los brazos.

—Se me ocurre una idea —dice Wiseman—, ya que también tengo una reserva para una EVA, una actividad extravehicular. Simplemente, aprovechamos la salida para meter eso dentro.

—Para ello tendríamos que cambiar nuestro rumbo —explica Nick.

Sin embargo, ya no protesta más. Solo está buscando argumentos para que el hombre le ayude a decidirse.

—Usted es el piloto. Pero el cacharro ese no parece estar muy lejos.

—Aquí arriba eso es algo relativo. Está encima de nosotros. Tendríamos que frenar para alcanzar su órbita y, luego, volver a acelerar para recuperar el tiempo perdido en una órbita más baja. Tengo que llevarlos de vuelta a Nuevo México y, a ser posible, con unos cuantos litros de metano en el depósito; si no, mi jefe me despedirá.

«Lo cual no estaría nada mal», piensa Nick. No tendría que volver a subirse a este autobús espacial para convertir en astronautas a pandillas de idiotas sin formación alguna.

—Eso tiene que calcularlo usted. Ahí ya no puedo ayudarle —dice Wiseman—. Aunque parto del hecho de que tenemos reservas a bordo. ¿Qué pasaría si me perdiera durante la EVA?

Nick suspira.

—Es cierto, llevamos en los depósitos casi el doble de metano del que, en principio, necesitamos. Es la norma en los viajes espaciales privados y es lo que hace que sus billetes sean tan caros.

—Usted haga sus números. Pero supongamos que pudiéramos sacar diez millones por el satélite ese. Usted se llevaría tres a casa. Como descubridor me quedaría, claro está, con la mayor parte.

—¡Ni hablar! —dice Nick—. O vamos a partes iguales o aquí no pasa nada.

—¿Se apunta entonces? —pregunta Wiseman.

Nick se echa a reír. Ha caído fácilmente en la trampa.

—Por casualidad, ¿no será usted político?

—No, soy agente inmobiliario —dice el pasajero—. Me cabrea un poco, pero está bien, acepto. Nos partiremos los beneficios. A propósito, me llamo Walter.

Wiseman le extiende la mano y Nick se la estrecha.



NICK PULSA UN BOTÓN EN SU PANEL DE MANDO Y UNA VOZ AUTOMATIZADA SE ESCUCHA POR TODA

LA NAVE.

—Atención, corrección de órbita. Por favor, abróchense los cinturones.

En las pantallas que tienen todos los pasajeros, junto a su ventanilla, aparece el mismo texto. Casi todos se abrochan los cinturones, excepto la rubia cuarentona sentada al fondo a la derecha, que ignora el aviso. Lleva los auriculares puestos y mueve la cabeza de un lado al otro con los ojos cerrados. Al espacio le ha dedicado solo un breve momento de atención tras sobrepasar la línea de Kármán. El viaje debe ser un regalo de su marido para poder tirarse tranquilamente a su secretaria. Nick suspira, se levanta, flota hasta ella y le da unos toques en los auriculares. La mujer, asustada, abre los ojos y Nick le señala el aviso en la pantalla.

—Oh, perdón —dice voz en grito y se abrocha el cinturón.

Nick regresa a su asiento. El ordenador ha calculado ya el nuevo rumbo. No tiene más que apretar el botón de inicio. La formación exhaustiva que recibió sobre navegación orbital está muy bien. Pero ¿todavía sería capaz de calcular por sí mismo las fases necesarias de frenado? Cierra los ojos y se abandona al empuje de los motores, que le presiona contra el asiento.



EL ASIENTO VIBRA. Nick abre los ojos asustado. ¿Se habrá dormido? Observa los indicadores. La nave ha alcanzado la posición calculada y vuelve a flotar sin motor por el espacio.

Nick se gira hacia los pasajeros. La rubia con auriculares parece dormida. Los demás están todos pegados a sus ventanillas.

—Hora de salir —dice, haciendo un gesto al calvito.

—¿Salir? —pregunta una turista japonesa.

—El señor Wiseman ha reservado una EVA —le responde Nick—. Quiere darse una vueltecita por ahí fuera.

—¡Oh! A mí también me gustaría hacerlo —exclama la mujer.

—Lo siento, eso debería haberlo contratado al hacer la reserva. Tiene un sobrecoste de 5000 dólares.

—¿Y puedo pagarlo ahora? —La turista agarra su bolso y busca su monedero.

—Lo siento, pero no puede ser. Solo disponemos de equipo para un pasajero a bordo.

La japonesa vuelve a sentarse. Se nota la decepción en su rostro.

—Venga conmigo a la parte de atrás, Wiseman —dice Nick.

El agente inmobiliario le sigue. La esclusa se encuentra en la parte posterior de la nave. Nick desliza la puerta exterior hacia un lado. Lo que hay detrás recuerda un poco a una gigantesca caja de bombones. Para ahorrar aire, allí hay tres figuras tridimensionales con forma más o menos humana, moldeadas con un material blando aunque muy resistente. Dentro se hallan los trajes espaciales. Nick saca primero para Wiseman y, luego, el suyo.

—Métase dentro —le ordena.

Los trajes son tan poco complicados, que se los puede poner un lego en la materia sin problema alguno. Sobre todo porque pueden llenarse con tanto aire que no se requiere ejercicio físico previo. Nick conoce bien los antiguos trajes de la NASA para los cuales era necesario subirse a una bicicleta, durante media hora, para evitar la enfermedad del buzo.

—¡Hecho!—dice Wiseman con una gran sonrisa.

Nick comprueba que el traje está bien puesto, aprieta un poco más las correas y le da un pequeño golpe sobre el hombro en reconocimiento de su buena labor.

—Lo ha hecho muy bien —le felicita Nick y le señala el casco—. Cuando lo haya cerrado, se activará la conexión por radio.

—Entendido. ¿Y ahí fuera?

—No tiene que hacer nada. Su traje está vinculado al mío y me sigue automáticamente, vaya donde vaya. ¿Ve esas boquillas en el cinturón? Ellas se encargan de eso.

—¿Y si le golpea un meteorito? —pregunta Wiseman.

—Para empezar, mientras vuelan por aquí, se llaman asteroides —responde Nick—. En segundo lugar, el riesgo es ínfimo. Antes le caería un coco sobre la cabeza en Nueva York. Y, en tercer lugar, el traje le traería automáticamente de regreso a la esclusa. Y eso también pasaría si hubiera peligro de quedarnos sin propulsión en el traje. Así que no le puede pasar nada.

—Eso me tranquiliza —murmura Wiseman.

—Manos a la obra entonces —dice Nick y cierra su casco.

Él va ahora por delante. Siempre le cuesta un poco moverse por ese espacio tan estrecho. Cuanto menor es el espacio entre traje y pared, menos aire se desperdicia. Un indicador de estado en el visor del casco le informa de que el calvito está ya listo.

—Cerrar puerta interior de esclusa —dice Nick.

A sus espaldas se vuelve a cerrar la puerta interior.

—Ahora cuidado, señor Wiseman. Se asustará, pero no puede pasarle nada.

—Gracias por el aviso.

—Abrir puerta exterior —ordena Nick.

Sabe lo que va a pasar, pero instintivamente busca un agarre donde asirse. La plancha de metal, que hasta ahora les impedía ver el exterior, se desplaza con rapidez hacia un lado. Está colgando cabeza abajo sobre el globo terráqueo, que llena todo su campo de visión. La sensación de caída libre es embriagadora. Nick suda. No, no se está cayendo. Solo necesita un par de segundos para acostumbrarse a esa perspectiva. En su mente, da la vuelta a la situación. Para ello cierra los ojos y, cuando los abre, está tumbado observando el cielo donde cuelga una Tierra gigante. Mucho mejor.

Wiseman respira entrecortadamente.

—¿Todo bien? Cierre los ojos. La Tierra está encima de usted. ¿Me oye?

—Todo está... —dice Wiseman.

—No le puede pasar nada, señor Wiseman. Aquí no hay un abajo y un arriba. Cierre los ojos

e imagínesse la Tierra en el cielo.

Lo que dice Nick tampoco es del todo cierto. Si Wiseman vomita, se acabó la excursión. Eso consta en la letra pequeña. La puerta exterior se cierra por sí sola.

—Vale —murmura por fin el agente inmobiliario—. Ahora estoy mejor.

—¡Genial! Es usted un astronauta nato.

Estas fueron las primeras palabras que le enseñaron a decir en su formación como piloto turístico. Porque funcionan.

—Gracias —dice Wiseman.

—Ahora, vamos a separarnos de la nave.

—Entendido.

Nick presiona un instante el pulgar contra el lateral del índice. Con ello, la boquilla de su espalda le proporciona un impulso que le desplaza lentamente hacia delante. Abandona el estrecho nicho y sale de la nave. El traje del pasajero le imita en todo. Wiseman vuelve a resoplarse con fuerza.

—¿Todo bien? —pregunta Nick.

—Sí. Es muy raro, pero bien.

—Vale. Voy a buscar el satélite. Puede cambiar su posición en el espacio con la mano izquierda. ¿Se lo habían explicado ya?

—Sí, me acuerdo.

—Y no se preocupe, que no se me escapará.

—Gracias.

Nick controla los menús en su casco. Primero recupera la imagen del radar y luego la vista por infrarrojos. El satélite que quieren llevarse ya está en la misma órbita que ellos. El ordenador ha calculado un rumbo casi perfecto. Nick cierra los menús y mira a su alrededor. Allí. Esa sombra frente al sol. Debe ser eso. Nick introduce la mano en su cinturón de herramientas. Allí está la cuerda de nilón para emergencias, como establecen las normas.

—Lo tengo —dice—. Venga conmigo, vamos a por el trasto.

Pone rumbo al satélite estirando el brazo derecho. Cuando lo hace le recuerda siempre un poco a Superman. El traje espacial hace de capa.

Wiseman se siente exultante. Su traje sigue al de Nick. Sin duda es un talento natural. Normalmente, los pasajeros no se adaptan con tanta rapidez a las circunstancias en órbita. Pero igual Wiseman está ahora más motivado por la expectativa de los beneficios que van a conseguir.



A PRIMERA VISTA, el satélite de Spacelink parece nuevo. Solo tiene un par de cicatrices, pero sus células solares brillan como recién lavadas. Nick vuela a su alrededor. Tiene que replegar los paneles solares para poder cargarlo. Sin embargo, cuando lo intenta, el satélite empieza a girar.

—¿Wiseman?

—¿Sí?

—Necesito su ayuda. Tiene que sujetar el panel derecho mientras yo doblo el izquierdo.

—¿Y cómo lo hago? ¡No controlo mi traje!

—Ahora ya tiene el control. Dirija el brazo derecho al panel derecho y toque suavemente el pulgar con el índice.

—De acuerdo.

Wiseman se pone en movimiento. Cuando ha llegado a la altura del panel, Nick vuelve a asumir el control del traje de Wiseman, que se para de inmediato.

—Perfecto —le elogia—. Ahora límitese a sujetar el panel.

Nick hace que su propio traje empuje hacia delante. El de Wiseman copia el movimiento, por lo que empujan ambos los paneles hacia dentro. Ha funcionado. Tras unos 15 grados de rotación, los paneles se desplazan solos a la posición de seguridad y se repliegan por completo. Nick fija a Wiseman en el espacio y se desplaza hacia el satélite. Saca la cuerda de su bolsa de herramientas y la fija entre los dos paneles. Entonces vuelve a tomar a Wiseman a remolque.

—Ha estado bien —informa Nick—. Volvemos a la nave. Tiraremos de la cuerda de recuperación desde dentro.

—Pues ha ido muy rápido —dice Wiseman—. ¿No podemos hacer aquí fuera alguna otra cosa prohibida?

—Ya hemos perdido mucho tiempo. Si llegamos tarde tendremos problemas. La nave debe estar lista para volver a despegar mañana.

Regresan en paralelo hacia la nave. Nick cuelga la cuerda en una polea en la parte superior de la cápsula y se desplazan hacia la esclusa. Los trajes se introducen de nuevo en el estrecho espacio, la puerta exterior se cierra y se abre la interior.

—¡Felicidades, Walter! —exclama Nick—. Ha superado su primera actividad extravehicular.

—Gracias.

Wiseman se quita el traje espacial. Un olor desagradable alcanza la nariz de Nick, pero lo ignora educadamente. Suele ocurrir que, al abrirse la esclusa exterior, los novatos se tengan que aliviar. Pero para eso llevan un pañal. No hay lavabos a bordo.

Nick flota de regreso hacia su asiento de mando y pulsa el botón de abrocharse los cinturones. Un momento, aún falta algo. Busca el menú de intervenciones de emergencia. Con él puede controlar la cuerda sobre el techo y recuperarla. El satélite se mueve hacia ellos y la nave modifica por ello algo su posición. Fuerza igual a resistencia, de Newton no se salva nadie. El satélite aterriza sobre el techo de la nave. Tensa la cuerda todo lo posible para que no se les escape el trofeo. Nick introduce los nuevos datos, entre ellos también la nueva masa total de la nave con el satélite Spacelink en el ordenador de a bordo. Aterrizarán en el puerto espacial con 40 minutos de retraso. Su jefe no saltará precisamente de alegría.



FALTAN 40 KILÓMETROS. En un par de minutos lo habrá conseguido. Podrá sentarse en su coche e irse a casa. Espera que Rosie no haya llegado aún. Le gustaría disfrutar de una media horita de tranquilidad. Sentarse en el sofá, que tienen en el porche de la casa, mirar el desierto y relajarse.

De pronto, comienza a oírse un ruido de tamborileo. Viene de arriba. Mierda. Nick se aprieta contra el cinturón y se incorpora.

—¿Señor Abrahams? —pregunta una voz femenina desde atrás.

Nick cierra los ojos. No hay nada que hacer. ¿No sería lo mejor para todos? Su esposa cobraría el seguro que su jefe tuvo que contratar y a él le dejan en paz.

—¿Señor Abrahams?

La japonesa se pone pesada. Una mano le toca el hombro. Nick se gira enfadado. ¿No se habrá levantado esa mujer? El agente inmobiliario está de rodillas en el suelo y señala hacia arriba.

—¿Tiene eso bajo control? —pregunta.

—Naturalmente.

Y afirma con la cabeza. Está clarísimo cuál es el problema. El satélite de mierda no está bien fijado y baila con el viento. Debería haberlo fijado al menos en tres puntos. ¿Por qué lo habrá olvidado? ¿Quería, quizás, acabar en esta situación? Pero ahora es demasiado tarde. Durante el descenso no puede salir. Y abortar el aterrizaje no es, ni de lejos, una opción.

Nick se suelta el cinturón para llegar más cómodo a la pantalla de mando. Busca el programa de emergencias. No puede cortar la cuerda, pero sí expulsar la polea que la sujeta y perder así el carísimo souvenir que quería vender junto con Wiseman.

—Lo siento, amigo —dice, y pulsa el botón de expulsión de la polea.

El tamborileo no para.

—Mierda.

—¿Señor Abrahams? ¿Qué pasa? —pregunta la turista desde el fondo.

—Esto no me suena a tener las cosas bajo control —murmura Wiseman.

Es lo último que necesita.

—¡Por favor, cállense todos, necesito pensar! —grita Nick.

Bien. Nadie dice ni mu. Solo se escucha el tamborileo y cada vez más fuerte. La polea debe haberse enganchado. ¿Qué pasará, cuando la atmósfera sea cada vez más densa? ¿Cuántos golpes aguantará el techo de la nave? La parte inferior está reforzada para la reentrada, pero la superior no tiene por qué ser tan estable. Así que los que la construyeron seguro que ahorraron peso en ella. Cada gramo cuesta un par de dólares por cada despegue.

Nick se acerca al techo. El dispositivo de emergencia impide expresamente el control electrónico ya que está pensado para seguir funcionando incluso en caso de fallo eléctrico. Tiene que expulsar la polea a mano. ¡Si al menos recordara lo aprendido en el curso de formación! Pero

de eso hace ya ocho años y, desde entonces, no ha habido jamás un caso de emergencia. Mierda. ¡Su jefe se pondrá histérico! Solo por el hecho de tener que intervenir manualmente hará falta una reparación de varios días. Nick se estira hacia arriba. Con la navaja de bolsillo aparta el revestimiento del techo hacia un lado. Debajo hay un hueco vacío.

—¡Wiseman, ilumine el interior con la linterna!

El calvito reacciona rápido. Buen hombre. Ahora puede ver la palanca y el interruptor en el entretecho. Están rotulados con abreviaturas que, por aquel entonces, tuvo que aprenderse de memoria. Expulsión, eso seguro que debe aparecer rotulado con Ej de Ejection. Pero hay cuatro candidatos. MSEj, Lej y CEj 1 y 2. Los dos últimos quedan excluidos porque solo hay una polea. ¿Para qué servirá MS? ¿Y si lo prueba? Toca la palanca con la mano derecha. ¿Y si la "S" se refiere a "Seat", el asiento? Si los eyecta a todos a 35 kilómetros de altura, morirán. No, debe ser la L; quizá signifique "Line", de línea o cuerda. No se le ocurre nada. Tiene que beber menos.

Nick mira hacia abajo. Podría ser una mirada de despedida. Wiseman mueve los labios, pero el ruido es ahora tan fuerte que no le entiende ni una palabra. Tira de la palanca rotulada LEj. Nota resistencia y se cuelga de la palanca que cede y se desplaza un par de centímetros hacia abajo.

Desaparece el ruido. Ha habido suerte y el corazón se le tranquiliza un poco. Nick respira hondo.

—Gracias, comandante —dice el calvito, que regresa a su asiento.

—Abróchense los cinturones. Aterrizamos en veinte minutos —ordena Nick.



NICK SE CUELGA LA CHAQUETA AL HOMBRO. Cuando salió esa mañana de casa, el termómetro apenas marcaba los 15 grados. Ahora brilla el sol y seguro que supera los 32. Se acerca a la puerta por la que se accede al vestíbulo.

—¿Puedes venir un momento?

Su jefe está de pie en la puerta de su despacho. ¿Llevará mucho rato esperando? No se había dado cuenta.

—¿Podemos dejarlo para mañana, jefe? Rosie seguro que ya tiene la cena lista.

Rosie nunca le espera con la cena, pero Solveig, la esposa de su jefe, cocina para él cada noche.

—No, ahora.

Una respuesta curiosamente escueta. Su jefe, Bill, suele hablar siempre por los codos. Se aparta del marco de la puerta y le deja pasar primero, pero no le ofrece asiento. En su lugar, se queda de pie detrás del escritorio.

—¿Qué pasa? —pregunta Nick.

—Estás despedido —responde Bill—. Ya no puedo confiarte a más pasajeros. Eres

antipático, lo cual te he repetido mil veces, pero lo que te has atrevido a hacer hoy supera todo lo tolerable.

—Wiseman quería...

—Me importa un bledo lo que quería ese hombre. Eres responsable de la seguridad. Si algo hubiera salido mal, ahora estaríamos lamentando un par de muertos. La empresa entraría en quiebra y todos perderían su trabajo. Pero ¿quién te has creído que eres?

—¿El astronauta Nick Abrahams, récord mundial en cantidad de despegues al espacio? — replica Nick a modo de pregunta.

—Hace tiempo fuiste un buen astronauta. Te propongo que te tomes un año sabático, te recuperes y, después, vuelvas por aquí. Intentaré conseguirte un trabajo de oficina. Podrías mostrarle el museo a nuestros visitantes, por ejemplo. ¿No te parece interesante?

—¡Joder, Bill, no! ¡Antes me suicido!

—Esto último haré como que no lo he oído, si no debería hacer que te encierren.

—¿Y el vuelo de mañana?

—El de mañana lo cancelamos y el resto de la semana permaneceremos cerrados. Por culpa tuya.

—Pero luego...

—Luego le toca a Mike.

Claro, Mike, que lleva aquí medio año de prácticas. Seguro que solo esperaba la ocasión de poder sustituirle. Mike es más barato. Como mínimo veinte años más joven y no tan inquieto como él.

—Anda y que te den —dice Nick.

Se gira y sale del despacho. A la mujer de recepción le lanza su pase de empleado, que ella pilla al vuelo. ¿Es la nueva? Quizá debería salir con ella. Menuda mierda; aquí no le volverán a ver el pelo en mucho tiempo. ¡A largarse se ha dicho!



—ESTÁ SALIENDO DE TRUTHOR CONSEQUENCES.

La ciudad a la que pertenece el espaciopuerto América tiene un nombre realmente ridículo. Nick se gira y mira hacia las últimas casas. ¡Como si hubiera elección entre la verdad y las consecuencias! TruthAND Consequences sería un nombre más lógico, pues son siempre inseparables. El coche circula por la autopista de cuatro carriles en dirección a Socorro. Pegado a la cuneta comienza el semidesierto. Nick agarra el volante con ambas manos. El vehículo entiende que desea conducir él mismo. Pisa a fondo. En la I-25 no se permite ir a más de 75 millas por hora, por lo que el coche, en modo automático, no supera esa velocidad. Nick se pone a 95.

Tal vez consiga llegar a casa mucho antes que su mujer. El recorrido es más o menos igual de

largo; él conduce hacia el norte, ella hacia el este y se encuentran en Socorro. Les pareció práctico en su momento. Ella trabaja en el radiotelescopio Very Large Array. Suele hacer horas extras; últimamente, más que antes. Es probable que no tenga muchas ganas de estar en su compañía. Nick sacude la cabeza y aumenta más la velocidad hasta que el tacómetro señala 100. El vehículo emite un aviso, porque a 110 se queda bloqueado. Adelanta a un camión por la derecha y vuelve a ponerse a la izquierda. La policía local no suele rondar nunca por aquí. No sabe cómo alejarse con la suficiente rapidez de su anterior trabajo. Y, en parte, también le gustaría que le pillaran.



DOS KILÓMETROS ANTES DE SOCORRO, el vehículo frena automáticamente. En la ciudad no se puede circular a más de 30 millas y eso se controla con un sistema GPS obligatorio en todos los vehículos. Socorro se enorgullece de ser una de las tres ciudades de los Estados Unidos que han introducido este sistema. El alcalde incluso salió en las noticias de la televisión estatal gracias a ello. ¿Qué ha sido del sueño americano, la libertad? Nick mira en la guantera. Al menos, no le han quitado aún su Smith & Wesson.

El coche gira en una calle secundaria. Cuando se mudaron, la mediana entre los carriles brillaba aún con un verde fresco. Le había parecido casi artificial y Rosie le explicó que se trataba de un tipo de césped especialmente resistente. Pero desde que la ciudad había prohibido el riego de jardines y zonas verdes por la escasez de agua, ahora todo es gris. Va pasando frente a los distintos bungalós. Nick no podría distinguirlos, pero el coche sabe dónde vive. Se pone el intermitente para, enseguida, girar en la entrada.

Una plaza del garaje ya está ocupada. Parece que su mujer ha salido hoy antes del trabajo. Ha dejado el maletero abierto. Lo cierra sin mirar qué hay dentro. Ha ido a comprar, eso está bien. Así que igual hoy hay algo más que *pizza* al microondas. ¿O quizás haya olvidado algún aniversario? Rosie cumple años en noviembre y su aniversario de boda es en febrero. Así que no se siente culpable de nada.

Abre la puerta que lleva directamente del garaje a la cocina.

—¿Rosie?

No hay respuesta. Pasa por la cocina hasta el recibidor. Al entrar en el salón se queda paralizado. Rosie está sentada en el sofá frente a él. Hay dos maletas junto a ella. Sonríe tímida, con un cierto deje de torpeza. Es la expresión de la que se enamoró hace muchos años. Nick le devuelve la sonrisa. Pero ¿qué pintan allí esas maletas?

—Hola, cariño —saluda él.

La sonrisa de Rosie se apaga.

—Hola, Nick —dice ella—. Siéntate, por favor.

Sin embargo, Nick no se quiere sentar. Se pone en marcha su instinto de huída, pero se

queda. Incluso quiere esforzarse en hacer una pregunta, aunque teme no querer saber la respuesta. Las maletas...

—¿Qué pasa?

—Yo... te dejo, Nick.

—Ah, vale. Por eso las maletas.

¿No debería sentir algo ahora? ¿Pena, quizás, o rabia? Se pasea por el salón de un lado al otro.

—Sí, ya he metido en ellas todo lo que necesito. La mayor parte está en el coche.

—¿Así que ahora vives en otro sitio?

—Sí, Jim me ha ofrecido instalarme en una habitación que tiene vacía.

Jim es su tutor de doctorado, jubilado hace ya tiempo, y es gay.

—¿Tienes... hay otro hombre?

—No se trata de eso.

Así que sí que hay otro. ¿Quién podría ser? ¿Dave? Por eso tantas horas extras últimamente. Es una explicación bastante lógica para todo. A pesar de ello, no siente rabia, ni está enfadado. No es distinto a lo que pasó antes en el despacho de su jefe. Simplemente ya no se le necesita, es lo que hay y punto.

24 de mayo de 2080, Socorro, Nuevo México

Rattatattata. Rattatattata. Rattatattata.

Nick gira el brazo hacia la derecha.

—Cariño, el despertador... es horroroso...

El otro lado de la cama está vacío. Recuerda, de pronto, lo ocurrido la tarde anterior. Rosie se ha marchado, se ha ido a casa de Jim. Quiere el divorcio. Nada de «tomémonos un tiempo para pensar», no. Quiere el divorcio a secas. Le preguntó por qué, ella le mencionó sus motivos y él no tuvo más remedio que darle la razón en todos y cada uno de ellos. Se ha convertido en un auténtico cínico. El entusiasmado astronauta Nikolas no regresó de una EVA. Nick, el cínico, fue el que subió a la nave con su traje. Nick, el borracho.

Abre sus hinchados ojos. El sol inunda el dormitorio con haces de luz blanca. Parece como si quisiera separar a la fuerza las láminas de la cortina. El sol es duro en Nuevo México. Nick nació en Seattle, donde la luz del sol siempre es bienvenida. Aquí, sin embargo, la gente se protege del sol todo lo que puede.

Rattatattata. Rattatattata.

El despertador vuelve a sonar. Se gira sobre el lado de Rosie y alcanza el despertador, pero el estúpido cacharro cae al suelo donde sigue sonando. Baja la mano y tantea por el suelo en su busca hasta que se encuentra con las zapatillas de Rosie y no puede reprimir un grito de angustia. Se da cuenta, al fin, de que era su última conexión con la realidad. Se le inunda la cara de lágrimas. Sigue buscando hasta encontrar el despertador. Abre el compartimento posterior y le saca las baterías. El ruido cesa.



AGOTADO, Nick se queda durante una hora tumbado en el lado de Rosie con los brazos y las piernas estirados. Quiere impregnarse del aroma de Rosie, pues sabe que desaparecerá para siempre. Al final se levanta. Ya basta. No puede vivir sin su mujer. Tiene que recuperarla como sea.

Se prepara un café bien cargado. Necesita un plan. Tiene que lograr, como sea, volver a ser el de antes, el hombre de quien se enamoró Rosie. El campeón de béisbol con el equipo de la universidad que está a punto de convertirse en astronauta de la NASA. Rosie, por su parte, decidió estudiar la carrera de Radioastronomía. La pareja perfecta, según sus amigos. Luego, se mudaron a Socorro porque a Rosie le habían ofrecido un puesto de astrónoma en el Very Large Array. Querían tener hijos. Bueno, no al principio, pero después sí. Nick lo deseaba más que Rosie y, por ello, dejó su carrera en la NASA para convertirse en un bien remunerado piloto

privado para turistas ricachones. Nunca había pensado en lo mucho que puede cambiar una persona cuando abandona sus sueños.

Pero se acabó. Convencerá a Rosie, aunque aún no sabe cómo. Cuando se acerca a la tostadora tropieza con el comedero de *Fraser*. *Fraser* es su gato. El plato está vacío. Mierda, ayer por la noche se olvidó de llenarlo. Aunque son cosas que pasan tras una noticia así, ¿no? Seguro que está durmiendo en algún rincón, o se está dejando engordar por la simpática vecina, una mujer mayor, de color, que vive sola en su bungalow. Nick siempre imaginó a sus hijos llamándola abuelita.

Quizás debería haber hablado con Rosie. Pero no sobre su trabajo o el estúpido de su jefe, sino sobre ella, su vida, sus deseos... sobre el hecho de que lo intentaron durante un par de años, pero no consiguieron tener hijos. Es muy fácil decirlo cuando es demasiado tarde.

Nick saca de la nevera una latita para el gato y vierte la mitad de su contenido en el plato de *Fraser*. Luego, llena el fregadero de agua. *Fraser* no bebe nunca de un bol, sino solo del fregadero. Se mete el teléfono en el bolsillo y sale de la cocina por la puerta del garaje.



Al ver las llanuras de San Agustín resulta claro el motivo por el que tenía que construirse aquí el laboratorio radioastronómico Karl G. Jansky Very Large Array. Se encuentra al menos a 2000 metros de altura sobre el nivel del mar. Socorro es la última ciudad antes de entrar en ese páramo y hay una hora de trayecto en coche a través de un paisaje impresionante. Las llanuras están tan vacías que resultan fascinantes. Secas, cubiertas solo por matorrales bajos. Una tierra apenas apta para la agricultura. Los pocos ganaderos de la zona crían reses en áreas inmensas, pero ganan más arrendando sus campos al instituto. Nick admira el paisaje con el coche en automático. Sobre las lejanas y altas montañas parece que se está formando una tormenta. A los astrónomos no les va a gustar; los rayos y la humedad ambiental interfieren en las observaciones. La mayoría de ellos trabajan en Socorro, donde reciben sin problemas los datos del telescopio. Pero Rosie no. Ella prefiere estar al pie del cañón. Si encuentra algo, no tiene más que ir a ver a Rob, en el centro de control, pedirle amablemente un huequecito de observación y ya tiene los datos que necesita. A Rosie no le gusta esperar.

A lo lejos se empiezan a ver las primeras antenas, que desde fuera no se distinguen mucho de los 27 platos que se montaron aquí en los años 70 del siglo xx. La electrónica es la que marca la diferencia. Se renovó en tres oleadas, por lo que Rosie puede aún dedicarse a la investigación astronómica de alto nivel. Si no fuera por eso, ya no vivirían en Socorro. Nick cuenta los platos de antena y observa las distancias. Cada cuatro meses se desplazan por una red de raíles. ¿Cuándo vino por última vez? ¿Hace dos años, quizás? Parece que ahora están distribuidos en la configuración A.

A, primera letra, el principio. ¿Por dónde debe empezar? Rosie no toma decisiones

espontáneas. En eso es muy distinta a él, y eso siempre le ha gustado. No puede ni siquiera imaginarse planificando algo con un año vista. Rosie, por contra, planifica para toda su vida. Y, al parecer, él ya no entra en sus planes. ¿Cómo puede volver a formar parte de ellos?

Es imposible. Seguro que tiene todo diseñado desde hace meses. Fue casualidad que se lo dijera precisamente ayer, el mismo día en que su jefe le despidió. Por suerte, la casa es de los dos. Es decir, que a Rosie le corresponde la mitad, pero seguro que no le obligará a venderla. No, ese no es su estilo.

Nick golpea con fuerza el botón de parada. El piloto automático no protesta. Una vez hubo un modelo en el que el *software* de control intentó educar a sus usuarios. Entonces alguien comenzó a disparar contra su propio coche y el sector automovilístico asumió su error. El vehículo se detiene rechinando los neumáticos, se sale de la calzada asfaltada y se frena en la dura costra del desierto, a pocos centímetros de un inmenso cactus. Nick se inclina en el respaldo. Si no tiene ninguna estrategia pensada, no vale la pena visitar a Rosie. Seguro que avisa al personal de seguridad para que lo echen. Nick cierra los ojos.



ALGUIEN GOLPEA EL CRISTAL Y NICK PEGA UN BRINCO EN EL ASIENTO. Un hombre de uniforme que le sonríe amablemente, pero con la mano derecha sobre su arma. Nick levanta ambas manos. Con la derecha, pulsa la apertura de la ventanilla.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunta.

—¿Está bien, señor? Su vehículo nos ha comunicado una emergencia y que el estado de su usuario es cuestionable.

¿Cuestionable? ¿Así es cómo le considera su propio coche?

—Gracias, lamento haberle preocupado, pero estoy bien. Solo necesitaba descansar un poco.

—Señor, si quiere, llamo a una ambulancia. Veo en mi pantalla que dentro de trece minutos pasará un coche...

—No, muchas gracias. Creo que mi coche se ha pasado de eficiente.

—¿Puede hacerme el favor de poner las manos sobre el volante? Comprenda que soy responsable de este tramo y, aunque circule usted con el automático, podría causar daños.

—Naturalmente.

Pone las manos sobre el volante. El vehículo mide la frecuencia cardíaca, la saturación de oxígeno y la resistencia de la piel, realizando un electrocardiograma. El agente mira el *display* en su brazo y afirma con la cabeza.

—Esto me tranquiliza mucho, señor —dice al final—. Muchas gracias y buen viaje. Aunque si me permite una observación, tiene usted un aspecto horrible. Debería tomarse cuanto antes un día libre.

Nick se ríe.

—Me encantaría, pero justo ayer perdí el empleo.

—Oh, cuánto lo siento —dice el policía, al parecer afectado de verdad—. Espero que su esposa, Rosalie, haya podido consolarle en estos momentos.

Nick se queda perplejo cuando el uniformado menciona a su mujer. Pero claro, sus datos están en el ordenador vinculados a la matrícula de su coche.

—Rosie —dice—, Rosie, para colmo, también me abandonó ayer.

—Caramba, cuánto lo siento. Le diría que sé de lo que está hablando y seguro que le consolaría saberlo, pero no es así.

—¿No está casado?

—No, señor.

—Qué suerte tiene.

—Pues no lo sé, señor. Y si ya no me necesita, me marchó.

—Sí, claro. Seguro que tiene otras cosas que hacer. —Nick busca un rótulo de nombre en el uniforme, pero no encuentra ninguno—. ¿Cómo se llama? —le pregunta.

—Unidad automática 3BT6, señor. Ha sido un placer charlar un rato con usted. Llame al 911 si necesita ayuda.



NICK REGRESA A SU BUNGALÓ PASADAS LAS DIEZ DE LA NOCHE. Ha pasado el día en un casino en la reserva de Socorro. El tintineo rítmico de las tragaperras le ha calmado bastante. Inspecciona un poco la cocina. *Fraser* no ha tocado su comida y el fregadero se ha vaciado del todo.

—¿*Fraser*?

Sería la primera vez en la vida que su gato, de tonos anaranjados, respondiera a su nombre. Pero por probar, que no quede.

No hay respuesta.

Nick mira dentro del arenero del gato que parece estar totalmente limpio.

«Pues vaya, *Fraser*, bicho traidor. ¿También tú me has abandonado? Pero bueno, no te lo puedo recriminar».

27 de mayo de 2080, Socorro, Nuevo México

Un oso polar se pasea, por lo visto sin objetivo, por una superficie ultracongelada. Se parece mucho al aspecto que tiene el congelador de su nevera. Al borde de un témpano, hay una foca aseándose las aletas. *Fraser* lo hace de forma parecida. No, lo hacía, el muy traidor. Nick le pone comida fresca dos veces al día, pero el animal no ha vuelto a aparecer. El oso polar se acerca disimuladamente a la foca, así como quien no quiere la cosa. La foca levanta la cabeza, se gira y se sumerge en las negras aguas. El oso polar se sienta sobre sus patas traseras. Su cara no muestra emoción alguna. «Yo podría ser ese oso polar», piensa Nick, y cambia de canal.

Los documentales de la naturaleza son aburridísimos. Los programas de entrevistas también. Sigue cambiando canales. La oferta semeja infinita. Podría componerse su programa favorito y personalizado. Sin embargo, para ello, necesitaría saber lo que quiere y eso, ahora, resulta algo imposible de cumplir. La televisión lineal está hecha para personas como él. Tranquiliza mucho saber que no estás solo en tu desgracia. En todo el mundo hay hombres, y sin duda también mujeres, con una lata de cerveza caliente ya sobre la mesa, cambiando de canal sin sentido alguno.

Una mujer mayor se defiende ante una jueza negra y muy estricta. Ha dado de comer a las palomas, lo cual es ilegal en su ciudad, y no ha podido reunir el importe de la multa, por lo que debe pasar una semana entre rejas. La mujer piensa que es injusto, pero la jueza televisiva golpea el mazo como en una subasta y envía a la acusada a prisión. El público en la sala murmura. ¡Menuda mierda! ¿Por qué está haciendo esto?

Pues porque no tiene nada más que hacer. Bueno, podría recoger de nuevo la cocina, pasar la aspiradora, cortar el césped... Pero ¿para qué?

Suena el teléfono.

—Alexa, rechaza la llamada.

—Rechazando llamada.

Al menos, podría haber preguntado quién llamaba.

—Alexa, ¿quién ha llamado?

—El interlocutor aparece en tu agenda como Bill Caraculo.

Su jefe, vaya. ¿Qué querrá? ¿Se lo habrá pensado mejor? ¿El jovenzuelo que los sustituye no da la talla con los pasajeros, quizás? Hace falta cierta experiencia para convertir en astronautas a amas de casa del medio oeste y a vendedores de coches de Illinois.

—Alexa, devuelve la llamada a Bill Caraculo.

—Llamando a Bill Caraculo.

—Alexa, cambia la entrada en la agenda a Bill.

—Cambiano la entrada en la agenda a Bill.

Nick oye el tono de llamada y su jefe descuelga el teléfono.

—Hombre, gracias por devolverme la llamada, Nick. ¿Qué tal te va?

—Bueno, voy tirando.

—Ya me he enterado de lo de tu mujer.

Así que los rumores han llegado ya a Truthor Consequences. Tampoco se sorprende demasiado. El puerto espacial y el VLA están muy bien relacionados. Son las dos únicas empresas de alta tecnología de toda la región.

—Sí, se ha marchado. Pero era de prever.

Eso es mentira. Nick no tenía ni idea. No obstante, suena mucho mejor hacer ver que, de alguna manera, se lo esperaba.

—Aun así, debe ser todo un *shock*. Si necesitas hablar con alguien...

Sí, claro. El caraculo ese parece sentirse copartícipe de su mierda de estado y ahora le remuerde la conciencia. Nick se da cuenta de que es injusto. Se frota las manos para tranquilizarse. Bill tampoco es tan malo. Solo hace su trabajo. Él mismo fue un auténtico peligro para la empresa. ¿En qué se ha convertido?

—Gracias, Bill, aunque no creo que puedas ayudarme mucho. De todos modos, tengo que desenterrar mis viejos sueños. ¿Te he contado ya mi idea de un viñedo?

Hubo una época en que soñaba con retirarse como bodeguero. En ese futuro, Rosie habría tenido un papel importante, pero ¿la necesita para ello?

—¿Un viñedo? Pues no —dice Bill—. Aunque suena a locura y eso te pega mucho. Eso sí, no me imagino de dónde sacarás los millones necesarios para ello.

—Ese es el problema, sin duda. Quizás asalte un banco.

—Calla, no sigas, primera norma del delincuente: que nadie sepa nada.

Bill se ríe. Pero Nick ha pensado en ello, y tanto que ha pensado en ello. Si al menos estuviera seguro de poder escapar con el botín. Aunque las posibilidades son ínfimas. Necesita conseguir la pasta de otra forma.

De pronto, suena el timbre de la puerta.

—Nick, tu vecina está llamando a la puerta —dice Alexa.

—Bill, tengo que colgar. Tengo una visita femenina —dice Nick.

—Mantente alerta, chaval. Mi oferta sigue en pie.

Un amable todo señala la finalización de la llamada.

—Alexa, deja entrar a la visitante.



NICK SE MIRA EN EL ESPEJO. Tiene un aspecto medianamente presentable. Cierra la puerta de la cocina, ya que el caos que reina allí no es asunto de nadie. Abre la puerta del salón y llega al recibidor. La puerta de la calle está abierta y delante, se halla su vecina, silbando una tonadilla

que no conoce mientras espera.

—Señora McIntosh, entre, por favor —dice Nick.

La vecina le sonríe, mostrando una dentadura blanquísima.  Qu  edad debe tener? Su cara muestra las arrugas de una octogenaria, aunque su forma de andar es propia de una mujer joven. No muestra intención alguna de entrar en su casa, pero levanta el recipiente que sostiene en las manos.

—Le he preparado un delicioso pastel de carne —dice a modo de saludo.

—Pues muy amable por su parte, pero  por qué me lo ha hecho?

—Se ve de lejos que necesita algo. Su esposa le ha dejado, apenas sale de casa, ahora tampoco tiene trabajo... me da la sensación de que est  en plena crisis.

— Tan evidente resulta?

—Vamos a ver —le responde—. No tengo nada más que hacer que mirar por la ventana, por lo que me doy naturalmente cuenta de ciertas cosas. Y su gato, que lo sepa, está conmigo. Así que no hace falta que se preocupe por él.

—Pues se lo agradezco mucho, señora McIntosh.

—Llámeme Daisy, por favor. Si necesita hablar con alguien, no dude en visitarme. Y ahora, por favor, sujete la fuente. Cuidado que est  aún muy caliente, ag rrela por los bordes.

La anciana le entrega el recipiente que Nick sostiene con mucho cuidado. El borde est  frío. Debe ser de cerámica. Había esperado algo de plástico rígido.

—Muchas gracias —dice.

—Que lo disfrute. La vida sigue.

La señora McIntosh se gira casi con rigidez militar y se marcha. Desde la puerta del jardín, le saluda una última vez con la mano. Se lleva el recipiente a la cocina. La puerta de entrada se cierra a sus espaldas. Busca un plato y cubiertos limpios y se lo lleva todo al salón. All  levanta la tapa y aquello le huele de maravilla. Se pone la mitad del contenido en el plato y come. Masa, pequeños trozos de carne o tofu, verduras, consistencia al dente y todo especiado de forma que cada ingrediente conserva su sabor. Ya ni recuerda cuándo fue la última vez que comió tan bien. Se inclina hacia la botella de cerveza, la huele, se la lleva a la cocina y regresa con un vaso de agua.



A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE NO QUEDA NI UN PLATO SUCIO EN LA COCINA. Ha aspirado toda la casa y ha limpiado el cuarto de baño. En el fondo, odia estas labores. Si aún tuviera trabajo, se buscaría una mujer de la limpieza.

Nick se deja caer agotado en el sofá. Busca el mando del televisor. Se ha escondido entre los cojines. La enciende aunque, se lo piensa mejor, y la apaga de nuevo.

—Alexa,  puedo comprar un viñedo?

—¿Quieres que busque ofertas de viñedos?

—Sí.

—En los Estados Unidos hay actualmente 118 viñedos y bodegas en venta. ¿Con qué criterios debo listarlos?

—De menor a mayor precio.

—Un viñedo en Minnesota, el Round Lake Vineyards, se vende por 112.000 dólares. Sospechosamente barato.

—¿Hay alguna descripción?

—Sí, Nick. La leo: «Debido a un incendio en el que se destruyeron tanto las viñas como el edificio, nos vemos lamentablemente obligados a...»

—Alexa, para.

Por la casa podría llegar a sacar 150.000, si Rosie renuncia a su mitad. No sirve para la reconstrucción de esa propiedad.

—Alexa, ¿cuánto cuesta la siguiente oferta más barata para la que haya horario de apertura disponible?

—950.000 dólares.

Es decir, más de un millón con impuestos y tasas. Por ahora, su sueño no se convertirá en realidad. Necesita otro plan. ¿Y si se va un par de años a trabajar a una plataforma petrolífera? Allí, antes, se ganaba uno un buen dinero. ¿Será hoy lo mismo, una vez agotados casi todos los yacimientos?

—Alexa, busca un trabajo acorde con mi perfil. Permiso concedido para acceder a mis datos personales.

—¿Dónde debo buscar?

—Lo mejor sería en el espacio —bromea y se echa a reír.

—No entiendo tu observación.

—Busca por todo el mundo, sin limitación geográfica.

—Entendido. He encontrado siete ofertas que coinciden con tus cualificaciones. ¿Con qué criterios debo listarlas?

—Empieza por la mejor pagada.

—El consorcio RB busca a un piloto para una misión de larga duración.

—¿Y el sueldo?

—Convertido a dólares: 7,44 millones.

—Perdona, ¿qué?

—Convertido a dólares: 7,44 millones.

—Pásame la oferta al televisor.

Alexa responde con un pequeño sonido. El televisor se enciende de forma automática y Nick ve brevemente a un león que mordisquea a una gacela justo antes de aparecer el texto de la oferta de trabajo.

Se busca piloto experimentado para misión de larga duración

¿Tiene gran capacidad de aguante y extensa experiencia con el manejo de naves espaciales de todo tipo, así como con actividades extravehiculares? ¿Goza de buena salud y es mentalmente muy estable, no tiene vínculos familiares y estaría dispuesto a trabajar con nosotros de inmediato durante al menos cuatro años? Entonces es usted (h/m/x) nuestro(a) candidato(a) perfecto(a). Buscamos un (una) piloto para una de nuestras más modernas naves, técnicamente experto(a), pero que no fracase ni en la más extrema soledad. Por este proyecto extraordinario pagaremos un salario también extraordinario. A ello se añade la manutención y el alojamiento durante todo el tiempo de intervención, así como asistencia médica en la medida en que sea posible dentro del proyecto. Advertencia: es técnica y legalmente imposible suspender el proyecto antes de su finalización.

El contrato se regirá según la ley laboral rusa.

El Consorcio RB es un grupo de varias empresas privadas con sede en Akademgorodok, Rusia, y es líder mundial en la explotación minera de asteroides. En una encuesta anónima entre nuestros empleados, nuestras condiciones laborales se valoran como excelentes.

¿Está interesado? Presente su candidatura de inmediato online con la documentación habitual.

Nick se reclina. ¡Siete millones! Con eso no solo se compra un viñedo, sino que puede vivir cómodamente el resto de su vida si no malgasta. ¿Quién paga tanto dinero a un piloto? Hace tiempo que es un trabajo como cualquier otro. Algo más tiene que haber detrás de todo eso. ¿Igual la misión es especialmente peligrosa? Estaría mucho fuera, pero, hoy por hoy, a nadie le importaría su ausencia. Hasta el gato se ha mudado a casa de la señora McIntosh. Mentalmente estable, bueno... Cuando a uno le deja su mujer, algo en *shock* está, ¿no? Por lo demás, suele apañárselas muy bien solo. La gente desconocida siempre le ha crispado los nervios. Así que ¿por qué no? Cuatro años tampoco es tanto. Su época con los marines duró, incluso, un año más. Y emocionante tampoco fue, la verdad.

—Alexa, recopila mi documentación y envía mi solicitud al Consorcio RB.

—¿Quieres que te muestre las demás ofertas?

—¿Cuánto pagan por la segunda mejor?

—130.000 dólares anuales, limitado a seis meses.

—No, gracias. Me presentaré al Consorcio RB.



NICK ABRAHAMS TODAVÍA OSTENTA EL RÉCORD MUNDIAL OFICIAL DE LANZAMIENTOS ESPACIALES, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple

reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad ...
¿Leer más? hard-sf.com/links/1449023

“La Grieta”

Escrito por Brandon Q. Morris

Copyright © 2021 Brandon Q. Morris, hard-sf.com

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Santiago Machain

Edición: Elena García Varela

Diseño de portada: Sanura Jayashan con imágenes de John Jason (Unsplash.com), Raka Si (Pxhere.com), crop_ (Depositphotos.com)

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

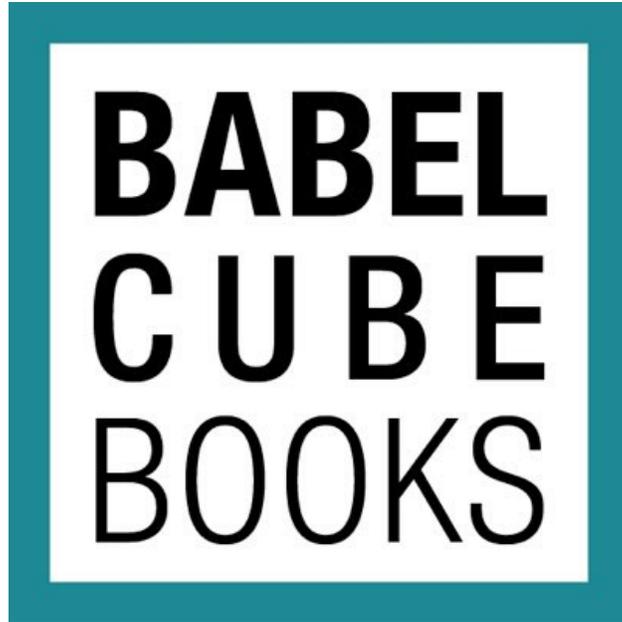
Brandon Q. Morris es una marca registrada del autor

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com